

ordenado. Daban prisa á los caballeros de las Ordenes militares á ponerse á caballo, ó á dar los sustitutos: al fin, no guardando á ninguno sus privilegios, ni ahora sus decretos, hacernos salir á todos, caballeros y hombres bajos, creyendo se juntaría gran golpe de caballos. Volvióse á mandar al Condestable de Castilla que fuese á servir el cargo de Capitán general de Castilla la Vieja y de Vizcaya: él se disculpó con un memorial, diciendo el estado que tenía su salud y su hacienda, que le dejasen retirarse cuatro años para desempeñarse, y que podría luego, con más caudal, acudir al servicio de Su Majestad. No sé qué más retirado podía estar en ningún lugar de los suyos que en la corte, porque apenas parecía que había un criado en su casa, ni señor que más pareciese escudero en todas sus acciones y que más profesase la miseria y la desventura; y aunque le habían castigado la bolsa, más era éste achaque de la naturaleza del ministro que de necesidad.

El gobernador de Milan, á los principios de Abril, con veinte mil infantes y cuatro mil caballos, gente escogida y de reputación, tomó los puestos sobre el Casal de Monferrato, con gran pesar del Cardenal de Richelieu, y con poco gusto de los venecianos, por haber quedado por protectores del Mantuano y otros potentados de Italia. El intento era quedar con ocho mil soldados en el asedio y acudir con el resto al opósito de los franceses, que ya se prevenían á contradecirselo y á echarle de allí; y el Richelieu toleraba la rabia de su coron en este sitio, con decir que, caso que el rey de España tomase la plaza, la había de volver. No sé yo en qué lo fundaba, y si daba él este ejemplo con volver lo que había tomado, ¿por qué no la volvía él á los de la casa de Gonzaga? ¿y qué más derecho tenía él para tenerla que no el rey de España, mayor señor en Italia, porque ellos la querían como tiranos y el Rey Católico para restituirla al sucesor en nombre del Imperio, y pacificar aquella parte? Muchos eran de parecer que en tomándola se demoliese y arrasase por los cimientos, para quitar de allí aquella ocasión, aquella codicia ó aquellos celos, y que se desarraigase de allí á los fran-

cesos, como de lo demás de Italia; pero el fin poco dichoso no dió lugar á la felicidad del principio.

A ésta sazón, que era ya 12 de Mayo, tenía el infante D. Fernando treinta mil hombres aprestados en el País-Bajo, y el rey de Francia otros tantos, si no más; pero el rey de Inglaterra, sin haber querido dar orejas, ó aquel Parlamento, á algunas conveniencias con España, se hallaba con resentimiento de franceses y holandeses por los socorros que enviaban á Escocia, para que aquellos vasallos llevasen adelante su rebelion, como lo proseguían, con daño irreparable de su Corona y de toda la Isla, sin perdonar á Irlanda. Perdieron los suecos todas las plazas y puestos más considerables que tenían en el reino de Bohemia, ó las abandonaron de flaqueza, retirándose de aquella parte: el ejército imperial debajo de la conducta del archiduque Leopoldo, hermano de Fernando II, Emperador de Occidente, asistido de Piccolomini, los habían forzado á retirarse y á ponerse en la fuga, y los habían seguido degollando y matando hasta dentro de la misma. Refrescaban los imperiales, cansados de la caza que les habían dado en la frontera de aquella provincia: creyeron los sucesos era descuido y que podían tomar alguna satisfacción y enmienda del castigo que habían hecho en ellos; hicieron avanzar doce regimientos de caballería, cada uno de quinientos hombres, en la Fortelandet, y otrosi para darse á los robos y al pillaje. Advertido el duque Piccolomini de ésta facción de los enemigos, hizo correr voz por algunos presos que había belagado que se apartaba de sus puestos, y que quería emprender y tomar otras derrotas: dejó dormir y descansar los regimientos, y á la misma hora mandó que marchasen tres mil caballos á la orden del Sargento mayor de batalla, Breda, cubierto de dos mil infantes y ocho piezas de artillería. Ejecutó esto con toda brevedad, y marchando el Sargento mayor, ántes de dar sobre los sucesos, lo pareció castigar cuatrocientos polacos que estaban en el primer cuartel, huidos del servicio del Emperador: embistió con todos y los degolló sin escapar más de dos que conocían la tierra y eran

prácticos en los caminos más incógnitos. Conseguido ésto, hizo tocar arma el general Vittemberg, que mandaba éstas tropas, de cuyo ardor acuciados los imperiales, deshicieron con velocidad quinientos mosqueteros que se les opusieron en el paraje, cuya detención dió lugar á los demás de los suecos, por su mal, á ponerse en batalla y esperar la gente del Emperador. Estos descos de no perder ocasion, no obstante de la resistencia de los enemigos, hicieron que cerrasen á un mismo tiempo animosamente con ellos, y acabaron de deshacer los regimientos, con muerte de su General y mucho número de oficiales de marca, sin los presos, entre los cuales se halló el coronel Horne, sobrino del general Gustavo de Horne, que se perdió en la batalla de Nortlingue, memorable en todas eras, y prendieron todos los estandartes. Suceso afortunado y dichoso si cualquiera de ellos bastase á concluir y asolar ésta semilla infernal de enemigos, introducidos en Alemania, por ambicion de un soberbio que se quiere tragar la tierra y la dignidad del Imperio.

En Cataluña iban procediendo sin intermision los desórdenes de los naturales, alterándose por boras el sosiego de todo aquel Principado, impugnando los alojamientos con más brío, y prosiguiendo en matar con más coraje á los mancochos, nobles castellanos que tenían puesto, eran de mejor arte y más lucidos, presumiendo celos que no debian de tener, sin revencia de los templos ni del altar. Alterábales el sonido de Cortes que ya les venian á pedir, y que sus fueros eran anulados, quo habian de sufrir la insolencia de los milites y luego las imposiciones contra la libertad, y comenzaron á tener ódio implacable contra el Virey, conde de Santa Coloma, porque envió á prender un Síndico que se oponia á sus intentos; quemaron á seis ó siete hombres que le fueron á prender en una casa, sin misericordia; armáronse quatro ó cinco mil hombres contra las justicias y los soldados; perdiéndose universalmente el respeto á todas las cosas; levantáronse los villanos del lugar de Santa Coloma y otros, por donde el Conde empezó á temer y á recelarse. Toda la nobleza, por ser poca, de mayor indigna-

cion; y levantamiento, queria dejar la provincia y el mando; ordenósele que no lo hiciese, ántes que se portase de ánimo y buen corazon, y que esperase, porque con su ausencia no se acabasen de declarar y se perdiese todo. Mandaron al marqués de Villafrauca que le asistiese con su persona en su casa, con la gente y galeras á los caballeros de la ciudad, al Obispo, á los Magistrados y Gobernadores; pero en éstos últimos estaba el daño, el veneno y el rencor. Enviaron órden para castigar los revoltosos de Santa Coloma, y á dar por traidores á algunos: enviáronse Regentes de Aragon para que le ayudasen, y que se valiesen de la gente de guerra; siendo éste el mayor estímulo de los naturales, y que los exponia al precipicio, y tambien que procurase aplacar aquella conuocion. Pero los médios no eran los precisos que se habian de aplicar á la llaga que comenzaba á cancerarse, aunque parecia que se hacia algo; sin embargo, el Virey tenia, como aquel que conocia el natural de la gente: que él en los principios no supo evitar ésto, pues aún quando no hubiera ejemplares que lo avisáran, no debió de leer en su vida hoja de papel, ni conoció á Zurita ni á otros historiadores que escribieron temeridades de ésta gente, ni se acordó del rey Don Juan de Aragon, padre del rey Don Fernando el Católico, ni de los diez años que se puso ó se pusieron á controvertir con él; que es, para los que sirven los maestros en los primeros años, y para saber el conocimiento y natural de gentes y naciones; y precisamos que por nuestra calidad y servicio algun dia gobernaros algo. Si no lo sabia, lo podia preguntar, sin gobernar de arrojado; porque de esa manera no conseguiremos la virtud de prudentes y la opinion de sábios; y al cabo lo viene á pagar el Estado, como se ve hoy en los lamentos y en los trabajos.

Decia un ministro de Estado, de mejor aviso, que no los apratasen; y replicándole que se valdrían del rey de Francia, él aseguraba que no lo harian: éste era el conde de Oñate; mas como ya lo estaban, y el cordel no asfojaba, entraron en pensamientos de hacerlo; y ya que el Rey, ya que el

Ministro, no dormían esperando la ocasión, como la buscaron en otras provincias de España, cargábanlos de nuevo de amenazas y de calumnias, y decían que les habían de echar un poderoso ejército encima. La verdad es, que aquella tierra, particularmente la del Rosellon, infestada como lo era de los ejércitos franceses, no podía dejar de tener guarniciones muy gruesas, y éstas habían de estar alojadas para la defensa y para tentar por allí los acometimientos convenientes al estado presente, y á las satisfacciones de la Francia en la materia de Estado del Príncipe, para las disensiones, ora de Italia, ora de Flandes, ó de ambas Germanias, para desempeñarse por allí de algunas de las plazas tomadas, ó de alguna providencia, como la del Artois, que éste año fracasó á manos de los franceses; pero todo éste discurso era falso y errado, y abría puerta á muchas desventuras, fundar la guerra donde ora menester y perder á España: de lo cual se quejaban los catalanes, que se la habían metido en el corazon, y luego les espialban las haciendas, y querían resarcir el peso. Era el otro discurso mantener el Principado, por las mismas causas y alteraciones contraídas, y en primer lugar á Perpiñan, la segunda llave ó escala primera del Reino: la ciudad de Barcelona, escala para España de todo el Levante, de sus Príncipes, repúblicas y potentados, y por ésta causa, y por lo ya referido, digno con toda atención de tenerlo en armas y con ejércitos, y que éstos estén abrigados y en paz, de los Consejos, Magistrados y naturales de la tierra, sin pedirle más, particularmente en tiempo de guerra. Aún éste parecía mejor discurso: bien que siempre aconsejaré que todo vasallo acuda con fuerzas vivas y haciendas; pero tambien conviene que haya en esto la tolerancia que es justo, anteviendo no abrir puerta á riesgos y peligros más dañosos, porque no debajo de ocasión de guerra se la hemos de hacer al mismo Reino y acabarlo, pottinguero que es despedazar lo propio y dar á sentir estar mal hallado con todo y hacérsela á sí.

Viendo el Richelieu que venia Embajador del rey de Polonia á Paris, sobre la priston de su hermano, le soltó y pasó

á Flandes. Murió el succo, y los franceses, viendo las muchas prevenciones de armas de España para Cataluña, no sólo de caballería de las Órdens militares y otras levas montadas, sino de infantería, fortificó á Bayona y los demás lugares de la frontera de la provincia de Lavort, y por la de Perpiñan á Leocata y Narbona; y no por eso, por si era ese el intento, apartaron los pensamientos y las armas de la empresa de Artras, y se la llevaron, como presto se verá: gran mengua para nuestra nacion y para la confianza que presumen nuestros Ministros. No quiero que sea achaque de mi condicion, que ni afecto ni falta á la verdad, ni que proceda de mi pluma éste argumento, que no es otro el celo sino avisar el riesgo y advertir que de pequeña contolla no se levante algun fuego tal que lo abraze todo; ni tampoco disculpó á los catalanes del natural proceder que tienen y de su impaciencia, porque yo aludo á los demás, que son más para dejados que para consueñidos; y esto mismo aconsejaré yo que se haga con vasallos de ésta calidad, porque como los castellanos nacieron para esclavos, éstos para hijos en la casa del señor, y han de ser tratados como tales. En la leccion política é historias antiguas tenemos dechados de ésta verdad, y porque no sea cuento ó invencion mia, oigámostos á ellos y á sus querellas: si legtimas ó bastiadas, no lo quiero juzgar, éellos las dieron al Rey en éste papel:

«Los Diputados del general del Principado de Cataluña dicen, que muchas y diversas veces, por vários y diversos memoriales y cartas, han descado enterar á V. M. del miserable estado que aquella provincia padece, de las vejaciones y violencias militares; y visto que V. M. no ha sido servido de tomar resolucion, y crecen los daños y riesgos que por una y otra parte amenazan, al paso que se dilata su remedio, celosos del servicio de V. M. y recelosos de los peligros públicos, vuelven de nuevo á hacer recuerdo de ésta verdad por mérito de un Religioso, para que hallandola V. M. pura, limpia, sencilla y sin doblez, humilde, religiosa y desinteresada, tal cual V. M. desca, y cual la debe decir quien desnaturaliza-

do, por su profesion, de la tierra, vive en élla sólo para Dios, sea servido de escucharla benignamente, apresurando el remedio á las desdichas que se padecen y amenazan,

«Luego que las armas francesas invadieron el Condado de Rosellon, se opuso Cataluña á la violencia, tan presta y tan pujante, como si los gastos y fatigas de trece años consecutivos de alojamientos, provision de viveres, apresto de bagajes con que han asistido á las tropas que en éste tiempo han abrigado aquellas fronteras, y socorrido á las que pasaron á Fuenterrabía, hubieran sido todos de granjería, todos de socos: en el modo de juntar la gente obró milagros la lealtad; pudo el exceso de los sueldos sacar al campo de las comodidades de sus casas, en breve tiempo, más de doce mil infantes, municionados y pagados á costa del mismo país, y la obligación de su sangre pudo acabar con la más calificada nobleza de aquella tierra el renunciar su quietud por la campaña, sin otro sueldo que servir á V. M., defender la patria y ganar honor.

«Perdióse Salsas porque no fué socorrido ni dejaron obrar á los catalanes, que tantas veces y con tanta eficacia se ofrecieron á éllo por la experiencia que la provincia tiene de haber rechazado semejante invasiones de el francés: sin embargo, porque no se creyó que de un día es veterano el valor, y que no tiene ni una hora de bisoño el esfuerzo, conocióse así en su recuperacion, que no se obró por ésta milicia, ya citada, solamente, pues toda ó la más rindió la vida, ó á la destemplanza de temporal ó á la malignidad del contagio, sino por los soldados que por horas iban entrando de nuevo para suplemento de las banderas.

«Dirigióse su prolongada expugnacion tres meses y medio, y señalóse la Diputacion, ciudad de Barcelona y toda la provincia, más que hasta entónces, en la sollicitud de las levas, creciendo los sueldos y ayudas de costa en beneficio de la brevedad y del número en la diligencia y abundancia de los viveres, que siempre sobraron en el apresto de los carros y bestias de carga para los convoyes, de que nunca hubo falta;

mas aquel valor que pudo detener el impetu francés y desmentar sus felicidades, hubo de rendirse al temporal incombible de la más rigurosa estacion del año, al contagio incurable de un achaque desahuciado, con lo que aquellas vidas dedicadas al servicio de S. M. se veian ántes acabadas que vencidas, y pudiendo lograrse vencedoras acometiendo, con solo ferirse por algunos dias de la campaña, escogieronlos, por mejor asistir que vivir, morir que faltar, dejando así al cadáver frio la sucesion de la gloria que pretendió y no pudo quitarlos la muerte. Más de doce mil infantes, entre los que consumió el tributo inevitable y licenció la enfermedad, faltaron en ménos de cuatro meses de la campaña. No hubieron fugitivos como lo esforzó así en voz cóbarde alguna envía militar, que quien cree que no ha de vencer nunca vuelve las espaldas. De los primeros que asaltaron y ganaron las trincheras á los franceses y los echaron de las fortificaciones fueron los catalanes, y las primeras banderas que se fijaron en lo recuperado fueron de la Diputacion. Todas las naciones, y principalmente las coroncias del Conde Duque y conde de Aguilar, obraron prodigios hazañosos, mas á una voz confesaron todos que habian estrenado las felicidades por el ardor de los catalanes: los que de éstos no consumió el cuchillo ó acabó la campaña, la enfermedad licenció casi en voluntarios los más de los enfermos, el rigor del contagio de que ya se temian y guardaban los sanos: afirmólo el testimonio del Doctor Viñez, que era uno de los cinco, que independientes unos de otros, daban éstas licencias: dice en una carta escrita á la Diputacion, en 31 de Octubre de 1639, después de haber exajerado el valor de los catalanes, su ardor en acometer, su porfia en asistir, aún cuando por enfermos los compellan á que saliesen del ejército, que él solo habia licenciado del ejército mil doscientos treinta soldados, precediendo la declaracion de los médicos; y siendo tantos á los que daban las licencias, se atribuyó á huida lo que solo fué licencia y necesidad, y aunque confiesa que faltan otros muchos, no fueron, empero, ménos los de otras naciones que los respetó

más la fama: mas ni por éste camino se le pudo trampear la gloria, pues aclamados leones en todos los acometimientos de las naciones, que entónces procedieron tan valerosas, que haciéndolos ménos numerosos los hicieron más esforzados.

»Esta gran falta suplieron, advertidamente diligentes, por siete veces los Dipulados, y la provincia repetidamente, segun la necesidad, con tan crecido número de soldados, que la misma muerte, que parece que se entró enemiga en nuestros batallones á hacer las partes de Francia, pudo dudar si los golpes con que su guadaña procuraba hacerlos ménos eran ciertos y efectivos, hallando siempre en los estragos cabal el número de los combatientes: servicio, por sus grandes circunstancias, memorable y digno de la atención real de V. M.

»El día del rendimiento de Salsas, no obstante la inclinencia del tiempo, ni la solicitud de los ministros, que vista la mucha gente que concurría, despacharon á toda diligencia despidiendo ántes que se acercasen los socorros que se conducían de más lejos, se vieron tan bien coronadas las fortificaciones, tan bien poblados y gruesos los batallones, que reconocido por los vencidos, Mos. de Espernan, entre el dolor de desamparar plaza tan importante, no se arrepintió de haberla entregado.

»El estado del Principado, después de tan prolija campaña, de más de millon y médio de gastos de guerra, pérdidas de hacienda, efusion de sangre, profusion de vidas, por la continuación de aquel achaque riguroso, que derivado de Rollon, no dejó en lo restante de Cataluña casa sin soledad, familia sin lástima, sitio sin que llorar, es tan lastimoso, que parece que renació el dolor de su mismo fencimiento, porque dándose las manos las calamidades é infortunios pasados con los presentes, se hace dudar la discontinuacion; y como no se interrumpen las desdichas, no púsan los talentos, ántes afligen más sin consuelo los pesares, hallados en los dias por metidos al gozo; y no por el rigor de la hostilidad, sino por el beneficio de la defensa.

»Este quebranto nace de dos principios: el primero, de

que cuando esperaban respirar de tantas fatigas con las mercedes y favores de V. M., no han merecido ni una señal de que tanto servicio ha sido agradable á los ojos de V. M., cuando tienen tan en los suyos los muchos favores y mercedes, que de palabra, escrito y de obra gozaron otros que poco ántes sirvieron, no más, sino con más dicha; ántes, viendo los disfavores que han padecido después acá, los tiene con un justo temor si han desacertado en lo que tanto pretendieron servir: el segundo, de las exorbitancias escandalosas de los soldados alojados en el Principado, ejecutadas en la paciencia y rendimiento de los que de paz los hospedaban; pues no se oyeron de los enemigos tales violencias: tales crueldades nunca las ejecutó la atrocidad; nunca pensó en ellas el desafuero.

»Ocasiónó ésto la resolución ó arbitrio que se tomó en enviar tan gran número de soldados juntos, para que fuesen superiores á las gentes de los lugares donde habian de alojarse, y tuviesen amedrentados á los vecinos. La experiencia ha dado á conocer que no fué acertado, porque siendo ordinariamente los soldados gente licenciosa, insolente y poco temerosa de Dios, viéndose superior á sus vecinos en número se arrojaron á hacer tantos insultos y excesos, que han obligado á los naturales, por justa defensa de sus vidas, honras y haciendas, á reprimir sus desafueros y arrogancias; y así, han sucedido algunas muertes de los soldados, las cuales es cierto se hubieran excusado si el número de los soldados se ajustára con la capacidad de los lugares, porque aquéllos no hicieran tantas insolencias, y los provinciales llevarán con más paciencia, y aún con gusto, el gasto moderado; pero viendo con sus ojos sus haciendas y honras menoscabadas, y sus vidas en tantos peligros, si no lo hubiera enfrenado el respeto y amor grande que tienen á V. M., su Rey y Señor, les obligarán sin duda á mayores demostraciones.

»¿Nó son ya materia de lástima los malos tratamientos de los labradores, apremiados con pena de la vida, bárbaramente ejecutada por la más venial omision, no á su sustento, sino

á su regalo; nó las violencias de las casadas; nó los raptos de las doncellas, donde muchas de uno y otro estado, han perdido por defender su honor, ó la vida ó la patria, y muchas arrojándose por las ventanas hallaron la muerte en el precipicio que no temieron, y les hizo apetecer la honestidad, á Dios no las librará á las que de élla escaparon, apelando, maltratadas de la inhumanidad de los hombres, á la dureza de los riscos, y prometiéndose de éstos más racionales efectos, y haciéndose corazon de las breñas se enterraron vivas por sepultarse con honra? De ésta manera calla el pundonor y la prudencia mucho, porque no disuene el deshonor en el alarido de la quejá, y porque no es ésto lo más que ejecutó el asombro.

»Esto sin duda, y lo que se perpetró en la sencillez de un pobre labrador, á quien, porque la miseria de su caudal no le consintió poder contribuir la cantidad que la militar insolencia le pedía, por vía de composición, después de haberle tenido colgado, los brazos torcidos á las espaldas, muchas horas, después de haberle maltratado allí con varios géneros de tormentos, con bárbara resolución intentaron arrojar un hijo suyo entre las llamas de un horno, y hubieran salido con su intento si la industria de su madre y los alaridos de los paisanos no le hubieran defendido.

»Estando alojadas en Gaba las compañías de D. Francisco Arbieto y de D. Alonso de Garnica, habiendo el furor de uno de estos soldados dejado por muerto al dueño de cierta familia, cuando se pudieran y debieran celebrar exéquias á la infelicidad de su fin, se las hicieron horriblemente á su honor, abusando de su propia mujer sobre su cuerpo, dos veces oprimido, que habiendo comenzado á morir de herida, vino á espirar de afrentado.

»Con éstas invasiones desenfrenadas, que no calman en las repeticiones torpes, ántes irritadas de su uso, se desbocean á abominaciones osadas. Pretendieron los mismos en éste lugar hacer violencia nefanda á diez años varoniles, y en otra casa, robado lo precioso de élla, dejaron muertos á su dueño,

su mujer y una hija, sin otro fin que la jactancia de crueles, que la opinión de insolentes.

»Habiendo llegado á Palau Tordara, lugar de cien vecinos, novecientos caballos, gobernados por D. Mucio Espatafora, D. Luis de Villanueva y Fabricio Patiño, con lengua de que los vecinos, temerosos de sus sacos, habían recogido sus haciendas en el castillo de Fubian, le atacaron incendiarios y le pusieron fuego, y ¡sacrilegos! entraron en su templo y delante del Santísimo Sacramento mataron á D. Antonio de Fubian, caballero de conocida nobleza y virtud, señor del castillo, estando con un Cristo en las manos, á tres criados suyos, una mujer y una niña de dos años, cuya inocencia pretendió defender su ansiada madre, en cuyos brazos estaba, quedando élla juntamente herida con otros cuatro. Despojaron los difuntos con tal inhumanidad, que para sepulturar al caballero hubo de contribuir á su funeral la compasión de un labrador con una camisa de limosna; y robando lo que estaba recogido, que importaba mucha cantidad, no perdonando lo sagrado, cortaron un brazo á un Crucifijo, insignia principal de un altar, y tomando los cálices, casallas y demás ornamentos sagrados, lo dejaron todo asolado.

»En Garriga, una tropa de soldados que allí se alojó una noche, además de haber sacado del lugar fuera del pasto suyo y de sus caballos 4.500 escudos por mérito de exquisitas extorsiones violentas, ejecutaron en su templo las mismas violencias sacrilegas, con la misma impiedad y ninguna reverencia.

»Pasando la caballería del duque de San Jorge por la villa de Cardedeu, y visto que la providencia religiosa de un sacerdote se apresuraba á cerrar las puertas de su iglesia, por defender su sagrado del ultraje profano de los soldados, dos de ellos le dispararon sus mosquetes, y hechas pedrazos las puertas, dándose por ofendidos de que no se las hubiese franqueado, y publicándole por ésto delincuente á los que llegaban de refresco, le expusieron en éllas al desafuero de sus compañeros, que maltratándole á porfía, amenazaban su buen

celo con que le habian de colgar de las campanas, aunque tuviese en sus manos ¡oh horror! el Santísimo Sacramento.

»En Granollers, villa de cuatrocientos vecinos, experimentadas las vejaciones implacables de mil soldados valones allí alojados, y visto que ni su paciencia, ni sus regalos, ni el modo apacible de tolerarlos y servirlos amansaba su ferozidad, habiendo pedido licencia al Obispo de Barcelona para sacar del lugar el Santísimo Sacramento para guía y viático de su jornada, y no habiéndola alcanzado, despedidos de Su Majestad con grande desconsuelo, y dejando al que no les permitía llevar los corazones fieles, relegaron sus casas, sus alhajas y sus bienes á la codicia imperiosa de los soldados, teniendo por ménos mal desnaturalizarse de su patria y quedarse sin nada que estar al impetu bárbaro de tamañas ferocidades.

»En los lugares de Villanuyor, Rubí, Castell, Visbal, Sitges, Llagostera y Laballeria, y en otros que han dado paso al alojamiento de éstas tropas, lastimados sus vecinos de la experiencia de tantas rapiñas, de tantas violencias, de tantos estragos, y desahuciados de remedio, olvidados de su sustento, con afligida desesperacion han desaparecido sus patrimonios y los pueblos de donde nacieron, buscando la respiracion en los términos de la muerte.

»La villa de Perpüan, llave de España, y por ésto en ólla más que en otra parte necesaria y precisa la poblacion, se halla con las más de las casas desiertas; y de más de tres mil vecinos que pocos años há se contaban en ólla, llegan apénas hoy á ochocientos; faltá que hace necesario doble presidio en la fortaleza, porque lo que servian los vecinos en caso de necesidad cuando eran muchos, ni se puede esperar ni lo podrán hacer hoy los pocos, y así pide gente fija. De la misma manera han quedado muchas villas y lugares fuertes de aquel Condado: desolucion de que no fué capaz el orgullo del enemigo cuando más poderoso, y de que lo ha sido la asistencia consumidora de los auxiliares cuando más de paz.

»No por ésto se pretende negar á V. M., contra cuyo res-

peto fuera delito irremisible la más bion relocada simulacion por falsaria de la evidencia, que de parte de los provinciales habrá habido algunos desmanes, que otros autorizan, para desautorizarlos, nó con título de desafueros sino con otro nombre ménos propio y más escandaloso. Mas no por eso se debe entender que se falte al servicio de V. M., ni á la natural lealtad, ni á la debida obediencia, por cuya observancia, el ménos defendido y más lastimado vasallo, ofrecerá en mérito de su dolor alegre (como debe) la vida; sino que tales desmanes han procedido contra los soldados alojados, ó imperados de su opresion, ó convocados de la justa defensa, ó impulsados de las esperas del sufrimiento, viendo que de tantos delitos y atrocidades ninguno se habia castigado; que tal vez rompo precipitado, detentado, furioso de tan represado, ó para recibir una fuerza con otra, ó enfrenar con el modo que debe el enojo, raras veces templado, á ferocidades tan sangrientas como ya referidas van. Son innumerables los excesos, vejaciones, agravios, sacrilegios, adulterios y deshonestidades que se han cometido en dicha provincia y han padecido sus naturales en la honra, personas y haciendas: porque á muchos ponian las carabinas, pistolas y dagas á los pechos para que les diesen lo que su licencioso antojo apetecia; amenazándolos con la muerte, sin reparar á las mujeres, y por el miedo les daban todo lo que tenian. Bárbaramente los molian á palos y á coces, dándoles cuchilladas; arrancábales las barbas; afrentábales con injuria; ponian fuego á sus casas; derramábales el vino y regaban con él las calles y lavaban los carbantes su haciendas, como si fueran enemigos; llevábales las acémilas en cantidad para el bagaje, de las cuales apénas volvian pocas ó ninguna, y éstas rescatándolas sus dueños. Y porque lo mucho no ha dado lugar á tanta informacion, sólo se representa lo probado; todo lo referido se ha ocasionado por falta de obediencia y disciplina militar de los soldados auxiliares: causa principal, Señor, de todo estos desordenes, los cuales no se experimentaron de las coronelías

del Conde-Duque y conde del Aguilar, que procedieron con más atención que las demás. El servicio y obediencia de V. M. sobrevive á todo quebranto, á toda alicion, á toda desobediencia; sea servido V. M., por quien es, de creer de aquellos sus vasallos lo que los demás satisficieron, porque en éstos son iguales á todos, ninguno los exceden. En los lugares de Castilla se ven conspirar, á vista de la corte de V. M., contra soldados insolentes, pueblitos enteros, hasta llegar la pretension de la defensa, á juntar la muchedumbre á son de campana; y si son como deben reprehendidos, y castigados, nunca por eso infamados de desleales, nunca sospechosos en la obediencia ni en la fidelidad. Se argumentó entre muchos de la de aquella provincia fidelísima, la pasión impensada de Francisco de Tamarit, diputado militar, preso en la cárcel pública cuando sus muchos y vivientes servicios en la campaña de Salsas, donde, como Maese de campo, asistió valeroso y diligente hasta su vencimiento; parece que le aprestaban señaladas mercedes, mandándole prender, y siendo solo un Alguacil ordinario el ministro de ésta prision, élla improvisa y contra estilo, él inocente, estuvo tan en sí atendiendo á no dar ocasion para que entendiéndolo alguno pretendiese la defensa de su inmunidad, se hiciese ruido y se causase alguna alteracion, que, sin levantar la voz ni darlo á entender á nadie, se fué mano á mano á la cárcel con el Alguacil, con que el pueblo á su ejemplo y con el conocimiento que tiene de que quien es fiel debe tambien parecerlo, ni de obra ni de palabra ha hecho movimiento alguno; servicio merecedor de la memoria de V. M. con una y otra atencion.

«Esta prision, las contribuciones, composiciones y vejaciones de los soldados, la atrocidad de los delitos y falta de castigo, que tienen perdido é irritado el Principado, que todo consta de las informaciones que se prestan, ha sido representado por los Diputados á instancia de los Sindicos y particulares de sus Universidades al Lugar teniente y Capitan general por V. M., para que las mandase revocar, como lo hizo la real Audiencia á instancia de la villa de Perpiñan y

consta de la sentencia; y los duques de Feria y Cardona con ménos causa, siendo Vireyes, por ser expresamente contra las constituciones generales de Cataluña, que hablan en éste caso, y se ordenaron y establecieron á éste fin, de que seria presuntacion aparte, se pusiese remedio á tantos daños, mas no ha sido posible disponerle á que se tome resolucion. Desahuciados tambien de aquella instancia, han recurrido á los Reales piés de V. M., por médio de súplicas deferentes; y lo que en ésta pretension se ha resuelto ha sido, que los alojamientos se hagan segun el estilo de Lombardia, de que otra vez vuelven á suplicar á V. M., así por la pobreza y miseria en que de presente se hallan aquellos fieles vasallos, como porque les seria de grandísimo consuelo en su quebranto ver la grandeza de V. M. inclinada á favorecer sus leyes y establecimientos, de que no les obliguen á tanto. Y aunque hay quien pretende establecer que no habian sus privilegios y constituciones en casos de tanto aprieto y necesidad como la presente, no es así, que antes se hicieron y ordenaron para ellos; cautelándolos de manera que no dejaron ninguno de los que en algun tiempo podian ocurrir, que en éstas no se halla expresamente comprendido é individuado.

«Por lo cual, piden y suplican á V. M. sea servido de permitir el informe de la forma que los Reales progetores de V. M. individuaron ésta materia, y juntamente la imposibilidad que hoy tienen los naturales, por acabados de los gastos pasados; que cuando por ley estuvieran expresamente comprendidos, no era posible acudir á élla por su miseria; para que, vista la justicia y la verdad, se conozca que se reclama humilde y justificadamente, y que no se hace tema de la porfia, acudiendo á los Reales piés de V. M., una, y otra vez, sino que es inexcusable necesidad; y que no sólo desca el mayor servicio de V. M. y el bien de aquella provincia, prevencion de muchos daños que amenazan, consuelo de aquellos afligidos vasallos, que no rehusan los alojamientos segun sus constituciones, sino segun el exceso con que hasta ahora se ha procedido por el desórden de la multitud: el re-

médio de todo lo cual piden y esperan de la benignidad y clemencia de V. M.»

Esta disculpa daban los catalanes de los alborotos y excesos cometidos en su provincia: ellos no eran oídos, embriagándose cada día con los baldones y amenazas que les hacían. Y no pararon aquí las cosas, porque tres mil villanos, con dos hombres principales por cabezas, se entraron en Barcelona, y conciliándolo el pueblo, que es lo más que hay allí, cerraron con la cárcel donde estaba el diputado Tamarit, para sacarle: él se defendía diciendo que estaba preso por el Rey y que no quería salir: sin embargo, le sacaron con grande alboroto y vocería, apellidando por la libertad de sus fueros. Quisieron quemar la casa del conde de Santa Coloma, y arrojaron algunos barriles de pólvora: esto no tuvo efecto por algunos hombres piadosos, si los había, que lo estorbaron. Fuése á guarecer á la Alarazana, cargando la culpa de esto desorden y alteración á los modeneses y á los valones por las atrocidades cometidas en los alojamientos, y también á los castellanos, con quien tenían la más rigurosa ojeriza. Suceso comun de la guerra que arrastra y lleva consigo estos desmanes; pero ellos no estaban inocentes, corriendo voz por toda la tierra que habían muerto á sus manos más de mil soldados.

En Flandes, las unas gentes y las otras, así las nuestras como de holandeses y franceses, estaban á punto para comenzar sus progresos: no se sabía desde 4 de Abril hasta 28 de Mayo, en la corte del Rey Católico, nada del sitio del Casal de Monferrato; solamente que había malas nuevas. En toda la cordillera de los Pirineos, desde Bayona á Navarra, tenían guarniciones los franceses, fabricándose una buena armada en Bretaña para correr ambos mares; pero no se sabía dónde ni sobre qué parte había de dar. Todas estas cosas eran de grandísimo cuidado para el reino, y, á mi ver, lo que más le podía dar era lo que se comenzaba á emprender en Cataluña, porque aquellos hombres pasaban ya de insolentes á traidores, y la caballería de las Órdenes militares, que se levantaba para

desvanecer y castigar muchas de éstas cosas, apenas llegó á crecer su número ni pasó de ochocientos caballos: cosa poca para lo que se entendió, y mucho peor para el comento que habian de hacer de élla los enemigos y la vaga estimación; porque, ¿quién no entendía que el gran nombre de caballería de España no era de más bulto y de más terror y que basaba su opinion para ser temida? Tanto conviene no remover las cosas que sólo están en opinion, porque no se sienta tanto nuestra flaqueza. Las infelicidades prometidas en éste año por los judicarios comenzaron á verse en éste caso. Habien-do visto el Cardenal de Richelieu el aprieto del Casal de Monferrato y que el marqués de Leganés estaba asido á élla con mucha y buena gente; que con la pérdida de ésta plaza los habian de acabar de echar de Italia, y que era despegarlos de un puesto de mucha consideración para proseguir en élla sus intentos, juntó un razonable socorro, porque lo demás asistía á la ciudad de Turin, de hasta cinco mil infantes y algunos caballos, debajo de la conducta del conde de Arcourt, sobrino suyo. Dieron para esto los venecianos, de secreto, á los franceses tres pagas, como tomando aquella gente por su cuenta porque el Rey Católico no se apoderase de aquella plaza; queriendo ántes que la tuviese el rey de Francia, y cumpliendo en esto la proteccion que habian hecho los años pasados con Carlos, duque de Nivers y de Mántua, que ambos á dos, los venecianos y el francés habian de mantener aquel Estado en favor de la duquesa viuda Maria, nieta de Carlos duque de Saboya, sobre que se comenzaron las diferencias en Italia el año de seiscientos y doce y de trece, que duran hasta hoy.

Acometieron los franceses las fortificaciones hechas sobre el Casal por el cuartel del General; no quisieron escoger otra parte ménos flaca: fueron rebatidos por dos veces á la mañana, y á las doce de aquel día, con poca esperanza de alcanzar victoria, y casi desesperados, se retiraron, de volver á tentar fortuna. Como el Marqués vió retirar los enemigos y alejados, y que apenas se veía alguno en el campo, y que por los segui-

dores se habían alargado algunas millas, creyó que ya no volverían y que se daban por vencidos de tornar á la empresa, y que no había más franceses, desamparándole toda la prudencia y el recato en que él no era tenido por bisono, sino que fué azote de pecados, y el descuido castigó la confianza. Cansados de combatir, pues, los españoles por dos veces, llegada la noche y dormida totalmente la disciplina militar, falta de espías y de atencion, cosa en que debe reparar un gran juicio y un gran Capitan que tiene á su cargo un ejército de grande honra, no ménos que el del rey de España, y un cuartel de españoles, y un ejército de reputacion, asombro de Italia y freno de los enemigos: encendidos los franceses y armados de todo aquéllo que nos había faltado, porque parece que hemos trocado de gobierno, ó que ellos nos han tomado el nuestro y nosotros apetecido el suyo; finalmente, el conde de Arcourt y los demás cabos y soldados, por la importancia de la plaza y como se lo habían insinuado de París, resolvieron volver á la noche: volvieron á embesbir con el cuartel del Marqués, que, como he dicho, era el de los españoles y el de la corte, y hallándolos á todos descuidados, dormidos, sin armas y sin centinelas, le rompieron: y lo más infeliz de todo, con la confusion y las tinieblas degolláronle tres mil españoles, la flor de Italia; tomóntole el bagaje y alguna artillería, y al Marqués la recámara y 50.000 escudos que llevaba para su bolsillo, que un buen adinerado con esta niñería camina. Quizá de sobrado no le harían falta, porque no parece que las Indias de España produjeron el dinero sino para la dicha de éste hombre y que á él solo tocaba el disfrutarlas. Veíanse en su casa las alhajas, las herencias y los gares comprados en ésta era, y en tan poco tiempo la potencia de su fortuna: cuando se caía de las otras casas con los pedidos continuos, solo se veía crecer en ésta. Fué más que milagro escapar de las manos de los franceses y no quedar prisionero; otra mengua bien grande, como un general de Italia por el rey de España. Con ésta surtida, los franceses socorrieron el Casal, y el Marqués con poca reputacion levantó

el sitio, que sabido en España fué de mucha congoja, y á todos se les cayó la cara de vergüenza. Súposo ésto en la corte, lúnos 28 de Mayo, el más aciago de éste año, habiendo sucedido en el Monferrato domingo 29 de Abril de éste año. El conde de Arcourt, usando de la bizarría de vencedor, envió al Marqués los criados prisioneros, los libros de la Veeduría y Contaduría, el Secretario y el coche, y guardó los 50.000 escudos, que los había menester para sí. Prendiéronse algunos cabos y otros hombres de cuenta, y salió herido el marqués de Caracena. Murió D. Diego de Luna, á cuyo cargo estaba el gobierno de la caballería del Estado, hijo de D. Sancho de Luna, Castellano que había sido de Milan en tiempo del rey D. Felipe III, que murió en el Boquete, soldado de mucho valor y de nombre en las primeras guerras del duque de Saboya, sobre las mismas dependencias que vamos escribiendo y porque quería ser tirano del Monferrato. Murió el Maestro de campo D. Ferrnando del Pulgar, y capitanes de infantería y caballería, y áun ésta dicen que no hizo el deber, sino que volvió las espaldas. Fué éste trance de gran desconsuelo para todos y para el Marqués, porque se atrasaron aquí mucho las cosas que caminaban con curso velocísimo y con grande prosperidad para el crédito de España y contra la esperanza de los franceses. Escribió al Rey una carta; dió por causa la ira del Cielo contra los pecados; que no estaban en perfeccion ni acabadas las fortificaciones, y que no estaba hecha la línea de la circunvalacion, pues las aguas de Abril no le habían dejado acabar de cerrar la plaza, porque como eran tan importantes y pesadas, se las desbarataban por momentos: que había sido acometido tres veces y rechazado las dos á los franceses, y calló lo demás, no obstante que todo se discurría, y los celosos de la honra del Príncipe y la patria no le disimulaban nada y le notaban que había faltado en éste hecho á todo cuanto obliga la atencion á un General de una plaza de armas tan relevante como las de Italia, que los ha tenido de tan subido punto que fueron rayos de franceses. Retiróse con ésta pérdida el ejército á Turri, y como se tomaron prisioneros, tra-

taron de rescatar unos con otros. Mataron muchos vivanderos con la confusión de la noche: no está libre de dificultades el salir temprano á las empresas: si es siempre alabada la anticipación á los capitanes, porque es suyo lo que habita en el campo; el enemigo, si no ha podido igualarle y salir al mismo tiempo, se guarda para cuando el otro se haya gastado, consumido ó divertido el caudal y las fuerzas en lo que ha campeado, y há menester otro ejército para contender con el enemigo que viene de refresco y descansado. Y si el tiempo con las primeras aguas, como es de ordinario, no le deja obrar, pierde el ejército más á la pesada condición de la influencia que al combate de los enemigos. Si sale tarde, que ya está ocupado todo, perdida la empresa, imputan á la cabeza y al gobernador de tardío, remiso y falta de providencia, y peligró el poder. Muchas veces se ha visto salir un ejército temprano, obrar algunas cosas y consumirse, y gastado las fuerzas, no haber caudal para socorrerle, ni darle otro ejército llegado el competidor, que se ha armado en el entretanto, salido de refresco, recobrándose en lo perdido. Así le sucedió en lo de Corbic, en la Picardía, que la tomó el infante D. Fernando, saliendo muy pujante al principio de aquel año con el ejército y consumidole; salió el rey de Francia, mejorado, á la posta, no porque no hizo opósito, ya cuando el Infante no le tenía, y descompeñóse el francés de aquella plaza, que fué lo que le dió más cuidado que lo demás que habia perdido, y recobróla: de suerte que el que madrugaba de tener otro ejército para conservar lo hecho, y mantenerlo ántes que se ponga el sol; si nó está á pique en aquella sazón que el que viene reforzado le vuelva á desarmar. Sin embargo, mi parecer es que el que se adelanta siempre lleva la vanguardia al otro, y de ordinario es suya la tierra y la victoria, y el que no lo hace, aunque salga después, suele morir ahogado á manos de imposibles y dificultades.

A ésta hora el príncipe Tomás habia tomado por su cuenta la defensa de Turin, que era adonde habia cargado la fuerza y contienda de los franceses, con el amparo de la Ciudadela que la tenían por suya: á ésta sombra querían recobrar aquella

ciudad como cabeza del Piamonte. Por el contrario, nosotros la queríamos conservar y ascender á la expugnación de la Ciudadela, que era de suma importancia, para concluirlo todo y en señorear con el imperio aquella provincia; y si se hubiera conocido bien lo del Casal, facra muy posible haber echado á los franceses de Italia éste año. Para ésto, el príncipe Tomás, con la genio del Rey Católico que tobia en Turin, habia hecho algunas fortificaciones fuera de la ciudad, para consumir allí á los enemigos y defender los burgos con más brío, y levantado una fortificación ó média luna al convento de las Capuchinas. Los franceses la asaltaron, ganaron y tomaron la artillería; y el príncipe Tomás para volver sobre élla invocó las fuerzas del Marqués, gobernador de Milán; pasó allá con su gente, recobró la média luna y la artillería con estrago de muchos de ellos, desfogando allí la rabia y la vergüenza de lo sucedido en el Casal. En ésta forma, sin haber otra novedad, han contentido sobre aquella ciudad, con sucesos igualmente de una parte y otra, han porfiado con el mismo teson y debatido en las fortificaciones de afuera, ya sobre la muralla, siendo rebatidos de ellos, ya ellos de nosotros, que es todo lo que yo he podido describir con precision, sin atarme á pocas cosas: si bien estuvo apretado el príncipe Tomás en la plaza ó se dejó apretar, con pretexto de no rendirse, aunque creció la hambre, y que unos y otros se comian los caballos. Sin embargo, le socorrió el marqués de Leganés, lo metió gente, mas no los bastimentos, que no pudo, sin haber otra novedad. Por lo que ahora suspenderé ésto suceso, por lo consumida y quebrantada que estaba nuestra gente, así por lo mucho que habia campeado, como porque el tiempo, y tan vecino el invierno, inclinaba á toda la milicia á buscar el alivio de los alojamientos; y porque todos sabían á ésta hora, qué nervios habian quedado al ejército de Lombardia, de que no dejaremos en silencio lo que faltare de describir en el año: ésto en aquella parte para acudir á los sucesos de Flandes, que ya comenzaban á hacerse sentir.

Hicieron los holandeses plaza de armas, en el fuerte de la

Filipina, para acometer á Brujas, á Ulst ó al Saso de Ganic, y quemáronles la pólvora las guarniciones de aquellas plazas, por industria y diligencia de los cabos; de que recibieron gravísimo daño. Quisieron retirarse; fué Su Alteza sobre ellos, dióles batalla, rompióles y degollóles mil quinientos hombres con que les hizo ceder por entónces de la campaña. Y es cosa bien digna de ponderar, y más que todo, que no se debe de haber pasado el juicio á ésta consideracion, que no hay provincia en todas las quatro partes del Mundo donde alcanza á tener dominio la Monarquía Española, que por espacio de catorce años y más, no se esté recelando ó temiéndose de ser asaltada de franceses ó de sus coaligados, así herejes como mahometanos, y sólo la Francia, agresora de estos execrables officios, está libre de todo ésto, sin entrarles un hombre por las puertas, durmiendo todos con seguridad, reposando y labrando sus tierras, cogiendo sus mieses sin zozobra ni pavor de enemigo, ni de soldado forastero que le turbe el ánimo del corazon, le queme la casa ó el lugar, le robe la hacienda, le tome la mujer y los hijos, y todo lo demás está expuesto por ellos á ésta calamidad. Y para más admiracion España, que por más de cien años se habia librado de ésto cuidado, gozando de la paz y entregándose á élla á la sombra de las palmas y los laureles conseguidos de las heroicas baziñas de sus insignes y señalados Gobernadores, con envidias y emulacion de los enemigos y de las otras naciones, buscada por ésta felicidad de unas y otras, aplaudida por muchas razones y con alta veneracion de sus Príncipes; arráigándose y naturalizándose en élla, poblándose y extendiéndose para salir á domar naciones distantes como lo hicieron. Y que todo ésto se haya trocado tan brevemente en desolacion ó en amargura, en dolor, en miseria, en necesidad, en ira, en guerra, en levantamientos de reinos y provincias, pérdidas de plazas, estragos de pueblos, robos, violencias, usurpaciones de haciendas y otras calamidades públicas, parece que se habia de rigor forzado á su fin á ésta causa; y siguiendo ésta influencia el rey de Francia, con mayor brío que los años pasados y con dife-

rentes intentos y designios, no atado á pequeñas cosas ni á inferiores plazas, sino á las mayores y más fuertes del Artois y de Arras, como su cabeza, que ántes habia echo correr y contribuir sus pueblos con la caballería, no dejando de atender con tropas y con algunos gruesos de infantería á las inteligencias del Condado de Luxemburgo y á lo que allí habia tomado. Iba toda ésta gente á cargo del do Lamillere, Gran Maestre de la artillería.

Todo el desvelo del Richelieu y toda su industria era resituir á la Francia sus antiguos derechos; pretendiendo borrar las donaciones, y si no todas, porque algunas estaban distantes y no alcanzaba la mano del rey de Francia, ó no podia redimirse de ésta vejacion, por lo más cercano, no hay duda. Así lo dicen los varones más insignes en la Geografía: que la provincia del Artois fué antiguamente de la Gália Bélgica, y que la debian de poseer ántes franceses tiránicamente, ó la debieron quitar á los señores de Flandes, y que en el tiempo de Carlos V, como Príncipe de tan gran potencia, y que habia heredado la mayor y mejor parte de la Europa, con la emulacion y su grandeza de Francisco I, rey de Francia, y con la prision en Pavia de su persona, y rota del ejército por los españoles; hecha la paz entre Francisco y el Emperador, quedó libre el año de 1529, ó en rehenes de su libertad, por si acaso no cumplia lo capitulado en aquélla paz, como no lo cumplió. A éste fin Luis XIII la ha infestado todos éstos quatro ó cinco años postreros, y la ha pretendido invadir, acometiendo á Sant Omer por su cercanía, y con éste fin, que no pudo tomar, y le forzaron á levantar el sitio; pero con ésta ánsia y ésta pasion se apoderó de Edin, que tambien es de su circunferencia, y de otras plazas pequeñas, y ahora queria tomar la cabeza y enseñorear la provincia. Sin embargo antes de tomar ésta plaza, pasaron á cargar á Charlemont, plaza fuerte y situada sobre una eminencia peñascosa; en el Condado de Anamur, á la frontera de Francia, está Philipovilla y Mariemburgo, que fortificó el Emperador en aquellos tiempos y en aquellas mismas contenciones y diferencias

que se han venido derribando por sus descendientes hasta hoy, y las puso su nombre y de sus hijos; Charlemont, de Cárlo; Felipevilla, del rey D. Felipe II, y Mariemburg, por la emperatriz María. Puestos los franceses sobre Charlemont, los que tenían entera noticia del arte y de la fortaleza de ésta plaza, adificada á la ribera de la Mosa, pusieron dificultad en que el enemigo la consiguiere. La industria, madre y maestra de todas las cosas, buscó camino para librarla del asedio, y valiése de dos artilleros, uno flamenco y otro Jorenés, ó ambos de la primera provincia, y por la misma causa, luego se inclinaron por el amor de la patria y del Príncipe, ó por la oferta del oro, á entrar en el concierto, y fué así: que habiéndose acuartelados algunos franceses en la iglesia de un villaje cerca del sitio, habian hecho allí almacén de la pólvora y municiones; que con tan poca reverencia tratan los templos y el culto de las imágenes, y así Dios castiga con el azote y los echa de él: finalmente, el artificio de este intento se ob-servó con una mina secreta dejando una cuerda encendida, hasta tal hora, y que efectuése. Hecho, pues, como se habia acordado, pasaron luego los artilleros á dar cuenta del hecho al marqués de Chan, Gobernador de la plaza; y al tiempo de éste aviso, llegando la cuerda á su fin, se prendió la pólvora con tan grande ruido y espanto, que puso en terror á los franceses y á toda la campaña: quemáronse cuatrocientos ochenta barriles de pólvora, abrasáronse armas, cuerdas y bastimentos y más de dos mil soldados que arrojó la violencia de aquel elemento por el aire y los volvió al suelo hechos pedazos: con que la Millere, viendo se habia faltado la principal materia para expugnar, levantó el sitio á toda diligencia. Visto ésto por los de Charlemont, y que los franceses se retiraban, salieron á ellos, les mataron mucha gente, les tomaron artillería y lo demás que les vino á las manos del bagaje. Retirados los franceses se suspendieron por cinco ó seis días, sin saber el camino que tomarian, y quebraron la cólera en Chimay, tomándola por interpresa, villeta pequeña y de ninguna consecuencia, y quemáronla porque el ejército que ya

marchaba en opósito suyo no la recobrase. Pasó sobre ellos D. Felipe de Silva, á cuyo cargo se habian puesto éste año las armas del País-Bajo con una parte considerable del ejército, si bien algo tarde, que á caminar con más brío, se pudiera haber excusado la disipacion de Chimay: consecutivamente el baron de Lamboy con tres mil caballos degolló cinco compañías de franceses que estaban fuera de guardia, prendieron un Capitan y mataron otros: retiráronse y alojó D. Felipe de Silva junto á Duay, dividiendo mucha de su gente en frontera; que es bien alcance el fuego á quien le mete en las casas de los vecinos. Los holandeses le acababan de experimentar en su pólvora, en satisfacción del incendio de Dunas, puerto en Inglaterra, y los franceses del de Guetaria, y no fuera tiempo perdido sino accion muy importante á sus navios de fuego arrimarles otros: que de ésta manera cobran pavor los enemigos y se hacen más recatados, porque el descuido ó la tibieza en el ofender no hace otro efecto que confirmarlos de insolentes.

En Alemania, con la victoria pasada, se iban mejorando las cosas con la restitution de puestos y de fuertes, y rota de suecos y franceses, protestantes rebeldes y mal contentos. Hizo paces el Emperador con el turco, y el polaco las rompió con los holandeses, aunque de su ánimo y afición á la casa de Austria y al Imperio, y á tener á su hermano en Flandes, no se ha visto cosa de consideracion, ni haber hecho siquiera alguna entrada en tierra de suecos, sus rebeldes. El príncipe de Orange, despuchado mal del encuentro pasado con los católicos, al calor de los franceses, aunque tambien con sinicé-tros sucesos, volvió á salir con diez y ocho mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, barcas, municiones y pertrechos: desembarcó en la Exclusa, y puso en contribucion lo que pudo de aquel país, y erigió plaza de armas en el vil-laje de Magdeguel y su alojamiento á vista de la ribera y del río que pasa de Gante á Brujas, cuatro leguas. Intentó pasarle y echó puente sobre él, para cargarla á otra de las plazas vecinas ó juntarse con los franceses, aunque ésto tiene ya

sito, y á Dunquerque por evitar los daños que reciben las islas de su armada, y acabar de cerrar aquel paso á los socorros de España: no habiéndolo podido efectuar ni salir con nada, se volvió á retirar para rehacerse y tornar á la campaña.

Fluctuando nuestro Gobernador y casi abogado en diversas materias y accidentes, reparando lo de Cataluña, por el cuidado que podia dar, por no serenarse aquellas connociones y ser pesada la condicion de aquellos hombres, preguntaba cómo se podia sosgar lo de Cataluña. Si se me preguntára á mí, yo le respondiera que con dejarlo y con remitir algo de la demasiada persecucion de los súbditos, de no afligirlos tanto, ni investigarles cada hora, por espacio de diez y nueve años, con juntas, decretos y consejos, las haciendas, la honra y las vidas de aquéllos; templarse en las palabras, en las acciones, y mirar que son vasallos de Príncipe tan esclarecido. ¡Qué léjos estuvo aquel ilustrísimo varon, dechado de validos, de ponerse á sí y á su Rey en tales lanceos, y qué fuera estuvo de ocasionarlo estos afanes y zozobras! ¿De qué serenidad no gozó España y toda la Monarquía? ¿Qué efectos por su prudencia no se consiguieron llenos de dichas y felicidades en paz y en guerra? ¿De qué virtudes no fuimos alabados? La prosperidad, ¿en qué parte de su reinado y gobierno no resplandeció? ¿Qué es lo que vemos ahora sino enemigos por todas partes, solicitados por nuestros officios, persecuciones, necesidades, miserias, sacas de haciendas, llantos de casadas desposeidas de sus hijos y maridos, de viudas por habérselos muerto, de doncellas por su orfandad? Finalmente, preguntaba por el romélio de Cataluña, y no lo hallaba, habiéndolo podido hacer ántes con bastantísimo tiempo. Si nos diésemos á creer que la humanidad, la moderacion y la cortesía es el ornato de la conservacion de los pueblos; si nos gobernáramos por éste norte, ¿quién duda, que no poligráramos en los inconvenientes que vemos? Hémonos tomado el officio de gobernador y usurpámonos toda la potestad y el mando del Príncipe y acometemos con ferocidad á tragarnos los hombres. ¿Hasta cuándo, ¡oh Catilina!, dijo Salustio en los tumultos y

diferente semblante y otros reparos, y mira á mudar regias de Estado, con las pérdidas de éste año; porque el rey de España se iba mejorando de puestos y de plazas, se entraba en el corazon del País-Bajo, y aspiraba al señorío de todos, de amigos y de enemigos, de neutrales y de confederados, y convenia en que, así holandeses como ingleses, dinamarqueses y protestantes los estuviesen atentos, abran los ojos y miren á las manos, cuando vemos con qué codicia anhelan por el imperio y por el dominio de la Europa; y conviene advertir no sean vasallos los que son señores, cuando les puede ser mejor vecino y aliado el rey de España. Opúsose á los pensamientos del príncipe de Orange el conde de Fuencalara, con mil quinientos españoles; acordóles y pásoles por delante la ocasion en que se hallaban, el estado de los Países-Bajos, su defensa cometida á su valor y aliento, la salud propia, conservación y amplificación de su crédito, la honra del Rey, y la de toda la nacion española; púsoles por delante las veces que los años pasados habian dechado en aquellas riberas, en aquellos pasos fuertes y exclusas, á aquellos mismos rebeldes á Dios y á su Príncipe; hizoles memoria de la victoria, de todas maneras gloriosa, que alcanzaron de ellos cuando quisieron tentar á Amberes, que rechazaron con tanto ardor y denuedo, que les pusieron las armas á los piés; que ellos mismos eran, sin haber mudado de mejor fortuna, que imitasen á los compañeros que acababan con indecible avilanteza de echar á los franceses de la fortísima plaza de Charlemont: que apretasen los puños y manejasen las armas contra ellos que pugnaban por despostrarlos de su antigua gloria y nombre. Dichas éstas palabras con el coraje que se deja entender, metidos en el combate, fué el enemigo segunda vez desbaratado; degolló mucha gente, y quemó las barcas: no obstante intentó de nuevo el paso por junto á Nostradama; salióle al encuentro el conde de la Fontana y estorbósele, perdiendo el enemigo en ambas refriegas tres mil hombres. Discurrían algunos que salían con varias imaginaciones y traían los pensamientos en ocupar diversas plazas, y aquella que le saliese más á propó-

guerras civiles en Roma, depondrás del pesado yugo y servidumbre en que nos tienes?» El miedo del Virrey era grande, su muerte temida y vecina; la conjuración resuelta y los ingresos pagados por el Consejo de los de Villafraanca; pero tanto los nobles en su casa y el marqués de Villafraanca; pero nada bastó y todo no servía sino de encender más fuego. Los cuidados de Castilla eran grandes y de todo precedía gran ruina. Los Ministros, entre diligentes y turbados, no obraban nada; atendían á sus medras y mejoras, y acudían á cobrar los gajes y ayudas de costa sin número. Llegó el día sétimo de Julio, en que celebraba la Iglesia el misterio sacrosanto de darse Dios Sacramentado, de darse debajo de especies de pan para la vida y restauracion del hombre. Estaba toda la gente en Barcelona, como lo acostumbaban en tales festividades: habian venido muchos hombres de fuera de la ciudad y de los demás lugares del Principado, en traje de segadores y villanos; comenzaron á discurrir por la ciudad, y tomando ocasion de pequeñas cosas, y corriendo furiosos unos para otros, dieron en decir falsamente que los castellanos habian muerto un Conseller, y que habia sido de la casa del marqués de Villafraanca, á quien aborrecian sumamente. Juntáronse como bárbaros con tropel y vocería, fueron á cercar la casa del conde de Santa Coloma; él salió al terrado y como pudo á la Atarazana, situada junto al mar, donde se fabrican las galeras; fuéronle siguiendo, y sin embargo de parecerle que no estaba allí seguro, se salió hácia la montaña de Montjuí acompañado de algunos caballeros castellanos, aunque pocos, porque ya los de la ciudad cada uno procuraba salvarse en su casa. Hizo señas con un lienzo á las galeras para que le enviasen una y escapar en élla, y al tiempo de moverse y levar remos hácia la orilla, fué tirada del castillo con la artillería, alcanzóla una bala que la hizo estremecer y dar mil vueltas alrededor; creyeron que se habia de ir á pique, y alterados con esto se retiraron: comenzó á caminar el conde de Santa Coloma, á buscar alguna parte escondida ó caverna donde meterse; hasta allí le fueron siguiendo con las charpas y los podreñales ago-

nizando ya con la fuga y con la muerte que esperaba, dejando rotas las puertas de la Atarazana y apodrados ya de la artillería, y por caudillo un barbero, que no acometian á más árduas empresas sino hombres de ésta calidad: y acongojado aquel caballero de suerte que se le comenzaron á encoger las piernas, y sin poderle valer los peñascos y concavidades de Montjuí, le fueron siguiendo; y alcanzado, el primer golpe que recibió fué de una pedrada; caido en tierra cargaron sobre él, y execrable é inicuamente á cuchilladas y estocadas le acabaron de matar. Murieron algunos sin poderlo defender á su lado, y éstos muy pocos, pero castellanos; y al Capitan de la guardia y al Secretario hicieron pasar por el mismo rigor. Fué dicha escapar su hijo primogénito, llevándole D. Berenquel Doms, en un barco á Vinaroz, puerto de Valencia, sufriendo lo tremendo de aquel elemento en tan pequeño vaso, en que á cada punto estuvieron para naufragar. La Condesa salvó su persona en un convento de monjas. Con éste hecho pasaron adelante con grita y vocería, y con las armas en las manos: dieron furiosamente, ajenos de toda humanidad, sobre la posada del marqués de Villafraanca, para hacer lo mismo de él que del Virrey; no le hallaron en casa, quisieronle quemar, y descargaron la furia en los criados que toparon, haciéndolos pedazos: porque muchos salieron á salvarse á la mar y á los bajetes, sin embargo, se dieron furiosamente por las calles, posadas y mesones á caza de castellanos, y los huéspedes los avisaban de los que tenian en sus casas: tan infamemente procedian los catalanes. De aquí, con éste estruendo y alboroto, fueron descensrenadamente corriendo la ciudad; salieron los frailes de San Francisco con las cruces y el Santísimo Sacramento, y no bastando nada, ni la real presencia de Dios, que ésta fué la fiesta que le hicieron, más llenos de ira y más precipitados en sus excesos, profanaron los claustros de los conventos de las Virgenes, hasta la hospedería de Monserrat, de la orden de San Benito, buscando los castellanos; y para conocerles á los que callando se defendian decian: «parlar», y si por desdicha lo era, era tirado luégo con las pistolas. Apode-

ráronse de la artillería de la ciudad, de la casa de armas. Quiso un Conseller ó Diputado, peregrino en ésta faccion, por no haberse metido otro que más pareciese leal, á enmendar la furia y la rabia de ésta gente, de los que parecian villanos ó sediciosos, sacarlos de la ciudad con pretexto y color de que venian los enemigos, y que era menester salir al encuentro: diéronles algunas pagas y salieron, pero reconociendo que era traza y artificio para sacarles, y que les cerraban las puertas de la ciudad para dejarlos fuera, concitados de mayor rabia, fueron, así plebeyos como villanos ó segadores, que tanto montaron y buscaron la casa del Sindico, entraron en élla, y no hallándole, le pegaron fuego, sacaron la hacienda á la calle y el dinero, y todo lo entregaron á la violencia de las llamas. Con ésta furia corrieron á buscar al hombre, alterando el sosiego y quietud pública de la ciudad, sin haber quien se atreviese á oponérseles y á reprenderlos. Los nobles y los verdaderos catalanes, pocos y sin séquito, á quien tocaba por derecho de fidelidad y de sangre la defensa de la justicia, de la patria y de la honra del Rey, estaban cubiertos de miedo en sus casas sin atreverse á salir; pero, lo cierto era que todos querian multuar y holgaban de la revuelta, para darse al robo y á la venganza de cualquier autojo pasado, sin atreverse á salir los Ministros de la ciudad ni la Diputacion: los buenos no tenian quién los amparase, y los malos dejaban correr aquel escándalo para hacerse á su sombra más insolentes; y sabiendo que estaba escondido aquel hombre en el Monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, entraron en el coro, y sin reverencia de la clausura, de los altares, ni del Santisimo Sacramento, le mataron.

Todo ésto explayado y esparcido por el Principado, cada uno, en vez de recurrir al remedio y al servicio del Rey, aprestó las armas y comenzaron á conspirar más vivamente contra los soldados, así infantes como de caballería, tomándoles los caballos, armas y vestidos, y huyendo los capitanes á salvarse á las fronteras de Aragon y de Valencia, pedian socorro á las demás ciudades, con que se desbarataron

las compañías y percibió mucha milicia: los de Barcelona estimulaban á los vecinos, perpetrados tantos delitos para hallar abrigo á su maldad, donde tambien comenzaron á multuar y perder el respeto á la justicia (advierdo que hablo de los pueblos del Principado), perdian el respeto á ésta, á la nobleza, de suerte que todos aquellos fundamentos que tienen en pié la seguridad, lo civil y lo divino, todo comenzó á turbarse y á no tenerse respeto á nadie. Decian que aquel ejercicio que los tenia rodeados, que no era para las fronteras, ni para los franceses, que estaban muy léjos de volver á tener por Perpiñan, porque los intereses eran ningunos y los gastos grandes, y que su ansia era solamente á infestar con mayor porfia á Flandes y á Italia, donde los aumentos eran mayores, como se acababa de ver, y que toda aquella gente era contra éellos, contra sus vidas, honras y haciendas, y para quitárselas en las Cortes, quebrantarles sus fueros y sujetarlos á una eterna y dura servidumbre y esclavitud, como á Castilla, donde ya los hombres agravados y huindidos en tributo no se podian tener en pié, lloviendo incesantemente ésta tempestad sobre éellos. Sabido el caso de Barcelona en la corte, lo restante de España, y todos los reinos y provincias forasteras se suspendieron y dijeron era el fruto que se comenzaba á coger de un Gobierno pesado, y de una condicion violenta, y de un campo de tributos sin descanso: acordáronse de los vizeinos y de la sangre derramada en su provincia por volver por sus derechos, y de los portugueses, de las horcas con que amenazaron su inocencia; y el Gobernador, aún no quebrantado de éste hecho, que si lo estaba, porque no hay hombre tan vestido de inhumanidad que tantos malos sucesos como se han recibido en veinidos años de gobierno, por siniestros y mal cimentados consejos, no deje de abollarle el corazon. Finalmente, se turbó el reino, hizo mudanza; los hombres más templados en paciencia y silencio ya no podian tener enfrenado tanto el curso del sufrimiento; hablaban con claridad, y decian se perdía el reino, pues no se escarmen- taba de los tumultos pasados, acaecidos en Portugal y Viz-

llon, y toda junta, conducirla otra vez á Perpiñan, para resguardo de aquella plaza y de la frontera, porque el rey de Francia no se valiese de la nueva ocasion y entrase en la revuelta á fomentarla, á cargar otra vez á Salsas ó á Perpiñan; porque, aunque embebido en Flandes, no apartaba de allí los pensamientos y tener siempre soldados de milicia en los contornos, y no le oía mal la revolucion, ni á todo aquel reino que habia de tocarles parte en las alhajas. Mandóse traer la gente y los tercios que estaban en Vizcaya, y toda ésta con la demás alojada en el campo de Tarragona; y subiendo por el Rosellon, no fué poderosa la prudencia de los cabos, como después se verá por menor en un memorial de su descargo, que los acogiesen los lugares, ni les diesen un poco de pan y agua para el sustento forzoso; siendo aquéllos los que poco ántes les habian guardado la tierra, los campos y las heredades de la invasion de franceses, y defendiéndoles de estos enemigos, no fueron saqueados y muertos por su valor, aunque los catalanes se atribuian á sí la gloria del vencimiento. Viendo la impiedad de los villanos, expuesta nuestra gente á la furia de sus manos, y á la que no mostraron á los enemigos, sin abrigo ni socorro, echaron mano del somatén, se convocaron con las campanas unos lugares á otros, tomáronles las armas y cerráronles las puertas; los echaban de los alojamientos, rotos, desnudos y descalzos, y acosados de la hambre: no contentándose con estos desafucros, los iban acabuceando por el camino, ya en la vanguardia ya en la retaguardia, esperándoles en alturas y pasos estrechos, matando mucha gente, ya engañando á los capitanes que se ponian en sus manos debajo de seguro, y á los ministros del ejército, y á las justicias que iban para su ministerio, robándoles el bagaje. De ésta manera llegaron á Perpiñan, los más de ellos enfermos y alligidos; y proponiendo los cabos á los Gobernadores de aquella villa el infelice estado que traía la miserable gente, la persecucion y rabia de los villanos con que los habian acosado, el largo viaje y peregrinacion, que los acogiesen, la respuesta fué cerrarles las puertas, y con palabras ambi-

caya, y que ya se habia avisado cuán perniciosa cosa era meter la guerra en España, ni tentarla por su frontera, porque demás de no hacerse nada por allí, los villanos del Rosellon no admiten bien los alojamientos por no tener uso de ellos con los de Flandes y de Italia, ni tampoco la tierra copia de mantenimientos para sufrirlos y alimentarlos.

Acaecido ésto, se escribió al duque de Cardona, que estaba retirado en aquel lugar y arrinconado y desvalido, sin dejarle ser Presidente de órdenes, ni Virey de Cataluña, para que acudiese á socagar á Barcelona, con poderes expresos para castigar, perdonar y ofrecer talle al que diere la persona que mató al Virey: él obedeció luego viendo lo que se lo habia apretado á que fuese, el estado de la tierra y la necesidad que habia de su persona; sin embargo de estar agravado de la gota, partió á hallarse á su lado, su hijo, el marqués de Povar, para correr con él la misma fortuna. Los sediciosos que andaban inquietando el Principado, matando y robando cuanto topaban, hecho todo una campaña pública de bandoleros, le salieron al camino dando voces y diciendo si era él traidor; ésto era que querian volverlo á quien se lo habian dicho infinitas veces, y repetianlo no pudiendo echarlo del corazon, para que llegase á sus orejas, y no era por él, mas él respondió, que era D. Pedro, hijo del duque de Cardona: fué harto dejarle pasar; encomendóles los criados y la ropa que venia atrás y ofrecieron de enviársela. Entrando el Duque en Barcelona, las cosas estaban tan confusas, que no se pudieron remediar nada en ellas; y aunque se ocurría á la ciudad, á la Diputacion y al Consejo de los Ciento, al Principado que se convocó, y algunos Obispos, y finalmente á los brazos, no se podía hacer nada, porque el Consejo de los Ciento, algunos Canónigos que habian acudido al brazo eclesiástico, y algunos frailes, lo destruian todo; daban calor á la plebe y al villaje, que prevalecia, lo alteraba, se valian de ellos para sus atrevimientos, incendios y robos. Fué necesario, viendo la rotura de la tierra, juntar la infanteria y caballeria distribuida en algunos lugares de lo más bajo del Condado de Ros-

guas y especiosas los dijeron que ya se estaba tratando. De ésta suerte los tuvieron allí pereciendo: volviéronlos á instar que los acogiesen, que no querían nada, ni ropa ni bastimentos, sino que los diesen dos barrios desembarazados, donde pudiesen cubrirse entretanto los respondian: el remedio que aplicaron á éstas cuitas fué barrear las calles, cerrar-se y poner en éllas la artillería para no admitir la gente del Rey, arcabucada, seguida y acometida diversas veces, las banderas.

Viendo Pedro de Arce y los demás cabos del ejército, que ya apénas eran reliquias de lo que fué, el estado en que se hallaban, que parecían todos á la obstinación inícuá de los de Perpiñan, resolvieron, para no acabar las vidas á tanta miseria, abrirse camino; apretaron las armas, y por diversas partes, acometieron la villa y á mosquetazos la entraron. Fué notable la confusión y alboroto de aquel día; huyeron los vecinos, desamparando sus puestos, y es cosa de admiración que en toda la villa no había calle donde no trajeron el Santísimo Sacramento; de suerte, que se puede entender que para aquel caso solamente se debieron de consagrar en aquel tiempo y en aquella hora, inmensas formas. Entró la gente y abrigóse en el castillo, y viendo Juan de Arce que aquellos hombres, y los que los habían salido á impugnar con armas se valían de la torre del convento de San Francisco, y que ponían artillería para combatir el castillo, se valió de la suya, y le tiró de suerte con élla, que los desalojó; y no hay que hacer admiración de éste hecho de Pedro de Arce, que muchos de estos conventos, hospitales y otras fábricas fuertes que hay en el reino, y en otras diversas partes de la cristiandad, está capitulado con las ciudades, búrghos y magistrados, que si alguna vez hubiere alteración ó levantamiento en el pueblo y se quisiesen valer y hacerse fuertes en aquel sagrado, los han de demoler con la artillería y arrasarlos por quitar aquel impedimento y embarazo, y que no se valgan de él los desertores. En ésta forma está fundado, y en ésta convencion el hospital de afuera de Toledo, el monasterio de los Descalzos, y en

ésta forma dicen lo está éste convento; de suerte que Pedro de Arce atendió á deshacer y extinguir aquel riesgo contra la gente de guerra, y cumplir y ejecutar lo capitulado; siendo forzoso al servicio del Rey, al de Dios y al del Estado, que muchas veces y de semejantes principios se confunde la religión cristiana. Alteró ésto de nuevo todo el Principado, que sabido por el duque de Cardona, y no poco confuso del suceso, partió luego á Perpiñan á serenar aquel alboroto, y á que no se quebrase ó perdiese aquella llave de España; mas yo pienso, que á valerse de aquella ocasion y huir la furia de los de Barcelona no hiciesen de él lo que del conde de Santa Coloma, cargando de culpas á Pedro de Arce y á todos los cabos del ejército con ánimo de castigarlos; si verdadero ó aparente, remitió á la necesidad: llegó allá, pidió á Pedro de Arce le entregase el castillo: él le respondió no tenía orden para hacerlo, que avisaría á S. M., al Consejo de Estado y Guerra, y que luego que la tuviese lo haría; jornada que le puso en los postreros términos de la vida y le ocasionó la muerte. Los pérfidos sediciosos, valiéndose de aquí para ejercer mayores maldades, decían que nuestros soldados eran incendiarios y homicidas, y pedían que se los entregasen. Sosegó el duque de Cardona á Perpiñan, quietóla y púsole en tranquilidad, haciendo que corriese el trato y las mercaderías que con la revuelta habían parado; agravósele una fiebre ardiente, que con los cuidados, los achaques de la gota y melancolía, en pocos dias le condujo al sepulcro. Reconocióse por pérdida de consideracion y de falta para los recientes negocios, de cuya prudencia y buen juicio se esperaba se serenarian las tempestades de Cataluña, que amenazaban ruina, no obstante tumultuaban todo.

La ciudad de Lóndres, córte del reino de Inglaterra, sobre querer aquel Rey introducirles algunas de sus pretensiones y materias, á que se opuso el Parlamento, también comenzó á desordenarse en el sosiego y en la obediencia con todo el Parlamento, y le siguió con las armas casi la mayor parte del reino y de los pueblos; influencia de estos tiem-

pos en que los reyes quieren más su particular que el común.

Los lugares del confin de Cataluña pidieron á los de Aragón los ayudasen con gente para castigar los sediciosos; ofrecieron de hacerlo y de darles seis mil hombres, y cuando los tuvieron, respondieron que no los habían menester, porque ya todos querían seguir un norte y una bandera. Pidieron Virey, y señalaronles al obispo de Barcelona, Prelado de muy poco caudal y corazón para el caso presente, y que no podía nada con aquellos hombres, y así lo escribió al Rey y á los ministros.

Las cosas del Brasil se mejoraron en parte en aquel Estado, con las rotas que habían dado por tierra y mar á los ejércitos y armadas de Holanda, si no le espera mayor ruina y acabamiento con otra desunión y levantamiento más enorme y perjudicial.

A éste tiempo, salieron de Breaña y de sus puertos dos armadas del rey de Francia, la una con título de Poniente y la otra de Levante, para las de Italia, no sin malicia por lo comenzado en Cataluña y lo que se rugía en Portugal: andaban los bergancistas de aquel reino sumamente alborados, ofreciendo el reino de Portugal á D. Duarte, hermano del duque de Berganza, porque le veían tener algo de soldado, por las veces que había ido y venido á Alemania y servido al Emperador en aquellas guerras, reconociéndolo por ésto mejor para rey que á su hermano: enviáronle ésa con el padre Goerrero, de la compañía de Jesús, que se la hizo muchas veces, mas él no la admitió, diciendo que se quería volver para rey que á su hermano: enviáronle ésa para ver cómo acá sucedía y cómo salían con ésto, no queriendo meterse en cosa tan dudosa como era de presumir, porque las inteligencias del Richelieu eran siempre vivas, y esperaba meternos la guerra donde descaba, para llevarse con mayor diligencia á Flandes y á Italia. Dieron éstas dos armadas un poco cuidado, entre los demás, por no haber en los dos mares de nuestra parte un navío tan sólo, ántes se andaba mendigando para poder aviar los galeones y flota de

las Indias. En Vizcaya asistía un consejo de ministros de Castilla para atender á los accidentes que amenazaban en todas partes, y en lo secreto para introducir el papel sellado, como ya lo había abrazado Sicilia y áun Nápoles, no sin sospecha de fracaso: gran templanza se pide en ésto porque hay mucho que recelar; y si en lo que tenemos cerca andamos con la espada en la mano para componerlo, y no podemos, por lo sufrido y lo hecho sobre la paciencia de los vasallos, sus casas y haciendas, de una sedición general, ¿qué será con lo que está léjos? ¿Y qué sería si sucediese? ¿Cómo nos remediaríamos? Y más tan cercados de enemigos que continuamente están ofreciendo asistencias contra nosotros y nos quieren ver acabados, por la misma causa de habernos apurado nosotros mismos. ¡Ah, reino de Nápoles, cuánto te debemos! Digna es tu virtud de alabanza, no parece el que fuiste, ni que eres feudo; poner un juicio solo en tan sutil balanza las cosas, y tan á pique el Estado, algun castigo espera la iniquidad de sus oficios, y toma venganza de los hombres, del cielo y de la tierra, pues que los irrita. Sin embargo, nuestros ministros estaban con cuidado, tanto de Cataluña, como de Aragón y Valencia, porque aquél sin haber tributado jamás ni dado para la guerra sino pocas cosas, estaba encendido en rabia contra su Príncipe, y éstos que estaban con las heridas abiertas, de lo que diez y seis ó diez y ocho años há los hacían pagar, reparaban no prorumpiesen y se levantasen todos en defensa de su libertad, y en todo el reino se podía recelar lo mismo: acordábanse de los alborotos de Zaragoza, en tiempo del Rey D. Felipe II, por la defensa de Antonio Perez, apellidando la observancia de sus fueros, sobre que también mataron al marqués de Almenara; y también del gravísimo tumulto de los agermanados del reino de Valencia en el tiempo de Carlos V. Emperador de Alemania; ¿cuánto estrago hizo en aquel reino, y de cuánto cuidado para el César y para todos? No sabían qué hacer, y ya cesaban las amenazas. Procuraban, aunque ántes no lo habían querido oír, temprar en la corte los Diputados y Consellers del Principado

y de Barcelona: agasajábanlos y convidábanlos á merendar y á otros festines en el Retiro, y llamándolos para ésto el marqués de Aitona, que todos sus lugares se le habían levantado y no le pagaban ninguna de sus rentas, con que aquella casa comenzó á probar duramente la necesidad, y á desconocer mucho de su punto y autoridad, sin serle de alivio ser el Marqués Genul-hombre de la Cámara del Rey. El Protonotario D. Jerónimo de Villanueva, más humano también, tocado en razonable parte de la aspereza de estos tiempos, los avisaba en los recoletos Agustinos de Madrid, y visitaban á la composicion de Cataluña; pero ellos, oliendo siempre á catalanes é infundido en el alma el aborrecimiento al Rey, á sus ministros y á Castilla, cuanto se podía y pretendia guiar por ellos, todo, todo salia vano, y ellos obraban más por los suyos y les eran más fieles que no al Príncipe, con que presto se declararon y todo el cariño se volvió en mayor desprecio y discension, por que ya el veneno estaba en las venas y tiraba á natar. Llegó á la corte el hijo del conde de Santa Coloma, y nuestro Ministro se le entró al Rey en su cuarto por lo secreto del Retiro, donde le besó la mano; grande injuria para los catalanes, pero de favor al muerto, haciéndole despues algunas mercedes, y publicóse la jornada del Rey para Zaragoza luego que cesasen los calores.

El príncipe Tomás, con la gente del Rey que estaba á los conternos de Turin, dió una rota á los franceses; siguió por su persona al marqués Nila, vasallo de su sobrino el duque de Saboya, General de aquellas gentes, piemonteses y saboyanos fidelísimos á su señor: tiróle un golpe de pistola, que presumió que iba herido, mas él se vio tan cercado de sus manos y de ser preso, que se arrojó á nado en el Póo. Los franceses, vueltos á rehacerse del estrago de la pólvora que recibieron en Charlemont, habiendo juntado municiones, víveres y más gente, volvieron á montar en campaña, y á quince de Junio de éste año, se encaminaron á Arras, villa, capital y principalísima del Condado de Artois, llamada de sus naturales *La Doucella*, porque nunca habia sido, cuando

há que los Estados bajos sufren la ira y condicion de la guerra, violada de ejércitos ni de soldados: era Gobernador de la plaza el conde de Luxemburgo. Hay quien dice que los franceses para moverse á ésta empresa tenían ya sus inteligencias dentro, por el ayuda de algunos burgueses, que la necesidad, el desamparo, la cortedad de los maravedís, el no esperarlas y uso general de los tributos, los hacía á todos caer de la aficion y de la fe para con su Príncipe; y en aquellas partes distantes más áína donde era continua la contribucion ó el miedo de esperarlo. Tomaron luego los franceses, sin óposito ninguno, los puestos sobre aquella plaza, no sé á qué lo pueda atribuir, ó á nuestros pecados ó á éstas mismas gabelas, que son las que nos han de acabar y las que se pretenden ahora echar en el reino, fuegos y en plata como si la labráran en Castilla, dándola en pasta á nuestros muy caros y aficionados amigos los genoveses, no sé por qué causa, pudiéndoles pagar los asientos en la forma y manera que se solia hacer y como lo acostumbraron los Reyes pasados, labrando la plata de las Indias en el reino, y pagando con élla. Nunca he podido apear éste pensamiento, ésta saca, ni qué misterio hay en ésta amistad de genoveses: ellos en el Consejo de Hacienda, y más que todo en el de Guerra, como si en nuestra era asimiláran á los ancianos y antiguos Senadores de la República romana, y nos ayudáran con sus consejos, no atendiendo á otros dictámenes más que al de sus intereses y á despoblar á España de sus riquezas y llevarlas á su ciudad, demás del excesivo número de intereses, dejando la Monarquía difunta, y tan en los huecos, que quiere quemarla para que quede disuelta en cenizas, que es lo que pretendemos. al revés de la verdadera política, que enseña mirar por la conservacion, por la vida del Estado y la amplificacion de los súbditos. Yo he visto á algunos hombres decirles otros, mirad que os perdeis, y viendo el riesgo evitarle, y enmendarse; pero aquí estamos nadando en peligros, y los cometemos mayores, y lo peor de todo, que cerramos las orejas á los consejos, y tapamos los ojos á la destruccion y calamidad como el que se los deja vendrar para

diendo la vida D. Antonio de Oquendo en su vuelta de Flandres para España, al rigor de tales descomodidades, falta grande y de consideracion por haber espirado un gran soldado y marinero, feneció la jornada de sus dias á los achaques y mortificaciones de estos sucesos. Eran éstas dos armadas compuestas de navios de Holanda y parte de Francia, á cuya sombra se arrimaban navios de ambas Mauritanias, insidiadores de nuestras costas, embistiendo por la parte del Poniente y Levante los lugares marítimos, robándolos y saqueándolos y quitando la gente, profanando la Iglesia y altares como caníbales, infieles y mahometanos. La primera siguió de carrera, de quien se oyeron pocas ó ningunas cosas de momento: la segunda, sabiendo que habia mediado Julio, lo que ántes á fin de Marzo, por regla puntual de buen consejo y marinería, seguían sus verdaderas derrotas, rumbos, líneas y demarcaciones, no habian salido por falta de navios y no estar aparejados ó no querer cargarlos los mercaderes de la contratacion de Sevilla, por quitarles cada año la plata y destruirlos, de suerte, que de hombres ricos y poderosos los habian dejado en estado miserable, y los aniquilaban y reducian á término de pobreza, faltaban al trato, al comercio, al acrecentamiento y opulencia de sus casas, al casamiento de los hijos, con que perecian á manos de la iniquidad y tiranía; pero, sin embargo de dar éste de primera causa, porque llanamente no querian cargar si no los aseguraban el no tomarlos el dinero, las barras del oro y de la plata, y que les habian de dar y pagar lo que les debian y les habian tomado en las otras flotas pasadas, afianzado tantas veces y derogado otras tantas promesas y palabras, cédulas y firmas reales: porque si con lo que habian de cargar se lo habian tomado, ¿con qué caudal habian de proseguir? Para obviar con ésta dificultad fueron llamados á la corte, y persuadidos á la prosecucion de cargar: se trató de acomodarlos y de asegurarles su tesoro y partes; pero la otra en que tambien se discurió, era, en que no estaban los puertos tan fallidos de navios, como que ésta detencion habia sido con ardid y estratagemas, porque siendo cierto que habiendo

no ver el cuchillo, desahuciados de ascender al romedio; y no hay más materia de Estado, ni más prudencia ó consejo en los Ministros, que venga dinero: concédase la perdicion y el despoño, y no saber un hombre más camino para su conservacion y aumento que suspender cada año al Príncipe y entretenerle, ó él lo quiere estar, con inventar y beneficiarlo un tributo ó dos, y sujetar el reino á ésta desdicha, corriendo velozmente con éste frenesi y ésta calentura hasta sepultarle.

Habiendo visto el infante D. Fernando el hecho de los franceses, encaminó allí su ejército á cargo de D. Felipe de Silva, y en su compañía el duque de Lorena, en que se incluian venticuatro mil hombres entre infantes y caballos; dejó opósito á los intentos de los holandeses y cuatro mil infantes en el Ducado de Luxemburgo, contra ocho mil que habia de los franceses para la defensa de lo tomado y para enseñorear la provincia con el mismo estruendo que lo demás. Púsose el Infante á la vista de los enemigos, con ánimo de dañarles en los convoyes, hacerles levantar del sitio y socorrer la plaza: mas ellos, con las inteligencias secretas de los burgueses, encaminaron una mina á la muralla para, en abriendo brecha, entrar dentro: fué reconocida ésta traicion por nuestra gente, y muchos de ellos castigados, puestos en polos y en ruedas. Tras ésta tempestad de enemigos sobre los Países-Bajos, salió la armada de Francia dividida en dos trozos, cada uno casi de cuarenta bajeles, con algunos de fuego; el uno para correr á Levante, robar y poner en terror á Italia, embarazar los socorros, los marlos y echarlos á fondo, de suerte que diése cuidado al gobernador de Milan, que le faltase lo necessario para la guerra y para no proseguir dichosamente en el Piemonte: el otro para el Mar Océano y las costas de España en aquella parte, con nombre de armada de Poniente, y para los otros intentos de élla, no con poco cuidado por no haber ningun navio que se les opusiese, cabos ni soldados, marineros ni pilotos, porque todos habian muerto peleando, infestados de estos mismos enemigos y sus aliados, y otros, de los trabajos y los achaques, y de los infortunios de las más largas y prolijas navegaciones; nin-

de salir tarde los galeones y flota del Perú, que la plata no había de venir este año; mas no lo fué ni acertado esperar á salir cuando la armada francesa estaba infestando los mares del Poniente; y con aquella traza, y como se ha hecho otra vez por pedir á los ministros y doblar las gabelas, que pusiesen los gajos que tiraban de un año, puestos en plata, recibiendo en cuartos, en casa de los genoveses, que se los fincarían en juros, dando por causa que la flota no había podido venir este año, ni galeones, para asir por aquí nuevos modos de sacar, derribándose otros pedidos á los demás vasallos, de empréstitos y donarios: causa por qué dondo esto se hiciese no sería de admiracion, si no hubiere reinos ni soldados. De ésta misma manera, y cubriéndose con ésta máscara, explayado ya el tributo y publicado por todo el reino, sin embargo, hacia estremecer la resolucion al ministro, por que las cosas de Cataluña, sus evidentes riesgos, le tenian irresoluto, y no bien declarado en el ánimo, asombrado de estos rumores, que no podemos negar que no son ocasionados de semejantes cargas y pesos sobre las fuerzas de los vasallos, porque las Cortes primeras en que claramente les pidieron y propusieron que era del Rey el quinto de las haciendas, los dejó desabridos y sin ninguna aficion, y si poca al Príncipe, por ningun caso á los ministros. Viendo los de la armada francesa que no dejarían de estar avisados de Cádiz, y que estaban para salir flota y galeones, y entre ellos pocos bajepes, viejos y de poco porte; ellos, con cincuenta y diez de fuego, resolvieron esperarles y pelear con ellos, quemarlos y echarlos á fondo, cuando fuesen de tanto valor y aliento que no los pudiesen tomar, é impedirles la jornada, porque no yendo allá, se pondrían las cosas en mayor aprieto; y que harían los mercaderes, de la misma manera que cuando no vienen los galeones á España; y con ésta duda, intermision ó pérdida, fallaría el caudal, y las necesidades presentes crecerían, no habría dineros con qué acudir á Flandes ni á Italia. No obstante, salieron los galeones de la bahía de Cádiz, á veinte de Julio, y aquel mismo dia oyeron la artillería á la mar; descu-

biendo algunos navios, y discurrendo los cabos que sería alguna parte de ellos que con la artillería trataban de juntar su armada por haberse dividido, estuvieron los nuestros otra dia á la vista de Cádiz, aguardando que acabasen de salir los navios marchantes: con el viento torral que les sobrevino aquella noche, con que se hicieron á la mar y amanecieron sin ver tierra y los enemigos sobre los galeones y flota, y ellos á la vista de treinta y dos velas. Mejoróles el tiempo á los franceses, y virando de otra vuelta vinieron sobre los nuestros, que se hallaban en ésta forma: la Capitana real la primera, en la avanguardia, donde venia D. Jerónimo de Sandoval, General de los galeones; luego D. Sancho de Urdanivia, con la nao *Gallega*; seguiale D. Diego de Guzman, marqués de Cardenosa, con el navio *San Juan*; á éste D. Luis de Córdoba, General de la flota, en *San Genaro*; Capitana de la flota, Don Pablo de Contreras; en *San Jerónimo*, D. Francisco de Ledesma; en *Santiago*, de Nápoles, D. Caspar de Carusa; en la nao *Cuevas*, D. Juan de Chavarri; en el *Puque*, D. Juan de Ibarra; en la Almiranta de galeones, D. Pedro de Ursúa; en su urca, el capitán Zabala, y en la Almiranta de flota, Asensio de Arriola, y los demás palaches, de quien no hay que hacer mencion. Reconocida por los enemigos toda la armada, y la muestra de la misma manera, la suya se puso en orden y disposicion de pelear. Arboló la Capitana bandera en la jarcia de la mesana, señal de Consejo, llamando y convocando los cabos, marineros y oficiales, para discurreir lo que se habia de hacer. Apercibieron todos sus botes y launchas por la popa de los bajepes para pasar allá: hiciéronlo, pero los franceses se les fueron llegando con tanta velocidad que no se pudo tratar de nada más de que les dijo el General, D. Jerónimo de Sandoval, que no era tiempo de consejo, sino de apretar las manos, y que todos liciesen el deber y volviesen á sus puestos y exhortasen á los soldados. Hiciéronlo así los capitanes, tornaron á sus bajeles, asieron las armas y artillería para pelear con los franceses, cuya armada se venía inclinando toda á la Capitana real y á cargar sobre élla toda la furia de la ar-

tillería y mosquetería, con las dos naos de Sancho de Urdanivia, y en la que estaba el marqués de Cardenosa, que iba por Gobernador de Maese de campo general de infantería: en ésta sazón venían juntas y deseosas de llegar á combatir con los enemigos; se embarazaron la una con lo otra, y procurando apartarse se sotavento un poco el Marqués, con que quedó á sotavento de Urdanivia y de la Capitana de flota. Llegando cerca los franceses dieron la carga á estos bajelos, recibiendo más daño que los demás Sancho de Urdanivia: reconocióse por algunos de los capitanes que traían navíos de fuego, encaminándose parte de ellos á *San Genaro*, Capitana de flota. Venían estos gobernados por una lancha que traían por la popa, cubriéndose con el mismo navío, y un hombre dentro que pega el fuego: visto y reconocido por el capitán Pulido, que venía en la Capitana referida, y que querían quemarla ántes que llegar á las uanos, armados más del arte que del valor, estando ya cerca se metió el Capitán en el bote que traía por popa, dejando orden en los corredores que disparasen á los que venían gobernando el navío de fuego. Como los enemigos vieron el bote y que de los corredores los descubrían la lancha, y les maltrataban la gente, arribaron sobre la nao *San Juan*, donde estaba el marqués de Cardenosa, que como se ha referido estaba á sotavento de la Capitana de flota con el general D. Luis de Córdoba, asistía cuanto le era debido á sus obligaciones y al servicio del Rey; volvióse á entrar en élla, y vió que á la Capitana de galeones, habiendo arribado por la proa de su navío, le habían reventado otro de fuego, y llevándole la cobadera y desjarciándole el bauprés. Visto ésto, dió orden el capitán Pulido á D. Pedro Negrete, que fuese y socorriese la Capitana como mejor pudiese: llegó allí por la popa del navío de fuego; le dió un cabo con la mucha diligencia de algunos soldados y marineros, y con la que Don Pedro hizo, se desatacó el navío de fuego, y después con una hacheta del bote, si no se dan mucha prisa á cortar el cabo que habían dado se quemáran: también peleó de vuelta el bote del capitán Pulido con una lancha, de la que pegaron

fuego al galeon *San Juan*, que ya ardía. Echaron á la Capitana real otros dos navíos de fuego, de que se desasió con mucho cuidado, diligencia y trabajo continuo: echaron otros dos á la Capitana de D. Luis de Córdoba, y abordaron con la járcia mayor como venía, y corriéronla el costado hasta la proa, y desde ésta hasta la popa otra vez, donde quedaron acabando de quemarse. Trabajóse mucho en socorrer los demás navíos, porque algunos no fuesen quemados: hubo artillero de tanto brio, que se echó dentro de un navío de fuego á cortar el escotin de gávia para salvar su bajel y que no pereciese á la violencia de las llamas. Quemóse el navío *San Juan*, y el marqués de Cardenosa, habiendo procedido con mucho valor y aliento, habiéndose echado muchas veces al agua por escapar del fuego, y perecieron en élla número considerable de soldados, pilotos y artilleros: sin embargo, la Almiranta de Francia con otros cuatro navíos corrieron sobre D. Luis de Córdoba; diéronles muchas cargas sin ver en él ni en sus capitanes ninguna señal de flaqueza, y siendo ya tarde y cerca de anohecer, trató de irse mareando y combatiendo con los enemigos, ocurriendo á la Capitana real para ayudarla. Llegó la noche y todos se apartaron; y volvieron á Cádiz á repararse del daño referido: los navíos de flota se salvaron sin perder ninguno, solo la Capitana de galeones llegó trabajada. Alteróse toda Sevilla de éste suceso, no sin aflicción de los cargadores, dando orden de remediar el daño para volver á salir, que fué á mediados de Setiembre, y no sin congoja del fin de ésto suceso y de la navegacion; que si bien los enemigos se habían mostrado insolentes esperándolos al salir y á las puerturas de España, ¿qué sería al llegar á Cartagena de las Indias y á los otros puertos de Tierra-Firme, y á los de las islas de Cuba y Española, llenas de corsarios de Holanda, teniendo aviso que los esperaba Pié de Palo con diez y siete bajelos al venir á la Habana para embestirlos? Entristecíase los ánimos y los corazones, así de los contratantes como de los demás súbditos, viendo á España por tantas partes asediada y acometida cual nunca jamás se vió tanto, que ya parece quería acabarse

aquella felicidad, si ya no habia espirado; á aquélla que se gozó por tantas eras en la antigüedad, ahora se le iba disponiendo una guerra perjudicial en las dos partes más pingresas de élla, como en Cataluña y en Portugal, con que todo se veria arder y consumir.

Al fin de ésta refriega, todavía la armada francesa persistió á la vista de Cádiz, no sin cuidado de los de aquella isla, del duque de Medinasionia, pensando la quercia acometer; pero pasado algun tiempo, dando calor á los moros de Berbería para dañar en las costas de su frontera, se volvieron á Francia, y los alarbes acometieron el lugar de Gualda en las costas de Granada, robáronle y llevaron la gente cautiva. Convocóse la gente de los lugares cercanos, llamó el duque de Medinasionia la gente de milicia de Jerez de la Frontera, y no obedecieron: apretáronlos segunda vez; tomaron las armas y pasaron á hacerse fuertes á lo fragoso de la tierra, diciendo que fuesen allá por ellos, amenazando que ofenderían y se defenderían. De éste ánimo estaban todos afligidos de tantos trabajos como caían sobre ellos: por manera que ya les faltaban las fuerzas y la tolerancia, y procuraban defender las vidas, que era lo ménos que se estimaba en estos tiempos, que las haciendas ya las habian perdido, y á cada cosa no se oía en la boca de los pregones sino pena de la vida; y ésto por guardar su libertad, y por lo que era suyo y les concedió la industria y el ciclo. Volvió la armada francesa á Poitu y la Bretaña, quedando la de Levante para invemar en los de la Gália Narbonense y Proenza. Proseguitan los berberiscos en sus robos con la falta de nuestros bajeles; saltaron en Chiclaena, lugar del duque de Medinasionia, y tomaron los ganados que apacantaban en el campo. La armada francesa en Levante tomó siete navios en Alicante, puerto del reino de Valencia; reconocieron que eran de Inglaterra, con ropa y mercaderías de España, despojólos é hicieron suelta de los navios; todavía por no desobligar al inglés con esperanza de efectuar algun día la pretension de la Liga. El marqués de Leganés, deseoso de intentar algo en el Piamonte que pudiese

soldar la quiebra pasada, y fuese de daño á los franceses, les tomó dos convoyes con pérdida de gente, haciéndolos asombrar en el Piamonte á la parte de Turin; pero todas éstas cosas eran pocas, y habiendo sabido el principio adverso de lo que se pretendió, no se esperaba en el fin ninguna gloriosa empresa. En ésta prosecucion y contienda de unos y otros, se vinieron á encontrar ambos ejércitos cerca de aquella corte, y hubo pérdida y estrago de gente de ambas partes; de los franceses por socorrer la Ciudadela y apartarnos de la plaza, y nosotros por conservar la y acabar de concluir la Ciudadela, que era poner fin á aquel combate. Sin embargo, se entraron dos mil infantes dentro, pero con falta de bastimentos, con que estaban á riesgo de perderse. Embarazado el ejército del Rey en la asistencia del Arras, cabeza del Artois, en los Países-Bajos; el principe de Orange, resentido de lo pasado y deseoso de tomar alguna plaza á la sombra de los franceses, volvió á salir con su campo y enderezó con él á Ulst, plaza situada en la Ría de Amberes, tambien para ir la preparando y para recaer sobre élla algun dia, y ocupando aquel puesto quitarle la entrada de los bagajes, la comodidad del trato y las mercaderías en que es admisible á las mayores y mejores villas del Septentrion, así en comercio como en opulencia de gente, hombres de negocios, edificios, riquezas y concurso de pueblo y magistrado. Antes de tentar á Ulst, para quitar los estorhos que se le podian oponer, acometió el fuerte de Santa Ana, que estaba á cargo de D. José de Saavedra, caballero de mucho esfuerzo y reputacion, hijo del conde de la Puebla: opúsose gallárdamente con la gente que tenia dentro; diéronle quince asaltos los holandeses peleando desde las once del dia hasta las doce de la noche, y en todos ellos rechazó á los enemigos con gran mengua suya y gloria de aquel caballero, con que desalució al principe de Orange de poderle tomar: llegó el socorro que para tales intentos alojaba en el pais de Bís, peleó con ellos, y rompióles con pérdida en parte considerable de aquellos enemigos y muerte de Casimiro de Nassau, sobrino del principe de Orange, hídra de

muchas cabezas y que siempre está produciendo enemigos de la Iglesia, y retiróse tercera vez vergonzosamente, sin haber podido tomar nada ni llevar alguna presa á los Estados que fuese equivalente á los gastos que habian hecho éste año en levallas y campañas: cosa que lleva impacientemente el magistrado de La Haya, y todas las demás provincias unidas, por las gruesas sumas de contribucion de sus naturales para la guerra, gastadas vanamente ahora, sin haber surtido alguna razonable retribucion. Asistia el infante D. Fernando con todo su ejército á las necesidades de Arras, que no eran pocas, viendo plaza tan principal asediada de tantas gentes francesas; habianse castigado algunos de los vecinos, de quien sospechaban tenian pláticas secretas con ellos para darles entrada en la villa; asegurábanse algunos del ejército católico, que Arras tenia muy buen presidio, así de gente de á pié como de á caballo, para defenderla, y municiones y vivallas las suficientes, y que en el trance más apretado habia preparados y dispuestos ocho mil burgueses que tomarian armas: pero los franceses la tenian apretada, cerrada y bien aseguradas sus fortificaciones, con que tambien pensaban salir con élla. Ellos la cargaron á quince de Junio de éste año, y habia algunos dias que estaban sobre sus murallas el infante D. Fernando, D. Felipe de Silva, á quien se habia dado el cargo de armas en ésta campaña, el duque de Lorena y todos los demás cabos y oficiales del ejército, que eran de parecer, antes de tentar las fortificaciones del enemigo y hacer por fuerza el socorro á la villa, tomarles los convoyes y los víveres, para que mal socorridos, faltos de lo necesario y muertos de hambre, abandonasen los cuarteles y los demás puestos y dejasen la plaza compelidos del riguroso estímulo y de otras necesidades que acompañan á la guerra: pareció á todos éste intento muy á propósito, y señalaron cabos y tropas que lo acometiesen.

A ésta hora se tuvo aviso que los venia un convoy de quinientas carretas: salieron á él y rompiéronle; necesitando por horas al enemigo de haber menester con qué repararse de la hambre, que ya se comenzaba á sentir en el ejército, y aun

los soldados lo llevaban impacientemente, y daban voces y decian que si no les traian de comer dejarian el sitio. Este accidente parece que habia en parte abierto puerta á alguna esperanza á nuestro caupo, para resarcir á los enemigos; pero ellos proseguian el sitio alentados de los capitanes, si no ya de la malicia de algunos burgueses. Atacóles otro convoy con no ménos demueo y valentía que el pasado, que estaba para salir de Dordán; los nuestros le acometieron, y debajo de su artillería se le tomaron, compuesto de razonable número de carretas y convoyantes, abundante de pan, vino, tocino y carne salada: con ésta extorsion corria vivamente la hambre por el caupo de los franceses, pasándose cuatro días enteros que no les dieron pan, y amenazaban que si pasado un día no les traían el gran convoy se levantarían de la villa y la dejarían.

Atentos á ésto nuestros capitanes, y á la descomodidad que causaban á los franceses con la toma de convoyes, querian ver si el tiempo y la necesidad de los enemigos los daba lugar para salir con la cuipresa sin aventurar el ejército y á combatir con ellos sobre trincheras: discurso que no caerecia de dificultades y peligros. Teniale Su Alteza entero y bien proveído, sin haber en los franceses más árdidos perdido un hombro, ántes bien tenia deshechos más de tres mil del campo de los franceses, parte muertos y parte prisioneros; pero viendo que eran los últimos de Julio, y que habia cuenta y ocho dias que estaban los enemigos sobre la plaza, y que los de dentro pedian les socorriesen, y que las necesidades, calamidades y trabajos crecian por Dordán, y que no bastaba quitarles los bastimentos, ántes crecia la constancia en la expugnacion y se hacian soldados de nombre, resolvió con toda diligencia de socorrer á Arras y buscar á los franceses en sus trincheras, para forzarlos, si pudiese, y constreñirlos á levantar el sitio. Aprestóse el ejército, y dióse el cargo de socorrer la plaza á Andrea Cantelmo, y por compañero al duque de Lorena: cedió el Duque su parte á Cantelmo, y quiso estar á su órden en todo lo que se hiciese, diciendo que

si se perdía la jornada no quería corriese por su cuenta, desconfianza más que de Príncipe de forastero; y, finalmente, á dos de Agosto, y á las dos de la mañana, hora en que en aquel país amanece, con buen orden, sin que fuesen sentidos, marcharon la vuelta de Arras. Llevaba orden Cantelmo de que si al llegar al cuartel de los franceses, por donde se había de acometer, oyese caja de guerra, parase y se suspendiese; haciendo reparo en el ejemplo del año pasado, y observando en el riesgo en que se vió el mismo Cantelmo y el marqués de Fuentes, á cuyo cargo estuvieron las armas, y la poca gente española en el paso de una ribera, dándole ésta misma orden, que no guardándola, llevado del demasiado ardimiento y coraje de que era tocado su corazón, acometió á más de ochocientos mil franceses con setenta hombres, poniendo á riesgo el país, al Marqués con la dignidad de General, á sí y á la gente de guerra, y en tan estrecho lance, que le obligó á pelear por su persona, de que fué severamente reprendido de Su Alteza. Llegado ahora al cuartel de los franceses que había de ser acometido por más flaco; para introducir el socorro, tuvo por azar el que á la misma hora oyó tocar una caja, y era que el tambor lo hizo de uso y de lozanía, y como suele acontecer y tocar al alborada, quién refiere que ántes se había llegado tarde y que hubo algunas competencias entre los capitanes italianos y españoles sobre puntos de precedencia y querer los italianos llevar la vanguardia, porque el caudillo que los guiaba lo era, y quería aquella nación ascender y ocupar el primer lugar; digresion que ha causado muchas pérdidas en el País-Bajo, por haber tenido caudillos y generales italianos. Oyendo Cantelmo el sonido de la caja, paró, obedeciendo la orden que traía, porque se había discurrido en ésto que podía ser que el cuartel estuviese prevenido y toda la gente en arma, aguardando la nuestra, y que de aquí sería más dificultoso de penetrar, que se perdería mucho y se pondría más en duda el intento; y más, cuando se fundaba la duracion del país en la conservacion de aquel ejército, destinado ántes á mantener una guerra defensiva que ofensiva, porque dado

que algun año nos diese el enemigo una rota y nos desbarataso, ese día habrían espirado los Países-Bajos. Tambien se le avisó á Cantelmo, que caso que acometiese y se hallase apretado de los franceses y de las dificultades de emprender el socorro, avisase, para que se le diese la mano metiendo gente. Viéndose, pues, suspendido Cantelmo y atado á las órdenes que traía, por no errarlo dos veces, como le sucedió al archiduque Alberto en sus empresas, que una porque no embistió á Amiens y otra porque acometió á las Dunas junto á Nioporte, las perdió ambas; así, Cantelmo, creyendo que los enemigos estaban en arma y avisados por el sonido de la caja, mudó de parecer y escogió por otra parte el socorro á Arras, y porque tambien no le hizo pequeña dificultad haber de acometer y penetrar tres cordones de trinchera; y más que reconoció cómo estaban fortificados los franceses. Mudado de parecer, como se ha dicho, comenzó á debatir sobre un fuerte que estaba fuera de las trincheras, donde cansó la gente, la fatigó y perdió alguna, cosa que lo pudiera excusar: al ruido del combate y á la poca fortuna con que había comenzado Andrea Cantelmo, se convocaron ambos campos, y marcharon en ayuda cada uno del suyo, y Su Alteza real mandó fuesen llegando los demás tercios en ayuda de los primeros. Los del sitio avisaron á La Millere, General del ejército enemigo, que viniese á toda prisa, por haber salido con seis mil soldados á traer un convoy: aquella mañana se ganó el fuerte, cerca del cual estaba acuartelado el duque de Ochoña, por el valor grande y maravillosa virtud de los españoles del tercio de Pedro de Leon. Llegó á la ayuda de los nuestros el tercio de italianos de D. Juan de Liponti, el tercio de valones del baron de Vesmal, el de loroneses y alemanes, y combatieron con los franceses hasta las cuatro de la tarde de aquel día; y como vieron que el enemigo había abandonado el fuerte, toda nuestra gente avanzó á los cuarteles, y habiendo de seguir y dar paso á los víveres y municiones, como se había comenzado con el mosqueo y la pica, para meterlos dichosamente en la villa y conseguir la gloria del socorro, lo más ruin de la milicia, como

de ordinario suele suceder, se arrojó codiciosa á pillar lo que habia en uno de ellos, con que no se pudo hacer el socorro ni pasar á la villa con la confusion y el embarazo de tantos, más atentos á las preséas que al manejo de las armas; que visto por los franceses, que aun todavia guardaban orden y disciplina militar, que los nuestros no acudian á lo más importante, para lo que habian venido, y á demoler las trincheras para que corriese nuestra caballería y abrigase el socorro, en que consistia el verdadero fin del intento, revolvieron sobre ellos, y los cargaron rícidamente; mataron y tomaron prisioneros á muchos; con que Su Alteza mandó retirar el ejército á tres leguas de Arras. Quedó prisionero el Maestro de campo Pedro de Leon, muerto el conde de Villastoal, Maese de campo de valones; D. Martin de Sarriá, Maese de campo retirado de loresneses; cinco capitanes italianos: faltaron de la infantería quinientos hombres entre muertos y heridos, y de la caballería trescientos, que aunque no pudieron polcar des- trozó la artillería, estando siempre firmes y á pie quedo, esperando la ocasion de que la infantería les abriese paso por las trincheras para pasar á la villa. Retirado el ejército y casi desordenados con la muerte y prision de cabos tan importantes, se desconfió de socorrer la villa, con que así soldados como burgueses se cayeron de ánimo, porque en reencuentros de ésta calidad pocas veces queda un ejército, perdido el primer ardor, para volver á tentar fortuna. El punto principal estuvo en hallar á los primeros lances la caja prevenida para desvanecer el color que se llevaba de acometer, y el cuartel que se decia no estaba tan fortalecido ni con tanta gente, por haberla sacado el de La Millere para convoyar los viveres y municiones que traía para su ejército, de que habia mucha necesidad; y que si luego se acometiera, era sin duda, y lo afirmaban muchos, que socorriera la villa sin intervalo y con facilidad: no obstante, se decia eran muchas las cortaduras ó cordones de la circunvalacion, y que ésta fué la diligencia; pero el cielo justamente indignado por nuestras culpas, quiere que padezcamos éstos y otros muchos naufragios.

El príncipe de Orange, aún no escarmentado de los reencuentros pasados, á la sombra y á las espaldas del asedio de Arras y de sus contiendas, pasó tercera vez á tomar los puestos sobre Güeldres, codicioso sumamente de acabar de enseñorearse de aquella provincia, con la sorpresa de aquella villa, su cabeza y colonia; pero fué rechazado por Su Alteza y por nuestra gente, como las demás veces, con que se puso silencio por éste año á sus empresas y fortunas y á ésta pretension, porque mientras el rey de Francia tomare por su cuenta y tan sobre si las cosas del País-Bajo y sus invasiones, es cierto que no les dará parte en las conquistas y aliojará mucho con ellos en la proteccion y en los socorros, con que no podrán hacer nada: y él lo querrá todo para sí y convertirá la confederacion en vasallaje y tiranía; les entrará las tierras y se las tomará como más poderoso, y será menester que los demás Príncipes y confiantes estén muy atentos á sus trazas y á las de sus ministros. Pero ya todos ellos quedan con éste aroncel y con los puntos y reglas de estado y aspiran al señorio universal, con que será menester obrar con la politica y con la maña contra quien lo es tanto: será menester que Inglaterra abra los ojos con Dinamarca, y aun no estarán seguras las tierras más septentrionales y las más apartadas; el Imperio correrá mayor fortuna y borrascas, y será forzoso entrar todos en una liga que les ate las manos, y será el mayor caudillo el Rey Católico.

No habiendo, pues, el Infante podido introducir el socorro en Arras, antes quedado con el ejército menoscabado y caido en la confianza porque era fuera de fuerza, y así lo fué, que muchos quedaron muertos, heridos, prisioneros y fugitivos con el mal suceso, porque decian, y era cosa constante, que fallaban más de mil y quinientos hombres: le reforzó, llamó alguna gente de la que estaba en otros puestos, y en guarniciones, de la que habia dejado en el País de Bés al opósito de Holanda, y volvió á conferir con los cabos y capitanes, y entró en nuevos pensamientos de socorrer á Arras. Los franceses, algo orgullosos con la consistencia y perseverancia en el sitio,

y de no desamparar las trincheras, hacian sus instancias á la villa y al magistrado para que la rindiesen, ofreciendo par-tidos muy ventajosos y acomodados en el interin que no la rendian, que despues no cumplieron, como ya lo tienen de costumbre y son públicos desertores de la fe, sin guardarla jamás. Los de la villa y magistrados, viendo el mal efecto del socorro, si ántes tenían algun ardor y constancia en el sufi-miento para esperar y nó rendirse, ahora le perdieron y se resfriaron notablemente, porque ya veian y hacian discurso en el cúmulo de trabajos que les rodeaba, en la quema de sus casas, robo de sus haciendas, y estrago con sus mujeres é hijos: engañábanlos los franceses, diciendo que les guardarían todos sus derechos, los observarían sus privilegios, exencio-nes y libertades y les concederian otros muchos, firmados y asegurados por el Rey y por sus capitanes. Con éstas exhor-taciones y promesas, aunque vagamente ofrecidas, en lo in-terior se fiaron los burgueses y dieron orejas, tratando de la rendicion, y daban voces, y aún los amenazaban á los capita-nes, oficiales y Gobernador de la villa, para que lo hiciesen, y que si no abrirían las puertas, porque la hambre, poderoso enemigo de la vida humana, los haría abrir camino para sal-varla: y pretendiéndolos disuadir de tan infame resolucion, asegurándolos que los defenderian y que Su Alteza quería volver las armas otra vez con mayor pujanza sobre los ene-migos, para librarlos y hacer levantar el asedio; replicaban y se enfurecian, que las tomarian contra ellos mismos, forzarían á la entrega y darían comodidad para su ejecucion á los franceses.

Entendido esto por Su Alteza y avisado de éllo, sacó la gente, la armó, ordenó y dispuso para ir en persona al socorro: la necesidad de bastimentos que ya á ésta hora hacia su oficio, y alligó severamente á los pusilánimes, sin embar-go de que se decia que la falta no era tan extrema, ni la de las municiones; marchando el ejército para romper á viva fuerza con las mayores dificultades, por los cuarteles y trincheras, y entrar en la plaza, estando ya á la vista de ella, y

Su Alteza en persona, vió como los hombres bajos de la villa abrían las puertas á los franceses, ó iban entrando dentro; con que todo se suspendió. Fué justa paga de su atrevimiento y desconfianza, porque los franceses, usando de la libertad ordinaria de su condicion, no les guardaron nada de lo pro-metido, ántes les robaron las haciendas, enviando lo más precioso de éllas á Paris y á sus casas; les quitaron las armas, no consintiéndoles las espadas, sino sólo un cuchillo, y cse despuntado; dejáronles diez mil hombres de presidio, y pi-dieronles dinero, ó se lo tomaron para cuatro pagas. Servía de aviso á los demás pueblos para no dejarse llevar fácilmente de estos cautelosos. El Infante, sin embargo, no quiso apartar su persona ni el ejército de los contornos de Arras, con ánimo verdaderamente resentido y determinado de volver sobre élla; pues que eran los 10 de Noviembre, tiempo deses-peradísimo, y pocas veces usado para campaar en semejantes climas, y aún no la habia perdido de vista con ésta misma in-tencion, habiéndose retirado en otros años mucho más ántes. Los ejércitos de ambas partes en aquel país, por la demasiada inclemencia del invierno que aflige en aquella parte con más rigor que en otras y con perpétuo celo; sin embargo, perseve-raban en su intencion. Viendo, pues, los franceses el tison de Su Alteza, en no ceder de su acuerdo, presumiendo que se la habian de volver á tomar, comenzaron á fortificarla lo más brevemente que pudieron, derribando alguna parte de sus burgos, entro la villa y lo que está pegado al fuerte, para res-guardarla y hacer entre ambos, para mayor seguridad, una poderosa fortificacion que desahuciasse al Infante de volverla á tentar.

Conseguido ésto, se retiraron los franceses ufanos no poco de la empresa, la mayor que han tenido en muchos años, ó hicieron que se retiraban, por ver si el Infante lo hacia, y despues de alojados volver á la dispacion del país con alguna traza secreta; mas Su Alteza, no queriendo hacerlo, ántes envió á España, pidiendo al Rey su hermano, 600.000 escu-dos para tentar su recuperacion, y se los enviaron; pero ésto

año, en el concepto de los varones más celosos, se desconfió de poder tomarla por estar el tiempo muy adelante. Se perdió la honra y una plaza de las ilustres y nobles del País-Bajo, y á la cara de un ejército poderoso de muchas y muy escalarcidas gentes, con una nación que en aquella parte, ni en la de Italia, por larga carrera de años, no habia podido conseguir una villeta, y en ésta ocasion solo algunos moderados pueblos en el País-Bajo, y osos con mucho tiento, y dudando desempeñarse por las rotas recibidas de los españoles en la antigüedad y costándoles muchos y muy gruesos ejércitos. Reconocióse que los países con ésta pérdida quedaban muy arriesgados y el Artois lo quedó, no digo arriesgado, sino perdido, y esperábase cuando fuesen sobre Lila y otras villas, aunque no de tanta consecuencia de mucha importancia, y expuestas con la vecindad á mortales accidentes: el enemigo muy adentro y cerca de las plazas de holandeses, menos afianzando el vínculo de la liga, porque ya ellos por lo de atrás están en estado receloso con los franceses, no los querían ver tan orgullosos y pujantes, ni alentados, porque, como digo, era muy posible pasar de amigos á súbditos; y en ésta desconfianza se entraron muchos de los Príncipes vecinos y otras Repúblicas cercanas como Lieja, no con pocos celos y sobresaltos de caer en la opresion. Tal estaba el País-Bajo que se podia esperar que á dos golpes como éste se acabase, si ya no lo estaba, particularmente si diesen sobre Gante, Cambray y Amberes; recelaban ó temen éstas ilustres villas, lo mismo, no arrimo á que mantenerse, porque con los holandeses, ó con todos juntos, correría la misma fortuna, y cada uno de por sí procuraría desmembrarlas hasta que todo fuese de el más poderoso; las cosas se veían en éste estado y el tiempo por sí sólo obligó á Su Alteza á retirarse, y á distribuir el ejército en guarniciones.

Las cosas de Cataluña, hasta la muerte del Virey, digna de atencion y de reparo por las muchas prendas que cada día se iban metiendo dentro, no sin particular designio, lo he escrito con precision y corrido ligeramente la pluma por

ellos, por dar toda la noticia entera en los papeles que vienen de allá, escritos por algunos catalanes, y hechos unos con otros; que adonde hay muchos desleales hay tambien muchos afectos al Príncipe, á sus heroicas partes y virtudes, excusándose de repetirlos, ántes que lo sepan de su boca, para que no me tachen de apasionado, ni que falto á la diligencia. Tambien referiré algunos en que se humanó nuestro Gobernador á dar satisfaccion, y el que dieron los cabos del ejército de Rosellon sobre las calumnias que les imponian, y de los males de la tierra, contra su memorial expresado. Sobre esto enviaron al Rey dos diputados del general del Principado de Cataluña, y ordenado por un religioso Capuchino de la misma nacion un manifiesto suyo, que no he podido haber á las manos, en aquella misma sustancia ó algo peor, respondido por uno de los nuestros ó de sus mismos naturales, cuyo autor no se ha podido investigar (habia tantos, que era imposible haberlos todos á las manos). La noticia pareció individual, y á lo que se pudo discurrir bien segura y que conoce bien el natural de los catalanes. Las cosas, pues, se iban empeorando cada dia, creciendo la injusticia y la maldad en los hombres de baja casta; hacianse atentados y querian valerse del rey de Francia; el crimen tan execrable los llevaba al último despeñadero y convocaban las demás ciudades de la provincia á consolidarse y hacer el delito general, mostrándose violentos detentores contra la soberanía del Príncipe, y apeteciendo el gobierno democrático, querian ser anarcos, y que cada uno viviese á su albedrío, sin policia, sin justicia, y que cualquiera pudiese matar al otro, robarse y ser incendiarios de sus mismos bienes; querian que ántes que los demás consejos prevaleciese el de Giento. Temioso, por los desacatos cometidos contra los templos, clausuras, aras, imágenes y altares, no abusasen de la religion; y como en las discordias civiles y corrupcion de los pueblos y provincias suele acontecer semejante delirio, ántes de llegar á las espadas, ejercitaban las plumas la ira de las suyas, que severamente habian

opuesto á la templanza de las nuestras y á los ejercicios de algunos ministros prudentes en que les avisaban de los precipicios en que daban. Siguiendo aquella locura escribieron libros en catalán y en castellano, tan libres y desvergonzados, que justamente los mandó recoger la Santa y general Inquisición: así procedían todos, no ménos eclesiásticos que seculares, religiosos y clérigos, hablando descarnadamente, y sublevando el pueblo; aquellos que por la dignidad y ejercicio de religión habian de enmendar los insultos y desmanes de la multitud, insinuando la piedad, el recogimiento, la templanza y la modestia en el obrar, y les corría obligación de corregir y enmendar; y no estaban libres de cencusura las acciones reales, ni el gobierno, repitiendo muchas con poca discrecion. De un religioso Capuchino se cuenta, que subido en el púlpito, en vez de reprimir los sediciosos y turbadores de la paz pública y de la obediencia filial al Príncipe, les dijo á los que le oían: «los sueros se adquirieron con sangre y con sangre se han de conservar, y sea tanta, que pueda yo empapar este hábito, en la de los que lo pretendieren estorbar». Cosa indigna de religioso y de aquel hábito tan venerado en la Iglesia de Dios, por humilde y paciente, como el gran Padre que le tomó. El papel es éste, no le doy por de ingenio ni notable, sino porque refiere las cosas por menor:

«Restaurado el castillo de Salsas, deshecho el intruso dominio de los franceses, frustrados sus socorros y sus ejercicios, parte con la resistencia y parte con el horror nacido del corazon de nuestras gentes; deseando dar al fatigado ejército español, despues de la larga quanto dura campaña, atentos los generales marqués de los Balbases y conde de Santa Coloma, á los muchos aprestos de S. M., y á que sus tesoros estaban consumidos en la defensa de Cataluña, y que ésta, por obligación que tiene de defenderse de las invasiones enemigas, es el país ménos afligido de tributos, pues no disfruta S. M. de aquel Principado, asaz rico, 30.000 ducados al año; determinaron para resarcir una leve parte de los gastos de S. M., cuando habia de ser todo suyo, que alojasen los moradores las armas

que les habian defendido al principio, segun la calidad del lugar, y en ésta forma se bacian listas de gente, que no le fuese cargosa: mas el orgullo de los pueblos, superior á las compañías que les enviaban, cerrando las puertas, los recibian á mosquetazos, con que fué forzoso, para corregir éste atrevimiento y domar la plebe insolente de cada lugar, mudar estilo (daño irrefragable), y señalar para cada uno gente de guerra, superior á la de tierra; acertado consejo y precioso, si como previno hacer la gente alojada numerosa, más que las vecindades, pudieran no desmembrarse los tercios por las provincias, para que fácilmente se dieran las manos en los alborotos, que siempre se temian de ésta inexcusable forma de alojamientos. Resultó quejarse el soldado y sentirse el vecino, porque en la casa del ménos rico concurrían dos y tres soldados á comer, y era fuerza comer mal y reñir bien; y con ser tantos los alojados, aún no domaban los intrépidos ánimos de los patronos, no por valerosos, sino por que sabe cada catalán que cualquiera voz de injuria suya, aunque se dé en la choza más rústica, hace eco y tiene respuesta en la corte por apartada que esté. Resultó tambien otro daño, y fué despertar la codicia de algunos soldados, de los que tenían mano, porque hicieron ganancia alojar más ó ménos tiempo en los lugares, segun la contribucion que les rendian; y así, muchos pueblos aún no resueltos á perderse, redimian su vejacion con dádivas forzadas. Esta es la culpa mayor que cometió el ejército y fué de las ménos; no las atrocidades y supuestas calumnias que falsamente derramó el ódio, recogió é imprimió en se del oído un Padre capuchino, á las sujeciones de los suyos más atento que á la investigacion de la verdad diligente; y no es culpa ésta para formar escándalos; pues cuando la guerra no trajo algun inconveniente; pues cuando la guerra en la observancia más regular se halla que excede, ni qué exceso fué cuando se animara la provincia, que á los que habia desnudado la campaña en su defensa los vistieron los defendidos, no es maravilla que el que siempre anda desnudo trate, cuando halle ocasion, de repararse. Mas aquí á lo prin-

el principal del ejército le faltaba todo, y se vieron diferentes soldados aplicados á diversos oficios para comer de sus afares, alreados como el más triste oficial, porque, como digo, fueron los ménos los que gozaban de ésta inteligencia militar, que se pueden llamar conveniencias de los contribuyentes, aunque el Padre capuchino quiere que todo sea delito y exceso: mas su memorial y las últimas opócrifas que en él representa, las hazañas mentidas que se atribuye, sería bastante testimonio de los que levantan á la católica disciplina de las armas de S. M.

Muy para reparar son los modos con que han perseguido á la nación castellana, y por arrimada á ésta á las naciones que militan debajo del estandarte Real: pues no contentos con derramar su sangre, ó para irritar los pueblos á más sangriento denuedo, ó para paliar tanta violencia ejecutada sin causa, siembran voces llenas de horror, culpas que no caben en las atrocidades que ignoró el barbarismo, y á sacilegios á que no se atrevió la herejía. Estas voces hallan para la creencia tan dispuesto el ánimo de los catalanes, aborrecidos nativamente de la gente castellana, que es carácter que no se borra en sus corazones: abauderizados con ella, toman locamente las armas contra nuestra ruina, sin más exámen que haberlo oído; de suerte que llega á ser más dura la infamia con que justifican su rigor, y es lo más terrible, que hace, no sólo fe con los suyos ésta infamia, sino crédito en el dócil natural de la gente castellana, que como experimentan en sí que su noble ánimo, despues de perdonar mucho, muove las armas, juzga que éste atrevimiento, solo á su nobleza comunicado, es dado á los demás; como no conoce el mañoso aborrecimiento con que en daño nuestro se gobierna aquel Principado. Mucho motivo nos ha dado para ser incrédulos el Padre capuchino, pues el caso más disonante que su memorial contiene, es el que se atribuye á la violencia lasciva de un soldado, de quien refiere, que por forzar una mujer casada dió muerte al marido, no solo con las heridas, sino con el dolor de su infamia, pues hizo lecho de su infame apetito

el ya casi cadáver: caso tan raro, que le contradice la naturaleza, y solo fué inventado del rencor no pensado, cuanto más perpetrado de el vivo, pues demás de que ésta abominación escandalosa consta ser falsa, por informacion que se hizo de órden del conde de Santa Coloma, que lo estupendo del caso y conocer lo fabuloso de su narracion le obligó á hacerlo, halló vivo el muerto, y sin ultraje la que da por forzada. Es bien que el discurso, pues no puedo detenerme en todos, haga en éste apoyo de últimas de su patria, mentirosas las que el áustero defensor de ella representa, pues sin constar de informacion, de las experiencias que den muestras á la luz de la fe y á la de la razon, se descubren motivos para no creerle: que entre las angustias del morir no hay apéito que no se corrija ni deshonestidad, que si no compungida, no esté recatada á vista del pavor que causó lo horrendo de un cuerpo que rindió la vida á violencias; fuera de que conocerá cualquier varon cuerdo, que el más desenfrenado, si hay alguno que lo sea tanto que intente fuerzas, no guarda á tiempo que pudiese el marido resistirlo, y mucho ménos creará que vencida la resistencia de éste, intentase la lucha de la mujer, pues demás que pudo huir en lo que duró la de su marido, la más flaca, irritada del dolor, es mónstruo del valor: y si en lo habituado son siempre increíbles fuerzas de ésta calidad, y más á un hombre sólo, que es preciso que lo esté, pues es ninguno el que ayuda á semejantes violencias, por ser más natural dar favor á una mujer para ser honrada, que á un amigo para que sea vicioso. En Cataluña son imposibles, por ser tierra que se favorecen tanto contra forasteros, que á la menor voz de queja tan justa, no sólo el lugar, pero cuantos embarazan los contrarios, se juntáran en brevisimo tiempo; pues llamados segun su costumbre de las campañas, que es el somatén general, y de los que subidos en lugares eminentes y esparcidos por los campos, ya con voces, diciendo «*via fora*» ya con cuernos é instrumentos, más ruidosos que sonoros, los convocan, es admiracion ver con la facilidad que concurren armados con sus tres ó cuatro pedreñales pendientes de las charpas; y así fuera

los siguió y obligó á volver diversas tropas que encontró ya impacientes de tanto esperar en la campaña, que su coraje es temporal y amedrentados de la opinion de tanto enemigo. A la verdad, el Padre capuchino los pinta como los desca, no como son: mas como todo su memorial se reduce á encadenar lástimas, errores, sacrilegios atribuidos á las armas más católicas, más templadas y más religiosas que han militado en la tierra; será bien proponer aquí algo de las suyas, que son las que más pondera y de las que más hace alarde. Referriré la muerte de D. José Fluvial, caballero catalán de modestas costumbres, á quien la profana y rigurosa mano da un soldado mató en un oratorio, no templo, y bastó para perdonar la mayor injuria valerse del lugar donde está Dios colocado; y fuera bien que, ya que refiere el hecho, refiera tambien cómo aquel caballero ocasionó su muerte, recogiendo en su casa fuerte la gente facinerosa y perdida, que perseguía los soldados que marchaban, y que con leve ó ninguna causa, pues la que se ha descubierta fué por tirar á una gallina, empezaron á arrebucarlos, mataron uno é hirieron otro, con quien todos los compañeros entraron en la casa y vengaron el homicidio en los que hallaron dentro; y un soldado, más colérico ó ménos religioso, ó del todo ciego, mató á éste caballero, habiendo hecho sagrado de un oratorio? ¿Por qué no dice tambien que para éste delito se dispuso el castigo, que es lo que toca al buen gobierno, ó prevenir la culpa ó castigarla cuando se comete, pues es sacrilegio? El soldado fué preso en la cárcel real de Barcelona, y perdiera la vida si no se la dieran con la libertad los fadrines de la tierra, el día 22 de Mayo, cuando con el Diputado sacaron los demás presos y ocasionaron su solución. Lamenta tambien el incendio de la iglesia del lugar de Rio de Arenas, infamado por él, por los italianos; siendo cierto haberlo puesto los bandidos y amotinados que estaban en él, solo á fin de irritar los ánimos de los naturales con tan religioso motivo, pues los italianos salieron á las ocho de la mañana del lugar, y el fuego se reconoció á las tres de la tarde. Y porque los demás sucesos de su papel no contienen otra

muy conveniente que las mujeres forzadas, en la ocasion de su cuita, se hubieran quejado, pues se hallan en tierra tan socorrida, adonde habian de conseguir éllas amparo, y castigo los culpados, y se excusáran otros empeños: mas ni en éste caso ni en los demás que propone el memorial, se oyó ésta queja, y es lo mejor que ofrece informacion auténtica de todo y es fuerza que haya se de muerto del que la hay de vida. Mas, ¿quién se pone á decir, á vista de todo un campo que sabo lo contrario, que los primeros que acometieron las fortificaciones fueron los catalanes, siendo así que estaban ganadas y los franceses puestos en huida cuando entraron en éllas? ¿Quién les atribuye que pusieron el petardo en las puertas del castillo de Salsas, siendo los que avanzaron á ponerlo hasta dentro del rastrillo de la puerta con el Maese de campo Juan de Arce, hasta ocho ó diez capitanes de su regimiento y otros tantos del tercio del marqués de Mortára y dos valones? Para mayor apoyo de ésta verdad y que sirvan testigos gloriosos de élla, y por bazaña tan heroica se immortalicen, diré, con pena de no saberlos todos, los nombres de los que me acuerdo, que son los capitanes D. Jerónimo Morello; D. Bernardo Dorado; D. Pedro Valenzuela; D. Juan de Silva, paje del Rey, que murió en el puesto, y con la misma fortuna Don Francisco de Villoslada; D. Pedro Maldonado, que salió mal herido; D. Cristóbal Cañedo, y D. Manuel Pareja. Estos ocho capitanes y hasta otros doce fueron los que estuvieron debajo del rastrillo; y animados de éste ejemplar de apeteecer los riesgos, así los catalanes como los otros tercios, llegaron á frisar con la contracscarpa del foso: accion de brío, mas fué de todos, y lo particular de élla de los castellanos que refiero. Mas, ¿quién publica que no faltaron los catalanes? La noche ántes que se esperaba al enemigo, con aquel su numeroso socorro que desbarató el ciclo con furiosas lluvias, fuera la victoria suya, si llegara á embestir por el puesto de los catalanes, por estar indefenso, pues si no es los hombres de obligacion, no permanecieron otros; y fué tan vista su fuga, que se ordenó á la caballería los siguiese y degollase, y ésta

verdad que los pasados, no me detengo en refutarlos, aunque me obliga á decir, al ver cuán exagerados son nuestros yerros, que si hubiera tan piadosa religion en los catalanes, que en fé de la quo profanaban en los templos abomináran las profanidades que pueden haber sucedido en los soldados, y fuera gran consuelo para los que asisten en su tierra; pues halláran abrigo en la iglesia contra los tumultos que su mal seguro vallaje pondera más con exclamaciones religiosas lo incierto de nuestra gente de guerra, no perdonando la natural enemistad que tiene á la castellana; pues no hay otro motivo de su ojeriza para con ellos, que el que no hallan templo que no se rompa, fruite que no se amenace, rincón que no se escudriñe, lugar sagrado que no se manche; sepultura que no se abra: son bien para ponderados sus Sacramentos, si ya no por encarnada su fé, aparente de religion, buscada en los otros y mal observada en sí; pues cuando la busco cómo la quieren, siempre los hallo peores, y es sin duda que nos creen mejores que nos publican, á fuerza de la experiencia de la observancia reverente de la gente del Rey que guarda los templos, pues la suya, aunque amotinada, no ha tenido mayor seguro para sus haciendas que amontonarlas en ellos, y en todas las ocasiones que al presente se han ofrecido con los bandidos, han gozado de éste indulto del sagrado, cuantos lugares han penetrado á fuerza de armas. El trozo, siempre victorioso, del ejército de S. M. hasta Perpiñan, que reconocido éste privilegio divino, tan observado de la milicia católica, recogió lo más razonable de sus haberes, teniendo el caso en las iglesias, no sólo se reservaron, pero se les puso salvaguardia; cautelando los atrevimientos que soldados tan hostigados podian acometer, no por recelo, sino por prevención.

Mas, bien será referir algunas de tantas lástimas como nuestra nacion ha padecido, para que el Padre capuchino, que tan servidor de Cataluña se muestra, porque no hay estado á quien el contagio del fuego no se le pegue, pues los más escrupulosos, sin odio, tienen aversion al nombre de Rey, y por el retrato que vió y estampa de éste al castellano, cotejo des-

dichas con desdichas, religion con religion, impiedad con impiedad, si sufren cotejo acciones tan distantes; pues quien notáre los desacatos á todo lo sagrado de los catalanes, lo creeria sin fé; quien viera su incorreccion lo juzgará sin ley; quien atendiere á sus obras los buscará la razon; y si como ajenos á la luz de la una, de la direccion de la otra y de la enseña de todas, salen siempre ingratos, nunca seguros; si los sobrellevan se alteran, mas si los espantan se desenfrenan; si los perdonan se exentan, si los aprietan se ostigan, de suerte que no hay camino por donde conducirlos al puerto verdadero de la razon; dejándoles á su libertad son peores, y han de necesitar á la majestad del más benigno Monarca á que, despues de tantos siglos de dominio, de predecesores en predecesores, ponga hoy en éste Principado ley, yugo y justicia.

Los daños que nuestra nacion ha padecido, y en particular cualquier soldado desde la retirada de Salsas, son increíbles; no se vió Principe con mejor ejército, ni más bien disciplinado, y todo lo ha merecido de sus Generales; mas alojado en Cataluña, despues de la restauracion del castillo á hoy, se reconoce malograda la mayor parte, viendo sus cierros rigores algunos, y los más muertos desdichadamente debajo del sagrado seguro del hospedaje. En campos se han descubiertos diferentes veces cuerpos muertos; de los pozos y cavernas se han sacado, con horribles figuras; de suerte que su rigor llega á extremo de hacer alimento y bebida de nuestra sangre, pues siembra cuerpos muertos donde el trigo, y mezcla sus cisternas con la sangre del afligido soldado, y en cuanto puede la bebe, que es lo más encarceido de los hipérbolos del rencor. Aunque la voz sentida de todos os ésta, y el faltarnos tantos y no parecer ningunos hace en éste caso plona probanza, lo ratifica la humana confesion de un sargento catalán, preso por Juan de Arce, con otros alevos en la refriega sangrienta de Palafur y Volcairo, pues declaró en ella habia muerto, en solo cuatro meses de alojamientos, cuarenta soldados castellanos y seis valones: horror pone el oírlo

y lástima que no tuviese más que una vida, y esa tan mala, el que quitó tantas y tan buenas. Bien puede éste suceso hacer alto á la imaginación y pensar cuántas serán las desdichas que de el resto de los catalanes ha padecido nuestra gente, si de uno solo experimenta tanta traidora diligencia, violencia y tanta impiedad no merecida; en sus principios rebosada, y oculta hasta que estos rigores secretos se trocaron en desca- tos públicos, hechos no sólo á los soldados sino á los minis- tros del Rey, pues roto el velo de su traición que se trasparen- taba, empezaron á ejecutar su saña en personas señaladas. A D. Juan Feñó, Capitan de caballos, mataron ayudando á Miso, que así veneran los templos los catalanes, y su sangre sal- picó el cáliz, y fué acogida muy de su fé en tal trance para no errar el logro de redimido, valerse del cáliz de la Reden- cion. Aquí deseo al Padre capuchino, para que con el ponde- rado delito de D. José Pluviat, acuerde ésta atrocidad sacrile- ga y las más que suscribieren: la causa de hecho tan tremen- do se ignora, y se sabe fué D. Juan, digno soldado de mejor fortuna. De otro escopetazo mataron al humbral de su casa á Castellanos, Capitan asimismo de caballos, y caminando á su cuartel despojaron de la vida y los vestidos á D. Felipe de Quinones, del hábito de San Juan, y del puesto que los pasa- dos: y marchando la coronelia del Conde Duque, gobernada del Sargento mayor D. Diego de Guzman, sin hacer agravio alguno los soldados, mataron desde una casería un Capitan é hirieron á D. Juan de Solorzano, paje que fué del Rey, de manera que á la deshilada, y sin mucho estruendo y con mé- nos castigo, cada día despojaban de la vida la flor de nuestro campo.

Como hallaban más aplauso que castigo éstas enor- midades, con atrevimiento tan insolente como cruel, quemaron en Santa Coloma, á Monredon, Vegar de los caballos, que iba con órden de alojar en algun lugar, padeciendo por mi- nistro del Rey, aunque catalán, éste riguroso martirio: y aun- que para alentar los afectos al servicio de S. M. se premiaron los hijos de Monredon, y castigó el lugar de Santa Coloma

con el incendio de cuarenta casas, con la asolacion de cinco de las principales cabezas, sin embargo, con el premio y con el castigo se empeoraba todo, y lo estaba ántes de ésto, pues muchos lugares se habian apellidado, y andaban juntos más de tres mil bandidos, cometiendo increíbles insultos, persi- guiendo y matando cuantos castellanos podian haber, que es la caza que mejor siguen y siempre buscan. De ésta rebel- do muchedumbre estuvo el Macseo de campo, Juan de Arce, sitiado, pues haciéndose fuerte en un templo de reglares con solos ciento cincuenta hombres, levantóse contra él la villa de Medron: de ésto sucedió que más de tres mil villanos que habian concurrido al asélio, adviniendo la contradicción que les habian de hacer y victorias que habia de alcanzar de sus turbulentos motines, la vida que así perseguian, por espacio de media legua, en todos los pasos hicieron fortificaciones para impedir los socorros. Por dos ó tres veces pusieron fuego al convento, por hallarse vencidos de la resistencia de los de dentro, y desoando con la presencia del Santísimo Sacra- mento sosgar el Superior la atropada caterva de rebeldes, lo hiraron dos escopetazos é hirieron en un brazo, no de otra suerte que si fueran infieles. Mataron en ésta ocasion un Ca- pellan con un Cristo en las manos, porque les pedia que se retirasen del cerco, porque le venia socorro á Juan de Arce, y era forzoso seguirse de una y otra parte grande mortandad, y si dos Capuchinos que soliciaban lo mismo no se echan en el rio, les alcanza éste rigor. Padecieron los cercados cuantas calamidades suele traer el sitio más hostil, de asaltos, incen- dios, desvelos, hambres y continuadas fatigas, mal reparadas, porque el caso no pensado, no dió término á prevençiones; si bien amedrentó algo á los rebeldes y los detuvo para acer- carse tanto al templo, el buen suceso de una bomba de fuego que se echó desde lo alto sobre un carro que habian arrimado á la puerta, lleno de cáñamo, fácil materia de la llama, con que pretendian convertirlos en ceniza, pues el carro y un fa- drin atizador de ésto sacrilego incendio volaron hechos piezas. Mas nada bastára si las compañías de los soldados, alojadas

por los contornos, conmovidos del peligro de tal causa y de sus compañeros, sin proceder órden para éllo, no se juntáran tan piadosos y valientes en número de mil cuatrocientos infantes y veinticinco caballos, que amando el riesgo, si bien con buen celo, unos religiosos Capuchinos se le representaron grande, invencible, proponiéndoles iban á buscar la muerte, por ser los contrarios superiores en gente y tener cogidos los pasos, y ser algunos tan angostos que apenas dos podrían hacer hilera: mas, resueltos á morir ó librar á Juan de Arce, Gobernador por D. Juan de la Barrera, que por Capitan más antiguo le tocó, según costumbre militar, el mando, se guiaron á la villa de Mir, y vencido lo frágoso de las dificultades, rotas las cortaduras de los caminos, desbaratadas sus fortificaciones, fueron castigando el orgullo de la cavalla, y apénas llegaron á vista de Mir cuando Juan de Arce, no sufriendo estar encerrado él ni sus amigos, dispuestos al peligro, dejada la clausura, salió con linda órden de élla, y se entró por medio de los enemigos y abrió paso no angosto, hasta incorporarse con los suyos; y unidos todos, acabaron de desbaratar los bandidos que á toda prisa volvieron las espaldas, quedando los nuestros por dueños del campo, bien que siempre los fueron persiguiendo, y en la retirada hirieron al Sargento mayor de Juan de Arce, á D. Juan de la Barrera y á D. Pedro Maldonado. A poco tiempo que empezaron á marchar se engrosó el ejército de S. M., así de infantería como de caballería; pues á la voz del aprieto de Juan de Arce, ó al recelo del levantamiento de la tierra, dejaban los alojamientos las compañías y buscaban donde asegurarse, y así vinieron á hallarse incorporadas hasta cinco mil de á pié y hasta cuatrocientos caballos, gente toda de valor, y que necesitó tenerle para defenderse de tantos acometimientos como tuvieron hasta Blanes, y desde Blanes hasta Rosas, y desde aquí á Perpiñan, que fué atravesar todo lo más áspero de Cataluña y lo más declarado contra las armas de S. M.

En ésta sazón faltó á la fe de su Rey la ciudad de Gerona; cerró y puso guarnición á las puertas, y con miedos cauleo-

nos no quiso dar el pan de munición al ejército, no obstante que para no alborotar la tierra se había apartado buen espacio de la ciudad, y habiendo pedido cinco Capitanes, con color de que quitasen los soldados, así los que estaban dentro como los que estaban por viandas, y hecho pleito homenaje los Cónsules y nobleza de que los defenderían y guardarían en cualquier trance, dando despues lugar á que entrasen los conspirados y poniendo en las calles mesas francas para que se regalasen, como defensores de la pátria, y armádoslos con todo género de municiones, tocaron al somatén general, que se empezó por diez léguas, y otro dia se cubrieron los campos de gente armada, y en la ciudad hubo *via fora* contra castellanos; y habiéndose recogido al convento de los Agustinos tres de los capitanes, que fueron D. Juan Arias, Arroyo y D. Fulgencio, Marqués, delante del Santísimo Sacramento, que se sacó en público para templarlos, los arcabucaron, y es cosa maravillosa que con veintiseis balazos y dos cuchilladas de espada tajante, vivía D. Juan Arias, y les persuadía al temor de Dios y la obediencia de su Rey hasta que espiró. Antes de ésto habian muerto en un convento de monjas, que está fuera de la ciudad, ocho soldados particulares, y á una mujer que lamentaba con palabras y con lágrimas ésta desdicha, la cruzaron la cara; mas entregados á la infidelidad todo era repetir sacrilegios contra Dios y alevosías contra su Rey, como la cometieron asaltando la iglesia mayor, adonde D. Ramon Caldes, gobernador de Cataluña, y D. Diego Berrio, del hábito de Santiago, teniente de Mase de campo general, se habian hecho fuertes en las torres, y á no valerles cierto rumor que se levantó, con que avanzó la gente á un lado de la ciudad y dió lugar á que con la oscuridad de la noche saliesen de élla, fuera cierto perder las vidas como los demás que libraron y aseguraron en los ásperos descaminos de las montañas. Recogióse Juan de Arce á Blanes, lugar marítimo del marqués de Aitona, que á fuer de vasallos de tal señor le socorrieron; baldonádoslos los traidores á la pátria, los que de verdad lo eran de su Rey, porque permitieron acuartelar fuera de los

muros el ejército de S. M. que á todas horas y en todas partes era perseguido y acometido, no sólo con las armas sino con quitar los víveres, publicando por traidor al que se los diese, y amenazando de castigar severamente al que incurriese en dárselos: tan dentro del mando y tan revestido del imperio estaba el conspirado enjambre de villanos, que reconociendo que no habia fuerza poderosa para contrastar aquella parte de ejército invencible, se valieron de las cautelas; pero éstos, aunque desnudo el cuerpo por la necesidad, mostraban vestido el espíritu de valentía y la resolución en proseguir su jornada, que tan medrados salieron de los alojamientos, y abandonado el miedo, vencido el sueño y tolerada la hambre, llevados del coraje, apeteciendo las dificultades y pronta la obediencia, se hicieron horribles y temidos á las tropas enemigas, con ser sin número.

Recogida nuestra gente en Blancos, deseando el conde de Santa Coloma que las demás compañías, así de caballos como de infantería, no peligrasen, se dió orden á D. Fernando Chirinos, Comisario general de la caballería, para que fuese á juntarse con la que conducía D. Gregorio de Velasco, y Don Francisco, su hermano, y D. Benito Rebolledo, capitanes de caballos, por haber llegado aviso que eran gravemente molestados de los pueblos alterados. Partió D. Fernando con su gente la vuelta de Sansolomá, que está seis leguas de Barcelona, y encontró dos leguas distantes de la villa á las tropas de la caballería que por espacio de dos dias habian roto los estrechos caucinos con las armas, y venían todos cansados de la larga pelea, maltratados de la continua fatiga y mal reparados, con que apenas habian comido ellos ni los caballos en éste tiempo. Con la venida de D. Fernando se entró en consejo á vista de los enemigos que los seguían, sobre cuál camino se tomaría, y se resolvió seguir el que D. Fernando habia traído por haberle pasado sin tropiezo, y por parecerles que en Sansoloma, que poco antes estaba sin rumor, hallarian albergue donde poderse reparar; y así, dando y recibiendo cargas, aunque ya á nuestra gente les faltaba la munición, lle-

garon á Sansoloma, que habia cerrado la puerta y estaba en arma, bien que después de diferentes pláticas les obligó D. Fernando con cortesía á que les diesen algunas casas yermas donde recogerse. Juramentáronse primero los Bayles y Diputados que no dejarían entrar en la villa los amotinados: mas rota la fe del Sacramento, y más poderosa con ellos la enemistad que la palabra, persuadidos de las exhortaciones de la turba conspirada, que instaban á las puertas no dejar en perder tan buena ocasion de borrar con la vida el nombre de los traidores á su patria, que éste atributo dan á la más fina fealdad de vasallos, reducidos los del pueblo al deslealdad, abrieron las puertas y entraron los aleves, y siéndolo todos los de la villa, cargaron sobre la caballería y sobre la infantería modenense que estaba en el mismo lugar alojada. Serian hasta número de trescientos, y la caballería quinientos hombres, que por no morir encerrados montaron á caballo y salieron al campo á tiro de cañon de la villa, quedando la infantería modenense acometida en una casa donde se hizo fuerte de todo el golpe de los enemigos que entraron por las casas vecinas y degollaron casi todo el tercio con siete capitanes, no obstante que D. Fernando, con valor muy de sus obligaciones, con su Teniente y el baron de la Capela, entró á correr las calles y socorrer los demás. Viendo el cuerpo de la furia de los caballos, los bandidos desde la casa los arcahuaron, y á D. Fernando le mataron el caballo, y al baron de la Capela le derribaron muerto: escaparon algunos modenenses de serlo, mujeres y niños, y fueron abrigados de la caballería, que estaba á la vista y se hallaba cerrada de innumerables contrarios; porque el somatén de las compañías los convoca de suerte y multiplica, que parecen abortos de su clamor, segun préstamente se aparecen al más leve sonido del templado metal. Cerca de una ermita, por donde habia de pasar la caballería, estaba cogido el paso de los rebeldes, y con mayor número y bien fortificados, impedido otro puente, con horrenda griteria gitiándolos, porque ya les parecia no poder escapar le gente sin ser desmontada y muerta: mas

acometidos con briosa resolución en una y otra parte de diversas tropas, los ganaron los pasos y pusieron en huida y hallaron serones de nieve, pellejos de vino y otras viandas en abundancia, prueba de la asistencia que tienen en los lugares y de su regalado estilo de pelear.

Vencidas éstas dificultades, faltándoles de todo punto la munición, emprendieron pasar á Salvanes á juntarse con Juan de Arce, por ser el camino más corto; y apenas entraron por la angostura de él, cuando de las colinas derribaron los enemigos veinte soldados sin vida, con cuyo trágico suceso les pareció mudar consejo y dar la vuelta á Barcelona, enviando delante aviso al Virey de su determinación: mas el que se ofreció á llevar el aviso, que fué D. Benito Rebolledo, Capitan de caballos, se vió con tantos, que se tuvo por maravilloso accidente de fortuna escapar con vida de tantas calamidades como le sucedieron. Guiados hácia Barcelona caminaron todo el día, perseguidos de la infame turba, que á dos bandas, derramadas por las eminencias que desde los pasos se levantan, herían sin poder ser ofendidos de la caballería, que cansada iba casi sin aliento. En ésta forma y con éste aprieto llegaron cerca de un convento de frailes Jerónimos, adonde un religioso, conpadecido de ver tan desdichada mortandad en unos y en otros, y toda la tierra metida en riesgo tan fatal, sin más culpa que por ser vasallos verdaderos de su Rey, les dijo dejasen el camino derecho, porque no podrían salir de él verdaderamente sin perecer por estar poblado de rebeldes; que él les enseñaría una senda que terminaba á la mar, adonde se podrían prometer mejor suceso, que por ser descamino aseguraba no serian esperados en él, y se ofreció á guiarlos, habida licencia de su Prior. Para que empezasen á marchar señaló la senda, que á toda prisa siguieron los soldados, quedándose D. Fernando con solos cinco á pedir licencia al Superior, y demora tan breve como la que pudo causar el Prelado, le ocasionó riesgos tan vivos, que es prueba rara de dichosos estarlo: pues cuando quiso seguir su gente se halló cortado de la adversa canalla, y aunque guiado del fraile dió vuelta al convento para romper

nuevo camino, fué en vano, porque no había paso sin tropiezo, ni tropiezo sin mortal caída: y así, amparado de la noche, habiendo perdido dos compañeros y herido otro, vino al convento, donde entró por las tapias y fué en él escondido tan piadosamente, que aunque por tres veces profanaron las clausuras, y con amenazas irreverentes propusieron quemar el convento si no les entregaban el cabo de aquellas compañías, tan firmes en ésto, que no fué poco ampararle: finalmente, le libraron por entónces, y tres días ó cuatro despues salió patrocinado de la oscuridad y el fraile, y padeció en la breve distancia de una legua nuevos naufragios, pues en saliendo mataron al teniente Plaza ó hirieron al fraile, y á él le libró la capa gascona y el birrete de la tierra con que iba disfrazado, y dos fadrines catalanes bien cobechados, que le acompañaban. Así entró en Barcelona, cuatro días despues del trágico y siempre fatal día 20 de Mayo, no ménos que el de 7 de Julio, ambos lamentables por las desgracias de tal vasallo y mimistró, por los delitos cometidos contra la Majestad, mayores y más execrables por los abusos de la religion y sus desacatos: pues como descendiese la caballería por la senda que el religioso les señaló hasta tocar la playa del mar, el rumor de las armas llegó á Barcelona, líneas 21 de Mayo, al anohecer, y para que se note la prontitud que siempre tienen en perseguirnos, luégo se conmovió la ciudad y hubo *via fora* contra castellanos, sin saber la causa más que ser contra éellos; pues se publicaron tres, y todas falsas, una que los soldados habían quemado á Sant Andreu, que es un lugarcillo cercano á Barcelona; otra que un castellano había estafado á una vendedora (buena razon de motín); otra que habían muerto un sacerdote: ni éste se halló sin vida, ni la vendedora sin caudal, ni el lugar con llamas, si no es las que auzá el ódio. Mas ya es astucia suya para conciliar el pueblo atribuirnos un caso, ó lleno de impiedad ó ageno de religion, y debe de tocarles la fiscalta de la fe, segun acuden á fulminar su rigor contra nuestros errores, aunque supuestos los cometidos ésta noche, no fueron pocos. A la marina cargó el golpe de su arrebatado tropel, hiriendo

y matando cuantos soldados y castellanos no pudieron huir su furia, porque muchos, cogiendo la puerta del mar, se retiraron al asilo de las galeras, seguidos con pavoroso estruendo de piedras y balas hasta su orilla: la oscuridad de las tinieblas puso tregua á sus crueldades, pues deshechas aquellas con la luz, se rompieron éstas con la sana; porque la caballería, parte con el descamino que siguió, parte con lo caliginoso de las sombras amparada, había gozado de descanso: mas descubiertos al rayar el sol, de los infieles escuadrones, más crueles por verles sin defensa, porque ménos el ánimo les faltaba todo, fuerzas por el trabajo repetido, munición por la proseguida defensa, consejo por salirles todo contrario. En fin, entre tantos desalientos animosos, no teniendo carga que dar y recibiendo muchas, esperando hallar seguridad en los muros de Barcelona, rompieron por las catervas alborotadas, mas apenas se acercaron á la ciudad, cuando coronado el baluarte de mosqueteros de las compañías de guarda que entran todos los días, y echada la cadena en la puerta de afuera, como si fueran enemigos de la Corona, empezaron á tirar y derribar soldados. Con éste insolente ejemplar, los de la marina, hecho un cuerpo con los amotinados advenedizos, al retirarse los soldados de la mala acogida de Barcelona hacia el muelle, los recibían con gárfios en instrumentos navales á los allígidos, y en un punto, sin reparar los estandartes reales, sin lastimar tanto nuestro indelencso, sin detenerlos verlos rondidos, sin refrenarlos verse infamados con la traición, se vieron trescientos ochenta caballos desmontados, que los demás, hasta quinientos, faltaron en el camino, y la plaza cubierta de cadáveres, el mar de ahogados, las galeras de heridos, y todos parecían si las barcas de éstas no se acercaran á la orilla á dar acogida á sus compañeros; los caballos sueltos por la campaña, y en muchos subidos los catalanes haciendo alarde de su alevosía. Fué de congoja para los leales, ver tan derrotada deshecha en tierra del Rey Católico, pues fué tal, que no la hemos padecido del enemigo, ántes fué terror glorioso de su campo, la gente que hoy padeció ésta rota de la

inobediencia de vasallos, y lo que más se puede sentir es que ví muchos ejecutores de esta ruina, y ninguno lastimado de ella; muchos crueles, y á ninguno piadoso; en muchos noté la risa, y en todos el gozó, con que se reconoce que el ánimo es uno; y es lo peor, que no contentos con tan infauista ejecución de males, después de perpetrados, se esparció voz que desbaliando un soldado se le había hallado en las alforjas un niño muerto, con que irritados de nuevo contra los muertos, los hollaban y blasfemaban: rara nación que se muestren compasivos sólo para enruelecerse, católicos para apartarse de la fe, religiosos para ser profanos: pues, ¿qué otra cosa es ponderar nuestros delitos, ó mentirlos, y obrar después con más rigor, con ménos reverencia y con mayor malignidad lo mismo que censuran por terrible? Cuando tenían y tienen las manos teñidas con la sangre de infinitos, no culpados, reparan en la de un niño por inocente, y siendo lástima nuestra, quieren hacerla motivo de su rigor y disculpa de su enormidad. Hijo del soldado muerto era el niño que también lo estaba, y acabó con la madre y otras dos mujeres, á quien su furor no perdonó al pié del convento de los Jerónimos, de diferentes tiros de sus pedreñales, y la compasión del padre en cuyos brazos terminó la vida, le guardó por reliquia de martirio tan violento, ó, lo más cierto, para darle sosiego venturoso en el sagrado, que la correña continuada de sus adversarios no le había dado lugar á esta diligencia. Y siendo esto infalible, después de muerto el padre le infamaron de inhumano, y quieren colorear sus crueldades con nuestras culpas, y dar nombre de venganza lo que es voluntaria atrocidad: porque si la venganza presupone agravio, que aquí no precedió éste, se ve claro, pues concurriendo los vecinos todos de los lugares, ninguno supo éste tan duro hecho, hasta haber humedecido, si no satisfecho, la rabiosa sed de su rencor en tanto infeliz soldado, y hasta que se desbalió el más desdichado de todos, se ignoraba que hubiese niño muerto: luégo primero estuvo ejecutado el castigo que se supiese que le merecían, ántes habían recibido la pena que se entendiese habían co-

incido la culpa, y es que como su ánimo se extiende sin límite á desear nuestra calamidad, y no pueden dar nombre á culpa, que el ansia de mayor castigo no la exceda, y guardan á que esté el rigor ejecutado para fingir horror que excuse su bárbara impiedad, porque hacen siempre la culpa á medida del rigor, y no el rigor á medida de la culpa: y hallando en esta sazón este piadoso motivo, atribuyéndolo á la inhumanidad de los soldados, se excusaron de mentir otro, y confundieron nuestro dolor.

No se terminaron este día las desdichas en las referidas, porque alentada y aún confiada la osadía de los alevos que había hecho en las armas de su Rey tantos estragos, en que la ciudad había ayudado á esta tragedia y en que era el principal agresor de esta atrevida infidelidad, cubriendo los campos de más de tres mil alterados, con sus pedreñales, carabinas y arcabuces, no los quiso ver Barcelona, y vió para poner cadena á la puerta nueva y tirar desde el baluarte de Levante á una atrevida tropa de caballos que venia á guarecerse debajo de sus muros; y así como no los quiso ver, usando de la disimulación licenciosa, tomaron una puerta sin defensa, tan armada para nosotros, y entraron en la ciudad de hileras, cogieron las calles y cerraron la cárcel, empezaron á romper las puertas, y por excusar cosas tales dieron las llaves: el Virrey huyó amenazado á la Alarazana, el duque de Fernandina escapó á las galeras y paró todo en sacar al Diputado de la prision, en dar libertad á los presos, en matar un Obispo y la ciudad á quitarlos, en decirle al Obispo no habíase castellano, y que dijese, «viva la tierra y muera Don Dalmazo!» y que respondió, «viva el Rey, nuestro señor y la tierra!» A las once del día 22 de Mayo sucedieron estos quebrantamientos de la ley y de la razón; mas como eran en más libertad de los fueros, se alegraban los ciudadanos de que hubiese quien tomase la mano en lo que ellos deseaban ponerla, y aplaudían la valentía de sus fadrines en tan vergonzoso hecho: y fué el modo de entrar tan lleno de abusos

como de desacatos, y el obrar tan adelantado de aplausos como debiera ser corregido de castigos. Venían en hilera, con sus catarpas, y en ellas sus pedreñales, y muchos traían escopetas largas, y con multiplicadas voces decían, «viva la fe de Cristo, viva la tierra, muera el mal gobierno, muera D. Dalmazo!» El que los capitaneaba llevaba en la mano un pedreñal, en la otra un Cristo y una pistola, en la boca un cuchillo, ¿á qué no llegará su error si se vió en tan nefando atrevimiento la imagen soberana de Dios, y en poder de homicidas y en manos de insolentes, hecha bandera de alevosías? ¿qué podemos juzgar sino que la fe ó el seso les falta? Pues para valerse de la imagen sacrosanta de Cristo, quisiera yo saber ¿qué tierra santa conquistaban? ¿qué blasfemos de su nombre perseguían? ¿qué cautivos libraban de las mazmorras? ¿en qué trono iba la sagrada efigie y qué Salmos cantaban á su nombre? ¡Horror pone el decirlo! pues el trono en las manos cruentas de un alevoso homicidiario, los Salmos blasfemias, los cautivos que libraban, la horra de la república, y la conquista, alterar las leyes, inquietar la paz, matar al Virrey, acabar los castellanos. ¡Rara ceguedad! ¡Brava religión y desacato! Pero qué más torpeza y desatino que llevar por aplaudidos de venganzas al que murió perdonando y por perdonar? Y siendo todo tan irreverente y desacordado, les pareció á los ciudadanos piadosa su acción, y alabaron la templanza de los fadrines, porque á ruegos del Obispo y de la ciudad se salieron fuera de ella sin intentar la muerte del Virrey, y fué porque reconocieron que estaba resguardado en la Alarazana, y que las galeras habían hecho punta hacia aquella parte, vueltas las proas á tierra y sus barcas en la orilla: así estuvieron el día del *Corpus*, para que como ahora se frustrara entónces sobre su depravada deliberación: por éste servicio despachó correo Barcelona, pidió albricias y pidió gracias, y es justo se le den las que merece. Todos quedaron suspensos hasta saber cómo se recibía en la corte el suceso referido, y aguardando la respuesta hubo alguna calma de naufragios en la ciudad, á tiempo que Juan de Arce padecía,

acuartelado en Blancs, graves peligros, y los de la necesidad de viveres eran los mayores, con que se dispuso saliese de Blancs y marchase á Rosas, y que las galeras de España fuesen convoyándose por la mar, y les llevasen bizcocho y municiones y un socorro de sesenta mil escudos. A esta hora se hallaban en Barcelona D. Felipe de Guevara, Maese de campo de uno de los regimientos del Conde-Duque, hijo del conde de Oñate, gran político de esta era, como se lució en Alemania en la elección de Ferdinando II, rey de romanos: estaba á la asistencia del virey de Cataluña para evitar algunos intervalos entre él y Juan de Arce, y tambien para obviar en parte los peligros de Barcelona, y para dar á entender que era primero en el servicio del Rey, ántes que valerse de la autoridad del mando, ni introducirse competencia si no en lo que tocó á la jornada y en los pareceres de ella, se subordinó al de Juan de Arce, dejando á Barcelona, por hallarse con él en los trances del Condado de Rosellon, mayores de lo que juzgó: con el ejemplar de D. Felipe de Guevara, se hallaron otras dificultades que podian ser de estorbo para la faccion que se seguia, pues el competir con el Maese de campo de irlandeses Tutavilla, y Moles, Coronel de italianos, tambien obedecian á Juan de Arce, y se exensó el tropiezo preciso que de la diversidad de órdenes podia resultar, y se halló bien servido S. M. por la prudencia de D. Felipe.

Luégo que llegaron las galeras les socorrió el duque de Fernandina, y dió municiones y embarcó la gente inútil, y el resto, de ejército enseñado ya á triunfos y á victorias, se encaminó á Rosas, venciendo muchedumbre de enemigos, de la misma manera que lo inaccesible de los montes; pues no dió paso en que no hubiese que allanar, procediendo con tanto valor para vencer y con tanta templanza para perdonar, que siendo en todas partes acometidos, en poniéndoles en huida los dejaba, de suerte que como el conde de Santa Coloma temiese algun mal suceso en las armas del Rey, por parecerle que Juan de Arce obraba con demasiada suavidad, pues perdonaba enemigos que habian de continuar en serlo, y

la voz de esta clemencia los podia hacer más osados, le oí decir que hacia mal en no escarmentar los atrevimientos de los rebeldes para redimirlos al respeto. Esto es bueno para los que han divulgado que ha tenido la mano muy rigurosa: bien creo que si anteviera las injurias, imposibles de imaginar, del juez del *Corpus*, hubiera concedido á los suyos libertad para tomar satisfaccion de los catalanes; mas conocido que cualquier demasiada ofensa que hiciese en los que le acometian habian de pagarla cuantos castellanos y soldados forasteros hubiese en Cataluña, limitaba el rigor y lo dejaba sólo en defensa, y se contentaba con asignar su gente porque no peligrase la demás que estaba en la tierra. Así, cuanto hizo fué forzado de sus demasias, pues no tuvo paso que no estuviese cogido, vuelta sin emboscada, monto que no se viese armado, lugar que no cerrase las puertas, de suerte que la hostilidad más enemiga no pudiera ser tan contraria como lo era á las banderas de su Rey esta alevosa tierra. En fin, llegaron á Rosas con casi ninguna pérdida de soldados, y con infinitas glorias de vencedores; pues las merco ejército tan bueno, que no llegaba de mil hombres ni á quinientos caballos, y abrió paso, sobrepujo sus fortificadas montañas, desbarató sus prevenidas asechanzas y atolló tantas veces sus numerosas huestes: aquí descansó la gente algunos dias, hasta que llegando aviso de que en las fronteras de Rosellon se oian asonadas de guerra fancesa, con que se apresuraron á marchar la vuelta de aquel Condado. En este tiempo se iban encadenando nuevas y mayores desdichas fomentadas de los cabezas de los amotinados, que eran muchas, segun las escencias donde asistian sus multiplicadas tropas; y por las que se han rastreado apuestan, sin duda, á elegir el más digno, pues entre otros, lo es un forzado de la galera Capitana de España, que salió de la cárcel cuauado libraron de ella al Diputado, hombre de baja estirpe, de infames costumbres, y que fué elegido á título de más depravado; y así, con desenfrenado imperio envia órdenes á los lugares en forma de provision Real, para que le acudan con lo necesario, así de gente

como de vituallas dando por traidor á la patria, al lugar, al hombre que no le obedeciese, firmándose el Gobernador de las armas de Jesucristo. Mas como todos arden en el mismo fuego, es socorrido sin escasez y prontitud, aunque sea reconocido que aflige con más tiranía, por la enemistad de sus bandos; los pueblos que se nombran Cadelles, por seguir el de los Niarros; y se halla tan obedecido, que porque el Jurado, en capítulo de Viquia detuvo un correo que llevaba diferentes cartas para conmover los lugares, pareciéndolo convenir á la quietud pública estorbar tan descaminado mensajero, le arcabucearon y quemaron la casa.

Mas para sellar todo lo trágico, todo lo lamentable, y subir de punto lo insaciable de sus hechos, y encarecer adonde se halló el furor sin freno, el desacato sin templanza, la alevosía con despecho, la ejecución con impiedad, los templos sin veneración, la religión sin caridad y la inocencia sin abrigo, representemos el día 7 de Junio, día que destinó el universo para aplauso del más alto misterio, pues fué el jueves del Corpus. Este previno su traición para ejecutar tantas maldades; pero su saña, para hacerlo formidable, mas la gana demasiada de nuestra perdición, apresuró la hora del rigor. Su primer intento fué, para que no se escapase el Virey ni castellano vivo, aguardar cuando la solemnidad de la procesion los juntasen á la venerable asistencia adonde su cristiano celo presuponía los habia de conducir; mas como de madrugada sucediese la muerte de un segador, acocida en dependencia formada con otros de la tierra, y los segadores fueron la capa primera y maliciosa que se habia de echar al momento, á la voz de este casual infortunio concurren á formarle hasta ciento cincuenta de ellos con disonante rumor, y arribándoseles otros de la ciudad, cercaron la casa del Virey, como si fuera el agresor de aquel homicidio, y hallando alguna resistencia de los criados y allegados de ella, la quisieron poner fuego. Los religiosos de San Francisco, que están en frente de ella, sacaron el Santísimo Sacramento, solicitando impedir la ejecución del incendio; mas aunque postraron las rodillas en

tierra no se apartaron del lugar ni del intento hasta que vieron los Concelleres, y dándoles más acatamiento de lo que era justo, se dejaron llevar de ellos á la Rambla, sitio centro de la ciudad, y fué como señalándoles por dónde habian de empezar sus estragos; pues á las diez del día quemaron los bienes de Micer Vearte, sacerdote, á quien en el convento de las Mínimas, en la celda de una monja, mataron sacrilegamente. A la tarde fué también materia de las llamas la hacienda de D. Grao de Guardiola, y la que dejó en Barcelona el marqués de Villafrauca, con la casa en que vivia, sin bastar la defensa de sus criados y guardas, muriendo todos parte al saco y parte al incendio; y hallando entre las alhajas del Marqués un reloj en figura de mono, que al movimiento del volante menecaba los ojos, misteriosos como siempre, salieron por la ciudad publicando que habian hallado el familiar del marqués de Villafrauca. Hasta las tres de la tarde gastaron en esto, y á esta hora se divulgó que un criado del Marqués habia muerto al Conseller segundo, que hoy vivo, y con esto pretexto tomó las armas toda la ciudad de Barcelona, y derramados unos y otros por las calles, fueron saqueando cuantas casas y posadas de castellanos habia; dando infeliz y cruda muerte á los que entraban, que fueron muchos, porque las iglesias y conventos, habiendo despedido los que tenian dentro por no padecer por su causa, se cerraron: los conocidos los convocaban, los amigos no se atrevían á ampararlos; el que no los mataba los maldecía, y á éste con el ultraje y á aquél con las heridas, les daban muerte duplicada: cual por remediar la vida, la rescataba con el dinero de la primera tropa en quien caía, y ocurriendo en otra la perdía; cual, despues de haber recibido el rescate, se encrudecía más, porque codiciosos é impíos, era lo primero examinar el caudal de cada uno, y descubierta, le despojaban de éste y de la vida. La codicia de algunos llegó á tanto, que hacian desnudar al soldado por no romper el vestido, y luego con cruda fiereza disparaban en él las pistolas. Por las calles se pregonaba que el que tuviese castellanos escondidos y no lo manifestase le quemarian con su casa; traza tan rigurosa,

que amedrentaba la compasión de algunos buenos que echaron de sí los que habían defendido. Por tres veces hicieron abrir los conventos y con las pistolas á los pechos apremiaban á las monjas á decir si encubrían algun traidor de la patria; y como á tales, por ministro del Rey, hicieron despojo del fuego los haberes y casas de los jueces de la Audiencia, como son las de Micer Muro, Micer Ramon, y otros que intentaron saquear sin poderlo conseguir. Entre tantas desdichas solo el Virey, perseguido y cercado de los de su ciudad y nacion, sin ninguna galera de España, aunque prevenido este suceso y pedido le deixasen dos, una de Génova de las del Rey, que estaba, por sola y por tener 600.000 escudos mal seguros en el puerto, así como sintió que el baluarte que está sobre la Atarazana la tiraba, y que una bala de las tres que la dispararon habia dado dentro, se hizo á la mar por no zozobrar; desamparado de todos, aunque no de su valor, que á vista de la muerte conservó, sin perder en aquel trance ni la autoridad del puesto, ni la grandeza de quien era, en tan flaca fuerza como la de la Atarazana, asistido de algunos soldados, de los cuales veinte, que con D. Diego Berrio, teniente de Maestre de campo general y el capitán Barrientos guardaban la puerta, fueron desde el baluarte que los domina muertos á mortecetazos; los demás huyeron hacia el Monjuít y se escondieron en las cuevas de la puerta: sin dilacion se puso fuego por los alterados que estaban fuera, y los de la muralla bajaron con escaleras, y entrando todos hicieron una cruenta carnicería de cuantos encontraron, y fueron en seguniento del Virey, que iba con dos personas no más arribando al Monjuít, y con atrevimiento nunca imaginado, cara á cara, porque al sentir que se le acercaban volvió el rostro para hacerlo al peligro, le dieron de puñaladas. Este hecho acumulán á un clérigo, que estos y los frailes habian tomado por su cuenta, sin los atizadores de la sedicion, como si lo depusiera el derecho de la dignidad. ¡Oh alevos brazos, cómo espero ver castigada del cielo y de la tierra tan atroz ejecucion! Solo esto consuelo le queda á mi dolor; que no habeis dejado lugar á la

misericordia, inmortal ignominia adquirió vuestro nombre. manchada estuvo vuestra fama, y con tan grande desacato so borró lo heroico y lo antiguo de que os preciábais.

A las faldas del Monjuít murió vuestro Virey, y servirá éste monte á dos fines, á ser mausolico glorioso á varon tan esclarecido, y á ser padron infame que á pesar de los tiempos se conserve publicando una traicion la imágen viva del Rey. ¡Llubo humano que se atreviese contra lo sagrado de la Majestad! Si declaró la insolencia y cometió maldad tan sin ejemplo monstruo de la infidelidad, aborto de las montañas, más alevos que la misma iniquidad! ¿qué loca confianza os ponon las armas en la mano? Pues todo ha de ser en ruina de vuestro Principado; pues con precipitaros á tantos errores, habeis de obligar á que de ellos se forje cadena que oprima vuestra libertad, que ha sido siempre tolerancia y no ejecución. Si la defensa del fuero os concita á tan grave locura, no ha sido defensa sino ofensa de la ley, que es destruirse de la accion de exentos apartarse de la debida lealtad. Y las demás de vasallos podria hacer el Príncipe disimule, mas nó que pierda la inhumanidad de Soberano, que se le debe de verdad. Los fueros de catalanes, pues no eligieron Señor, dos principios pueden tener, ó la violencia arrebatada, como en este caso, ó el merecimiento de los pasados premiados en exenciones del Príncipe: si el fuero nació entre violencias no perjudican la Majestad; pues si no fué por fuerza el concederle, por fuerza será justo negarle; y si lo que es patrimonio de la Corona no puede enajenarle el que lo posee, ninguna cosa queda con fuerza en tales donaciones. Sus patrimonios de la Majestad tampoco puede conceder las libertades y exenciones defraudándose del justo señorío con sus vasallos, y así el Príncipe que se engañó dando privilegios de justo vasallaje en los suyos, no por eso dignifica al sucesor, que podrá, sin nota, corregir los derechos hasta quedar señor. Y si por razon de haber sus predecesores merecido de la libertad de sus Príncipes estos fueros, y los goza Cataluña, es bien advertir, que si el mérito de lo pasado fué digno de la exencion, el de-

mérito de lo venidero le hace indigno de ello; que el suero le da el Príncipe para protección del buen vasallo y no para libertar la disolución de inquieto; para oírlos en justicia, no para hacerlos jueces de ella: el dominio ha de estar siempre en el Príncipe, y la obediencia en el vasallo. No hay causa que justifique tomar armas contra las de su Rey, ni exención que no quede anulada si las toma: siempre queda superior el que da el privilegio al privilegio, pues de otra suerte fueran iguales y no privilegiados y de su misma liberalidad nacieran sus enemigos; y es bárbaro dictamen pensar que el señor que sucede no puede derogar lo que otorgó su antepasado, si se hizo en perjuicio del sucesor del Estado y de la conservación de los súbditos: mas en Cataluña, el fuero es Alcoran, y Alcoran ignorado, porque ninguno sabe lo que defiende, ni cómo se ha de defender, pues ni el origen de sus privilegios, ni el protocolo de sus exenciones ha sido visto de nadie. Porque el duque de Cardona quiso, de orden de S. M., reconocerle y descubrir sus estatutos, tomó las armas Barcelona, que no es nuevo repetir alevosías, y fué forzoso retirarse el Duque, no con pequeño peligro; y así se ignora lo que se les ha de guardar, y ellos no saben lo que han de defender, y defienden todo lo que puede reducirlos á moderación de vasallos, y con libertad de república tirana es oído mejor el ignorante que el letrado más aplaudido el plebeyo que el noble; y como es su estado tan violento, más bien escuchan al atrevido que al modesto, más se aseguran del perdido que del virtuoso, y es todo un mar turbulento aun para sí mismos dañoso; pues ninguno tiene ni la vida segura, ni la hacienda; todos zozobran, y los más se hunden en desastradas calamidades y en los desafores que cometen para conservar sus fueros. Eso mismo lo publican, con la voz que esparcen de que son dados á la corona de Castilla, y á la verdad, cuando ignoran que no eran dados, lo creyera viéndolos tan suyos, y será mejor llamarlos, tomarlos y áun atados á la obediencia de su legítimo señor, que dados; pues quien revolvieron los anales, hallará que Cataluña fué conquistada como lo demás de España, y ántes había de ser

ménos privilegiada que los otros reinos de ella, porque sus primeros habitantes no eligieron señor, como aquellos, sino que estuvieron sujetos á los reyes de Francia, que enviaban, con título de Conde, el Gobernador que los mantuviese en justicia, hasta que Hubifredo II mereció de Cárlos Calvo, Rey de Francia, el feudo del Condado de Barcelona, con imperio absoluto. De este fué propagándose la línea de los Condes de ella hasta D. Ramon Berenguer, que casó con Doña Petronila, hija de D. Ramiro el Monje, que lo fué de Aragon; y á causa de unirse estos dos señoríos, se juntaron con el de Castilla, por el felicísimo casamiento del rey D. Fernando de Aragon, con Doña Isabel reina de Castilla, de quien sucedió el rey Católico y señor de Cataluña, por derecho hereditario. Con que no tiene excusa su osado atrevimiento, ni les es permitido abusar del templado gobierno del señorío, ni ser ingratos á la tolerancia del ánimo real que gobierna, y sus delitos, á fuer de padre forzoso les corrige; y esta afabilidad mal entendida los ha desenfrenado, y sin duda con mayor error, que ignoran lo que hacen, y no han concebido la que es ofender á su Rey, y Rey tan grande á cuyo brazo no hay cerviz indomable, fuerza invencible, ni muchedumbre bastante. ¡Oh Cataluña, cuántas veces has de llorar la muerte violenta de tu Virey y la de tantos bizarras castellanos á quien tu aborrecimiento injusto degolló impiamente, los cuáles, fuera cierto, volverían á morir en tu defensa muchas veces, si con su sangre hubieran de comprar la debida obediencia á su Rey, que es causa principal de su lastimoso fin!

Será el día siete de Junio, blason inmortal, que honre la memoria de D. Diego Berrio, Teniente de Maese de campo general, caballero del hábito de Santiago, que murió generosamente por la defensa de su Rey, y la del capitán D. Gabriel de Berriz y capitán D. Juan Angel, que vestidos de capuchinos fueron arcañucados, y las de otros innumerables hombres de cuenta y particulares, por cuya causa ha de volver el Cielo. Hasta el sábado á las dos de la tarde duró el motin, y pareciendo á la ciudad que los excesos pasaban á sus vecci-

nos, y á lograr enemistades domésticas, que padecian algunos bien quistos, mandaron, para atajar este inconveniente, armar los caballeros; los cuales, con las armas y con la autoridad echaron fuera de ella á los más sediciosos con pretexto de ir contra D. Juan de Arce: para este fin les dieron caballos, que los infelices soldados habian perdido el dia veintidos de Mayo, valiéndose contra las armas del Rey y de sus fuerzas. Es para notar, que las de los caballeros fueron bastantes para estorbar la ofensa de los ciudadanos, y no fueron poderosos, en causa más justa, para favorecer al Virey, acompañarle, defenderle y resarcir la caudilla.

Al tiempo, pues, que sucedian estos no vistos alborotos de Barcelona, marchaba la vuelta de Rosellon el ejército del Rey, con nuevas ocasiones de coronarse de glorias, por las que adquiria con las victorias que cada dia alcanzaba de los amotinados: la mayor parte del Condado de Rosellon lo estaba declaradamente, y Perpiñan, como villa más poderosa, si se viera predominada del castillo, con mayor airevimiento intentó degollar el tercio de los aragoneses, que se defendió briosamente y aspiró á escalar la fuerza real. A los once de Junio, llegaron las banderas del Rey á la villa, y pidieron casas y armas dentro de ellas para alojar la gente, que venia, si no rendida, fatigada con los continuados afanes, y sugridad para entrar y salir libremente por los menesteres de que necesitasen. Todo lo denegó Perpiñan, porque se hallaba, á su parecer, armado contra cualquier fuerza: las calles con cortaduras, las casas con troneras y con pasadizos que habian hecho de una á otra para hacer el paso y el socorro comun: en San Francisco y el Cármen se habian fortificado, y los frailes, para demanda tan justa, cargaban con el mosquete y olvidaban su sagrado instituto. Confiaba tambien Perpiñan con los socorros de bandidos que asomaban, esperando cada dia acrecentarse en mayor número, y con ésta cautela iban con diferentes prácticas entreteniendo el ejército para que no se arriesgase á entrar por fuerza; y como reconocian que ya no podian sufrir más la dilacion para dar en-

trada á los conspirados, intentaron hacerse dueños de la puerta de San Martin, que estaba defendida de la guarnicion del Rey, y con ardid más sacrilego que pudo pensar la berreña; pues valiéndose de nuestra firme religion, hicieron que el cura saliese con el Santísimo Sacramento, con color de darle á un enfermo, y con numeroso acompañamiento de vecinos, de más de cuatrocientos que estaban encerrados en las casas cercanas; con aparente devocion, llevando debajo de las capas gasconas los pedreñales, iban en seguimiento del sacerdote, para que los soldados que guardaban la puerta, inclinasen las armas al pasar el Santísimo, segun su cristiana costumbre, y ellos tuviesen lugar de embestirlos y enseñorearla: ejecutóse como lo pensaron, y atropellando y matando la no prevenida guarnicion, ganaron la puerta, si bien cincuenta soldados que estaban encima de ella se conservaron en la defensa con las picas despues de haber gastado la municion, y lo pudieron hacer, reparados de una fortificacion que el dia ántes habia hecho el capitan D. Cristóbal Cañedo. Con esto, corriendo la voz del fracaso, el castillo jugó la artilleria contra la villa; entre el ejército y los españoles, cargaron la puerta de San Martin y el Cármen, ejecutándose todo el furor de la guerra, muertes, heridas, desperdicios en aquella plaza, voces, gemidos, estruendos, llamas, incendios, y veianse robos, destrozos, sacos; pues vencida la resistencia de los alterados, restaurada la puerta y muerto en ella á Torres, Capitan de la conspiracion, pusieron fuego á los arrabales, encerraron los enemigos, y porque desde la torre de San Francisco recibian los nuestros grave daño, por tirar desde ella á caballero, D. Felipe de Guévra, para quitar este religioso padrastro, prometió al artillero á doblon de á ocho por cada acierto de sus tiros, y el oro le hizo tan certero, en dos piezas que disparó, que con las baterías que hizo en la torre obligó á los frailes á la quietud, y á él se le dió el premio prometido; y fué, sin duda, vencimiento tan apresurado, y victoria tan sin pérdida nuestra y con tanta suya, que parecia castigo del cielo por la irreverente traicion; que es bien que los fines de este discurso sean para perdonar

las irreligiones de esta maldita nación; pues ¿quién pusiera á riesgo de ser entre tantos furoros, no sólo mal venerado, si no atropellado el Santísimo y venerable Sacramento, sino el que niega su verdadera presencia; ni quién de la reverencia de los otros formara sus desacatos, y rebozara sus injustas venganzas y mal nacidos rencores, con el respaldor clarísimo de misericordias, sino el idólatra, nunca ó mal categorizado, con la suave enseñanza del maestro de las gentes? ¡Oh abusos gentiliarios! Que á eso saben vuestras deliberaciones, pues sólo mostrais tener fé cuando fiscalizais la menor inobservancia de las otras naciones, y os ciega así el fuero, que no hay precepto seguro, cuando os enfurece su conservación; y tocados todos los de la nación de un mismo sentir, los colesiásticos predicán públicamente la libertad, los que no lo son toman las armas, unos persuadidos y todos ejecutan; pues en esta refriega, de los frailes fué de quien se recibió más daño; pero valiéndose de la templanza cristiana de los maestros, y preparándose de ella y de los demás de la villa, viéndose todos rendidos, hicieron señas de estarlo, y de pedir misericordia, como si no fueran ellos los que nunca la tuvieron; cesó el saco, y el fuego, y la mortandad, y quiéndoles las ocasiones de hacerse peores con las armas de fuego, se las vedaron, previniendo otras cosas para la seguridad, descubriendo dos minas, una encaminada al castillo y otra fuera de la villa, sin duda, para meter el socorro de los rebeldes. Porque habian concurrido más de tres mil bandidos de los pueblos vecinos á ayudar á los de Perpiñan, y pareció inconveniente digno de atajar, quedando Jaau de Arce en resguardo de la villa, salió D. Felipe de Guevara contra ellos, y en breve tiempo los puso en huida y desarmó más de cuatrocientos que traian las carabinas que habian quitado de la caballería; acción muy digna de su valor, pues con él y el de tan valerosos soldados y cabezas es S. M. dueño de Rosellon; y si el acuerdo de los catalanes no fuera tan pertinaz, esta leve señal del poder de S. M. debiera corregirlos y enseñarles á obedecer de grado, á quien por fuerza sabe hacer que le obo-

dezan con el amago. Tortosa, pues, con tantos ejemplares de obediencia, situada en los confines de Valencia, se atrevió, si no á tanto, á los mismos desórdenes, cuando la confianza de S. M. la daba su gente y tesoro, á levantarse con éste y libertar aquella, para que derramada y fugitiva, despues de tantas experiencias, se malogre el cuidado de S. M., se detenga la empresa y se desperdicie el tiempo, se consuma el causal y se repita el afan de juntarlos. Ruego al Cielo, que mandando de semblante los infortunios y las cosas, en más próximos sucesos, sea todo para que S. M. sea obedecido, como es justo, de sus vasallos.

En esta forma, hacian su oficio las plumas, poniendo en teatro público los unos contra los otros, sus faltas, atrocidades y rebeliones: hacianse, pues, instancias con ellos para que se redujesen y volviesen al soberano yugo del Señor, á que respetasen la justicia, cesasen las turbaciones y los escándalos; diciéndoles que S. M. no deseaba otra cosa que la paz, y que los daños que la gente de guerra habia hecho sobre los naturales y en la tierra se castigarían; y que así lo habia mandado á las cabezas del ejército, que se hiciesen informaciones de ello, y aquellos á quien estaba cometido el exámen de los excesos, lo ejecutasen, se pagasen con sus rentas y el dinero que tenia en el Principado las quiebras y estragos de las iglesias, se volviesen á reedificar, y se pusiesen en supremo culto y reverencia mayor, como lo deseaba: que advirtiesen en el estado que le ponian de nuevos cuidados, cuando los de Italia y Flandes le tenian en la atención que era justo; que le habian quitado poder para obviar éste cuidado, entrar en Francia á hacer efectos considerables y diversiones en alivio de ambas plazas de armas; y deciales cuánto más y mejor hazaña era y felicidad contra el enemigo que contra sí propios que fundar una guerra extrema y maliciosa, en aquel ángulo principal de España, más civil que cuantas se han podido ver en historias. No se daba oídos á ninguna cosa de éstas; la libertad y la insolencia eran de mayor precio que la enmienda y la justicia, Mil y seiscientos soldados que es-

taban en Tortosa para las ocurrencias de la tierra ó de la lla-
lia, los sediciosos de la ciudad los echaron fuera, y dándoles
algun dinero los desbandaron, quitando á S. M. el poder y
los nervios de destruir á sus enemigos, para cuya obstina-
cion habia levantado aquella gente; y fué de no poca virtud,
que una pequeña cantidad de dinero que estaba allí, como
hasta 450.000 escudos, para estos mismos aprestos, no los
tomaron, procediendo con el tiento de fronterizos, ántes que
con la insolencia de los que estaban más adentro, en el cora-
zon del Principado, porque no habia duda que por allí habia
de comenzar el castigo, como sucedió. Tenian entendido los
catalanes que toda esta milicia y la demás alojada en la circun-
ferencia del Principado, era como irlos subprendiendo, como
sitiándolos á lo largo, para constreñirles á la concesion de las
Córtes por fuerza; y ésta era la causa porque cada uno habia
tomado por su cuenta matar el soldado que le tocase de alo-
jamiento, para por este camino dar fin de todos, y que el ar-
did fuese ninguno, y ellos quedasen señores de su libertad;
ni de provecho el echar al lugar de cien vecinos descientos
soldados, ni al de dos, cuatrocientos, y en esta forma todos
los demás: consejo y resolucion perniciosísima, y que el que
la dió debia estar tocado del diablo, y querria ver arder toda
la tierra, que es lo que aquel enemigo enseña á los suyos.

Sobre estos malos fundamentos, fundaba nuestro gobierno;
no se podia esperar de semejantes sujetos, sino fuego y hier-
ro, y ésto y el haber forzado á los caballeros de las Ordenes
militares, convocádolos para ir á Cataluña, fué la causa de
conmover toda la tierra y tomar las armas contra ellos, y
el llamar á la nobleza de Portugal, y no obedecer, el resol-
verse algunos al levantamiento para eximirse de los castigos
de que eran amenazados, buscando por esta via su defensa,
si la habian de poder hallar. De suerte, que estas dos reso-
luciones y novedades se llevaron tras sí dos grandes prescas,
un Principado y un Reino, ¡y estos eran los Ministros que
se nos venian más esclarecidos y los que eran sobre todos
nosotros prosperados! Conviene darnos á creer, que aficciones

y tributos son muy caros, por más que las unas satisfagan á la
venganza y los otros á la codicia; pero viendo nuestros Mi-
nistros que lo de Cataluña pedia remedio, y en particular
Barcelona, totalmente rebelde, y en el proceder de los ciuda-
danos desatinada, se trató de levantar y conducir gente, más
ahora para la obstinacion y fantasia que para el castigo; pro-
tendiéndolos reducir con maña y con el ingenio, y no llegar
á la efusion de sangre. Convocáronse las milicias del reino de
ambas Castillas, que llaman del batallon de las Andalucías, y
de Portugal, desguarneciendo el castillo de Lisboa, que dió
airevimiento á las maquinaciones de aquellos soldados; hicié-
ronse levatas de portugueses por los Arzobispos de Evora,
Braga y otros Prelados, pidiéndolos vestidos y pagados, cosa
que ellos sufrían mal; y, como digo, se llamó la que habia de
castellanos en el castillo de Lisboa, y llamóse á toda la no-
bleza del reino para acompañar al Rey en la jornada, aunque
con otro intento, nacido de la primera conuocion de Evora,
ciudad á que se vinieron algunos. Muchos se hicieron sordos
y no obedecieron, con que se comenzó en España y se abrió
la puerta á una nueva llaga y desdicha, no sé si peor que la
de Cataluña, con que todo iba fracasando; y no habiéndonos
sabido dar manos para librarnos de una guerra porfiada en lo
de afuera, la habiamos metido pesadísima en lo de adentro,
y en las dos líneas de Levanto y Poniente, como diremos en
su lugar; ¡y plegue á Dios nos libremos este año de mil scis-
cientos cuarenta y uno de la del Norte en Navarra y Vizca-
ya! Enviáronse por el reino ministros del Consejo de Castilla,
para aviario y darles prisa: al marqués de los Velez, con algu-
nas ayudas de costa y otras mercedes, enviaron por Virey de
Aragon, para conducir esta gente y encargarse del ejército; y
entrar en Cataluña, que estaba por el Virey de Aragon, y pasa-
ron al de Navarra: la gente se iba juntando, señalándoles el
tránsito por Agreda, y la plaza de armas en Calatayud, donde
ya se habian juntado pasados de diez y ocho mil hombres.
Estaban por cabos en aquel reino y en Perpiñan, el marqués
de Torrecusa, el duque de San Jorge, su hijo, D. Juan de Ca-

ray, el marqués de Mortara, Pedro de Arco y otros, con alguna gente. Avisaban de allá, que apostada la referida, se esperaba para acometer: que toda Cataluña se convocaba y se ponía en armas para ofender y defenderse, y Barcelona solicitaba á su union todas las demás ciudades; y respondíanles que el Rey quería mayor ejército, según lo tenia pensado, con el dictámen de sus intentos, y pretendía á aquellos juntar más, en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres, por- que avisaban que Cataluña armaba la muchedumbre popular y villanaje, como lo afirmaban, de *vica fora, risca la terra y el somatén*. Y si éste es general, cómo dicen, ¿quién duda, que juntara gran caterva? por que toda la provincia, y todos los hombres de ella tenían las armas y las pistolas en sus casas, pólvora y municiones. Era cosa notable ver en la corte pasar por la calle Mayor á todas horas diversas compañías de gente del reino de Toledo, Andalucía, Portugal, Castilla la Vieja y otras partes; porque no se contentaron con la del batallón, sino que mandaron quintar en todos los pueblos los labradores y los oficiales en los gremios de los oficios: era para admirar, y condoler en la misma forma, ver esta Plazuela de la Villa llena de corrillos de oficiales, faltando á la necesidad y al ministerio de la vida humana, sorticándose muchos y escondiéndose otros, y el oficial que escapaba de la suerte, no se libraba de la contribucion, porque no habia hombres que por particular destino ó asechanza de esta era no estuviera compelido continuamente de algun trabajo ó gravámen, con que el padecer y la fatiga era continua, y sin tregua alguna la persecucion. Finalmente, el que habia librado de soldado daba bien reales al que le habia caído la suerte, y otros los vestían y les daban dineros, y todo era confusion, llanto y miseria en las mujeres casadas y los hijos, para los cuales, quedando todas viudas, huérfanos y sin remedio, se echó un bando que el Rey quería socorrerlas y darlas dos reales cada día, y para eso se echó una sisa sobre las demás en el vino: el socorro dicen que no se vió. Esto se tomó en son de piedad, y se puso en carteles por las esquinas de la corte, y lo

vino á pagar el comun, blanco y terrero de toda clase de animales: muy diferentemente y con más fervoroso corazon y mención lo hicieron los canónigos de Toledo á las mujeres que quedaron allí, socorriéndolas con sus rentas. Hiciase muestra en la plaza de la Priora, delante del Rey, así de los que venian de fuera, como de los de la corte, siguiéndoles las mujeres con lágrimas, y ellos llevando en las mismas márchas los hijos pequeños de las manos; cosa que causaba horror y lástima á toda la corte, hablando váriamente y maravillándose todos del estado á que habíamos llegado, y que no se hubiese escapado este reino de las miserias en que han caído los extranjeros.

Llegaban estos aprietos á las orejas de los catalanes, y embraveciáanse más; hacíanseles amonestaciones de nuevo, y no habia traerlos á la melena: los frailes, en vez de aplacar los pueblos, los irritaban públicamente por las calles, y se disponian todos á favorecerlos y á tomar las armas con ellos. Un capuchino, continuando sus sermones y prácticas les dijo, oyéndole, un día de fiesta: ¡Ay inocentes, ya viene Herodes á degollaros! Quisieron remediar esto, y enviar á llamar los ministros generales y principales que estaban en la corte, para reprimirlos y castigarlos, y aunque se lo mandaron, no se atrevieron porque temian no los malasen: queriendo ántes los que estaban allí, ser Capitanes que frailes, consentir y apeteer la rebelion que la obediencia. Pero los de Barcelona, como más culpados, los que esporaban sobre sí el rayo, reclamaron á Francia, y admitieron en su ciudad al conde de San Polo, para fortificarse; mas aquel Rey, viendo tantos y tan grandes aprestos como se hacian en Castilla, y que todos los caminos para Aragon, donde se hacia la plaza de armas, iban de cada dia creciendo en gente, y que los campos se cubrian de soldados, arrimó ocho mil franceses á la frontera de Perpiñan, con algun cuidado no recayese sobre sus tierras, si no toda, alguna parte de nuestra gente, y que cometiese las cosas de Cataluña, cargase todo sobre él, y también para gozar de la ocasion y de la revuelta, y dar la mano á los catalanes, pues ya le habian pedido su auxilio:

cosa que jamás se entendió de aquella nación, aunque si de su protervia y ferocidad de condicion. Teniendo noticia por otras de la mucha gente que marchaba contra ellos, la que se armaba y convocaba, no sólo de ambas Casillas sino de la Andalucía, Portugal y de otras partes, y de la que estaba en Vizcaya para defensa de la frontera, todo el pueblo de Barcelona, convocado en un cuerpo, se comenzó á fortificar y reparar las murallas, aunque delgadas y de bien flaca materia: limpiaron el foso; metieron la mar dentro; rebicieron los baluartes que la enseñorean y de la Atarazana; y fortificaron los baluartes de mucha y muy gruesa artillería; fabricaron rebaluartes, trincheas y medias lunas. Y sacaron un ramal hasta Valdoncellas, monasterio de monjas Bernardas, desde donde, como lo dejamos dicho, hacen los Reyes las entradas en Barcelona, y allí les van á besar las manos los Gobernadores, Consejos y Magistrados. Fortificáronse entre la ciudad y Montjuic, persuadidos que si llegaba sobre ellos nuestra gente, era aquella la parte que primero habian de ocupar, por ser la más peligrosa y de más riesgo para ellos, y donde les habian de plantar artillería, por ser árbitro aquel monte de la ciudad y de la campaña, y habian de ser batidos continuamente, y los habian de traer al yugo y constreñir á la redencion: aunque más lo posieran en defensa el conde de San Polo y sus artífices, y les enseñáran todo el arte de fortificacion y máquinas militares, sin embargo, coronaron aquella eminencia de artillería, y en el convento de los capuchinos, que está en medio y en sus faldas, hicieron rebellines y cortaduras. Los que primero acudían á esta obra con más brío y desenvoltura eran los frailes: esos salian y alentaban á los demas, sacaban tierra y la llevaban á las partes donde era menester, exhortaban á la defensa, al atrevimiento y al derramamiento de sangre: solos los Padres de la Compañía de Jesús no quisieron entrar en accion tan injusta, ni dar oídos á cosas semejantes en ningun tiempo; y si bien los culpaban los demas, con injurias y oprobios, y los soliciaban á la rebelion y junta de los demas, ellos se disculpaban con que no podian proceder

contra la fidelidad y servicio del Principe. Sin embargo, los catalanes eran amenazados por cartas, avisos y embajadas que habian de ser castigados, que les habian de echar aquel ejército que se iba juntando encima; pero ellos, touaces á la rebelion, persistian en no dar oídos á ningun concierto, que era lo que más se deseaba: salian á los caminos y desbalijaban los correos, abrían las cartas y por ellas conocian cuanto se trataba, quién les eran amigos ó enemigos, y luego conspiraban contra las personas, haciendas y casas y las quemaban.

Habia asegurado el primer Ministro al Rey de componer lo de Cataluña, sin derramar una gota de sangre, y así, para suspenderle y dorarle los yerros, sobre dorados, le acutaba la verdad en que todo andaba tropezando; pero las cosas, y el estado de ellas, no lo prometian el rigor y la furia de aquella caualia. Las demas ciudades como Lérida, Tarragona y otros pueblos, á persuasion de Barcelona, tambien hacían sus fortificaciones para cerrarse en sus murallas y seguir el dictamen de aquella, y morir por la libertad hasta dar la última gota de sangre; no rendir sus casas, haciendas y personas al inhumano filo de los tributos, que iban como raudal impetuoso delatando el Estado, como de cada dia lo veian en la miserable Castilla, en el reino de España, en el de Sicilia y en el de Nápoles, con la usurpacion de cada año de los joros: pero el ejército, su modo, formacion y máquina, conducido á costa de los pueblos de donde salian, reconociéndole muchos tan formidable, y áun los mismos catalanes, decian que era más para fantasma y poner miedo que para ejecucion ni triunfo: y así se vió en su proceder tan lento y remiso. De aquí se dieron en dar mucha prisa: á las prevenciones de la salida del Rey de Madrid, el protonotario D. Jerónimo de Villanueva, era el que hacia más algazara, hazañerías y embelecos, y nada lo creía. Vistiéronse todos los oficiales de la casa Real, y visitáronlos para proveerlos de lo necesario y de sus faltas, que eran bien grandes y lastimosas: ¡que una casa y un palacio, en todas otras tan admirado, así de naturales como de extranjeros, hubiese llegado á tanta mengua y bajo menos-

precio y descuido, y se hubiesen olvidado de la autoridad y de la estimación de la corte, la mayor del mundo, como yo lo vi en tiempo del muy alto y muy esclarecido Rey D. Felipe III, como lo reconocieron todos los embajadores y las otras gentes de todos los Príncipes del orbe, y como la tuvo aquel gran Ministro y privado, no consintiendo la bajeza ni la menudencia, como ni tampoco lo prodigalidad, sino que se mantuvo en estado tan lustroso, que no hizo á Palacio hospital, para que todos le aborreciesen y no se llegasen á él! El primer paso de codiciar un reino y alzarse con él, es quitando la autoridad al Príncipe. Hicieronse en la guardaropa para adorno y arreo de la persona, demás de otras cosas, casacas y anguarnas militares, de muchas telas y bordados que prometían andar en campaña; pero con dinero tan escaso y mano tan corta, que los que le veían y lo manejaban no lo creían, ni que tal Rey hubiese con tanta miseria hacer empresa de reputación, ni acción memorable, ni que le dejase airoso. Mendigábanse efectos de algunos hombres que los tenían en administración, como cueros de las Indias, dejando defraudados á algunos criados del Rey; lo que por servicios y necesidades se les había señalado para ayuda de costa, se daba á los mercaderes, á los oficiales de manos para hacer los vestidos, al contralor para las necesidades de los oficios, como mesas, escaloras, cántaros, jarros y otras cosas; y gastándose en esto muchos días: cuando se esperaba alguna cantidad de dinero que lo había de reparar todo, la mayor parida no pasaba de 16.000 reales, otras de seis, de tres y de ménos: hacíanse grandes preguntas á los mayordomos de los Estados, y esto en los patios públicos, y no más para que llegase á las orejas de los Síndicos de Barcelona y los del Principado, que lo enviasen allí en cartas, para meterles miedo y reducirlos con él á la quietud y el respeto. Pero ellos habían abandonado esta virtud, por la desvergüenza y el despecho de lo que se les había apretado, afligido y denostado: ofrecían sin embargo que S. M. no entrase armado en Cataluña, que ellos tomarían por su cuenta el castigo del que mató al Virey conde de Santa Coloma; mas

al Rey le parecía que á él tocaba hacer esta justicia, y de los demás delitos cometidos; y á esto respondían, en las otras pláticas ordinarias, no entender la materia y que se perdian absolutamente, y era así. Se les hacian preguntas á los oficiales de la casa sobre lo que habían menester de plata, mantiles, servilletas y otras cosas, porque decían había de comer mucha gente en los Estados, señores, caballeros, generales, maeses de campo, capitanes y soldados; y de aquí se creía que no había de haber nada, y que esta liberalidad era falsa, cuando se reconocia la limitación de un Estado de Gentiles-hombres de Cámara combatidos de inmensas y perpétuas reformaciones, que aun el bocado de la boca no estaba seguro, que no estuviese celado de cien mil fiscales, habiéndoles dejado en solos cuatro platos, porque cada oficialillo de boca era un contralor, un grefier, y un despensero mayor, poniendo á pleito lo que les tocaba dar; y ellos negándolo, porque en lo más que se ponía el cuidado y las espías, ántes que en las plazas y en los ejércitos de los enemigos, era en que no comiesen los criados del Rey, no guardándose esta regla en los auguantes, los de de la sangro y en los Ministros que lo tenían todo. Así no era fácil de crear que había de haber espléndida ostentación para el ejército, cuando no hallándolo despues de tan larga y prolija peregrinación, los soldados, en las murallas de Barcelona, encontraronse sin pólvora para rendirla y mantener su honra, y, lo que es más de sentir, la de las cabezas, puesta en alto punto por su sangro y por sus hechos, no acabadada de sentir de ellos y de todos los que desean la de esta Corona, que ya no sé si osaré llamar Monarquía, por la enmienda ó reprehension que nos pueden hacer los detractores y los enemigos, que todo parece paraba no más que en la plática, sin ver el rostro al efecto. Armóse de aquí otra brava cauter, y fué de echar voz que había de salir la caballería, que discurrido por los más atentos y por los que se habían hallado en las jornadas pasadas, lo tuvieron por fantasia más que por verdad, por ver hacer aparatos donde no era menester, y en las ocasiones grandes y públicas dejar las acciones Reales sin ob-

servarlas, y olvidarlas, y aquellas esenciales de todas maneras á la autoridad y majestad del Príncipe, en quien el pueblo y la nobleza admiran la potestad y la grandeza; quiero decir, el entrar con el pábulo en las ciudades. Mas como no lo excusó cuando tomó á Lérida el año de seiscientos cuarenta y cuatro, parece que quiso llevar lo que había faltado el Mayo de seiscientos treinta y dos, porque desdecía mucho del buen sentir. Quien vió la jornada del Andalucía, que se hizo el do veinticuatro, que habiéndola corrido casi toda, ó al ménos, visto las mejores ciudades de ella, como Andujar, Córdoba, Ecija, Sevilla, Cádiz, Málaga, Jaén, Ubeda, Baeza y Granada, en ninguna de ellas se vió ni se admitió un pábulo; siendo en todas las entradas de semejantes colonias la más principal acción del reinado: novedad que admiraron aquellos Regimientos y Consistorios, y exclamaron que aquellas preeminencias y triunfos apenas concedidos una vez en una edad, aquella no les concediese de capricho y sin saber porqué: si era por que íbamos de prisa. ¿Qué ejército, qué empresa nos esperaba? porque apenas pudimos averiguar el intento de aquella jornada, ni el fin de aquel camino: en su lugar dejamos discurrir lo que pudimos á buena ley alucinar entónces. Pasemos adelante: quién vió la segunda del año de seiscientos veintiseis, por el mes de Enero, ir á tener Cortes á los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, qué descuidados fuimos de enviar caballería, siendo la primera vez que aquellas coronas esperaban la vista de tan gran Rey, y tan deseado, que parece no esperaban otra felicidad, apenas se trató de entrada ni de pábulo; cosa que sintió notablemente la ciudad de Zaragoza, el Justicia, el Jurado, el Capítulo, los demas y los otros Ministros á quien toca hallarse en esta solemnidad: ¡cuántas veces fué y volvió el Virey, D. Fernando de Borja, de parte de la ciudad, á que S. M. entrase como Rey! Alegrase aquel reino, con dejarse ver y que no les defraudase de aquel honor y pompa tan deseada, en que consistía el gozo de aquellos súbditos y su autoridad; con que, aunque más se impugnó por la parte del Valido, no se pudo dejar de admitir, por la fuerza que había

á la razon, al derecho y las voces justas de aquellos vasallos, á sus privilegios y preeminencias; con que se hizo un pábulo de repente, y apenas se halló un caballo, poca casa y pocos pajes, pocos soldados de la guarda; pero mejoráronse despues en Barcelona algo más, enviando por gente á Madrid. Pues si allí no procedió ésta cerimonia, como había de ser y convenia, de todas maneras importatísima, los que veian ahora que se trataba de casa y cabeza, aunque era menester por las prevenciones tan flacas, lo tenían todo por vano y de poco fundamento, y que con maneras y acciones oscuras, fanfaldísticas y supersticiosas pretendian remediar daños, que pedían más eficaces y verdaderas medicinas. Finalmente, se hablaba mucho en la salida de la caballería, en quien les parecia consistia el crédito de la jornada para con los catalanes, y aún para con los de Castilla y la corte; porque nadie creía que el Rey se había de empeñar en provincias como Aragon y Valencia tan vecinas al riesgo, sin embargo de que convenia, y ellas de por sí solas de tan mala disposicion y calidad con lo que habían pagado, y que no iban á hacerles otro beneficio, sino á que prosiguiesen en la paga, y quizá á introducirles algunos tributos y pedidos peores y perpetuos.

Finalmente, echaron fuera la caballería con más ruido que ostentacion ni verdad, y pasó por la calle Mayor: en primer lugar, algunos carros largos cubiertos de encerados, todos los coches viejos, antiguos, y uno nuevo que se hizo de tela para las entradas, las literas, y todo esto remendado, y despues cubiertos con mantas todos los caballos, así regalados como de coche, acas y rocines, no más que para hacer bulto, y luego los pajes; que saliendo todo esto por la puerta de Alcalá, quitadas las mantas á los caballos, y los encerados á los carros largos, todo se volvió, y todos echaron de ver era traza y no más que dar á entender; habiéndose hecho parte de este gasto y los gajes que se pagaron á los oficiales de la caballería, á costa de los pensionarios de la Cámara, y habiéndoles dilatalado este año seis meses de lo que se les pagase, como si se diera á gente sobrada. De esta manera se hacian muchas

cosas á costa de criados y vasallos, quitándoles los gajes, recompensas, raciones y pensiones. Pero no por eso los catalanes hicieron mudanza ni movimiento de abrazar ningún partido, ni hacer demostración de rendimiento ni penitencia, provaliendo el tumulto de la plebe y el consejo de Ciento, que quería gobernar todo; y aunque habían concurrido á Barcelona el brazo de los nobles, que estos eran pocos, el eclesiástico y Universidades para ver lo qué se había de hacer, cómo se habían de juntar para la guerra que esperaban, y como se había de sacar el dinero para ella, y como se habían de solicitar las fuerzas de Francia, habiendo ya de estos bravos en la corte de París Embajadores. Pero los más de estos no podían nada, porque aquellos, sobrados en ruindad, y siendo muchos con los que se les allegaban, no dejaban obrar á los otros, y todo era alboroto, desconcierto desusosiego, y ninguna seguridad en la contratación y en los ciudadanos. Sólo lo que no fué apariencia, sino verdad y de buenos efectos, fué lo que se tomaron los Ministros de los Consellers, con el color de jornada: el Protonotario, en cuya casa eran bien pagados los pajes de los oficios que tenía, así me pagaran á mí y en tanta cantidad, se tomó 6.000 ducados de ayuda de costa en plata sobre 20.000 y más de renta que gozaba cada año; el Secretario Carnero, razonablemente beneficiado de secretarías, 3.000; el cuñado del Protonotario, como si su persona fuera suficiente para algo sino para engrosarle, envañecerle y hacerse señor de vasallos, asimismo por dos Consellers; á 2.000 ducados cada uno, el confesor Sotomayor, y los demás á quien tocó ir en la jornada en la misma forma; y á los oficiales de Estado á 4.500 ducados á cada uno; sin caer en la Cámara del Rey á Gentil-hombre, ni á ayuda, ni á los demás criados de la casa un maravedí, como si aquellos no hubiesen de llevar sobresal sobre sus fuerzas y poco caudal, todo el peso del servicio del Rey; solamente á el Almirante y á los demás Gentiles-hombres de la compañía les dijeron diesen efectos donde sacar lo que habían de gastar, y esto sobre sus casas, porque respondió alguno le diese el Rey 2.000 ducados efectivos y le daría diez en

efectos que tenía para que se lo cobrase: á los Ayudas de cámara, dechado de necesidad, de sufrimiento y de servicios fidelísimos en todas oras, les negaron la ayuda de costa, precisa en tal ocasión, sin concederles más auxilio que prometerles los pagarían los gajes; y esto corrió por suspensión y engaño cuando se los tenían tomados por donativos y tildados en los libros de la casa, de que decían algunos, viéndose desesperados de conseguir nada, representando su necesidad, el lucimiento á que estaban obligados, el desamparo de sus muñeres y casas, que quien en esto no hacía reparo ni le movía á compasión, siendo forzosa, aunque más le cegase la pasión, dejar de reconocer y confesar un oficio tan cerca y tan á los ojos del Rey y de tan prolija asistencia, no podía dejar de decirse, no socorriéndole, que no había jornada. Teníase tanta cuenta con mandarlos servir, ir con ellos y no darles nada, sino á los que eran de la esfera válida, que era tiranía conocida; portándose el Gobernador con tanta insidia, que lo que se los había de dar de comer en la jornada se lo iban reteniendo en el Ministerio de la Cámara, y aquella recompensa que les dieron por el estado que les quitaron, era todo confusión, inventiva y artificio, y no ver otra cosa los vasallos, ni esperar sino un diluvio de trabajos, calamidades y miserias.

Decían que no se habían contentado con introducir la guerra en la Europa, con mover y alterar los Príncipes de ella, sino que por sus mismos consejos, juntas y novedades la habían metido en España, y tan peligrosa y acerba que dejaban á los tiempos que ellos fuesen testigos de la ruina que todo había de correr, que era ocasionar la supuración de todo, y de lo poco que había quedado, y con los trabajos nuevos y mayores pedidos, sacas y pesadimas imposiciones, si mayores las podía haber, hasta dejar al reino en los huesos, como ya lo estaba, porque las extorsiones no podían ser más crudas y rigurosas, tratándolos como delincuentes y facincrosos, echándoles las justicias encima sobre quitarles sus haciendas, como si las tuvieran mal ganadas, y queriéndolos hacer traidores doctales; ocasionando semejantes riesgos, que cuanto quiora que

la guerra sea pesada, parece se gusta de ella y se toma por ocasión y por sombra, por estar continuamente bebiéndoles la sangre. Que el Rey D. Fernando el Católico, fundador de esta Monarquía, con su hacienda, la del reino y con la escolta de gente con que le servían los señores, sin consumirles las cosas ni sacarles los novecientos, los seiscientos, los quinientos mil ducados, como hoy se dice se ha hecho con ellos, echó los moriscos de España, ganó las Indias, el reino de Nápoles y el de Navarra, sin haber pasado á la disolución de los soldados, digo, de los vasallos, como hoy se hace: que el emperador Carlos V peleó con todo el mundo por todo el resto de su vida, hasta busear al Turco que le esperaba con trescientos mil hombres, y se contentó con subir algo de punto unas alcabalas, sin correr impetuosa ni ambiciosamente á perder el respeto al patrimonio, estado y hacienda de los súbditos: que el rey D. Felipe II tuvo, si no tan grandes las mismas guerras, y casi fué árbitro de la misma Francia y tuvo sus banderas en París, y se contentó con sólo unos millones, sin arrastrar la Monarquía: que el rey D. Felipe III se ajustó con todo esto, sin inventar nuevos modos ni máquinas, sino llevar los vasallos como se los dieron y los halló, la mano blanda y la rienda del Gobierno leve, á la cortesía y discreción de un Ministro de quien echó mano, que no los agravó ni subsidió, ántes les fomentó la respiración y les dejó vivir: que há veinticuatro años que no se ve ni se oye otra cosa, que disparar contra el sosiego y seguridad pública sino trabucos de pechos y tributos, haber consignado el reino á que cada año le empadronen en una perpétua calamidad, y no contento con esto les pidan lo que tienen por muchos y varios caminos de consumir y acabar. Pero ya no sólo se ve, sino se toca con las manos y con la experiencia, como se ha dado á sentir este año, prodigioso en trabajos y en imposiciones, con el consumo de la moneda, el uno por ciento y hoy dos, la baja de las medidas del vino y las sisas de subido precio, los fuegos que se pretenden que han de abrasar lo que resta de España, empréstitos, juros, sin los demas causados, y todo por justicia; cosa de que los hom-

bres se desesperan y no acaban de entender dónde va tanto dinero, que parece que hay algun sílo secreto que lo traga.

Aquellos Príncipes se contentaron, mantuvieron, alcanzaron horas y se extendieron, no como ahora, que sin adquirir nada de esto, no se lucen tantos millares propios y tomados, sino que ántes hacen más sediento el apetito; que es de ministros flojos, de poca industria y de ingenios cortos en las cosas áruas, no saber otra senda que á cada paso echar la mano y asir del tributo; que se habian metido tanta tropa de negocios en el Gobierno y en el reino que todo era confusión, desasosiego y zozobra con tantos nudos y lazos en el manejo, que no parecia sino que era imposible desatarlos sino el que los habia dado, y que se habian hecho á este fin y con esta cautela para que lo dejasen todo, y que parecia se satisfacía al interesado en echarle tantos cuantos descaba y que se hartase de inventar; que no habia parado hasta ver adormecido y lisonjeado al Principe con título de adulación; que no le habia sabido adquirir ni granjear ninguno grande, sino hacerle primero sin reputación, luego sin lustre ni autoridad, y á la postre desdichado, sin reino, sin afición, sin gente y sin amor en los súbditos; que no se habia hecho otra cosa con las juntas, novedades y arbitrios que abrir las cajas al reino para su principio; que el ánsia que tantos años há sentía de tomar y extinguir la plata se habia encaminado por una lima sorda de cada mes, que además de no ser honorífico la chuparía toda, por que no se labraba ni se pagaba con ella á ningun hombre para poderla volver, no habiéndola consentido á los ministros de Portugal, Italia, ni á los de los reinos de la corona de Aragón, ántes que se la tomasen en casa de Juan Lúcas Palavino, con una moderada retribución de á tanto por ciento; que tan sobresaltados y tan perseguidos estaban todos, sin poderse valer de la merced que Dios les hacia de su virtud, letras y servicios, cuando un edificio sin moderación y sin medida se mostraba sin empacho de lo gastado á cinco leguas de Madrid, cuando pudiera ser alivio de necesidades públicas, de armadas, de ejércitos; que les habia traído una cra, la más dura y

pesada que podía ser, cual no se vió en ningún tiempo, ni se sabe por historias; excediendo ésta á la de los más inicuos y detestables emperadores romanos, de los Dionisios, tiranos de Sicilia, y otros. Estas palabras, dichas con este sentimiento, y mirados los semblantes de los hombres, la tristeza del pueblo, las nuevas miserables de Flandes y de Lombardía, proseguían sensiblemente y decían la poca seguridad del reino de Nápoles, de Sicilia y de las Indias orientales y occidentales, á Cataluña, y á Portugal, que en todas partes y en las más remotas se estaba ejerciendo esta envidia, fulminando esta lanza, vendiéndonos siempre la comodidad y la vida á peso de plata, no pudiendo tener unas mulas si no es pagándolas y un caballo que no sea para quitarlo, inquiriendo las casas, las haciendas en que tienen los hombres el gusto, investigando el uso y la necesidad para cargarle allí y hacerle caer en el anzuelo. ¿En qué tiempo se vió esto? ¿qué Gobernador lo perpetuó, amenazando siempre á la honra, y por pequeñas cosas graves castigos, siempre traidores, y han estado las cosas que los cálices, ni las lámparas de las iglesias no se han de poder defender, y cuando parecía, que la mitad de los juros que montan cuatro ó cinco millones, si ya no dicen que diez, con los de Italia, como lo han dado ministros en listas y memoriales, era bastante á tolerar cualquiera guerra y redimir cualquiera necesidad, ni basta esto ni aquello, ni tanto tomado, concedido ni tributado? ¿Qué lejos estuvo aquel gran Ministro, dechado de toda humanidad y cortesía, de ocasionar estos disgustos y calamidades á su Príncipe, ni estas discusiones y alborotos con sus vasallos! ¿y qué fuera estuvo él de admitirlos! Estas cosas, dichas ó sentadas en esta manera, el desconuelo del reino, la tristeza de los hombres, la falta de todo y las miserias en que todos están metidos, como he dicho, aunque no llegaba á las orejas del autor, porque todos callaban de miedo ó de lisonja, porque ninguno estaba fiel á otro, que cuanto le importa es sus acrecentamientos, sus medras, y asistir de flacos cimientos á engrandecer su casa; sin embargo, aunque más retirado y más escondido del Consejo, ya insinuados al corazón por el

mielo, los ruegos y los peligros que amenazaban ruina y cesaban para recaer sobre todos, ó por las inspiraciones del cielo, que por particular providencia no desamparara los reinos, no obstante de cualesquiera dificultades que en hombres tan grandes y que se han tomado para sí tanto mando, poder y peso; rompiendo por todo, por los más calafateados encierros y cárceles, y haciéndole extremecer y reparar en el estado de las cosas, y áun forzar á la enmienda y á mudar de proceder en el uso del Gobierno y á modificarle, se le entraba por los resquicios de las puertas aquella condicion, que por rígida no admitia templanza, de aquella cabeza, que por confiada no recibia consejo, alterada con los siniestros consejos, digo sucesos, recientes tempestades y torbellinos, é hizo un papel en lo tocante á las cosas de Cataluña, que aún no habian sobrevenido las de Portugal, y se allanó á dar satisfaccion en esta su-lencia.

«En los acacimientos humanos no hay que extrañar nada, y mucho ménos en lo malo, porque así somos, fuimos y así seremos siempre, inclinados al mal incomparablemente; y en medio de esto no podemos negar que hay algunas cosas que parece las desconoce hasta el mayor extremo sucedido, yerro ó ceguedad, como es que Barcelona, donde se asienta toda la inquietud y daño presente y pasado, como se ha revelado y toca ya con las manos, y se tomo el venidero, haya llegado á las extremidades que hoy se ven, que se puede decir que no es posible crecer más, en que al desacato, inobediencia y con-donacion, habiéndose armado públicamente, hecho manifiestos, conitado á los reinos de Aragón y Valencia, escrito, segun dice, al Papa y quizá á otros, haber abierto la puerta á franceses para sus levas de Canarias, y por lo que se avisa llamádolos; en que no dispuso ni para alabar ni condenar, porque en el estado en que se hallan y con los atentados ya puestos en ejecución, y tener en Barcelona á Monsiur de San Polo, ni quita ni pone el haber llamado á franceses, así porque lo demás es igual á esto, como porque en llamarlos para sí mismos pueden hoy reservarlo, como mañana tambien lo harian con

razon, siendo cierto que en daño suyo serán harto peores que los ejércitos que entrasen para su castigo y que los más irconciliables tercios de que se querellan. Pero volviendo al intento, es cosa, por ventura, por no vista, que no sabiéndose que haya el Rey castigado ninguna inobediencia anterior ni posterior, siendo las públicamente sabidas antes los quintos de aquella provincia, estando reconocidos por las Cortes del año de quinientos y noventa y nueve, y tocán al Rey, no ha sido poderoso para alcanzar justicia contra la ciudad de Barcelona por la violencia que ha usado; impidiendo que el medio jurídico y ordinario, que vale al más desvalido, que es la llave con que llaman para abrir los archivos y reconocer los papeles de que necesitan los litigantes, y estando proveído este recurso en fuerza de justicia, al tiempo de ejecutarse fué tal la conmocion, que se tuvo por prudencia el suspenderlo: la extravagancia y obstinacion con que defendieron, quando el Rey hizo su juramento, por no haber jurado ántes en Barcelona, y cuánto faltó en esto de falta de autoridad real, en que se traen las cartas originales del conde de Osuna, el desacato al Virrey lugar-teniente, quando habiendo permitido un juego, un Conseller públicamente entró en la casa donde se jugaba, y le hizo pedazos, sin que se pudiese hacer castigo; la ignominiosa é indecente forma con que la persona de la ciudad, que se sabe arrojó por las ventanas las arcas reales sin haberso hecho castigo ni sido posible por la resistencia de la ciudad; la obstinacion con que la ciudad obligó á S. M. á prorrogar las Cortes para Barcelona, que habia convocado para Lérida, aunque se habian empezado actos allí, con modos sobradamente fiados para de vasallos á Rey; el haber acanoneado las galeras de España desde los baluartes de Barcelona, y el tumulto en que pegaron fuego á la casa de los *judicis* que estaban fabricando por orden de S. M.; el encuentro por el duque de Alcalá sobre hacer que se cumpliese, con la obligacion que tienen á la Atarazana real, la fortificacion; que en presencia del señor Infante los mandase cubrir, poniendo por esto disentiimiento, sin haber derecho ninguno por donde les tocase,

y con tal obstinacion, que de ninguna manera pudiesen correr las Cortes, con que se hubo de ir el señor Infante á Lla-llia con todo el sentimiento que sus cartas representan; la fuerza con que han intentado poner en libertad los forzados de las galeras de S. M., aunque fuesen de aquel Principado, ni condenados por cosas tocantes á él; el no haber dado lugar nunca para que se pueda saber lo que montan los bienes de mostrencos, que son del Rey y están en la tabla de Barcelona; los derechos que pretenden y han pretendido siempre que paguen las galeras reales del vino que cargan, como pudieran de cualquier extraño: habiendo S. M. hecho merced del oficio de Veguer á la persona que se sabe, porque hiciese algun servicio de soldados, formaron un motin que soltó todos los soldados y entraron en casa de la persona que hacia este servicio con ánimo de matarle, y habiéndolo saqueado la casa le pusieron en estado que no pudo servir el oficio; los excesos grandes que los Diputados cometieron quando se entró á reconocer la ropa del contrabando en la Aduana, donde queriéndose castigar los que habian intervenido, la Diputacion los recogió y mantuvo retraidos en conventos, dándoles gruesas asistencias entretanto que se mantenian allí. Estos no se puede negar que hayan sido excesos, y grandes, pues en algunos, la misma persona del duque de Cardona, siendo Virrey, se hubo de recoger á su casa, y con prisa: las Cortes, en dos veces que el Rey por su persona, y una su hermano, fueron á Barcelona, se vió, que habiendo catorce años que empezaron, no se han concluido hoy: en esta invasion de franceses se pretendió, en fuerza de la obligacion del principe Manrique y del somaten general, que asistan en la frontera aquellos vasallos, y no fué posible ántes; llegó á tal extremo la mala acogida que hicieron á los soldados, que negaban los Sacramentos á los que se estaban muriendo por las calles; y lo cierto es (sea lo que fuere), lo que sucedió, que de ninguna manera ha hecho S. M. por ellos ninguna demostracion con la ciudad ni Ministros de la Diputacion; y que sin duda, si no han sido iguales los excesos á los presentes, han sido, conforme al sen-

tir comun, pronósticos muy inmediatos de lo que hoy se ve; los de despues fueron con pretextos de maldades de soldados y cabos en el primer alojamiento del ejército, á que habiendo el agente de la provincia aqui dicho que no pretendia más de que S. M. señalase la cantidad con que habia de ser servido el soldado y el oficial, y habiéndelo hecho el Rey en esta conformidad, porque fué á ejecutar este alojamiento Monredon, le quemaron vivo: hecho esto, fueron á acometer las banderas reales del tercio de D. Leonardo Moles, que estaba sin noticia de lo sucedido con Monredon, y fueron á sitiar á Juan de Arce, en que se refieren otras muchas atrocidades y circunstancias. En Girona se levantaron con la gente que entró en buena fé, y mataron dos capitanes de tres que habian ido en rebenes, á sangre fria; acometieron allí al Gobernador y Jueces de la Audiencia, y los obligaron á subir huyendo de noche continuamente hasta entrar en Rosellon; fueron peleando con las tropas y banderas del Rey y sus tercios; conspiraron los de Barcelona con estos mismos; dejó, llegando el tercio de Módena, derrotando la caballería de Chirinos y entraron como labradores en la ciudad, intentando quemar al conde de Santa Coloma y retirándose á la Atarazana, abrieron las cárceles y soltaron al Diputado que tenia preso allí el Rey y todos los otros, entre los cuales fué el soldado que mató á D. Tubia y estaba para ahorcar; quietándose por entonces el tumulto y pidiendo el Virrey que no se consintiese entrar los segadores en la ciudad, por ser gente tumultuaria, se le negó por ella, con que se hizo cómplice el dia del *Cortus*, entrando los segadores en tumulto en la ciudad, donde se mató al Virrey y mató un Juez de la Audiencia dentro de la reclusion de un convento; se acañonó la galera de S. M., que impidió el embarcarse al conde de Santa Coloma, tirándole de mosquetazos desde la muralla de la ciudad; mataron cruelmente cuantos criados de Generales, soldados y adherentes de S. M. habia, y otros que no escapasen escondidos y huidos; violando en todo esto las clausuras y templos, y últimamente se apoderaron de la Atarazana y fuerte real

que S. M. tiene allí, tomando la artillería, municiones, vestidos, cañones y bastimentos que habian mandado sacar; quemaron y saquearon la ropa y papetes de todos los Ministros, hasta de los Generales: á un barbero que habian preso, por haber hecho tirar los cañonazos á la galera de Génova, le hicieron soltar forzadamente; y últimamente se pondera la muerte del duque de Cardona, citándose para esto las cartas del Duque, en que referia moria á manos de los desacatos y maldades que se le hacian sufrir por la ciudad y Principado, siendo él quien era; y por tener ejemplo, se alega la prision del Obispo, Virrey, escribiendo él, que ni puede despachar correo ni recibirle, ni se participa en nada de lo que se hace; con que se concluye, que son tres los ejemplares de Virreyes en tan pocos meses, no habiéndose visto ninguno jamás. Su Majestad mandó quemar veinte ó treinta casas de Santa Coloma de Farnés, sin haber hecho otra ninguna demostracion, porque al castigo que han pedido de los soldados y cabos dicen que responde el Rey que se vean los procesos é informaciones hechas por los Jueces catalanes, ántes de las últimas revoluciones, por la Inquisicion, en medio de todas ellas y por el duque de Cardona, siendo todas de Ministros y testigos catalanes, que si hubiere Juez que por ellas pueda condenar los soldados, el Rey mandará que se haga; que si no le es posible como Rey católico y justo, porque prueban de falso cuanto se dice, y particularmente los incendios de las iglesias; y que sacar el ejército de Rosellon, habiendo guerra rota con Francia, no es posible. Con esto se ve que el Rey no ha obrado nada, más que pedir consejo y asistencia á la justicia; y parece verdaderamente harto nuevo que sin ocasion ninguna de parte de su Rey, ni haber ellos, por provincia, hecho servicio ninguno jamás en veinte años que há que reina en ella, ni de dinero, ni gente, ni de otra cosa en los aprietos mayores y borrascas que Monarquía alguna ha padecido, se llegue á irritar tan extremadamente, que ejecuto lo más á que es posible llegar la desobediencia, dolio y atrocidades, por que parece naturalmente no puede seguirse odio de la toleran-

cia y paciencia, que conforme á todas sus reglas puede ser que no haya visto otra vez. Quien escribe este papel no cree haya ejemplo, y cuando se dé y no se diere distancia grande del uno al otro en la sustancia y en las circunstancias, se convenirá con el hecho auténtico de la poca razon de calificar por nuevo este caso; pero entretanto persiste firmemente en que no se ha visto. A esta extrañeza grande se sigue otra, que parece en su manera aún más extraña incomparablemente, ésta es: que siendo el pretexto fundamental y principio de este movimiento no querer alojar seis ó siete mil hombres, después de haber trabajado cuatro meses en el sitio de Salsas, por decir que le era imposible á la provincia el poder con semejante carga, no se alcanza el designio con que se han movido á esta resolución, porque darse á otro Rey parece expresa locura, no pudiendo tenerle, que les sea igualmente conveniente para sí mismos, que el vecino, que es el rey de Francia: ellos ven que con ambas armas quebrantan sus privilegios á las provincias de sus reinos, y ven tambien como les hacen contribuir con tan extrema graveza, de que no pueden esperar mejor la fortuna. Querer hacer otro Rey particular, como ya lo ejecutaron, parece tambien error, porque, en primer lugar, no siendo contiguo, que cuando hubiera potencia grande de que lo apeteciera, no pudiera asistirles á su defensa y mantenimiento por la distancia, ó por lo ménos les sería fuerza sustentarle, lo que no hacen hoy con su Rey, y otros muchos gastos; y en esta parte se ve que empeorarian y tambien en lo que hubiesen de contribuir para el mantenimiento de la provincia, á quien es fuerza hacer la guerra todo lo demás de España, y, por ventura, concertándose España y Francia juntos, á hacerse República. Es éste el tercer designio, y en esto no se ofrece más que decir, que preguntar, ¿qué provincia ó reino confluente en esta forma, entre estas dos grandes coronas y Monarquías, se ha salido con hacerse República por vía de atentado? Y de nuevo, ni manteniéndose tal, fuera cierto que ninguno de los dos Reyes dejarían de concertarse con el otro para que no se saliese con ello Cataluña, y esto lo muestra la

experiencia y lo confirma la razon. El cuarto designio sería, que los franceses le diesen gente y ejército auxiliar con que defenderse de las armas de su Rey, y capitular con él aventajadamente; y éste se puede creer haya sido y sea el fundamento y base de esta inconstante y mal fundada resolución, en que no se niega que, ignorando los empeños de la Francia en tantas partes y la dificultad de formar un ejército sin examinar el caso, parezca que se pueda aplaudir por mayor este pensamiento en llegando á perder el horror al nombre de rebelion y rebeldes. Pero examinado, no es posible que el curso más limitado le hallo factible ni conveniente: sea lo primero, que franceses no han de empeñar ejército suyo dentro de la provincia sin plazas ni rehenes que se le aseguren, y si lo hicieron será en la raya y sólo para comer y sustentar su ejército y tenerle alojado en Cataluña, á costa del Principado y descansando su provincia; y esto efectivamente no le servirá de nada, porque bajar á Barcelona sin espaldas, plazas y rehenes, no es posible que lo hagan; y si se las dan, dejan hecho el campo de la batalla y de la guerra su provincia, tan contra sí como se ve. Situar, asaltar á Perpiñan no lo pueden hacer en invierno, quedando razonablemente, cuanto y más con el cobro necesario. Otro medio es meter la armada en Barcelona, y la gente de ella, si no tiene gente, como se dice, no es nada: si la tiene, es cierto que no la meterá sin quedar con la puerta de la mar y la artillería que la pueda defender y asegurar; pues de una hora á otra podrian los que la llamasen dejarlos perdidos, tomar acuerdo con su Rey, como lo harán muchos de aquellos de quien se confia hoy más la ciudad. Concluyo, pues, con el último designio, que es, que los ejércitos de S. M. no pudiesen tomar á Barcelona, ni ajustarla: lo que importa á todos, y no ménos á la provincia, que á S. M., en primer lugar, este medio le sentia obligado á mantener dentro de la provincia, por bien poco, arruinándole, los sesenta mil hombres que dicen; los cuales, con todos los demás á proporcion, ningún mes baja de cuatrocientos ó cuatrocientos y cincuenta, ó quinientos mil ducados de

costa; y por lo mal como en este caso quedaria el ejército del Rey, es fuerza cuesto tres doblado á la provincia, si no de provecho para él, de daño para ella; regalando muy ajustadamente, le cuesta á S. M. más de cuatro millones, sin levadas de municiones y remontas. Sobre esto se debe discutir, qué fruto quedará á la provincia en este mejor suceso suyo, que es fuerza costarle tanto como se ha referido, si no haber indignado á S. M., Rey grande y poderoso, á formar uno y muchos ejércitos como se está viendo, y por ventura obligarle á que haga una paz menos aventajada con sus enemigos, y que quede la provincia sin humana defensa ni respiración despues; habiendo de perder, como es preciso, en aquel caso leyes, privilegios y todo cuanto tenían, sin quedarle ningunos ni tener camino para pretenderlo; ni es posible que S. M. lo pudiese ya hacer en conciencia, aunque sus piadosas entrañas más le moviesen. Este papel se hace con fin de que los que estuviesen ciegos abran los ojos, y siendo éste el mayor bien que puede recibir la provincia en el estado que se halla, el dar prisa á desempeñar tanto como hoy tiene metido en la barca, parece y es la última demostracion de buena voluntad que se pueda usar con ella, cuando lo puede alcanzar el hacer daño á su Rey; pero arruinándose ellos, sin remedio humano, á cuanto puede extenderse el discurso humano de los hombres; si ellos alcanzan más, y camino para quedar bien por la vereda que han tomado, el autor del papel se rinde, aunque no á su justificacion, á otro aventajado discurso, confesando su cortedad.»

Hacianse todas las diligencias posibles para reducir á Barcelona, ya con ruegos, ya con amenazas, á la obediencia del Principe y al temor y respeto de la justicia. Salió el Consejo de Aragon; de Madrid para Zaragoza, aunque con algunas incertidumbres sobre la parte más á propósito donde havia asiento, publicando que á fin de Setiembre se verian en Cataluña cincuenta mil hombres entre castellanos, andaluces y portugueses, con las guarrniones que habia en Navarra y en Vizcaya? tarde para guerras y para domar provincias rebel-

des; pero no fué más temprano la muerte del Virey, y fué harto en tan pocos meses juntar ejércitos, aunque avisaban los navarros y vizcaínos que quedaba expuesto aquello por su total desamparo á la invasion de franceses, y que lo tenían, si no entónces, por las ocupaciones y empresas contraidas de Flandes y en Italia, á la primavera siguiente, sin duda ninguna, por las ánsias tan conocidas de enseñorear aquel reino. El vulgo de la ciudad de Tortosa, llevado de la desvergüenza de los demas, tentó de acometer á los nobles y á los Gobernadores, y subordinarlos y mandarlos, y levantarse con el Gobierno: resolvieron, aunque pocos, á cerrar con ellos; hicieronlo, prendieron los más sediciosos y avisaron al marqués de los Vélez, que estaba juntando el ejército en Alcañiz, para que les diesen asistencia si la hubiesen menester. Diéronlo cuenta del caso, como les habian querido acometer, con que ellos se adelantaron y lo hicieron primero, dejándoles amedrentados; habian preso algunos y los querian quemar, digo castigar, y reducir la ciudad á la obediencia de S. M.; oyólos el Marqués, y ofreció de hacerlo; avisó de ello al Rey y á los Ministros de la Corte, y tuvieron á buena fortuna que se les hubiese vuelto á las manos una ciudad tan nobilissima é importante como Tortosa, puesta á las riberas del Ebro y tan cerca del mar, que precipitándose en él furiosamente hace los Alfaques abrigo y reparo de galeras: ahorraron á tres ó cuatro, con que dieron ejemplo y aviso á los demas, y temor á los lugares vecinos. Voló este hecho á Barcelona, y los sediciosos, obrando con su malignidad y obstinacion, amenazaron á los de Tortosa que habian de pasar allá á vengar la desunion, y de haberlos dejado, y respondieron no podian ser traidores al Rey ni apartarse de la fidelidad que tenían y estaban obligados por tantos siglos, jurada y escrita en los corazones con el buril de los beneficios y las mercedes: de esta manera se salvó Tortosa, resguardándose del ejército que habia de caer sobre ella, y que amenazaba á las demas, y ésta le tenía á las puertas. Sin embargo, Barcelona no ceñia un punto de la rebolion; proseguia en fortificarse y ha-

curso inexpugnable á la potencia del Rey con la ayuda de los seglares y de los frailes, que arremangados los hábitos eran los primeros á asir el hazado y la espuerta y á llevar tierra á las fortificaciones, y en casos semejantes siempre son los mayores alzadores y los que tientan al despeño á los más sosegados, debiendo ántes, como ministros del Evangelio, y que lo tienen entendido, evitar el ruido, mitigar el escándalo, apagar el fuego y todo lo demas que puede llegar á efusion de sangre, y prosiguiendo en su desatino no dejaban nada por cometer. Con término libre y desenvuelto enviaron á decir al marqués de los Vélez, como le habían ocupado en juntar ejército en Alcañiz, lugar de Aragón, que había de pasar á castigarlos, que viniere, que ellos querían tener Córtes; esto en risa y escarnio de las pasadas, y de las que al presente les pedían, en que no habían querido venir ni en el servicio del Rey, y en las ayudas que se les pedían para los gastos de la guerra, la gente de milicia y las demas levas que se hacían. En muchas y varias partes iban marchando sin descansar un punto, y los Caballeros de las Ordenes militares, para poder hacer algo en aquel Principado, á fin de Setiembre, tiempo riguroso para marchar y fuera de propósito para hacer guerra, cuando los demas ejércitos se alojan en sus plazas de armas; pero éste era el destino que nos llevaba á nuevos trabajos. Los catalanes, al paso que los aprestos caminaban, hacían sus diligencias con los Príncipes vecinos para que les socorriesen y ayudasen á esta defensa; solicitaron á los enemigos septentrionales y á los de Levante el comercio de su ciudad, y temíase que con el furor y la rabia de aquella gente no peligrase la religión. Estaban mal hallados los soldados de Perpiñan, D. Inigo de Garay y los demas cabos, con la ociosidad, y deseaban entrar en Francia y menear las manos con los franceses; pero fuéles mandado no hiciesen movimiento ninguno, sino que guardasen la frontera, atendiesen á las acciones de los catalanes en el Rosellon, y estuviesen á punto y aprestados para descender á Barcelona cuando empezase el marqués de los Vélez á pasar con el ejército el puente de Torto-

sa, primera ciudad del Principado por la parte del reino de Valencia. No paraban las prevenciones para la jornada del Rey, y aunque no se hablaba de otra cosa, sin embargo, desde los principios de Octubre, que fué el primer término que se señaló, se iba difiriendo de unos días para otros, y de un mes para otro, porque el bagaje, las municiones, los viveres, la artillería y lo demás de apristar un campo bien ataviado, no eran fáciles de juntar, hasta que un trágico accidente, que referiremos en el fin de Noviembre de este año, totalmente lo desvaneció. Dábase prisa á los caballeros ausentes de las órdenes militares á que acabasen de llegar y cumplir con los preceptos que les habían dado, y si alguno había que lo rehúsase por achaques, vejez ó necesidad, sin embargo, los apretaban á que viniessen por ellos ó por sus sustitutos, constrictíndas á los que no parecían: cosa que en todos engendraba mala sangre, y de estar en todo el reino por las imposiciones y aprietos en que cada día les ponían, viéndose en todos un general desconsuelo y desesperacion, porque iban de día en día creciendo los cuidados y los empeños, sin ninguna esperanza de alivio ni premio; y lo más terrible, que los esperaban cada día mayores por la mala disposicion en que se ponían las cosas. Mandóse otra vez registrar en la corte los caballeros de coche para dar á los Gentiles-hombres de la casa del Rey y archeros, que ya esta alhaja, por los continuos combates, ni era de alivio ni de descanso, sino de inmensa zozobra y desasosiego, porque el que se veía ya que si un día andaba á caballo, otro andaba á pié. Pero ninguna de estas diligencias movía el ánimo de los catalanes, ni los movía al respeto de la justicia, á la obediencia, ni á la política antigua: hacíanse con ellos todos los esfuerzos necesarios con cartas y embajadas para su reduccion, y ellos decían se castigasen los soldados y se sacasen del Principado. Prendieron algunos para probar si condescendiendo con esta demanda se podia lograr algun acuerdo saludable que produjese buen efecto, mas los soldados se descargaron con este memorial:

«El marqués Jeri de la Reina, General del artillería del ejército de la Alsacia; el Maestre de campo Julio de Arce, del Consejo de Guerra de V. M.; D. Felipe de Guevara, á cuyo cargo está el regimiento de la Guardia de la persona de V. M.; D. Leonardo Motes, Maestre de campo de napolitanos; el conde de Tizeoncl, Maestre de campo del tercio de irlandeses; D. Julio de la Barrera, Sargento mayor, á cuyo cargo está el tercio del conde de Aguilar; Martin de los Arcos, Castellano de Perpiñan; D. Alvaro de Quiñones, Comisario general de la caballería: en nuestro nombre y de los demás cabes, oficiales y soldados del ejército de Cataluña, con toda humildad nos ponemos á los reales piés de V. M., y le representamos: que todo nuestro caudal consiste en la honra y reputacion que profesamos, y en la que recibimos estando debajo de su real proteccion y amparo, y que por el servicio de Dios y de V. M., que andan inseparablemente unidos, habemos expuesto muchas veces nuestras personas y vidas á manifiesto riesgo de perderlas, y sufrido trabajos y afanes increíbles; y que habiendo ido por mandato de V. M. á Cataluña á defender aquella provincia, hallándola invadida del ejército francés, que tenia ocupado el castillo de Salsas y otras plazas, y discurria libremente por la campaña como dueño de ella, haciendo los daños y hostilidades que se dejan á la consideracion de V. M. Luego que llegó el ejército de V. M. que mandó formar, los franceses se retiraron al castillo de Salsas, poniéndose debajo del cañon, con que la provincia quedó libre de los daños y calamidades que sentia; y habiéndose puesto el ejército de V. M. sobre aquella plaza, fueron excesivos los trabajos que allí se padecieron, así porque la gente de la tierra, á quien se trataba de su causa, no acudia con la fuerza y prontitud que debieran, ántes se retiraban á sus casas, dejando todo el peso y peligro de la guerra á los soldados pagados por V. M., como por haber durado el sitio tan largo tiempo, en el corazon del invierno, estando aquella plaza al principio de los montes Pirineos y haber sido la estacion muy rigurosa; porque en los encuentros y facciones que se ofrecieron se perdió mucha

gente, como porque con otros accidentes y las inclemencias del invierno murieron unos y enfermaron otros en gran número: de manera, que cuando se dió fin á la empresa, el ejército se hallaba pobre, estenuado, enfermo y con mucha necesidad de reparo. Y habiendo V. M. gastado tan innumerables tesoros en formarle y sustentarle, y consistiendo en él todo el nervio principal de sus reales armas para defensa de España, y en primer lugar de Cataluña, y hallándose el Real Erario de V. M. tan exhausto con los numerosos ejércitos que sustentaba en tantas partes, invadido de sus enemigos en todos sus reinos y provincias, fué V. M. servido de mandar que los catalanes, cumpliendo con la obligacion de fieles y leales vasallos, socorriesen al ejército con lo necesario para sustentarle, y que tantas veces habian aventurado en su defensa, y que por la misma era forzoso que asistiesen en aquella provincia, porque ellos por sí solos no eran bastantes á oponerse á los franceses, como habia mostrado la experiencia; y V. M., habiéndolo Dios encomendado al gobierno y defensa de aquella provincia, no podia dejarla expuesta al Arzobispo, digo, arbi-trio de los enemigos, que estaban poderosos. Reconociendo aquellos vasallos que esta era deuda en que estaban constituidos por derecho divino y de las gentes, y que se trataba de su seguridad y conveniencia, pues les estaba mejor ayudar á sus amigos y compañeros que no padecer las inclemencias y atrocidades del ejército francés que habian experimentado, y que esto no lo obraron la voluntad de V. M., que siempre ha procurado su alivio, sino la necesidad, que es la que da ley á los tiempos, se conformaron con las órdenes de V. M., socorriendo unos con dinero y otros partiendo su comida con los soldados, que tambien de su parte procuraban la paz y buena correspondencia, ajustándose á la posibilidad de sus huéspedes: y si bien la gente de guerra no puede vivir con tanta templanza y moderacion como todos deseabamos; pero de nuestra parte se refrenaba la licencia militar cuanto era posible, y castigando severamente los soldados (culpados digo), no se oyeron atrocidades ni otros casos enorres, los cuales en

las ciudades bien gobernadas suelen de ordinario suceder. De esta manera se fueron continuando los alojamientos hasta los últimos de Abril, en la que la villa de Santa Coloma, acogida de facinerosa gente por estar al pié de aquellos montes que son muy ásperos y frigosos, y que siempre han sido madre de guerra de ladrones por no haber sentido jamás el freno del castigo, poniendo en olvido los beneficios que aquella provincia había recibido de la gente de guerra, dió principio á nuevas inquietudes y sublevaciones, porque habiendo el conde de Santa Coloma, Virey de Cataluña, dado orden á los tercios que se hallaban hácia la raya de Aragón que pasasen á la otra parte de Barcelona, tocó al regimiento de la Guarda de V. M. hacer tránsito en Santa Coloma de Farnés, á donde no solamente no le quisieron alojar conforme á las órdenes de V. M.; pero ni áun le dieron lo ordinario que manda la constitucion, y sólo le pusieron en dos casas; y es más, descubriendo su perversa intencion, que era de provocar los soldados, y armar pendencia con ellos para desbalijarlos y quitarles la vida, que habian sido propugnáculo de Cataluña; para lo cual, y oponerse á las órdenes de V. M. y del Virey, tenían mucha gente sediciosa prevenida; pero la cordura de los cabos y la buena disciplina y moderacion de los soldados, visto su dañado intento, lo evitó. Tuvo noticia de lo sucedido el Virey, y habiendo de pasar por la misma villa el tercio de napolitanos de D. Leonardo Moles, y no conviniendo que un tan mal ejemplo quedase consentido, envió allá al alguacil Monredon para que hiciese que aquella villa alojase en conformidad de las órdenes de V. M., y recibiese informacion de lo que habia pasado; y estando este Ministro en la posada quieto y pacífico y sin imaginacion de que le pudiese suceder semejante desastre, tomó las armas el pueblo, y de hecho y caso pensado, y con impetu terrible, le pusieron fuego y quemaron vivos á él y á todos los que le acompañaban, y á Antonio Pau Martín, Notario real, sin haberse escapado más de un solo criado. Y aunque con muchas lágrimas les pidieron les dejasen confesar, que con esto se contentaban de morir, les respondieron que no querian y que

allí habian de acabar rabiando como perros y pagar la prision del Diputado Tamarit; y habiendo llegado á ver el inhumano incendio unos clérigos y pedóculos que sacasen el Santísimo Sacramento para templar el furor de aquellos hombres, se fueron sin volver ni usar con ellos algun acto de piedad. Luego que el conde de Santa Coloma tuvo aviso de un caso tan cruel y detestable, envió orden á D. Leonardo Moles, que iba marchando con su tercio, que hiciese alto en las Mallorquillas; y pareciéndole que un delito tan enorme pedia pronto y riguroso castigo, despachó al Doctor Puche, Juez de la corte, y al Teniente de Maestre de campo general D. Diego de Barrio, y al Capitan D. José de Oms, con una compañía de caballería, para que fuesen á donde estaba D. Leonardo Moles y de allí pasasen á Santa Coloma de Farnés y alojasen su tercio, y aunque la otra ciudad de un hecho tan feo requería que se arrasase todo aquel lugar, pero al Virey por entónces le pareció, atendiendo al estado de las cosas, templar el castigo. No paró aquí la impía maldad de aquella gente: ántes, habiendo enviado D. Leonardo Moles, ignorante de lo sucedido, al Comisario real para que los mostrase la orden que llevaba y previniese alojamiento, tambien le privaron de la vida, y aun que los Ministros nombrados por el conde de Santa Coloma partieron á poner en ejecucion las órdenes referidas, como hallaron toda aquella tierra conmovida y alterada, habiendo perdido el respeto y obediencia á las órdenes de V. M. y de su Virey, y muerto sus oficiales y Ministros, como siempre en la gente sediciosa crecen los empeños (porque la maldad no tiene limite), estos pasaron adelante; pues sabiendo que estaba en las Mallorquillas y Rio de Arenas el tercio de D. Leonardo Moles, juntándose esta gente con otra que tenia prevenida y convocada de otros lugares convecinos, le fueron á embestir en compañía de los naturales del lugar del Rio de Arenas, y acometieron á las compañías y banderas de V. M. que se hallaban allí alojadas, gritando siempre *vitor la tierra, muera el Rey, y viva fora carne*, sin que en toda la noche y dia siguiente se oyese otra voz; y viéndose los soldados acometidos, por su

necesaria y natural defensa y de las banderas de V. M., tomaron las armas; pero aquellos villanos sediciosos, prácticos de la tierra y dueños de las casas, habiéndose apoderado de ellas, hirieron de las ventanas dos Capitanes, al Ayudante del tercio y doce soldados, y mataron seis ú ocho, en que lo fué forzoso á D. Leonardo enviar á socorrer aquellas compañías, con órden de que se retirasen á las Mallorquillas, por ser aquel puesto fuerte y tener la gente más unida; y cuando se hizo la retirada de Río de Arenas se perdió gran parte del bagaje de los Capitanes y soldados, habiéndole saqueado aquella gente iniquita y revoltosa: toda la noche, hasta las once del día, se peleó de una y otra parte.

»También dió órden D. Leonardo Moles para que se incorporasen con él otras seis compañías que estaban alojadas una legua de su cuartel, porque no sucediese alguna desgracia, y se ejecutó á las dos de la mañana, en 3 de Mayo; y cuando amaneció se echó de ver que los villanos habían tomado todos los puestos importantes y los tenían ocupados para impedir el socorro y la retirada. Habiendo enviado la villa Esbertich un refresco al tercio que se hallaba falto de comida, los villanos se lo quitaron y mataron los correos con que avisaban de lo sucedido; y habiéndose hecho fuertes más de doscientos de ellos en una casería, entre el lugar de Río de Arenas y las Mallorquillas, puesto muy importante de donde podían hacer gran daño y juntar grueso de gente y acometer el tercio, se resolvió D. Leonardo Moles, obligado del peligro, ganarsele, como lo hizo con doscientos mosqueteros y otros tantos arcabuceros, con que los amotinados se fueron huyendo al lugar de Río Arenas, y los soldados, siguiendo el alcance, los echaron de él; y como el día antes habían perdido su viaje y estaban irritados, saquearon las casas y las arcas que se hallaron en la iglesia, y en un punto pareció puesto fuego á dos esquinas del lugar, sin poderse averiguar el autor del incendio; pero se usó una crueldad impía y jamás oída, que estaban quemando los soldados que habían muerto el día antes, y no pudiendo quedar la gente dentro de Río de Arenas por

estarse abrasando aquel lugar, se retiró al de las Mallorquillas, y después de cinco horas tuvo aviso D. Leonardo que la iglesia ardía, y envió un Capitan con cien mosqueteros á extinguir el fuego, los cuales le volvieron á decir que no era posible, y á la mañana volvió á enviar con unos padres capuchinos otros cien mosqueteros á ver lo que se había quemado y á retirar el Santísimo Sacramento, que sea loado para siempre, como se hizo.

»De este funesto y lamentable suceso han querido los sediciosos atribuir la culpa al tercio de napolitanos, diciendo que eran hercjes incendiarios de las iglesias y robadores de las casas sagradas, infamando una Nación cuya piedad y religión resplandece entre todas las de Europa, y que ha derramado tantos arroyos de sangre en defensa de la fé católica, y que con particular devocion y afecto venera este altísimo misterio. Dicen que el Obispo de Gerona ha declarado al tercio por culpado, y que ha incurrido en las penas y censuras por la *Bulla incensa Domini* y por los Sagrados Cánones, y que ha hecho otras declaraciones en grave ofensa y detrimento de los napolitanos; y con esto pretexo, esta gente inícuá pretende pelear con sus maldades, con título de que son defensores de las iglesias y perseguidores de los herejes incendiarios; pero, en la verdad del hecho, se convence su maldad, y que el título de que se quieren valer es fingido y afectado, y que D. Leonardo Moles ha cumplido con las obligaciones de su sangre y de soldado que milita debajo del nombre de un Monarca tan católico como V. M., y cabeza de la augustísima casa que aventaja á todas las del mundo en la reverencia de esto misterio Sacrosanto; porque ántes que sucediese el caso de Río Arenas, aquellos depravados hombres de Santa Coloma de Farnés habían cometido, llamado y convocado gran número de gente para que asistiese á sus atrocidades, á que se juntó la inobediencia á las reales órdenes de V. M. y del Virey, no habiendo querido alojar el regimiento de la guarda de V. M., delito que el derecho tiene por capital; á que añadieron tan los homicidios, tan impiamente cometidos con ánimo delibera-

do y á campanas tañidas, y con circunstancias tan agravantes como son haberse ejecutado en tantos Ministros y oficiales de V. M. que estaban actualmente ejecutando sus oficios, y en ministerio que miraba á la conservación del imperio y autoridad real de V. M., y con un modo tan bárbaro y cruel como fué quemarlos vivos sin dar lugar á que se confesasen, y dando por causa que el Alguacil Monredon habia preso al Diputado, cumpliendo con las obligaciones de su oficio. Todos estos delitos comecieron sin haber tenido causa por donde pudieran irritarse, pues no debieran darse por ofendidos de que los Ministros ejecutasen las órdenes de sus superiores: por este hecho incurrieron en crimen de rebelion, pues en ningun acontecimiento les era lícito, aunque hubiesen sido provocados, hacerse autores de su venganza ni poner las manos tan impiamente en los Oficiales y Ministros de V. M.; y tambien comecieron crimen de lesa Majestad *in primo capite* tomando las armas contra las banderas de V. M. y maquinando con ánimo de enemigos contra su ejército y la prosperidad de esta Monarquía, matando los correos, quitando los víveres al tercio de los napolitanos, tomando los puestos, impidiendo la comunicacion y acometiendo á las insignias reales dentro de sus alojamientos, sin haberles dado causa de provocacion, y haciendo todos cuantos actos de hostilidad son imaginables. De manera, que se puede decir con verdad, que se mostraron mayores enemigos de las armas de V. M. y de sus banderas que no de los franceses; y todo esto pasó ántes del suceso de Río Arenas, y siendo ellos los invasores y provocadores, con que se vé con evidencia que su maldad y rebelion la quieren cubrir con falsos y fingidos colores; y se puede presumir que gente tan impia y sacrilega cometiò el caso de Río Arenas, para imputarlo al tercio de napolitanos y hacerlo odioso y aborrecible por este camino, y valerse del pretexto que han tomado; mayormente que estos hombres perdidos y dejados de la mano de Dios, demás de las gravísimas ofensas que han hecho á ambas Majestades, divina y humana, no han respetado á la clausura de las religiosas ni á los lugares sa-

grados, habiendo muerto tantas personas y derramado tanta sangre cristiana inocente dentro del convento de las monjas de los Angeles; ni tampoco han tenido reverencia al hábito de San Francisco, venerado de todos, habiendo quitado la vida á seis personas que lo tenían puesto en la iglesia de los padres capuchinos de Santa Madrona, y lo que es más, que no dudaron teñir sus manos sacrilegas en sangre levítica y sacerdotal, como la hicieron con un Ministro de V. M., que acababa de consagrar y decir misa, matándole y quemándole su casa y la de otros muchos que no habian intervenido en lo de Río Arenas, ni tenían otra culpa más que ser Ministros de V. M. ó afectos á su Real servicio. Lo que causa mayor horror es, que hasta al Santísimo Sacramento han llegado á perder el respeto, como se verá más abajo en su lugar, y así es muy verosímil que gente tan abominable haya cometido de proposito un crimen tan horrendo; y cuando hubiera sido tanta la infelicidad que el fuego se hubiera encendido por descuido de los napolitanos, no puede haber nadio de ánimo tan inicuo que se persuada á que esto se hiciese con cuidado, ni con intencion de que sucediese un caso tan infausto ni tan lastimoso, sino que seria por algun accidente inopinado, comunicándose el fuego de las casas á la iglesia, ó cayéndose alguna cuerda sobre las arcas y cofres que estaban en la iglesia, que en accidentes y tiempos semejantes de ordinario se suelen arrimar á los altares ó poner sobre ellos. Así se debe entender de una Nacion insigne en piedad, y en quien jamás ha caido mancha de herejía ni otra inficion, tanto más que do encenderse la iglesia y de que sucediese un caso tan funesto é ignominioso ningun provecho podrian sacar, pues no llevaron la plata de la iglesia ni otros ornamentos; y en todo acontecimiento á D. Leonarrio Moles ninguna culpa se le puede atribuir, pues lo que obró fué por la forzosa y natural defensa de las banderas de V. M. y de las personas y vidas de sus soldados, y por la reputacion de sus Reales armas. Nunca estuvo en Río de Arenas, ni es creible que un caballero cuando y cristiano diese órden de que se pusiese fuego á la iglesia, con

peligro de que sucediese un caso tan lastimoso y desastrado; y si le hubieran hecho sus soldados lo publicarían para mostrar su inocencia y él no se hubiera atrevido á castigarlos, como lo ha hecho, pues habiendo reconocido las mochilas de todos los soldados, y no habiendo hallado más de un taletanico de la iglesia, hizo que el tercio arcabucease al que lo tenía; y por haberse descompuesto otros dos soldados con un sacerdote en San Pedro de los Pescadores los condenó á muerte, y á su ruego conmutó la pena á seis años de galeras, que se ejecutaron. Si por culpas tan leves, respecto del crimen de que se trata, ha hecho tan severas demostraciones, bien se puede creer que las hiciera mayores si hubiera hallado algun rastro ó indicio de culpa en sus soldados; y en duda, el derecho presume que no hubo dolo cuando se admira haber intervenido descuido ó negligencia; y V. M. sabe cuán frecuentes son en la guerra sucesos semejantes, que aun en la paz se han visto muchas veces incendios de monasterios, nacidos de ligeros descuidos de los mismos religiosos que los deseaban preservar, como sucedió poco tiempo há en el de Jesús nuevo de Nápoles y en el convento de los Angeles de esta corte, y que aun en los reales Palacios de V. M. no se ha podido evitar este peligro; y las historias refieren que lo mismo sucedió en el de Augusto César y en los templos y Capitolio de Roma; y no se puede creer que los que traian tan aventurada la vida, y la muerte tan á los ojos, habian de cometer un delito tan horrendo y execrable, de que no se les seguia ninguna utilidad. La declaracion que se dice haber hecho el Obispo de Gerona contra el tercio, es de ningún momento por muchas razones; porque el Obispo fué oprimido y forzado cuando hizo aquel acto, y al presente lo es, y los de Gerona le amenazaron que si no lo hacia le habian de quemar la casa y quitar la vida, y le dijeron muchas palabras feas y descompuestas, con que se rindió á su injusta demanda, lo que no hiciera si gozara de entera libertad, y porque en la dicha causa se procedió exabrupto sin citar ni llamar á dicho Don Leonardo Moles ni á los soldados de su tercio á parte donde

pudiesen comparecer, lo cual induco notoria nulidad; porquo si hubieran sido citados, es sin duda que se defendieran y mostrarán su inocencia si tuviése *tuto ascensso*, el cual tampoco tenían; y porque los testigos que examinaron en este negocio han sido personas de la tierra, enemigos capitales de D. Leonardo Moles y de su tercio, y los mismos que quieren atribuir la culpa á los soldados para cubrir sus maldades, y gente facinerosa que no merece ninguna fé en lo que hubiese de puesto contra ellos, por padecer defectos y tachas tan notorias; pero es tanta la fuerza de la verdad, que se tiene por cierto que no habrán dicho cosa que los ofenda, y en lo que hubiere declarado en su favor deben ser creidos; á que se allega, que, aunque se han hecho exactísimas diligencias por cuatro Tribunales y Juzgados para averiguar la verdad, nunca ha habido testigo que culpe á los napolitanos. Aunque los sediciosos y turbadores del comun reposo han querido expareir este vano y falso rumor de que ellos fueron los causadores del incendio: á esta voz fingida ningun crédito se le puede dar, por haber nacido de raíz infecta y haberla divulgado nuestros enemigos, y lo que es más cierto, los mismos autores del daño; y cuando hubiera una fama pública y constante, aun en rigor de justicia no bastára para poder promulgar censuras contra los napolitanos, porque de la misma suerte que no fuera suficiente para condenar á los soldados á muerte corporal, así tampoco no puede bastar á condenarlos á la espiritual, que es pena más grave, que los aparta como micimbros podridos del gremio de la Iglesia, tanto más siendo el delito que se les imputa tan horrible y detestable y que causa tan grande nota á los que lo cometen. No pudo ni debió el Obispo de Gerona hacer mención del tercio de D. Leonardo Moles, no consiéndole legítimamente, ni en comun ni en particular, que los soldados habian sido incendiarios de la iglesia y los robadores de las cosas eclesiásticas y sagradas, mayormente siendo el tercio un cuerpo y agregado que se compone de tan diferentes personas; y debiera el Obispo de Gerona reparar en que del acto que hizo tan apresuradamente se ha seguido tanta

infamia para todos y se ha causado tal escándalo y tan público en el mundo, y se ha dado á los inquietos materia de nuevas comisiones y mayores atrevimientos y á que se hayan valido de este falso pretexto para sus turbulencias y maldades, y para dar tan feo y odioso nombre al ejército de V. M., diciendo que es de herejes y enemigos de la fé: y no constando del hecho, es imposible que haya constado de la intención, ni que el fuego se pusiese con ánimo de que sucediese el incendio en la forma que después se vió. Circunstancia que después se vió necesaria para poder calificar este delito con la gravedad que se pretende atribuirle. V. M., como Príncipe tan justo y clemente, ha de volver por la reputacion de sus armas y por el reparo de nuestras horas, disponiendo con su autoridad que se enmiende el error que se ha cometido, y que, puesto el Obispo de Gerona en libertad y libre de la opresion que ha padecido y padece, y enterado de la verdad de lo sucedido, revoque y deponga las censuras y entredichos que ha promulgado, manifestando al mundo nuestra inocencia é inculpabilidad, ó que por otra vía honesta y decorosa se nos dé satisfacción del injusto agravio que habemos padecido, mandando castigar con todo rigor y severidad á los que en tan inicu ánimo y tan depravada intencion han exparcido este falso rumor, en tan grave ofensa de las católicas armas de V. M. y de nuestras horas, y de la reputacion de Naciones tan ilustres y de soldados tan valerosos que han servido á Dios y á V. M. con tanto amor y fidelidad. A la verdad, el designio de estos hombres ha sido irritar al pueblo incauto con estas falsas voces que publican, y concitarlo para que, tomadas las armas, procurase acabar y extinguir las armas de V. M., para quedar ellos con vida más ancha y licenciosa y poder cometer sin temor de la justicia los insultos, robos, incendios, muertos, asesinatos y otros agravios y gravisimos delitos á que están acostumbrados. Esto se vió claramente en el sitio que pusieron en Amer á Julio de Arce y á las banderas de V. M. dentro de la iglesia y convento de Benitos claustrales y casa del Patronato real de V. M., á donde levantaron

trincheras, tomaron puestos, cortaron los caminos para impedir el socorro y les quitaron los bienes, obligando al Maestro de campo y á sus Capitanes y soldados á que pasasen siete dias con solo trigo cocido y agua; y le dieron tres asaltos matándole mucha gente, y tiraron muchos arcabuzazos á la iglesia, de que se hallaban ofendidas sus imágenes, y trujeron gran cantidad de paja para abrasar el convento donde estaba, diciendo que habian de quemar ó degollar al Maestro de campo y á todos sus soldados, sin habérles dado ninguna causa para ello; y se mostraron tan inexorables, que no daban lugar á riesgos, antes se obstinaban más con ellos, y aunque los de la villa de Olot y algunos religiosos, á instancia de los cabos de los tercios, les pidieron que alzase el sitio y se retirasen para que no llegasen al último rompimiento, no lo quisieron hacer, y llegó á términos su fiera, que la presencia del Santísimo Sacramento no fué poderosa para que desistiesen de su intento, hasta que habiéndose unido los tercios socorrieron á viva fuerza y á costa de mucha sangre las banderas de V. M., á Julio de Arce y á su gente, sacándola del peligro en que se hallaba. Fué tanta su protervia, que fueron siguiendo á Julio de Arce y á los tercios por espacio de más de una legua, escaramuceando con ellos y matándoles algunos soldados, perdiendo el respeto á las banderas de V. M., cometiendo otro nuevo delito de sedicion y conspiracion, y de crimen de lesa Majestad *in primo capite* y de expresa rebelion. Tambien con esta accion se manifiesta cuán vano y fingido es el color de que se valen, abusando de la religion, diciendo que han tomado las armas por defensa de las iglesias, pues á Julio de Arce ni á su gente ninguna culpa se le podía atribuir de lo que habia sucedido en Rio Arenas, y los que se fingian tan colosos de la defensa de los templos no debieran intentar poner fuego á la iglesia de Amer; y esto no fué acaso como el otro suceso: ni tampoco debieran perder con tanto atrevimiento el respeto al Santísimo Sacramento, como lo hicieron; pero tal era su rabioso furor, y tales las ansias que tenían de acabar con el ejército, que atropellando por todo, descubriendo

su impiedad, fueron tantas las crueldades y persecuciones que obraban en todas las partes, que mataban á sangre fría cuantos hombres y muchachos encontraban, y las amenazas que hacían á las villas y lugares donde estaban alojadas algunas compañías de los tercios, diciendo que los habían de quemar si no las despidían, tentándolas asediadas en algunas partes con gran peligro de perderse; que para evitar las muertes y atrocidades que cada día sucedían, fué forzoso que los tercios se retirasen y uniesen en la villa de Blancos, donde por orden del Virrey vinieron á ejecutar el castigo de Santa Coloma de Farnés, como se ejecutó. Y habiendo caminado la vuelta de Gerona, aquella cerró las puertas al ejército como si fuera de enemigos; y habiendo pedido al Maestro de campo, Julio de Arce, que les diesen cuatro ó cinco Capitanes que asistiesen á las puertas porque no entrasen soldados, señaló los Oficiales solos, y vino en ello para mostrar cuánto deseaba de su parte la quietud del pueblo y evitar causas de nuevas conmociones; pero esto no bastó para que se consiguiese el fin deseado, antes, sin darle ocasion, tocaron al arma, no tan solamente con la campana de la iglesia mayor, como se acostumbró, sino con todas las demás de los conventos, iglesias y monasterios, lo cual se fué continuando por todos aquellos contornos, dando ocasion á que se alborotase y tomase las armas la gente de la comarca, y se fué engrosando junto á la ciudad. Estaban estos hombres tan sedientos de sangre de los soldados y tan rabiosos contra ellos, que aunque el Obispo de Gerona y algunos seculares, digo, capitulares de su iglesia, y los Jurados de aquella (iglesia) ciudad, les dijeron que no necesitaban de su ayuda y que se volviesen á sus casas, no fueron poderosos para desarraigarlos, antes ocuparon los caminos y derramaron los viveres que se llevaban para los tercios y procuraron matar á los que los llevaban, como lo hicieron á un soldado que no pudo escapar, y habiéndose puesto entre Gerona y los cuarteles, impidieron de todo punto la comunicacion con D. Ramon Galders, Gobernador de Cataluña, y los demás Ministros que estaban don-

de Gerona, y redujeron los tercios á extrema necesidad por falta de sustento, no permitiendo los de Gerona que los soldados entrasen en la ciudad, en tiempo que los amotinados entraban libremente y se proveían de todo lo necesario. Y aún se dice, que algunos de dentro los socorrian con dineros, y aún, que se les proponían diferentes medios para que el ejército fuese socorrido; y de parte de Julio de Arce se ofreció á ir con quinientos mosqueteros á recibir los bastimentos, y nunca los de la ciudad dieron oídos á ello, diciendo que alborotaría el pueblo; ántes, habiéndolos representado D. Ramon Galders los inconvenientes que habían nacido de tocarse la campana de la iglesia mayor y los que podían suceder si no se remedia- ba, respondióselo que ya estaba proveído de remedio. Esto no bastó para impedir que despues de medio dia no hubiese otra arma ocasionada de tan leve causa como la primera, y se tocó otras tres ó cuatro al arma con todas las campanas, y la última con la de la iglesia mayor, sin haber tenido ni un motivo para ello; y aunque fuera muy fácil deshacer y disipar aquella gente y castigar su atrevimiento, se excusó por no dárles ocasion de nuevos movimientos. Viendo que los tercios no tenían pan de municion ni socorro en dos dias de la marcha, y en otros tres que estuvieron á la vista de Gerona, y que no dejaban salir las municiones ni viveres, ni aún á los religiosos sacerdotes, capellanes de los tercios, que se hallaban dentro, y que la intencion de los amotinados era hambrear y consumir los tercios, y que allí se estaba con desercédito de las armas de V. M., se tomó resolucion de marchar la vuelta de la villa de Blancos, como se hizo, partiendo del puesto de salir á las siete de la mañana, formando tres batallones de los seis tercios; y fué tanta la desvergüenza de aquella vil canalla, que tuvo atrevimiento de embestir al primer batallon, y aun- que recibió la carga hoyendo, volvió luégo á picar la reata-guardia, y se peleó desde la hora de la partencia hasta las nueve la noche que se llegó á Blancos, quedando muertos muchos soldados y gran número de heridos, y un Capitan del tercio de D. Leonardo Moles; y al ruido de la pelen acudió el

capitan D. Bernardo Chacon con las tres compañías de caballos de su cargo. En estos dias se padecieron increíbles pliegos, trabajos y miserias por culpa de la ciudad de Gerona, por no haber admitido dentro ni junto á las murallas al ejército de V. M., ni proveídole de las cosas necesarias, ni abrazado ningun temperamento; ántes convocando la gente sediciosa, y tocando tantas veces á rebato en tan nueva forma, se vé la increíble obstinacion de los amotinados; pues yendo los tercios quietos y pacíficos los fueron persiguiendo un dia entero con tan rabioso furor para acabar de arruinarlos. Pero lo que puede causar mayor admiracion es, que habiendo marchado los tercios no se quietasen los del pueblo de Gerona, ántes, viéndose sin aquel freno, se convinieron más, obligando á los Ministros, Capitanes y soldados á que se retirasen á los conventos, por no hallarse seguros; amparando aquel pueblo las tropas de los villanos que venian á reconocer los conventos, robando todo lo que los parecia ser hacienda de soldados y tomándoles todos los caballos que tenían. En el convento de San Agustín mataron cruelmente tres Capitanes y les quitaron los vestidos, no habiendo tenido más de uno lugar de confesarse; y esta atrocidad viene á ser de mayor consideracion, que se cometió á sangre fria y en Capitanes de V. M., y que habian ido á instancia de la misma ciudad y estaban debajo de la fé pública. Continuando todos juntos tan horribles maldades, fueron al convento de San Pedro de Galligans, á donde paraban D. Guillón Meca y D. Francisco Cors, Ministros del Consejo Real, con ánimo deliberado de matarlos; y no habiéndolos encontrado mataron á un Comisario real y á otras dos personas que se habian retirado al campanario, y los robaron y desnudaron; y habiéndose retirado D. Ramon Galders á la iglesia mayor por ser puesto fuerte, y dispuesto que los Jurdos le trujesen allí los Oficiales y que llevasen los soldados á la cárcel, que tambien era capaz de defensa el pueblo, los amotinados quisieron subir á degollarlos, y lo ejecutaron si la ciudad no les enviára una compañía para su guarda. Sucedieron otros accidentes, hasta que en 30 de Mayo, á dos horas

de la noche, los Ministros y Oficiales de V. M. salieron huyendo oculta y secretamente de la ciudad de Gerona, y llegaron á Blanes esotro dia á las diez de la mañana; habiéndoles tocado en el camino al arma en todas las partes por donde pasaron, como si fueran enemigos públicos, que por tales tienen á los Ministros y soldados de V. M.; y estando juntos los tercios en los Arrablanes quietos y sossegados, sin dar á nadie ocasion de sentimiento, los villanos se juntaron en mayor número, y apellidando favor contra los enemigos de la fé, los iniquitaban y tenían en continuo desvelo, tocándoles al arma muy ámenudo, y matando á todos los soldados que se apartaban de sus cuarteles con un rigor inhumano.

» Viéndose los cabos del ejército tan perseguidos, acosados, faltos y menesterosos de todo lo necesario, y que cada dia iba creciendo el peligro y la necesidad, y que no se podian conservar en aquel puesto, se resolvieron pasar al Convento de Rosellon, ejecutando la órden que tenían, y hacer la marcha por tierra, como se hizo con grandes peligros é incomodidades, habiendo los villanos insolentes seguido el ejército, embistiendo en diferentes sitios, donde fué necesario pelear para su defensa con sangre de ámbas partes; y eran tan frecuentes sus invasiones y tanto lo que les infestaban y tiraban de todos los lugares por donde iban haciendo su camino, que era necesario siempre llevar las armas en la mano sin tener una hora de reposo. En este tiempo no se olvidaban los villanos de perseguir al tercio de D. Pedro Giron, matando con mucha crueldad á muchos de él; y le hubieran doshecho del todo si no fuera por los de Santa Coloma de Centellas que salvaron algunos. Asimismo padecieron gran borrasca los soldados del tercio de Módena, que estaban alojados en Mataró, y lo mismo sucedió á los que tenían sus banderas en San Saloni, y á las cinco compañías del tercio, digo cuartel, de D. Francisco de Velasco y á la tropa de cuatrocientos caballos que tenia á su cargo el Comisario general D. Fernando Chirinos, á los cuales y á los modcueses que venian en su compañía los fueron siguiendo y arcabuceando los amotinados

hasta la misma ciudad de Barcelona, matando gran número de gente; de manera, que viéndose acosados de la muchedumbre que los venía persiguiendo, y que del baluarte de Levante les disparaban muy amenudo, se hallaron tan oprimidos, que sabiendo el motín que la noche ántes había sucedido en Barcelona, dejaron los caballos y se cecharon al agua para recogerse en las galeras, como lo hicieron, habiéndose ahogado muchos de ellos: con que se deshizo aquella tropa que era de tanta importancia para el servicio de V. M., no habiendo podido recobrar hasta ahora los caballos, y se padeció tanto en la reputación de las armas de V. M., que habiendo muerto ocho Capitanes modeneses, los cortaron las cabezas y las pusieron en unos palos, como si fueran de saltadores de caminos, haciendo alarde y blason de sus enormidades, no habiendo los modeneses intervenido en nada ni dádoles ninguna ocasion de queja. En todas partes las banderas de V. M. fueron acometidas y perseguidas; y pensando hallar el remedio en Barcelona, encontraron nuevos y mayores peligros; de suerte, que sin distinción de lugares, los cabos, criados, oficiales, soldados y Ministros de V. M. hemos sido maltratados, heridos y muertos, y padecido robos, incendios y tantas calamidades, solo por servir á V. M. y conservar el ejército, que no hay encarecimiento que iguale la verdad; y ha sido tan rabiosa la crueldad de aquesta gente, que adonde quiera que encontraban los soldados los mataban, degollaban, sacaban el corazon y le picaban con las dagas, quemando los cadáveres de los soldados muertos; y no perdonaban á ninguna Nacion, sexo ni edad, porque hasta el tercio de los aragoneses procuraron degollar, por decir que su lengua y la castellana era toda una, y fingian fábulas y quimeras expariendo falsos rumores para commover é irritar los ánimos sencillos, diciendo que los soldados quemaban las iglesias, mataban los sacerdotes y despedazaban los niños. Y habiéndose pasado el ejército de Rosas á Perpiñan en 11 de Junio, y pedido alojamiento á los de aquella villa, representándoles cuánto importaba al servicio de V. M. su conservacion y que muchos de los solda-

dos iban enfermos y otros heridos, y todos con necesidad de algun reposo y comodidad para repararse de los cuidados, trabajos, fatigas y otros desmayes que habian padecido, ofreciéndoles que no se pretendia que la villa diese cosa alguna porque la gente de guerra habia de vivir con lo que V. M. les daba; los de la villa, con frivolas respuestas, se excusaron de hacer este servicio á V. M., y despues de muchas demandas y protestas que se les hicieron por todos los cabos que allí nos hallamos, habiendo estado tantos dias el ejército en campaña al descubierta, nos resolvimos todos, de comun acuerdo, que se molestase y batiese la villa con la artilleria del castillo y con bombas hasta que se allanase á dar alojamiento al ejército ó parto de él, como, no habiendo querido obedecer la villa, se ejecutó. Las razones que nos movieron fueron muy precisas y encaminadas al servicio de V. M., porque nadie podia negar que aquel ejército es el único medio de la defensa de estos Reinos, y en aquel tiempo habia muchos avisos de que en la frontera de Francia se formaba otro muy grueso para entrar en Rosellon, y pudiera degollar el nuestro estando en la campaña con tantos enfermos y tan fatigados de los trabajos que habian sufrido; y aunque los de la villa daban buenas palabras y decian que trabajau para reducir al pueblo, los efectos mostraban lo contrario, porque se fortificaban muy aprisa, haciendo barracadas y cortaduras en las calles y poniendo en ellas la artilleria: los del pueblo hacian muchos insultos, y en particular los soldados del Preboste, los cuales mataron algunos de los de V. M. desde la muralla, y se sabia que habian pedido ayuda á los amotinados, haciéndoles instancia para que lo viñesen á socorrer con toda brevedad, y que estaba junto en Siles un grueso de cerca de cuatro mil hombres, y que por horas se iba aumentando el número de aquella gente sediciosa, y que para darlos entrada en la villa habian remitido los naturales de ella á una puerta y ganádola á los soldados que la guardaban. Siendo todo esto de tan mal ejemplo para las demás villas de aquel Condado, las cuales tampoco querian alojar, y el peligro tan evidente de ser el

ejército acometido y deshecho por los de dentro y fuera de la villa, y que las protestas y amenazas no obraban, ni se ajustaban los de Perpiñan á dar un barrio cercado como los habíamos pedido, y que el ejército se iba deshaciendo muy apriesa, y que todo esto cedía en gran desautoridad de las armas de V. M., nos fué forzoso allanar aquella villa en la forma que se ha referido, por parecernos que sería menor el daño y mayor el retorno de las bombas y la artillería que no el que padecería aquella villa con el saco, que sería inevitable entrándose por fuerza; pero perseverando en pretender introducir el socorro, como se ha dicho, no se pudo diferir más el acometimiento. Así se vé, que ellos fueron más la causa de su daño y que de nuestra parte se procedió con toda la templanza y moderación que permitió la conveniencia del servicio de V. M. y la conservación de aquel ejército; que cuando todos esperamos vuestras horas y mercedes de mano de V. M. por haber conservado aquel ejército la reputación de las armas de V. M. y domado aquella villa, dando ejemplo á las demás, hemos visto con general desconsuelo que el duque de Cardona no ha impedido la partida al marqués de Jeri de la Reina que gobernaba aquellas armas, y puesto en el castillo mayor de Perpiñan á D. Leonardo Moles, y que esto ha sido á instancia de los de Perpiñan y del Conseller de Barcelona y Diputado del General; lo cual se ha hecho con grande artificio y no ménos deservicio de V. M., porque con la detención del marqués Jeri de la Reina y con haber sacado la mayor parte de la gente de Perpiñan, se ha procurado dar á entender que de nuestra parte no se había obrado con la rectitud y atención convenientes, y que en todo se había excedido, y que la gente de la villa de Perpiñan era justificada. Por este camino procuraban los culpados evadir el castigo que tienen merecido, y también con la prision de D. Leonardo Moles se declaró por culpado en lo de Rio Arenas, y fácilmente se aprobaban los insultos y abominables procedimientos de los sediciosos; de que resultaba un general desconsuelo para las armas de V. M., y se causaban nuevos y mayores escándalos

y se daba materia para que los inquietos cobrasen mayor atrevimiento y osadía, y los cabos y soldados se intimidasen y alligiesen, y que por esta causa se deshiciese el ejército viendo padecer á sus cabezas, y que sus servicios, hechos con tan grandes trabajos, no eran tan acceptos como esperaban. Solo el consuelo que nos queda es, que creemos firmemente que esto no se ha hecho con órden ni permiso de V. M., que con tan gran providencia sabe apreciar los servicios de sus fieles vasallos; y que ántes tenemos por constante, que lo que hizo el duque de Cardona fué apremiado de las importunas instancias del Conseller de Barcelona y Diputado del General, por dárles alguna aparente satisfacción, no reparando en las perniciosas consecuencias que de ello resultaban; y V. M. debe persuadirse que lo que se obró con tan madura deliberación y uniforme acuerdo de todos los cabos, que son tan celosos y atentos al cumplimiento de sus obligaciones, fué lo que convino para su Real servicio, y aún que por él estamos todos prontos de sacrificar vuestras personas, vidas y horas para que V. M. disponga de todas como fuere servido, cuando entienda que las demostraciones que se hicieron con nosotros pueden ser de algun provecho. Pero nos parece, que faltamos á la fidelidad debida á su Real servicio si no representamos el vivo dolor y sentimiento con que estamos, de ver que sus ejércitos, cabos y Ministros hayan sido tratados con tanto oprobio y menosprecio, y que se haya perdido el respeto á sus banderas con tan pernicioso atrevimiento y muerte á sus Capitanes, Oficiales y soldados con tan inhumana crueldad, y que con tan malas artes y trazas indignas hayan procurado infamar Nación tan ilustre en fama y religion, y que por colmo y remate de sus horribles atrocidades hayan muerto tan enorme y detestablemente á nuestro Capitan general y Virey de V. M., que representaba su Real persona. Caso lastimoso, estrepando y sin ejemplo, y que conviene á su Real servicio que no solamente sean sueltos el marqués Jeri de la Reina y D. Leonardo Moles sin ninguna dilacion, sino que se aprueben y premien sus acciones y servicios de manera, que conozca el

mundo que V. M. se da por bien servido de ellos, y que juntamente la justicia vuelva por sí y por la autoridad de V. M. y se levante con cuchillo de justa venganza para que sean castigados los sediciosos que han cometido delitos tan horrendos y enormes y de tanta atrocidad, como se han referido. Así lo suplicamos á V. M. con todo aquel afecto que podemos, pues de otra manera ni podrá V. M. conservar sus ejércitos, ni hallará quien sirva en ellos ni en otro ningun ministerio; y que mande V. M. que se reciban informaciones por personas de grande integridad y satisfaccion, y dé puesto igual á la gravedad de la materia, de manera que se administre justicia con igualdad á todos; con que nos prometemos que V. M. se dará por bien servido y que estimará nuestra fidelidad y amor, como lo esperamos de su Real grandeza.»

En esta forma se disculpaban los soldados con el Rey, de las calumnias que les imponian los catalanes, y con más asucia los de Barcelona. Lo cierto era, que ellos no podian sufrir los alojamientos, la costa, la inquietud, el desasosiego, el celo del que era casado ó tenia hija, causa porque aventurarian mayores cosas; eran estos sustentados por algunos años, y lo pretendian abandonar y tambien resarcir la infanteria y caballeria con que les iban este año restringiendo la tierra con la publicacion de la jornada y las Cortes, de donde se persuadieron los querian forzar á la concesion de lo que se les habia pedido años pasados, y además de esto los quintos, en que decian que aventuraban su libertad y sus fueros, y prurieron en oponerse á estas materias.

Las galeras de España, Génova, Nápoles y Sicilia, en número de treinta y seis, venian navegando á Cadaques, puerto de la Cataluña, sobre Barcelona, tocado tambien del contagio de la rebelion. La armada francesa, que infestaba el Mediterraneo, las dió vista pretendiendo dañarlas si el viento la diese lugar; de donde yo arguyo que la armada de Poniente y la armada de Levante, que no habian salido este año sin sospecha ó aviso de connozion en ambas costas y querian hacer escolta á los detentores. Los genoveses, sin embargo de que son dueños de

nuestro dinero y de los socorros de Occidente, no querian abrigar en sus puertos nuestras galeras que corrieron allá: despues lo hicieron para valerse de ellas contra la armada francesa, que siguiéndose ó buscándose los unos á los otros, se puso á la vista de aquella ciudad: amenazáronlos que no se llegasen, que los tirarian con toda la artilleria: obedecieron á la amenaza y al riesgo y se apartaron; con que, á lo que se presumió, de embestirse y llegar á la manos, si bien no quedara por nuestra gente si tuviera orden. El príncipe Tomás se hallaba apretado de los franceses y del asedio en Turin, porque se habia metido dentro, córte del Piamonte, abandonado y áun perdido las fortificaciones de fuera sin poderlas defender: el marqués de Leganés, por la misma causa, se sentia indispuesto y con perlesía, y no le podia socorrer por este accidente, y tambien porque muchos cabos del ejército estaban faltos de salud, la gente cansada de contender por tan largo tiempo y tan pesadamente: la que tenia no era mucha y la habia menester para el resguardo de las plazas que tenia en aquella provincia. Los sucesos dieron á entender, querian hacer entradas en la Francia por sus fronteras y por las hostilidades de aquel Rey en la Borgoña y en la Alsacia, por la toma de Brisac, en cuya provincia estaba D. Francisco de Melo por la ocurrencia de sus necesidades y recobrar lo perdido; pero todo de muy poco efecto por la falta de dinero y gente y estar los ejércitos imperial y el de los enemigos siempre afrontados el uno con el otro para darse batalla: con que no se podia acudir ni remediar nada, y en esta manera el Rey de Francia suspendia las fuerzas del Emperador, sobrellevando aquella Liga, como careza de ella, para que no obrase en las cosas en apoyo de España; y debajo de este pretexto las disipaba, y los esguizaros seguian aquella opinion que prevalecia, aunque más capitularon con el Emperador de no servir al sueldo ni debajo de las banderas del rey de Francia. Destruccion comun de Estados, de Imperios y de Reinos, como ya lo estaba todo y se iba disponiendo en España. El infante D. Fernando no se apartaba de Arras, más con el dolor y sentimiento de la pérdida que

con la esperanza de poderla remediar; habíanlos maltratado mucho los franceses, no guardándoles ningún concierto, mostrando la fuerza de su condición en ellos y descortesía, no dejándolos traer armas, ni aún un cuchillo, ni que anduviesen tres ni cuatro juntos, vedándoles que á las diez de la noche no estuviesen fuera de sus casas, pidiéndoles diez mil hombres de presidio y pidiéndoles las pagas de ellos: con que este año procedía todo; ni con reputación ni con fortuna. Pero, sin embargo, recelosos de la asistencia y del teson de S. A., y de miedo de los burgueses por las atrocidades cometidas en ellos, en sus mujeres, hijos y haciendas y en su libertad, dividieron la villa del fuerte, deshaciendo y desbaratando mucha parte de las casas, y levantando una poderosa fortificación, se aseguraron de volverlas á perder. El marqués de Villafranca, con las galeras, impidió el comercio de las demás Naciones de Levante con los de Barcelona, la entrada de bastimentos y otras embarcaciones, porque ninguna quería aventurar sus mercaderías, con la revuelta y poca seguridad de todo, y siguiendo aquella gente su frenesí y desatino en fomentar la discordia, injuriaban por momentos á los de Tortosa, queriéndolos volver otra vez á la rebelión; mas ellos, entre las demás razones repetidas, respondían no poder tomar armas contra su Rey.

El duque de Arescot, mártir por la mañana, á 24 de Septiembre, fenecieron sus trabajos y larga prisión de una grave tristeza y melancolía que le cavó el corazón con ardientes calenturas, diciendo á su hijo que fuese muy fiel á Dios y al Rey: fué depositado en los Carmelitas descalzos de Madrid, por haber tenido allí cerca su prisión: fué buen caballero. Morió de callado, sin sabersele otra causa ni ser posible argüirle de infidelidad, más de ser leal á sus parientes y paisanos. Cubrió el Rey á su hijo y casó en Barcelona en la casa de Gandía, absteniéndole de salir de allí: á la Duquesa se le dió licencia de volver á Flandes.

Jués, 28 de este mismo mes, se publicó con grande ruido de justicia y trompetas se registrasen los catalanes que habia en la corte: el fin de este decreto no fué de ningún

momento ni consideración, por haber pocos y de ninguna consecuencia, y no con otro intento que de asfírgirlos y mostrarlos para que entrasen en el arrepentimiento y abrazaesen la enmienda de lo cometido; pero ellos cerraban las orejas á todo verdadero conocimiento y sumision, ántos trataron de castigar á los de Tortosa y forzarlos por las armas á seguir, mal de su grado, las pisadas y las huellas de los deudos. Para esto los echaron encima cuatro mil hombres, llamados de secreto de los sediciosos y de los deudos de los coligados, para que entrasen en la ciudad, la sujetasen é hiciesen del bando de los traidores: fué avisado de esto el marqués de Villafranca, que habia vuelto de los Alfaques, por dos de la ciudad, y sacando de las galeras dos mil soldados, los esperó en el paso y los acometió; y viéndose cargados reciamente de la mosquetería y arcabuceria, volvieron las espaldas y corrieron con velocidad á salvarse en lo más áspero de los montes cercanos del Coll de Balaguer.

Llevando adelante los aprestos de armas para la reducción de aquella gente, y estando ya todo casi en Aragon, á 3 de Octubre se bendicieron los estandartes de las Ordenes militares en Nuestra Señora de Atocha y se entregaron á los caballeros señalados para marchar con ellos. Los catalanes otra vez pretendieron romper el puente de Tortosa por donde corre el Ebro á desembocar en el mar Mediterráneo, y es término entre Valencia y Cataluña. Prevencion y hecho importantísimo, como ellos decian, para quitar el paso al ejército que estaba para entrar en Cataluña; pero no pudieron salir con su intento, porque el marqués de Villafranca, avisado y con cuidado de tener pronto aquel paso, lo defendia. Con la moquería abuyentó la gente y los hizo desistir de la empresa; pero ellos al andar de nuevas diligencias hicieron las suyas con más rabia y desesperacion que hasta allí, y se arrojaron totalmente á perpetrar mayores delitos: enviaron embajadores á París á dar la proteccion y obediencia al rey de Francia, á darle el Señorío y la potestad del Principado, á pedirle gento y defensa. Túvose aviso que lo admitió, como aquel que tanto lo

deseaba para abrirse paso á las demas inteligencias, que ofreció en su socorro doce mil infantes y dos mil caballos, y que se habia solemnizado en aquella corte este hecho y se hicieron fiestas y regocijos; discurriendo en Paris que ya todo el mundo estaba por los franceses, que la pondria en la frontera de Perpiñan: lo más infeliz de todo lo que sentian, así los españoles y todas las demas Naciones, creciendo en soberbia y vanidad aquella gente, y lo peor de esta materia los consejos, que aquí resultarían en el Reino, en Holanda y Suecia contra la Monarquía, acrecentando los ejércitos y las armadas, los designios, las sublevaciones, insidias y otras desventuras, con tanto ménos cuidado que en los años pasados cuando se lo habia ofrecido y abierto una puerta que por ningun lado habia podido abrir para correr con velocidad á España, asolarla y tener por cierto y sin oposicion á Flándes y á Italia; que fallidas de socorro estas dos plazas de armas por las disensiones y guerras civiles en que por nuestro mismo parecer y consejo era cierto, y sin duda, haber acabado con esta Monarquía, que tantos años há que lo hubieran deseado y hecho sus estueros para ello, juntando fuerzas y consejos para conseguirlo, tesoros y aliados, y no habiendo hasta ahora bastado nada de esto, nuestros mismos oficios y trazas sin fundamento, las juntas, los tributos, la envidia de los hechos ajenos, la enulacion y el capricho de materias sin propósito, la soberbia, la vanidad, se le habian puesto en las manos. Ofreció el rey de Francia esta gente á los catalanes para favorecerlos y consituirlos por rebeldes en la circunferencia de España, fin de su prosperidad, á ejemplo de Holanda; pero tambien era preciso abrir los ojos, no se redujesen y pasase nuestro ejército á infestar sus fronteras y se desvaneciese con brevedad su confianza, y recayesen sobre su casa cincuenta mil españoles, que fuera de toda arrogancia y encarecimiento se iban juntando. Ahora, ¿quién duda que lo pondrian en cuidado? y más si el Rey, sin afectacion ni apariencia, diese calor á su jornada, seria conservar aquella gente sin que se le volviese, como despues lo hicieron, faltando al órden y á la prudencia, no

creyendo que habia de salir; y habiendo salido en fe de esto porque todos los demás eran soldados de milicia y batallon de los lugares, y por más que apretamos el discurso y abramos camino á la esperanza de desear dañar á los franceses, no nos es permitido, porque si el año de cuarenta y cuatro se hizo algo en Cataluña con la toma de Lérida y la victoria antecedente, y se entraba á la reduccion á buen paso, Flándes peligraba, fundamento de la Monarquía, con la pérdida de Gravelingas y el Saso de Gante, pérdidas sensibles de todas maneras y que anuncian las demas.

Por estos dias hicieron al Almirante de Castilla Teniente de general de la caballería de España, debajo de la mano del conde de Olivares, General de ella, por valimiento, sin haberla ni ofrecérsele sueldo: á todos pareció novedad y desmintieron de ella como de las demas, y de que no habiéndole hecho merced por su causa ni por los años que habia servido de Genil-hombre de cámara, ni por los sucesos de Facuterrabia, de que le hicieron cabeza, y á él se le debe ahora lo dieran cargo de Teniente á un señor de su sangre. Él lo tomó y toleró lo más cortesmente que pudo, porque no es para cada dia ni para todos lances chocar con el poderoso; pero dejándose humanar algo y queriendo colorear el aviso entre los demas, dándole todo con escaseza y con misterio, con lo que se arriñó á esto, que fué el Virreinato de Sicilia, para que hubiese ocasion, que él tanto deseaba, es lo que le hizo callar, como poner el semblante y darse por muy contento, por tener allí lo mejor de su hacienda, y deseaba con esta ocasion poderla reparar. Pero estando ahora en las manos el Virreinato de Don Francisco de Melo, último agresor de Flándes, y luego en la de su mujer, cosa bien rara, con unos delitos, digo acólitos, que lo pusieron, como el arzobispo de Medina y otros, por haber enviado al D. Francisco á la Alsacia por caudillo de aquella guerra; habiendo escrito de Sicilia aquel magistrado que enviasen á aquel Reino por Virey alguna persona grande de gobierno, porque si no se perdiera, porque se comenzaba á inquietar con el gobierno fomenil, como se temia en otra

parte, habiéndole dado al marqués Espínola poder entro las demas mercedes de la jornada de Salsas, porque se arri-mase á su recuperacion, y despues al Almirante mandaron al Consejo de Italia, que consultase persona digna de aquel Vi-reinado: con que el Almirante andaba como siempre en la ma-roma, bebiendo los vientos sin tocar pelota, y en sus mismos disgustos, como si fuera un hombre particular; de que muchas veces proceden rencillas, alteraciones y movimientos, y luego andamos preguntando de qué causa se amotinan los vasallos si los desazonamos y no se les hace merced ni se les cumple lo que se les promete; posible cosa es que sea de esto, al cabo, despues de bien voceado, y de idas y venidas al cuarto del Ministro, venció; le dieron el Vireinado, mandándole que con toda diligencia partiese, como lo pedia la necesidad y la cau-sa, de todas maneras digna de asistir á ella con todo el seso y la prudencia.

Por estos dias vino á la córto un embajador de Cristiano, rey de Dinamarca: la embajada contenia, querer aquel Rey la amistad del rey de España, ó que el Católico solicitaba aliados contra los enemigos de aquel Norte, que iban cor-riendo cada dia en rompimientos y desolaciones. Esto en lo público; en lo secreto parecia haber habido controversias entre él y los holandeses sobre el paso del Conte y no pagar los derechos que alli pagan los navios que pasan aquel es-trecho: penetran los rebeldes por aquel mar á traer de los últimos términos del Aquilon madera para la fábrica de sus navios, por los altísimos pinos que alli se crian para tablazon, árboles, mástiles y gávias, y nuestros Ministros habian entra-do en acuerdo con aquel Rey para impedirlos la fábrica y armazon de bajetes, y que faltándoles este remedio faltasen en poder saltar á las Indias con armadas. Parece que el dinamar-co lo admitió por los encuentros contraidos, y tomó por causa aquel Rey de doblarles las pagas; á que los holandeses rehu-saron el quererlo hacer, y pasaban el Conte por fuerza, tirán-dose con la artilleria. A esta hora, Cárlos, rey de Inglaterra, se hallaba apretado de los escoceses: sus vasallos, por cau-

sas de tributos y querer gravarlos, rotos sus ejércitos y á pique de perder el Reino: no parece sino que están mal con-tentos con la dignidad, ó de sobrados de ellas ó de mayor ambicion buscan pretextos y escúndalos para perderla. Y vol-viendo á la materia del rey de Dinamarca, no le placia la de-masiada potencia que se iba tomando el rey de Francia con la usurpacion de Estados y de plazas en ambas Germanias, las ligas tan apretadas de suecos y holandeses no recayesen re-vueltas en su Reino; y se discurría por muy diligentes esta-distas que á los rebeldes les tienen pronosticado, y con ver-dadera amenaza, que perdidos las Países-Bajos y usurpados por el francés, la conjunción les ha de ser de riesgo para la libertad, porque tanto han peleado y que la habian de perder, y estos celos tenian al dinamarco con cuidado; además de que le tenian irritado las presas y acometidas de holandeses, y que-ria entrar en la Liga y en la guerra con el rey Católico, pues para movérsela por el otro lado y en la Frisa, hay quien dis-curre, que como el ministro de la Francia, sagaz en estos hechos, solicita aliados á su Príncipe para amplifiacion del Estado, mayor gloria y grandeza de aquel Reino, en la misma forma el de España los procura para el suyo; y así se habia puesto en controversia y disension el paso del Conte para la Noruega y Suecia, de cuyos altísimos montes, como dije, traen la madera para la fábrica de sus navios, y aquellos antiquisi-mos, robustos y elevados pinos de donde abundan, de arma-das para pasar á ambos orbes á trastornarlos y robar sus ri-quezas. Ahora sea esto, ó sea aquello, que en las cosas secretas y retiradas no podemos dar alcance, ni cautivar todas las acciones ni los discursos; si bien el rey de Dinamarca rehusó cuanto pudo venir á rompimiento con holandeses; finalmente, dado que ellos le hayan ocasionado el apartarse con las cosas referidas, el sueco envió su Embajador á España; entró en la córte por el mes de Noviembre de este año, el cual, siendo fatal para sus empresas y designios, vino nueva al Rey y á los Ministros que, enviando el de Dinamarca un hijo suyo bastar-do con dos mil soldados, parte infantes y parte en caballos, en

socorro y alianza del infante D. Fernando, para hacer la guerra á su tiempo á holandeses, los esperaron junto á Colonia, y en un paso los degollaron, sin quedar ninguno, hasta el mismo hijo, cuyo suceso refirió la embajada; y el Embajador se suspendió, sin poderle sacar si había de entrar su Rey en la Liga, el número y cuánta gente había de dar para la guerra, dando por respuesta á nuestro Gobierno, sobre lo sucedido, no poder resolverse hásta ver el órden que le enviaba el rey de Dinamarca y lo que respondía á sus cartas. Los franceses, despues de la toma de Arras, intentaron tomar á Bapama: rechazólos S. A. y rompiólos, apéándolos del intento. Los de Barcelona, debancando en todas sus acciones, fueron por la duquesa de Cardona, y acompañada de arcabuceros la metieron en la ciudad como presa, y á sus dos hijos D. Pedro de Aragon y otro. Comenzaban ya á entrar á la deshilada por el Condado de Rosellon tropas de franceses, perdiendo la vergüenza y el respeto á todo, admitiéndoles aquellos lugares para su defensa y á su costa, parte del Rey y parte de señoría, por no pagarles sus rentas, aborreciéndolos notablemente, teniendo por mejor el dominio de los franceses que el suyo; cosa que hizo al Rey dejar la caza y no ir á San Lorenzo el Real aquel Octubre: novedad jamás vista desde su fundacion, que por aquellos dias le faltase persona Real, por acudir al despacho del ejército que había de ir sobre los catalanes. Así á los cuidados forasteros se iban amontonando los naturales, en tanto número, que parecía tasaban el tiempo en la respiracion: mucho por descuido y mucho por inclinarse á limitar el demasiado poder. Illa, lugar del marqués de Aytona, de setecientas casas, admitió cuatrocientos franceses, y de los naturales de la tierra armó seisientos catalanes para perseverar y defenderse en la rebelion: pasó allá desde Perpñan con algunos italianos y gente de Castilla, de la coroncía del conde de Olivares: hicieron pasar alguna gente descalzos y desnudos, sin zapatos y sin sombreros, y sin váinas en las espadas; habianles mandado dos pagas y habiánselas detenido, ó no era llegado el marqués de Villafranca con las gateras á Rosas,

donde iba el dinero, puerto y lugar murado razonablemente y que tambien seguia el designio de los demás. A esta causa la hizo tirar D. Julio de Garay con la artillería; abrió brecha y mandando acometer á los soldados, se estuvieron quedos, diciendo «paga», y no quisieron pelcar; hirieron en una mano á D. Julio y matáronle el caballo; y como la faccion no surtió á lo que deseaba, muchos de los napolitanos, ó de miedo del castigo ó de la codicia de mayores pagas, abandonando el servicio del Rey, estos y otros, siguiendo el ejemplo, se pasaron con los catalanes: ofreciéronles cinco reales de plata cada dia, sueldo que los hizo entrar en la desobediencia, persistiendo por instantes y con mayor perfidia y disolucion, crímenes y excesos por salir con su tema; robaron la plata de las iglesias, las joyas, y con lo que tenían en su casa labraron moneda de baja ley, y de oro faltando quilates, y de cobre con la ofigie y armas del rey de Francia para pagar la gente. Llegó una fragata de Italia á Cadaqués, que traía veinte hombres y un correo con cartas para el Rey; matáronles sin piedad ninguna y desolláronlos, ahorearon el correo y enviaron las cartas al rey de Francia, y pasaron á tanta inhumanidad y fiereza cual no se podia contar desde caribes: decian que desenterraban los castellanos y los sacaban el corazon: ¡raro ejemplo de venganza y escarnecimiento inexorable! Señalaron de nuevo á los aragoneses, á Calatayud para las Córtes, y á Morella á los valencianos; lugar de quien se dijo por alabanza que en ninguna era, ni en las alteraciones de aquel Reino, jamás había vuelto la cara á la fidelidad, ni seguido las parcialidades, ni desobedecido á sus Príncipes; á este paso y por oprobio de nuestras diligencias, se juramentaron los de Barcelona y los vecinos de la comarca de ayudarse unos á otros, defendiendo su libertad y morir por ella contra uno y muchos ejércitos que viniesen sobre ellos, por crecidos y formidables que fuesen.

Repárese en que el príncipe de España, D. Baltasar Carlos, á 17 de Octubre de este año, ha cumplido once y no le han puesto casa; el rey D. Felipe II se la puso al tercero de esta

edad y dió por disculpa tácitamente á sus Ministros, Grandes y Gentiles-hombres de cámara, no haberle sacado ántes de la de las mujeres que le criaban por su poca salud, que así se solía hacer; el rey D. Felipe III sacó al IV ántes de cumplir los once años, con más de cuatro meses, en Búrgos, observando las reglas de sus mayores para el concierto de su Casa y Palacio sin querer arbitrar otras novedades por no destruir el órden del Gobierno y política. Decían que el Ministro no quería ponerle casa sino meterle en el cuarto del Rey, y decíalo que de esta manera le tendría delante de sí y á sus ojos para cobarle las costumbres y las acciones, y hacerlas más relevantes con el afecto y amor de padre, y aborraz los gustos, cuidados y disgustos de tenerle aparte; pero lo más cierto era, que esta novedad, entre las demas que reinaron, la habia especulado, y la mayor virtud en este hecho era su conservacion y aumento en qualquiera mudanza y accidente de tiempo, y prevenir que no le naciese alguno en el porvenir que le derribase y que sobreviese al Rey, como sucedió en los de la ora pasada; pero querer atar á Dios las manos y obrar con todos los vientos, contra su voluntad, es desvario; ni tampoco pensar esconderse de su brazo, el cual, cuando fuere servido, prevalecerá contra los demas que no hubiesen llevado lo que les entregó con lealtad, justificacion y pureza que se debe: que es desatino pensar heredar la fortuna ni perpetuarse en las cosas humanas, que por instantes caducan. Estuvo esta materia por algun tiempo en esta opinion, aunque el Rey no la abrazaba; dejar poner casa á un Príncipe jurado, no es llevar las cosas por sus verdaderos fundamentos, y es siempre estar sujetos á los cuidados y desaires presentes, que apartados se remedian ó disimulan con mayor prudencia; pero, en lo adelante, con la mudanza y expulsion del valido, el Rey siguió las costumbres y el modo de sus antepasados.

Habia de ambas partes, entre nuestros Ministros y los catalanes, diversas demandas y respuestas, siempre añadiendo desvergüenza á la desvergüenza. Para concertarse decían que el Rey sacase la gente que tenía en Aragon y la que estaba

en Porpiñan, caso que no hubiese invasion de franceses, y que la volviese á Castilla, y que estuviere á su eleccion nombrar Virey y ponerle, y de la misma manera Chanciller: no fueron admitidos, dejándolos por insolentes.

Habia ya en el Condado de Rosellon en diversas partes y lugares pasados de seis mil franceses, y dióse prisa á marchar el ejército católico, no habiendo podido por ningunos medios reducir á los catalanes. Habíase hecho ántes la masa del ejército en Catalunya, tambien con algun cuidado de los aragoneses y valencianos, que eran los que habian pagado los ciento veinte mil ducados en que cada uno se encuabazó, y fué lo que concedieron el año de seiscientos y veintiseis por tiempo de diez y seis ó diez y ocho años, y esperaban, con la ida del Rey, no aguardar otro consuelo que ser perpetuados en la paga, ó proponerles otros arbitrios ó imposiciones más pesadas, como los fuegos y el papel sellado. En Vizcaya, donde se habia puesto un Consejo de Ministros de Castilla para defensa de aquellas fronteras y administrar la guerra, decíase habian llevado infinitas cargas de este papel, mas que no habian querido admitirle los vizcainos, y que aquellos letrados no habian hallado forma ni aliento para introducirlo, con temor de otro levantamiento, cuando se fomentaban muchos; y así estaba parado y enervado en una casa sin poderle hacer correr. Suelen ser sabrosos los pedidos cuando surten bien, porque dan dinero para la guerra y para otros gastos; pero si nó son carísimos y de suma confusion y tormento, porque alteran la seguridad y el Gobierno, y de tal condicion se pueden poner las cosas y en tanto despeño, que un dia amanceza un Rey sin Reino, como ahora sin uno de mucha importancia, y sin un Principado, como lo estamos probando, y con harto miedo de lo demas y con ménos razon aquellos. Respecto de lo que ha pagado Castilla, que es la que por tantos años ha sufrido el peso de tantas y tan inmensas cargas, qual Reino jamás ha pagado, y los señores de ella pocos hay que no digan, que les han sacado novecientos, setecientos, seiscientos y quinientos mil ducados: los más por esta causa

están alcanzados y empeñados. Pregúntelo á la de Arcos, la de Priego y Béjar y otras, que á no ser estas tres tan gruesas y desempeñadas, por vivir los dueños en sus Estados, no lo pudieran llevar; á quien no le han inquirido las alcabalas, los jueros, y se las han sacado, y á otros los títulos con que poseen, muchas tierras y almadras.

En la Andalucía, redimiendo la vejación en gruesas sumas, no sin indicios de rumores y papeles en los cantones de las provincias; lo que se le pedía á Cataluña apenas pasaba de lo que los otros concedieron, y hoy que está, damos al ejército que se ha levantado para su reducción, cuatrocientos mil escudos: así lo dicen los Tesoreros y Pagadores; de suerte, que no han pagado nada, y no pagarán ellos en veinte años lo que nosotros en uno, y lo que nos costará ahora Portugal; con que los tributos, que hasta ahora nos parecieron baratos, nos saldrán caros, y ¡plegue á Dios que no sean carísimos! Habíase hecho, como he dicho, la masa del ejército en Calatayud y pasáola al Alcañiz, como lugar cerca de la raya de Cataluña y de Tortosa, puesto erigido otra vez, en la antigüedad, por los Reyes de Aragón, para Córtes, y ahora para formar ejércitos. Enviésc orden á los Alféreces mayores que habían salido de Castilla para dejar los estandartes de las órdenes militares en el convento de Rueda, del orden de San Bernardo, fundación del Rey D. Jaime de Aragón, situado á la orilla del Ebro, á diez leguas de Zaragoza. D. Julio Pardo de Figueroa, caballero de la misma orden, entregó el de Santiago; D. Julio de Salazar, el de Calatrava y Alcántara, por no hallarse allí Don Rodrigo de Mendoza por indisposición, y recibíoles el Abad Fray Domingo Ferrer y los monjes, de que se tomó recibo y testimonio. Habíanlos conyovado desde Madrid doscientos caballos hasta la villa de Alberite, en el Reino de Aragón; acción que publicada en aquel Reino, en el de Valencia y en el Principado de Cataluña, descaeció totalmente, no obstante las muchas prevenciones contraidas para la ida del Rey á aquellos Reinos, y se dió por inútil cuanto se había obrado y dado á sentir para la jornada, desconfiando de cuanto se esperaba y

de la necesidad de los fines para arribar á la mejoría y encomienda de los catalanes y de todo aquel Principado.

Jueves, 17 de Octubre, salió el marqués de los Vélez de Zaragoza con la artillería para aquel lugar, hizofe el Rey Virey de Cataluña, contra la proposición de los de Barcelona, y que estableciese el Consejo de Aragón, que andaba vagando en Tortosa: el lugarillo que está al pié de Monserrat se hizo á la banda de Barcelona, y le enviaron las gracias por ello. La diferencia entre el príncipe Urbano Octavio y el Rey, sobre el Tribunal introducido en España y su despacho, se com- puso y se le volvieron á conceder, aunque con aranceles impresos, públicos y limitados de lo que había de llevar por los despachos. Armábanse los catalanes y convocaban gente las ciudades y lugares, no exceptuando los pequeños, solicitando todas las provincias, así del Rosellon como del campo de Taragona, y fortificando el Pertus, contra los que habían de bajar de Perpiñán y los que habían de subir el Coll de Balaguer. Esta dificultad y el conducir cuatro mil hombres á Cataluña, digo Barcelona, se pretendió salvar en las galeras al tiempo que nuestro ejército diese vista á aquella ciudad; pero no se hizo nada, y tambien hacía por esta parte no poder llevar artillería, por el camino real desde Perpiñán á Barcelona, por las dificultades de las estrechuras ó por las celadas de los enemigos; mas creído por ellos lo primero y que se habían de abrir tránsitos, acudieron los catalanes á prevenir todos los que podía haber, y á fortificar los más inaccesibles, sabiendo que nuestro ejército se resolvía á pasar el Coll de Balaguer por lo bajo y el Pertus por lo alto, y vencer lo imposible de aquellas peñas. Juntamente con esto, corrieron con diligencia á pertrechar y forncer ambos caminos; pero faltos de disciplina y arto militar, necesarísima en semejantes ocurrencias, erraron aqui lo que debían acertar, y pusieron no más que dos piezas de artillería donde habían de poner muchas, dos mil infantes y sesenta caballos donde se había de ver un ejército grueso formado, y entraron en confianza en solo aquello y la aspereza del sitio de deshacer allí el nuestro: si fueran

soldados viejos y de valor, sin duda ninguna lo conseguirían, como lo referirá á su tiempo la carta de un gran soldado, que penetrándole á viva fuerza se lo pareció.

Mandóse venir de Navarra á Aragon al duque de Nochora, por Virey, de nación napolitano, y enviaron al marqués de Tabara á Navarra, que acababa de venir de servir en Milán, para que toda aquella parte estuviese en el órden y con-cierto que se pretendía. Juntaron, pues, los catalanes todas sus prevenciones y aprestos, conduciendo setenta mil raciones de cerveza para sustento de la gente; pero, en la verdad y en la sustancia, ni tenían gente, ni los soldados cabezas, y sodo aquel ruido, promesa ó amenaza de cincuenta y solenta mil hombres que habian de poner al apósito, sin ser más que humo, fanfarronear y hablar, porque el miedo le tenían en las venas y en el corazon: el ejército del Rey, numeroso, crecido y formidable en todos sus miembros, reforzado en bastimentos, municiones y dinero, se aprestaba, no fantásticamente, sino para castigarlos y arrojarlos sobre sus casas con brevedad y con prontitud, si el fin no saliera diferente, como despues se vió y se tocó en las manos cansadas del largo viaje y descomodidades.

Las cosas de Italia, sin haber podido obrar nada este verano en accion memorable ni gloriosa para la autoridad de España, estaban en estado miserable: el príncipe Tomás, habiendo trabajado quanto le era posible por defender á Turin, córte del Piamonte, batallado y aventurado su persona con los franceses, no la habia podido preservar del asedio que la habian puesto; habiase defendido intrépidamente, con fortificaciones por do fuera, y no la habia podido sustentar, ni el marqués de Leganés podido socorrerle ni ayudarle; viéndose apretado y estando ya muy entrado el invierno, amenazando los Alpes, y afligiendo á los soldados con frios y aguas rócias, rindió la plaza al conde de Arcut, que estaba sobre ella, cabo de aquellas tropas, con honradas condiciones; capitulando, entre los demas articulos, de no entregarla á la Duquesa de Saboya; razon dificultosa, pues por ella y para entregársela

se hacia la guerra. Salieron de la ciudad seis mil hombres, quedando el marqués de Leganés y el príncipe Tomás encontrados y enemigos desde aquel dia, porque al Marqués le pareció que habia podido defenderla con tan razonable número de gente, con los vecinos y naturales á su devocion, y que no se habia obrado nada ni procedido como convenia, asistido al opósito, ni sabido mantener un puesto, el más importante del Piamonte, en cuya conservacion consistia acabar dichosamente la guerra y echar á los franceses de Italia. Todas estas quejas dió por descargo en España; y en cartas del príncipe Tomás al Rey Católico y á sus Ministros, que el Marqués no le habia socorrido como lo pudiera haber hecho: los enojos y desavenencias crecieron de ambas partes, achaque muy perjudicial para la tierra y para los ejércitos, porque la desunion nunca obra con acierto y con el que se requiere en los casos áridos: finalmente, él culpaba y descargaba con el Marqués; éste con que el Tomás habia perdido la plaza y no habia querido defenderla; con que las pasiones se recrudecieron, y desde aquí comenzó á declinar en la fé y volver el rostro á Francia, y la Princesa, en consecucion, lo comenzó á mostrar en el Palacio de Madrid y darse por mal hallada, y así lo entendieron los Reyes: ella pedia se castigase al Marqués, tomando este achaque para las novedades y nuevas pretensiones que traían con franceses y con Madama la Duquesa de Saboya; pero el Tomás lo disimuló por algunos dias, hasta ver á su mujer y á sus hijos fuera de España. Desembarcóse aquella milicia, con que ésta y la que tenia el infante D. Fernando, cargando los hielos en Flándes y en el milanés, no pudiendo estar más la gente en campaña, desistiendo de la recuperacion de armas, sin embargo de haber pedido seiscientos mil escudos, dádoles y dado esperanzas de algun buen efecto; todos se retiraron á invernar y alojar las guarniciones. Sólo España, por no sé qué fatal estrolla, centro ántes y asilo de toda paz y tranquilidad, por la virtud maravillosa y celestial providencia de cuatro Príncipes, sagacidad y nobleza de condicion y entrañas de Ministros alcanzó todo esto, y ahora no le era dado poscor esta

felicidad y antigua posesion; y cuando las otras provincias más flechadas descansaban por la natural y asperísima condicion del invierno, ella conducia sobre sí los ejércitos y los llevaba por derrotos durísimos, por lugares de nuestros enemigos, por las lluvias, por los pantanos, por las crecencias de los rios, por los descampos, por la falta de alojamientos, expuestos al rigor del cielo contra sus propios hijos; solicitando de nuevo unos contra otros, hecha teatro de discusiones, campo de batalla y plaza de armas, de movimientos civiles, y los esperaba conducir sin haber acabado de reprimir y enfoncar aquellos ánicos; (porqué causa, ello se dará á sentir y declarar); y lo peor de todo que no se excusa el tropicizo, si no que, y contra los suyos propios, ocasionamos nuevas y prodigiosas avenidas de gente. Sin embargo, se esfuerza y lleva adelante el mal y se pone de peor calidad y condicion cada dia, no sondando los riesgos, ni anteviéndonlos, sino que se abren mayores zanjias para hundirla, y á ojos abiertos cerramos con mayores escollos y los embestimos, sin tratar del remedio, sin inquirirle ni buscarle, sino tan ciegos como de ántes, y protervos y tenaces en nuestras proposiciones y materias en empujarlas y subirlas de punto, hasta que todo fracase con ruina general, con venganza de los enemigos, por no tomar entre tantos peligros un escarmiento; confiando no só de qué, abandonando el lustre, la grandeza, la majestad, la quietud, la paz, la prosperidad ni esperarla, afligiendo la pobre España, y desolándola. Consumian los frutos, los despojababan, sacaban los labradores, la hacian estéril, desierta, desdichada, y de provincia admirable, á todo sentir de grandes hombres y de superiores juicios, y de astros benignos, la hacian miserable, lastimosa y sin fortuna. Prosiguiendo en nuestra derrota, digo que la armada francesa, provocada con la infelicidad de nuestros sucesos, intentando más raras cosas y mayores daños, en número de cincuenta velas, llevada más de ostentacion y de arrogancia que de otro efecto, dió vista al Reino de Nápoles, echó genco en el Possilipo, acudió luego la guarnicion de la ciudad y el Virey, duque de Medina de las Torres

y príncipe de Astillano, y proviniendo con miedo y con sagacidad que los tributos no fuesen de mayor perjuicio que los enemigos que estaban á la vista, animó la gente; y para que el pueblo, afligido y cargado, no gozase de la ocasion y saliese á resarcir el yugo, los alentó y dijo que se quitase el papel sellado: fueron echados los que saltaron en tierra; tiró San Telmo á la armada y losdemas castillos con la artillería, y echó cinco navios á fondo, con que la hizo retirar, y al improviso se derrotó con algunos temporales que sobrevinieron; quien dice que tocó en Manfredonia y que se llevó de allí algunos navios: estos son los progresos de aquella tan grande armada conducida para la sublevacion de Italia, sin sabersele otros de mayor importancia. Finalmente, dió á sentir el francés que ninguna cosa de la Monarquía española estaba segura de sus armas y de su indignacion, y habiendo horido en todas no quiso perdonar aquella, que era la prenda más querida de su corazon y de su codicia, si primero pudiera asir el Estado de Milán, que se lo impide, para pasar con ejércitos, porque con solo armadas es dificultoso. Y prosiguiendo las cosas de Cataluña, los de Barcelona, ó el Consejo de Ciento que lo queria gobernar y arrastrar todo, y con la multitud confundir á los demás, sin dejarlos hacer nada, alentados de la perfidia del pueblo y la plebe, capitularon con los franceses la alianza con el Rey, y á estos siguieron las ciudades, muchos del brazo eclesiástico y el resto que habia quedado de los nobles, porque los fieles habian huido de la persecucion y andaban deramados por Castilla; decian que les habia de dar seis mil infantes y dos mil caballos; despues, no afirmándose en nada, peligrando siempre de inconstantes, dijeron no querian más de tres mil caballos, y que lo demás asistiese en las fronteras. Discurriendo nuestros Ministros que aquello solamente querian para la defensa de Barcelona, y era lo que ellos podian pagar, caso de que llegase el ejército sobre ella, con los reparos y las murallas; pero nada de esto aprobaron algunos de los más brazos, ni lo quisieron pasar, que fué barto poderlo resistir del comun; y tomöse de nuestra parte por último

acuerdo ascantar el Consejo de Aragon en Calatayud, donde fué parte de la caballería que salió de Madrid, y se despacharon las convocatorias de los Aragoneses para las Cortes para aquella ciudad, á donde el Rey apurentemente resolvió hacer su jornada, y las de Valencia para Morella, lugar do aquel Reino.

Vino nueva por estos dias de Lóndres, córtic de Inglaterra, que aquel Rey estaba muy apretado de los ingleses, que habian desbaratado su ejército en una batalla, que se disponia para otra, en el qual trance, si se volvía á perder, estaba en balanza el Reino: alteraciones que se habian movido sobre tributos y puntos de sus dogmas, y no querer el Rey conceder á los estoles que pudiesen tener el Parlamento, por ser contra la Majestad, y á cuyo gobierno se somete todo; y temia el Rey que por este camino la providencia entraria en grande separacion y tendria muy poca ó ninguna mano en aquel gobierno. Finalmente, él que se vió poco ántes señor de la paz en aquella Isla, y que los mayores Príncipes de la tierra soliciaban su amistad y alianza; era señor de las mercaderías de todo el Septentrion, y por sus puertitas las metian todos en España; era dueño del dinero y se habian aumentado sus rentas y subido á grandes sumas; novedades que no faltan en los gobiernos, que para adversa fortuna no faltan en todas partes, ni hombres que quieran vivir por ellas y engrandecerse; lo pusieron en estado de perder la paz y el dinero: en esta manera corria todo lo demas de la Europa, y so vivia con este sobresalto y necesidad.

Parió la reina de Francia un hijo, discurrendo los más políticos que tantos enemigos le nacia á la Monarquía, y publicose por estos dias el tributo de los fuegos, censos y casas, que no se pudo poner por obra por su dificultad. No pareciendo que bastaba éste á llenar lo que faltaba, se comenzó en Madrid, por vía de fuerza de justicia, á pedir á la gente de ella, como médicos, abogados, hombres de negocios, mercaderes, plateros, roperos y á los demas oficios, por dos partes criminales, á quien mil ducados, á quién quinientos, trescientos y

doscientos, sin bajar de cuatrocientos reales en plata; que ya no querian cuartos, porque todos los habian cogido y encerrado en la casa del Tesoro, como si el Rey la labrara en el Reino ó la pagara por alguna parte en juros ó en gajes, sino que esta dicha se habia nacido para los genoveses. Pedíase tomasen juros sobre el papel sellado, y tambien se pedia por empréstito hasta la vendita de galeones, dando á tanto por ciento, que despues salia vano, y al que de grado no consentia le ponian guardas; sucesos que hacia desesperar á los vasallos, y á otros los tenia en cruz y los hacia hablar con ménos templanza de lo que era justo, con que todos vivian con general desconsuelo. Publicóse para el fin del año echar sobre los coches ciento y cincuenta ducados en plata, esto despues de quitar los caballos á los dueños á cada paso para los soldados y para los archeros; con que casi no habia coche de caballos, y los que habia muy viejos, buscando los blancos y rubios, porque estos los desechaban por ser contra lo que pide la prudencia y arte militar: todos traian por esta causa mulas, con licencia ó sin ella, y aún éstas no estaban seguras, porque luégo llamaban para tirar la artillería. Cautelando, los que se querian asegurar, con algunos papeles firmados los que las tenian, para valerse de ellas los que no las tenian, diciendo el Almirante ó el Consejero valido que aquellas mulas eran sayas, pues contra estos se decretaba les habian de tomar juramento, si aquel que trae mulas eran del que deponia el papel para ejocularlos contra la pena de no tener licencia: con tanta vigilancia y sed se tasaba el albedrío á los hombres, se les quitaba el gusto de vivir, el descanso de la comodidad, debajo de pretexto de guerra; y parece que se hacia trato de ella, sin embargo de que no la negaremos, pero parecia, segun se apretaba y multiplicaban los pedidos, que se hacia capa de ella para usurpar las haciendas y desnudar los lugares como lo hacian, y nuevamente, no un receptor, si no cuatro ó cinco á un mismo tiempo, que pedian las pagas de otras tantas imposiciones, y tenian el Reino para espirar; no dejando ningun lisonjero, ó valido, ó de la sangre y los más apro-

vehados de los Consejeros, de proponer arbitrios ó administrarlos por la noticia de otras provincias y ejemplares de otros Reinos, ¡tiranos, enemigos de Dios! Al conde de Monterey acunlaban el de los fuegos, por haberlos introducido en Nápoles, accion digna de memoria, y áun de aquí se causa el ódio y el aborrecimiento que nos tienen y la ira de tumultuar en todas partes, no siendo estos perniciosos oficios para otro fin, sin reparar en el riesgo á que todo se pone, sino para encher aquí su codicia y recibir mercedes por ello; no hartándose de la sangre de los pueblos, no viéndose otra cosa en estos que superiores alhajas, casas levantadas, huertos y jardines, mayorazgos, lugares comprados, rentas, y los demas pereciendo. Lo que se dejaba admirar ahora, y el mayor negocio que teníamos entre manos, grande y soberbio, como si no hubiera otros que importaban más, era un nuevo edificio que se dejaba ver en Locches, que iban á aplaudir los favorecidos, que crecian de trescientos mil ducados de gasto y aún más; maravillándose los hombres de cuán pocos años había que estábamos muy léjos de podernos admirar, una casa limitada y empeñada que se desentrañaba para hacer una librea en una fiesta pública, y que apénas la podía pagar, ver ahora en un edificio solo echado tanto dinero: si era de los gajes y oficios de que nos han hecho merced, que no queremos que sea de otra cosa, la virtud del cielo, la moderacion que cada dia nos proponian, consiste en corregir este yerro y en suplirlo á la Hacienda Real, porque bien claro está que no lo teniamos y que ha de ser de allí; quien ha sabido insinuar los otros ahorros, la más religiosa informacion era ésta; quién no se ha contentado con cuatro reformaciones hasta dejar en los bucos la casa del Rey, y aumentándose en carne los que se introdujeron en ella, y á este paso los mayores autores de tributos, el mayor pedido era ofrecer éste; el mayor arbitrio excusarlo hacer ofrenda al Príncipe, porque no es buena política acrecienta yo cuando busco la mengua de los otros, y más teniendo por cierto que fué este el principal fundamento y la espada ó espuela más aguda con que hicimos herir y ca-

minar á los pasados á su ruina, haciéndoles este cargo y esta calumnia.

Habia el marqués de los Vélez alojado el ejército en la frontera del Reino de Valencia, por Aragón; la caballería en los lugares de Vinaroz y Benicarló, y en otros, y en la misma forma la infantería. Miércoles, dia de la Presentacion de Nuestra Señora, 21 de Noviembre, juntó todo el ejército y pasó muestra general en la ciudad de Tortosa, poblacion situada en el principio de Cataluña, y de las nobilísimas de aquel Principado, puesta en la orilla del celebradísimo rio Elbro, viéndose desde allí desembocar con furioso principio en el mar Mediterráneo, formando algunas islas y enseñadas descubiertas, que llaman los Alféques, á propósito para abrigo y guarda de galeras, haciendo últimamente division entre los dos Reinos y Cataluña. Halláronse en diez y ocho tercios diez y nueve mil infantes, y por Maeses do campo y Coronels D. Fernando de Rivera, hijo del duque de Alcalá, á cuyo cargo iba la del Conde-Duque, que se formaba de mil y quinientos infantes escogidos; el conde de Tron, del Consejo de Guerra, caballero nobilísimo de Irlanda, Maese do campo de irlandeses; el conde de Singuen, Maese do campo de valones; D. Simon Mascareñas, con el tercio de portugueses; D. Tomás Mejía, con el tercio viejo de portugueses, do nacion castellano; D. Pedro Cavaeral, con la Coronelia del duque de Pastrana; D. Fernando de Tejada, Maese do campo de un tercio de gente lijera, y otros, los cabos más principales y cabezas de mayor nombre, que lo conducia el marqués de los Vélez, General del ejército; el marqués de Torrecusa, Maese do campo general, do nacion napolitano, soldado viejo, valiente, bizarro, do gallarda persona y aspecto militar, como lo mostró en Fuenterrabia y en otras muy arduas y arriesgadas ocasiones; el duque de San Jorge, soldado de la misma manera y de tan lucido aliento como su padre, que gobernaba la caballería vieja; D. Alvaro Quiñones, Teniente general de la caballería do la órdenes militares y montados, que en todos eran dos mil y cuatrocientos caballos; el marqués Cheri do la Reina, con el tron del arti-

lleria, veinte piezas, seiscientos carros con pólvora, balas y cuerda y los demas instrumentos, con víveres y provisiones. Pasó esta gente, parte soldados viejos y parto bisoños, y otros cabos de consideracion, como se ha dicho, por el puente de Tortosa, y alojó allí tres dias, insinuando á aquella ciudad y á las otras el yugo que se les pensaba poner y la obediencia que habian de profesar, sin oírse rumor ninguno ni alteracion de la una parte ni de la otra, doblando la cerviz de aquel pueblo y de aquella gente soberbia, iniquita y revoltosa, y haciendo reconocer á la provincia la potestad del Señor, sus fuerzas, grandeza y majestad. Al tiempo de salir el ejército de Tortosa, quedamos de guarnicion á cargo de un Macse de cam- po mil y quinientos infantes y dos compañías de caballos; descendiendo, como se presunió, de Perpiñan á la misma hora en las galeras de España cuatro ó seis mil hombres, para coher- tos en las marinas de Barcelona al tiempo que llegase el ejér- cito Real y la afrontase. Por otra parte, parecia dejar muy desierta aquella frontera al tiempo que se reconocia bajar franceses, y era mejor esperarlos allí y romperlos; pero como todo habia de ser sobre aquella ciudad, aunque parte consi- derable quedaria en el confin, providencia muy necesaria si tuviera efecto para suplir los que moririan en el largo viaje, en los reencuentros, los enfermos, los fugitivos; aunque en este caso les habian prevenido les convenia marchar todos juntos, sin valerse de la separacion y la fuga, porque á cualquiera parte que fuesen, siendo tierra de catalanes y sabiendo que eran castellanos, ó soldados del Rey, habian de morir á sus manos, sin escapar ninguno ni hallar misericordia ni huma- nidad en gento que la habia desterrado para los soldados na- turales y propios, y la tenia para con los enemigos forasteros, amparándoles y llamándoles en su favor al sueldo y aloja- miento, valiéndose de venenos para que cuando no pudiesen con las armas matar con este engaño al ejército. Con este arte avisaron que tenian fortificado el Coll de Balaguer de for- tísimos esquadrones y los demas pasos dificultosos hasta Bar- celona; que hacian plaza de armas en Cambriles, guarnecido

con máquinas y trincheras á Tarragona, puesto ejército en Lérida, para que luégo que entrase el del Rey por Cataluña y á la circunferencia de Monjuich; pero todo esto, visto con los ojos, como iremos discurriendo, y tocado con las manos, no fué nada hasta allí, porque todo el hecho estaba fiado más en la maldad que en el valor, en las fuerzas ni en el séquito. A esta hora, las guarniciones que estaban en Perpiñan, de su mismo parecer, sin tener orden para hacerlo, provocados del hambre, de la necesidad y de la mala correspondencia de los catalanes, hicieron entrada en Francia hasta dar vista á Nar- bona: robaron mucha parte de los ganados de aquella comar- ca y volvieron á la villa muy ufanos del suceso; que sabido en la corte del Rey fué mal recibido de los Ministros y re- prendidos por ello. A esta misma sazón, el Nuncio del Papa, en audiencia privada de los demas negocios de la Nunciatura, dijo al Rey que Su Santidad le hacia saber que los catalanes, por embajadores suyos en la Corte Romana, lo habian pedido muy eficazmente fuese mediadero con S. M. para que las ma- terias de digresion contraidas en el Principado se compusiesen, y que Su Santidad no habia querido tratar de esto hasta darle cuenta; que cuando supiese que era voluntad suya lo haria; mas que hasta tanto no daria orejas á la peticion ni tocaria en ella; que sentia mucho sus trabajos y ayudaria á llevarse- los y á hacer por el remedio cuanto fuese menester y lo más posible, aplicando los tesoros de la Iglesia de San Pedro á esta causa; que era el hijo querido, por ser el más principal escu- do de quella nave y por otras muchas causas. El Rey se lo agradeció y dijo al Nuncio lo hiciese saber á Su Santidad, que cualquier cosa que hiciese en esta parte la reconoceria y se- ria accion de tan grande Padre de la Iglesia. Habíase corro- borado esta amistad despues de haber admitido el Nuncio á que fuese restituido en su Tribunal, como de ántes; pero todo esto era vano, porque ellos le pidieron la proteccion como afecto á Francia y enemigo de España, y hay quien escribe que los absolvió del juramento de fidelidad; y esto se hallará

en la librería del Rey en un libro escrito de mano. Todavía apretaban los silicianos por Virey que fuese grande y de consejo, por no estar bien hallados con el gobierno de una mujer, un Arzobispo y un hermano ó pariente de D. Francisco de Melo. Proseguía el ejército del Rey en Cataluña su jornada, llevando de vanguardia la caballería de las órdenes militares. El lugar de Perelló, pequeño y de ninguna consecuencia y de treinta vecinos no más, se puso en defensa de estos, subidos á una torre que está sobre la puerta, porque los demás desampararon sus casillas; se portaron tan locamente, que recibieron nuestros soldados á mosquetazos: no quisieron hacerles mal, y pidiéndoles que se rindiesen, y manteniéndose en la obstinación y pertinacia catalana, fueron tirados de dos cañonazos, y el estrépito y ruido de las balas los hizo apear de la temeridad: estaba el lugar solo, alzada la ropa y llevadas las mujeres y los hijos á otras partes, y visto que se iba desmontando la tierra y que el miedo los constreñía ántes que la encomienda, se rindieron, y como era el primer paso que daba el ejército y que era menester avisar á los demás con el ejemplo y el castigo, portándose, aunque pocos, como rebeldes, los ahorcaron de las almenas. Marcharon hácia el Coll de Balaguer, en cuya eminencia tenían los catalanes puesta la esperanza de poderse redimir de la ruina que amenazaba el ejército del Rey á sus casas y haciendas por la protervia de la rebelión; habían fortificado y cerrado aquel paso, que es angosto, áspero y peligroso, con peñascos muy grandes y otras faginas y puesto en él dos piezas de artillería, poca defensa para tan grande ejército, y puesto allí dos mil infantes y sesenta caballos, á cargo del baron de Rocafall, Sargento mayor del conde de Savalla, que se había hecho caudillo y cabeza de los catalanes y habían tomado á su cargo la defensa de la tierra y oponerse á fuerzas tan superiores y formidables, y de espanto á cualquiera belicosa Nación: los castillos puestos á la ribera de la mar, como San Jorge y otros, se pusieron en defensa con muy poca gente, que avisados por el marqués de los Vélez y exhortados con el pendón del Rey á la paz y á la,

rendición, y no abrazándola, con protervia y locura, mandó los embistiesen los soldados, y haciéndoles con las armas venir á la obediencia y al yugo del Señor, eran castigados conforme á la obstinación y los delillos, á unos con borceas y á otros con galeras; estado miserabilísimo por la fuerza del destino que reinaba sobre la miserable España, donde caía por castigo del cielo, como tempestad tremenda y espantosa, el hierro y el fuego, y el proceder gentes contra gentes, no sin gran gozo y venganza de los enemigos de afuera, á quienes tenía cansados nuestra amistad y confianza y descaban vernos acabar. Llevaban la vanguardia este día, y el primero de venir á las maños con los catalanes, los famosos catalanes, digo soldados, el marqués de Torrecusa y el duque de San Jorge, su hijo, que, como ya tengo dicho, llevaba á su cargo parte de la caballería. Llegados á la falda de la eminencia mandó Torrecusa acometer á los tercios del Conde-Duque y marqués de los Vélez, en cuya frente iban las compañías de la armadura Real del mar Océano, soldados viejos y ejercitados en valor y proezas: á las primeras cargas fueron degollados trescientos ó cuatrocientos hombres, y los demás, valiéndose de los piés, volvieron las espaldas y volaron á salvarse á los montes cercanos: subieron los cabos y los soldados; tomaron las dos piezas de artillería, las municiones y vituallas que había, que fueron alegremente á enseñorear el campo de Tarragona y los lugares que hallaban desiertos y despoblados, sin pérdida de más que de dos hombres ni salir ningun herido: señalóse mucho aquel día el marqués de Torrecusa, y su hijo alabó el ejército su valor, diligencia y trabajo en haber vencido aquella primera dificultad y haber salido con el intento, y escribió Torrecusa al mayor Ministro, que si aquel paso se le hubieran cometido á él y su defensa, como fuera en servicio de S. M., con solos dos mil hombres se atreviera á doblar allí cualquier ejército. Escribió el conde de Savalla desde Hospitalot al baron de Rocafall, su Sargento mayor, que caso que el ejército pasase el Coll de Balaguer (poniendo en su carta por pri-

meras palabras, de los enemigos los ménos), que caso que pasase el ejército, por ser tan falso aquel camino de agua y toda aquella tierra, sería muy verosímil que en la laguna del llano, muertos de sed los soldados, y caballos y demás bestias, se abalanzasen á beber, que tomase aquella talega de polvos que le enviaba y la echase en la orilla y circunferencia de la laguna y los mencase con el agua, y que sin duda ninguna todos los que la bebiesen reventarian. Pasó el ejército el Coll de Balagner, y llegando á Hospitalct, lugar pequeño de aquella comarca, cerca de las torres de la mar, que se iban rindiendo, en una casa razonable de los duques de Segorbe, hallaron la talega de los polvos y las cartas que lo certificaban: toda la valentía de su ánimo y el gran progreso de la guerra tenían los catalanes fundado en esta execrable maldad y en el engaño y traición de consumir el ejército del Rey, más con la impiedad y alevosía de este hecho que con el valor. Mostró Dios en esta causa su clemencia, en librar á nuestra gente de aquel tósigo y veneno, insinuar de amparar la causa y justicia de S. M. y que llegase su brazo poderoso á castigar tantas rebeliones y felonías, desacatos y crueldades cometidos por la barbaridad de los catalanes, y tomar satisfacción de tanta sangre derramada inicu é injustamente. Huyó el conde de Savaglia, que se hallaba acuartelado en Hospitalct: siguiendo el ejército la marcha, se dió orden á la caballería se alojase en los lugares circunvecinos á Cambriles, á no más que á media hora de camino el uno del otro: tenían aquí los catalanes hecho su plaza de armas, lugar de razonable poblacion, de muralla antigua, hechas algunas fortificaciones, pero de ninguna fortaleza; babilante alinado lo mejor que habian podido, rodeándole de ocho mil hombres y puestos algunos en las murallas y en las torres. La caballería, que habia pasado, esperó cuatro dias á que subiese y llegase la artillería, carros, bagajes y municiones; mandaron á D. Alvaro de Quiñones, Comisario general de la caballería, que con ella tomase los puestos de Cambriles, en tanto que llegaba la infantería, que estaria bramente; con él pusieron á tiro de mosquete de la villa, y

enviando delante los batidores del campo, volvieron diciendo al Comisario general que los catalanes tenían hecha una emboscada junto á un bosque lleno de arbolada, que estaban sobre su mano izquierda los enemigos, quo á esta hora les parecia que por los reconocedores del campo eran descubiertos: salieron á dar sus cargas y avanzar á la caballería; corrieron con ellos, y llegando á la hora nuestra infantería acudió á la llamada de sus Maeses de campo, embistieron á los catalanes con tal brío, que los rompieron y degollaron pasados de mil y doscientos hombres; los demas, arrojando las armas, buyeron, signiéndoles la caballería hasta cerca de Tarragona: hirieron algunos y desmontaron diez caballos. Volvió D. Alvaro á recoger su caballería y acercarse otra vez á tiro de arcabuz con algunas compañías de infantería, dándoles calor con sus caballos, ganaron el convento de San Agustín, situado cerca de la muralla, degollando los defensores; llegó el marqués de los Vélez con los demas del ejército, y acercándose á la villa les hizo saber y publicar el Manifiesto del Rey, las razones que le habian compelido á meter el ejército por su tierra, el perdón general que traía y la observancia de los fueros á los que se rindiesen y abriesen las puertas al ejército, obedeciesen la justicia y obedeciesen al yugo de su Señor. Hallábase aquí el baron de Rocafull para defender á Cambriles, y descubierta la traición y la maldad del veneno, erigiendo infame sepulcro á sus dias, á su nobleza y servicio, proseguió la rebelion con los hombres bajos y ruines. No dieron oidos los de Cambriles á los saludables pordones y remedios del Marqués General, ántes comenzaron á tirar al ejército, y dió una bala en la frente del caballo del Marqués, de suerte que luego cayó en el suelo: comenzó á remolinar el ejército creyendo que su General era muerto; volvió á subir á caballo y salieron del sobresalto, y puestos en ordenanza y á seguir la rendicion de la villa, requirieron al baron de Rocafull quo se la entregase llanamente, ofreciendo buena seguridad y buenos partidos. No lo quiso hacer, conservándose en la rebeldía y en los principios de traidor como hasta allí, á cuya dureza y no poder conseguir

ninguna buena alianza se le plantó la artillería; y estando en estos debates por espacio de tres días, y viendo era imposible defenderse de fuerzas tan grandes, se rindieron á la voluntad del Marqués: entraron en la villa, habiendo huido mucha de su gente y algunos franceses mezclados entre ellos. Quisiera el Marqués al principio y ántes de su llegada, que se hubiera excusado tanta efusion de sangre y el estrago que se había hecho en los catalanes; echóse la culpa á la infantería, y á la verdad, la tuvo, porque rindiéndose al principio aquella gente á nuestra caballería, y abrigándose de ella cuando llegaron estos, aunque se lo avisaron, no quisieron obedecer y los castigaron réciamente, porque irritados de los atrevimientos de aquella canalla, de los excesos cometidos contra la milicia y sus cabos, oía que su rebelion intempestiva los ocasionaba aquella jornada y los traía en la mitad del invierno por aquellos campos y asperzas expuestos á sus inclinencias, al frío, al agua, sujetos á dormir en el suelo, al mal comer y á otras necesidades, cuando en las otras plazas de armas de la Monarquía y aún de toda la Europa estaban los demas ejércitos Reales gozando del alivio de los alojamientos, resguardados en ellos de las tempestades, hielos y frios del cielo y de sus injurias, sólo á ellos, trocándose las manos, les había tocado marchar en la propia patria contra traidores. Rodeados de estos contrarios accidentes, ó, como digo, descosos de satisfacción de sus maldades, cerraron con ellos y degollaron el número de la gente referida; sin embargo, fué sentido esto del Marqués de los Vélez y de los mayores cabos, y en la relacion que hicieron al Rey de este desórden prometió averiguarlo y castigarlo. Pidieron las condiciones del Manifiesto, á que respondió el Marqués no haber lugar; que habían tomado armas contra S. M. y habían de ser castigados: comenzó en los que le parecieron de más culpas á cechar á galeras y ahorcar, y por donó á los demas: al baron de Rocafull, como cabeza y caudillo de sediciosos y tumultuarios, ahorcó de una almena; á dos Jurados y á un Sargento mayor, de que se enfurecieron de nuevo los de Barcelona, y sus deudos juraron de salir á la

venganza, y al presente la tomaron en algunos que estaban en la ciudad conocidos por leales, afectos y servidores al Rey, haciendo lo mismo de ellos, y aún afirman lo habían querido hacer de la duquesa de Cardona y de sus hijos. ¿Pero qué no se puede temer de monstruos semejantes, hijos de la ira y de la perdition, olvidados de Dios y de su Príncipe, así eclesiásticos como seculares, sobre quien el cielo fulminará el rigor de su justicia y la dará á sentir á los más protervos? Vinieron con la noticia de esto á rendirse los demas lugares del campo de Tarragona, fertilísimos en mieses, culturas y labranzas de tierras, como Reus y la Selva, con que se prometieron poder con facilidad ocupar á Tarragona, con el embarazo de no poder tener ayuda ni provisiones de sus vecinos: tomaronles mucho pan y mucho vino, con que se repararon los soldados de las necesidades pasadas y de los pocos bastimentos que se llevaban, dándoles las raciones muy limitadas, y esto para que no les faltase á lo mucho que habían de marchar por lugares enemigos y toda la tierra contraria y de ninguna manera á ellos á sus designios. Los de Barcelona, no obstante, como suelen hacer á fin del año, eligieron Consellers y los demas Oficiales y los enviaron al Rey para que los confirmase: bízolo y volviéscelos como los había señalado, sacando de aquí que esta sumision de los de Barcelona eran efectos del ejército, del castigo y de lo que iba obrando, ántes que de la virtud del rendimiento y obediencia, porque á esta hora no habían dado señal, sino persistir en la defensa; sin embargo, fué de agradecer, si pasaran adelante con la obra. Los de Tarragona, venido ya sobre sí la espada de la potencia Católica, no estaban poco presumidos de las diligencias que habían hecho para su tierra y de la gente que tenían; sin embargo, ciudad grande y nobilísima en poblacion y en edificios, situada á la ribera del mar, aunque sin muelle y sin puerto, silla en la antigüedad, por lo que ilustraron aquellos primeros hombres del mundo en lo militar, político y elocuencia, como lo disponen sus gravísimos historiadores; viéndose el ejército Real á sus puertas, juntaron de los naturales la gente que pudieron, y habiendo

reclamado el auxilio de los franceses, metieron dentro de sus murallas, aunque delgadas y sin resistencia, tres mil infantes y ochocientos caballos, y por cabo no el de menor nombre, sino uno de los bien reputados de la Francia, á quien Luis encargó el castillo de Salsas y su defensa, despues de haberle ganado el principe de Condé y el duque de Luina el año pasado, Gobernador de la provincia de Lenguadoc y otras capitales con ejército poderoso, sin embargo de haberle perdido á manos de los españoles: ésto fué Monsieur de Epernan, que le defendió cuanto pudo al principio de este año, y forzado del nuestro, despues de haberle fatigado en el corazon del invierno, le rindió. Tenian esta gente á su costa y tenian capitulado que en pagándoles los habian de despedir cuando quisiesen, sin otra obligacion ni admitir alianza, potestad ni dominio del Rey de Francia, y además de esto invocaron las últimas fuerzas de Barcelona, pocas y de ningun efecto, por no ser gente militar, disciplinada ni instruida en preceptos marciales, si no coleccionada é ignorante del uso de la guerra, bisoños y allegadizos, con desatino y despues cobardes y de ningun valor ni consistencia. Sacaron en Barcelona el pendon de Santa Oialla, que tienen por fuero y por costumbre, en tiempo de alteracion, seguirle todos los catalanes, pena de traidores á la Patria: ésto le llevó un Conseller y le siguió el pueblo desordenado y furioso, sin ningun juicio ni concierto, y caminó á Tarragona.

Habiase detenido el ejército algunos dias en Cambriles, reparándose de los trabajos pasados y de las necesidades ordinarias que trae consigo la guerra: á 18 de Diciembre marchó, enviando la caballería delante para dar vista á la ciudad: encontraron cerca de allí, á una hora de camino, quinientos infantes, que iban de socorro y refuerzo; embistieronlos y degollaron los trescientos, escapando los demás á salvarse á sus guardias; matáronnos dos soldados y cinco caballos. Llegó el ejército á Puertosals y á Villaseca, cerca el uno del otro y á no más distancia que media legua. Rindióse el fuerte y ambas poblaciones con batería y asalto, degollando á los que se pusieron en defensa, y salvando á los que se valieron

de una iglesia; rindiéndose los lugares de la comarca donde se alojó la caballería, y otro dia pasaron la vucta de Tarragona. Dióse orden al duque de San Jorge y á D. Alvaro de Quiñones fúesen con ella á tomar los puestos; salió la suya á reconocer la nuestra, trabándose algunas ligeras escaramuzas, no sin pérdida de los enemigos, que se retiraron al abrigo de sus defensas, aunque flexibles: habia dentro de Tarragona muchas diferencias sobre qué se habia de hacer, no poca alteracion ni congoja si se resistirian ó se pondrian en la rendición; y viendo Monsieur de Epernan el estado en que se hallaba el lugar, aunque grande, abierto, sin muralla, baterías ni fortificaciones, artillería ni defensas, que se habia empeñado á sí y á su gentío, y que el ejército del Rey, aunque despues se valió de lo contrario y de razones vagas y especiosas para con los de Tarragona, y nuestros cabos, para salvarse á sí y á su gente, y otrosí que era poderoso y de excelentes cabezas, victoriosos y que se abririan camino y harian lugar por las más increíbles dificultades; convocó los Gobernadores, Consellers y Magistrados de la ciudad, los eclesiásticos y seglares más particulares de ella, y les dijo queria saber y conocer el ejército, para decirles lo que sentia, tomar parecer, y que ellos le tomasen sobre lo que debia hacerse y la resolucion que se habia de seguir. Hizolo así: reconoció el ejército, la caballería, la infantería, el orden con que marchaban, la opulencia y union de los escuadrones, y visto esto y la noticia que se tenia de la opinion de los cabos, volvió y dijo le habian engañado en haberle dicho que el ejército era flaco y de no más que seis mil hombres: que le habia considerado y reconocido traía mucha y muy buena artillería, de escogido tren, de muy buenos tercios de infantería, tropas de caballería y mucha gente noble por las señas militares, de escogidos cabos, soldados y capitanes, y un ejército que parecia de veinte mil hombres: que la ciudad era incapaz de defensa, y que el oponerse en ella con tan poco séquito habia de ser causa de degollarlos á todos, saquear las casas y quemarlas y ponerlo todo en desolacion: que la gente que le

habian prometido que habia de surtir del somaten apénas habia llegado á ochenta hombres, y los sesenta mil que habian de seguir el estandarte de Santa Olalla no habian pasado de mil, bisoños, desarmados y gente inútil y sin provecho; que su parecer era que abrazase los perdones del Rey y se sujetasen á su obediencia. Arrimó á estas razones el Monsieur de Epernan otras muy suficientes, si á la salud de los de Tarragona, también á la suya y á la de sus soldados, porque el estado en que se hallaba era muy trabajoso por haberse metido en tierras del Rey Católico y tan adentro, favorecido rebelde, siendo vasallo de otro Rey. Como es de ordinario, abrazaron el consejo los de Tarragona, y alcanzó de ellos que, para mejorar su partido y sacar buenas condiciones para él y su gente, habian de abrir liberalmente las puertas al ejército, y él habia de acompañarlos á la entrega de las llaves de la ciudad al marqués de los Vélez, pues le habian llamado y traído á su defensa: que aquello era lo que convenia, que no era bien usar de otra cosa con él, tomada esta resolucion, siéndoles mejor que no ver abrasadas sus casas y dar los cuellos al palo, al cordel y al cuchillo, y á vivir aberrojados á un remo perpendido y miserable: tambien alcanzó lo mismo del Conseller, que habia traído el estandarte y la gente que vino con él; pero respondiéndole á las estratagemas del Monsieur de Epernan, que eran conformes al tiempo, son más para perdonadas que para admitidas, porque un hombre de su juicio y experiencia de guerra, cuando vió que un ejército del Rey de España que para una accion tan importante como allanar una provincia rebelde que le habia de dominar y entrarse por el corazon, habia de campar por ella con ejército de tan poco caudal como seis mil hombres y con artilleria moderada, y más aquel que en sus principios, y por más de cuatro meses ántes de haberse juntado, corrió opinion y fama por toda la Europa que se componia de tan superior número que llegaria á sesenta mil españoles, como lo pedia la causa. Demás de esto, ya que disimulaba las espías, providencia forzosa en casos de astucia y vigilancia, era mucho que no lo supiese por los

que llegarian á la ciudad y á sus manos huyendo del Coll de Balaguer y de su plaza de armas, Cambriles: no pudo él alzarse con Tarragona para ofrecérsela al Rey de Francia, su Señor; que á tener buenos baluartes y artilleria él se las quitará á los catalanes para tener allí las fuerzas de España sus-pensas y atosigadas y poner en más cuidado á los cabos y Ministros, y por esto no se atrevió á poner en la defensa. Rendidos los de Tarragona á las razones de Monsieur de Epernan, comenzó á obrar con la maña para escapar libre con los suyos: escribió un papel al duque de San Jorge, hijo del marqués de Torrecusa; él, no queriéndolo abrir, lo llevó volando al marqués de los Vélez, y abriéndolo, despues de otras razones y cortesias, le pidió lo hiciese saber el cuartel que haria el General en esta guerra á los que se rendian; á que se respondió con toda resolucion y brevedad, que á los rebeldes á la Corona del Rey no se les daba cuartel, ni ménos á los que venian á defenderlos. Habida esta respuesta, pidió poder á la ciudad y Consellers para tratar de medios: diéronsele, y él envió un trompeta al Marqués, General, al tiempo que muestra caballeria estaba sobre Tarragona; recibióle el Marqués, y entendida la rendicion de la ciudad y que se pedian partidos, envió al marqués de Torrecusa y al duque de San Jorge para capitular: entraron en Tarragona y asentaron que se entregaba la ciudad á la obediencia del Rey, concediéndoles sus privilegios y exenciones, y en la misma forma al pendon de Santa Olalla; que Monsieur de Epernan saliese de todo el Principado con su gente y armas, sin tomarlas en favor de los catalanes ni servir al sueldo en ningun lugar. Con estos concertos llegó el ejército á las puertas de Tarragona; salieron el Gobernador y Consellers, y abriendo las puertas, ellos las allanaron á la misericordia y se ejerció con ellos esta virtud, y Monsieur de Epernan dió las llaves al Marqués, estableciendo en aquella ciudad la paz y el sosiego, pues á la reduccion del Rey estaba obligado al cumplimiento de ello y podia solo pedir á esta hora. El Conseller que trujo el estandarte de Santa Olalla y los que le habian seguido, él huyó por mar en

un barco y los demás por tierra, como vecinos de ciudad pedadora, homicidiaria de su Yrcy. Decía Monsieur de Epernan que habian de ser castigados por la fuga y por haber faltado á lo que se capituló con el marqués de los Vélez y los demás cabos del ejército; pero tambien se hizo reparo en que se habia hecho demasiada confianza de los franceses en haberles fiado la tierra, sabiendo, por razones y experiencias, la feisima correspondencia que siempre han usado con nosotros, y que en materia de no guardar palabra pueden ser maestros de los mas ingratos y apostarselas á los griegos. Estaba Monsieur de Epernan tan poco aficionado á los catalanes, por la noticia de sus hechos contra los soldados y por haberse vendido, que dijo, que si con él usaban de alguna maldad, que les acometeria, y tan desconfiado de su proceder en el viaje que habia de hacer, que escribió al marqués de Torrecusa, que si los catalanes no le hacian buen pasaje que se habia de favorecer dél y llevar su gente al abrigo de su ejército, habiendo de hacer su tránsito por el Ampurdan. Sacó á los de Tarragona quinientos mil escudos para pagar el sueldo á los soldados, y alojó el Marqués en Tarragona y metió el ejército en ella y estuvo allí algunos dias descansándole para pasar luego á castigar á Barcelona.

Los cuatro mil infantes que habia de traer de Perpiñan D. Julio de Garay en las galeras, que llegaban á número de cuarenta, no vinieron á las marinas de Barcelona á desembarcar en ellas cuando llegase el ejército; la causa más eficiente no se sabe más de que vino D. Julio de Garay, y á lo que se pudo discurrir, ó que no los pudo sacar por falta de pagas y estar desnudos, ó por no aventurar la frontera no asaltasen los franceses la villa, ó los naturales el castillo viéndole sin gente, ó que los soldados portugueses, avisados de la rebelion de aquel Reino, no tentasen alguna novedad; que toda la fidelidad española se habia convertido en desconfianza para con su Príncipe legítimo y natural Señor, por gravísimos pecados cometidos contra la Majestad de Dios y su misericordia. Los catalanes que andaban fugitivos y armados volvieron en tropas á forti-

ficar el Coll de Balaguer, para robar y no poner en olvido la antigua inclinacion de bandoleros, tomar los correos, atajar los viveres, cortarle y además de esto los viveres y socorros si los hubiese de haber; pero él marchaba ya tan entero, que si Barcelona no tenia más gente ni más defensas que las que habian hallado en los lugares que habian dejado atrás, llevaban lo que habian menester para ella, mas todo el Principado. Si bien en materia de gente no le falta lo más preciso en Barcelona, las opiniones eran varias: quién decia tenia dentro diez y ocho mil hombres, algunos franceses y los más catalanes, muchas fortificaciones y minas para volar el ejército cuando se llegase cerca; y en todos muy poca aficion, así en los ganados ó reducidos como en los por ganar, y muy flexible en la fé en todos, aunque ellos decian no haber sido traidores, sino defensores de sus fueros: los de Lérida, á quien no habia dominado el ejército, sino dejándole á un lado, croyendo quedaba cortado y que despues se tomaria, fueron engañados, porque se reconoció mayor dificultad para llegar á Barcelona; habian hecho algunas entradas en Aragon en no más de aquello que está de allá del rio Cinca cerca de Fraga, pero de ninguna importancia, á cuyo opósito estaban los tercios de Navarra; pero ellos razonablemente fortificados, y despues, cuando los cargaron, mucho más, y despues, como inexpugnables, mataban y hacian pedazos los que podian haber á las manos; de uno sé decir que le asaron vivo (inhumanidad bestial). Sin embargo, aunque con dificultad de correos, por ser en lo más récio y en el corazon del invierno, el marqués de los Vélez avisó al Rey, al mayor Ministro, á los Consejeros do Estado y Guerra, saldría al principio de Enero de Tarragona para Barcelona: sinjieron la dilacion, sin embargo, de tener justas causas para ello; y enviósele órden que luego, al punto, pasase adelante con aquella gente, no se resfríasen en el curso de las victorias, notificando á todos los pueblos el Manifiesto y perdones del Rey, sin acometer otra hostilidad ni desórden, ni que los soldados intentasen saquearlos, ántes se procurase con todos los medios más saludables reducirlos á la obediencia.

cia y rendición. Mas en la corte de S. M., con la tardanza de correos y con los mal afectos que hay en ella de la misma Nación, decían que el ejército había caído en manos de catalanes y de franceses, cuantos son; unos que estaba cerrado de todas partes, tomados y ocupados los pasos más difíciles y angostos; y no dejaban de discurrir bien, porque por la frente les tenía embazarado el paso en Martorell con ejército formado de más de doce ó catorce mil hombres; por el lado derecho tenían la mar sin armada; por el izquierdo á Lérida, también con gente enemiga, y ocupada la retaguardia en el Coll de Balaguer; y se veían por lo más adelante, conduciendo á Barcelona, muchas gentes de todo el Principado, y repelían el mismo número de sesenta mil hombres que en los demas acantonamientos habían esparcido, y decían que los habían de quitar los víveres y las municiones; no se las habían de dejar buscar y habían de perecer al pié de las murallas de Barcelona; que tenían impedido el tránsito así para cualquiera parte para ir adelante como para volver atrás y fortificar otra vez el Coll de Balaguer con gente, por donde no había esperanza de remedio alguno ni retirada segura para guarecerse. Era el caso muy para notar; no estaba sucedido esto y ya era público, ni nuestro ejército á esta hora había salido de Tarragona y lo daban por hecho y acecido. ¡Presagios ciertos de lo futuro que ántes de la hora declaraba nuestros males, y pareco que las cavernas profundas de la tierra y las aberturas más hondas de ella lo insinuaban y hacían hablar á las gentes!

De esto, á mi ver, debió de ser aviso lo de la montaña de Soma, en el Reino de Nápoles, tierras y puertos en el mar Mediterráneo, prediciendo las miserias de España con sus guerras civiles en Cataluña, que por tantos dias con estruendo portentosísimo estuvo arrojando ceniza, é inundando muchas leguas de aquel contorno de esta materia en grandísima altura, cuya destrucción de campos y labranzas no lo acababan de encarecer las relaciones de los que lo vieron; y esto mismo quiso adivinar la destrucción de lugares en la Calábria con los temblores estupendos de tierra, de que, abriéndose grandes

bocas, quedaron sepultados y sumergidos en lagunas y pantanos; y esto mismo quiso dar á sentir para lo de Portugal, que ya se nos viene á las manos: su descripción, aquel volcán de fuego que se vió junto á la isla de San Miguel, en las islas Terceiras, como adjuntos de aquel Reino, arrojando tantas piedras impelidas del fuego, surtiendo por tantas brasas de fondo que tanto mar no bastó á suprimirlas, dejando memoria del prodigio en la formación de una isla, que hoy visitan como cosa admirable nuestros marineros en sus navegaciones. Otras muchas cosas pudiera referir de acaccimientos fatales, que son pronóstico del estado que hoy tenemos, si no me tacharan de agorero; sin embargo, he visto narraciones muy largas de esta materia en algunos escritores de opinion que las han observado para describir las mudanzas de Monarquías y Estados. Entre las demas órdenes, se avisó al marqués de los Vélez que si Barcelona no se allanase de su voluntad se abriese camino con las armas y se procurase tomarla por cualquier modo: esto es lo que nos ha tocado de este año en las digresiones de Cataluña. En mis comentarios, y en el de cuarenta y uno, aunque no era mi intento, procuraré referir parte de lo demas, porque parte dejó y no quise pasar adelante, que no es materia ésta para dejarla tan á los principios y por concluir lo que pertenece á este libro. Diéronse los de nuestro ejército y los franceses á banquetes y festines: era el Nacimiento del Salvador, y no me espanto entre tan grandes cuidados lo celebrasen. Presentó el Marqués á Monsieur de Spernan dos caballos, y él le presentó una espada: vinieron los lugares del contorno á dar la obediencia, fueron recibidos y agasajados benignamente, y el Monsieur de Spernan salió de Tarragona con su gento y siguió su viaje para fuera del Reino, como se había capitulado.

Habiendo discurrido por algun tiempo, en la mejor forma y manera que ha sido posible, en las sangrientas guerras de Flándes y de Italia, no será fuera de propósito escribir de las de España, que tanta parte la hemos dado en ella, y más de lo que era justo, que sin linaje de duda se pueden comparar

con las más enojosas y debatidas plazas de armas de la Europa. Decía un político de esta edad, admirándose del calamitoso estado del Reino, que las otras Monarquías se destruían por los pies y por las manos, y que ésta se destruía por el corazón; y que la de los romanos no comenzó su ruina por la ciudad, si no es por los Reinos y provincias distantes que no adquirieron la virtud de las nobles costumbres y el verdadero valor. Aquí se le respondió que se engañaba, que no comenzó su desolación sino por la cabeza, por su ciudad, cuando se comenzaron á ejecutar sus tiranías, la soberbia y la vanidad, los abominables vicios de sus Príncipes, cuando comenzó á imperar en ella la inhumanidad y la inclemencia, la usurpación y el querer dominarlo todo; cuando se adormecieron en sus maldades, se les entorpeció la valentía del ánimo, se arrojaron á la codicia insaciable de los bienes ajenos, á la avaricia de la sangre humana: de aquí corrió esta noticia á los aldeanos, á los que militaban debajo de su poder y obediencia, que insiguados de sus desafueros y maldades, los acometieron y dejaron; y de esta manera se fué desatando una provincia de otra, un Reino de otro, una ciudad de otra, hasta que no pudiéndose sufrir en la suya, acosados de los mismos que ellos habían sujetado, la desampararon, y sujetaron á Oriente, y áun allí no pudieron mantenerse largo tiempo, sino muy limitado, y fueron destruidos con el mismo cuchillo de que se valieron y por la soberbia otomana. Pero prosiguiendo el hilo de nuestro argumento, al cuidado de Cataluña sucedió otro de no menor calidad y peso, tanto que hizo estremecer la Monarquía y turbar el corazón de los más constantes y que presumían asegurarse en la alteza de sus asientos, en el trono de la majestad y en los bienes de fortuna. Portugal, pues, que por espacio de sesenta años, por derecho hereditario, por sangre y por armas había estado unido á la Corona de Castilla desde el año de mil y quinientos y ochenta por la industria maravillosa y singular providencia del Rey Católico D. Felipe II, causados de nuestro gobierno, y por la misma causa el deseo notable de los portugueses de tener Rey que los gobierne en aquel

Reino y de su misma Nación, y el odio grande y aborrecimiento natural á la nuestra y á todo cuanto pueda tener nombre y semejanza de Castilla. En todo este tiempo, habiendo sido remunerados y acariados de nuestros Príncipes con grandes beneficios y mercedes, jamás habían podido curarlos de esta dolencia ni ellos sanado de esta enfermedad, afectando concitaciones populares con que áun el Rey D. Sebastian, que se perdió en Africa el año de quinientos y setenta y ocho por el mes de Agosto, no era muerto, pretendiendo inventar fantásticamente algun Rey portugués de cualquier manera por resacarlos de Castilla. De esto hemos oído en nuestros dias, y contar á nuestros abuelos algunas fábulas de hombres que lo han pretendido ser con ayuda de ellos, reconocida su condición, en que se hicieron castigos ejemplares. Ahora, pues, la injuria de los tiempos, la mudanza de reinados, habiendo tolerado el gobierno prudencial del Rey D. Felipe II, el pacífico y floreciente del Rey D. Felipe III, la grandeza de ánimo y nobleza de condición de aquel Ministro, su magnificencia, agasajo y cortesía, los hizo vivir con más desahogo de corazón, cuando comerciaban en sus puertos y en su gran ciudad todas las Naciones del orbe, particularmente las septentrionales, que son las que ellos quieren, acrecentándose en caudal y en riquezas, que es á lo que apetece y aspira todo viviente; y por el contrario abandonan cualquiera dificultad que lo contradiга. Con esto y más templanza de afectos y turbulencia, olvidando algun tanto la agonía y aquella ansia de Rey propio y particular, y militar pacíficos debajo de ambos yugos, que habiendo pasado con brevedad, recayendo el IV con más gravedad y peso sobre ellos, por los accidentes que se levantaron en la Europa y por las nuevas obligaciones á que los llamaron y obligaron, y por las pendientes de éstas, no cesando las causas, antevieron que no lo podrian sufrir, y prorumpiendo en desobediencia, y más adelante en haber Rey de su misma ralea y sangre, dieron la obediencia á un igual como ellos y á un vasallo.

Los notables aprestos de armas de esta primera parte del

mundo, ó sea la segunda como quieren los geógrafos, agrandados mal de nuestras pérdidas, poca fortuna de Capitanes y mayor de los enemigos nuevos y poderosos aliados desertores del imperio; la ruina de Flándes; las Ligas de Italia; la soberanía á que habia aspirado el rey de Francia y la mengua de reputacion de España; el verse acometida por sus fronteras, con las armadas navales de franceses y holandeses que talaban y abrasaban sus costas; los amigos hechos enemigos, imposibilitados de tratar con ellos, si bien á todos alligia aquella Nacion ambiciosa de honras y Estados, y á toda la nobleza de Portugal la pérdida de las plazas de Oriente, el menoscabo del comercio y contratacion de aquellas islas y la pérdida del Brasil; las infelicidades y presagios de las que estaban por venir, los hacia disentir del gobierno, hablando con experiencia de desdichas, menoscabo de sus haciendas, infortunios en que el desconsuelo comun halla gran lugar y mayor desconsuelo en los corazones. La mudanza de Ministros afectos suyos y puestos no sin compasion de todos, y otros exaltados ocupando sus lugares con aborrecimiento general de aquel Reino; el destrozamiento del Consejo y con decretos ordinarios cohadados los Ministros de la corte; el gobierno de la princesa Margarita, poco admitido de los portugueses como de mujer, y abusado de la nobleza, y no cumpliendo como se capituló cuando se unieron con Castilla; las pérdidas de plazas y de provincias, particularmente Ormuz, en el Seno Pérsico, la del Brasil y las de las costas de Africa, en que calmaba la reputacion de España; la gravedad y exorbitancia de tributos con que era oprimida á los que vivian lejos y apartados de la casa del Príncipe les era molesto, y otrosí, la graveza de una condicion cruda no enseñada al agasajo de los señores, de los Prelados, de los Ministros ni del pueblo; la inmensa dificultad en que se habian puesto las pretensiones y las mercedes; la fatiga incansable de los despachos, con las medias annatas y otros subsidios, en que parece faltaba la providencia, siendo de más precio y de más desasosiego esperar un castigo que una merced; la falta de amor y de beneficios; los ejemplos presentes de ver

en aquel Reino y en la ciudad de Lisboa arrinconados y desamparados de sus oficios el conde de Ocastro, el conde de Grana, el conde de Alemania; marqués de Góber, el conde de Génova; el conde de la Cámara; Mascareñas, el conde de Estremoz y con peligro de la cabeza por haber ido á pelear al Brasil; mal satisfechos de que en tantos y tan conocidos combates no arriesgase más su vida, y al conde de Linares, otro Virrey de la India, despues de tan larga navegacion y de haber rendido el rico presente de los diamantes, envidia de uno de los poderosos Príncipes de la India, conducido á volver á navegar al Brasil, se le pidió el ajustamiento de su viaje para tan largos climas y áridos mares, y replicó á no dársele, condenarle á perpétua cárcel y á pérdida de reputacion, de hacienda y de vida. Creo que será entendido, y aunque callo, ó lo pensé disimular, no lo puedo excusar el poner al márgen las personas por los trabajos recaidos en ellos, y para más claridad, y que se conozcan quién son, el estarlos siempre aguijoneando con pedidos, con decretos, dando las hidalguías y los honores por el dinero, y los hábitos de las Ordenes militares á los hebreos y á los populares para fabricar, no una hermita sino un palacio, donde no era menester, pudiendo ser de alivio para ellos y para todos aquel gasto, excusándoles de molestia y empujarlo en la guerra: el verso traer las ricas tapicerías de Palacio al Retiro, ornamento de sus Reyes antiguos, habiéndole pedido al Rey D. Felipe II, y confirmado por él, de no poder hacerle, ni sacar las joyas, ni las otras presas del Reino, el venir todas sus riquezas y las de Oriente á ser trofeo de Castilla y de sus palacios, y para cualquiera pretension haber de peregrinar de un Reino á otro, y con incertidumbre y prolongada dilacion de despacho.

Estas cosas y otras muchas poco ignoradas de todos, que no las han podido sufrir los Reinos y las ha padecido Castilla, oyendo decir que se perdian todos, hubo alguno ó algunos que querian ver si podian salvarse: sin embargo de la dificultad, tentaron el camino la melancolia de todos, la aflic-

cion, la fatiga, el continuo desvelo y trabajos, y el no tener nadie ninguna cosa suya ni segura, sino el que era del séquito; y de ese, escogido el lisonjero y el adulator. Ultimamente, el Decreto del año de seisientos y treinta y siete, de que hay en el mundo muy extendida noticia, que se publicó en Evora, ciudad, segunda colonia entre las más escogidas del Reino de Portugal, en que se pedía á los portugueses la cuarta parte de las haciendas, de que ya dejó hecha mencion en los libros pasados, y referido el alboroto en aquel y en otros pueblos, hasta tocar en el Algarbe la fuga de las Justicias y de los otros Magistrados, huyendo por esta causa de la ira popular, donde primero el sosiego, y despues las armas, por el Algarbe y por Badajoz, pusieron freno y templanza, si bien en alguna ocasion uno de los señores del Reino que vivia en Evora no salió á la defensa de las Justicias tan ánya como quisieran en Castilla, y aventurar sus personas briosamente por el servicio del Rey y observancia del Decreto: no mitigaron la sedicion ó no se arrojaron á ella á destruirla y hacer ejecutar el órden, ó más adelante, si tuvieron aviso por los parleros y portadores de nuevas, de que en todas partes hay gran cosecha, particularmente en Palacio, ántes que espíar en la guerra ni en los de los Principes enemigos, porque no se deseaba faccion más gloriosa en ese siglo que trastornar un vasallo, si era varon de partes. La causa general de estos hechos, y el descargo y disculpa que se daba, era la de la guerra, y en esta parte la defensa del Brasil, inventada, como se presume, por Diego Suarez, secretario de Estado del Reino de Portugal, asistente en el Consejo que estaba en Castilla, y lo que más irritó fué la proposicion y amenaza de las horcas por los Corregidores, al que no le diese y no se allanase al pedido: finalmente, si llegaron á entender, que no salieron de nada de esto, ántes que el Decreto, el modo de suplicacion les pareció acerbo y duro, y lleno de impiedad; le mostraron ceño, blasfemaron del Rey, y si no dieron calor al pueblo, no se lo afearon. Despues de compuestas las cosas, el castigo que por esto merecian no se atrevieron á ejecutarle en Portugal, por no

dar en aquel Reino nueva materia de tumultos y alteraciones, y lo libraron todo en el ingénio y en buscar artificios, modos y maneras para atraerlos á Castilla y cortarles las cabezas para ejemplo de los demas, de las mismas trazas que poco á poco despues dieron para su ejecucion, no guardando consistentemente el secreto aquel á quien se lo fiaron. Y avisados de los lazos que les armaban á sus vidas, casas y haciendas, procurando vencer de mañosos al que les tramaba el golpe, se quisieron vender caros; y si por aquella parte afrontosamente y dados por traidores, habian de recaer en estos laneces, no quisieron por ésta perderse de bizarrós en el campo y en la batalla, donde las más veces ó todas la fortuna es dada; sí; porque no confiemos tanto de nuestra chola por favorecida, siendo á las veces más advertidos los perseguidos desgraciados por poco dichosos.

Algo despues de la rebelion de Portugal, sin poder trasladar para qué, llamaron de aquel Reino al Arzobispo y á algunos de los Obispos. Muchos discurrieron, y áun ellos, si era para consultar materias importantes del Gobierno, ó dar quejas de la poca asistencia que S. M. habia tenido, así de Prelados como de caballeros, en la discension de la tierra; cuán poco habia sido amparada la Justicia y sus decretos; que convenia en los acacimientos venideros hacerlo de otra manera, y con más fervor salir á la causa Real, defenderla, ampararla, y dar las vidas por ella, é insinuarlo así á la nobleza. Era entre los Prelados el más principal, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, que ántes lo habia sido de Evora, donde sucedió el primer tumulto. Vieron al primer Ministro, que á la sazón estaba en el Retiro, por haber ido allá el Rey algunos dias: la exornacion seria sobre lo pasado, y como otras que hemos oido, con ponderaciones notables y misteriosas, y despues de encargado el secreto, derramar quejas de algunos señores portugueses: con que fennecida aquella audiencia, no acabando de dársele todo á beber, lo remitía para otra y con preñeces; que es grande punto de estado la suspension en los Ministros presumidos, y el tener

embelesado el mundo; y las quejas de aquellos serian sobre lo pasado; y con dolor de no haber podido asir y arrastrar aquella cuarta parte de hacienda de aquellos vasallos, exasperando por aquí la clemencia del Rey, que despues de tan grandes gastos como hizo para las levas de ambos ejércitos, los perdonó, no haciendo por esto ninguna demostracion por aquellos excesos y delitos cometidos contra la Majestad.

Avisados de estas cosas los portugueses, y tenidos como por desagrávios castellanos, los ánimos poco sazoados con las hostilidades pasadas, y que nuestra Nacion los hollase, y cada día asaltados de nuevos decretos y pedidos, y que habian de pasar allá algunos tributos, como se regia del papel sellado y otros que se iban beneficiando; y lo peor de todo, como se decia, que todos habian de ser gobernados por unas leyes, y por las de Castilla habia de pasar allá la distribucion del cobre, alambalas y millones, con que no solo en éste, sino en los otros Reinos hacia estremecer el sosiego; amenazaban de no sufrirlo, porque todos quieren ser gobernados por sus propias y legítimas leyes, fueros y privilegios: con que en Portugal, el ánimo que por largo tiempo estaba doliente de delirios de Rey, comenzó á empeorar, á darse por peligroso y peor satisfecho de nuestro Gobierno. Juntábanse, pues, los Prelados en el Retiro, las órdenes y decretos que bajaban de arriba, cuanto quiera que no eran de haber á las manos, no eran dificultosos de discurrir: quién decia, y así lo expresamos en nuestros escritos, y si no fueren como lo presuimos, quedarán tácitamente á la discreccion de mejor cabeza: finalmente, se trataba en la materia de los hebreos, si era licita ó nó, como conviene, que la decidieran los teólogos, admitirlos en la Córte de Castilla y darles suelo y asiento de la otra parte del rio, para acrecentamientos de intereses; que en las causas de la guerra y la necesidad que habia de dinero hacia recaer á los Ministros en estos arbitrios ó escollos: sin embargo, ellos están introducidos entre la gente honrada, y con los hábitos de la nobleza. Quién decia si era la nobleza, digo la materia del Pontífice, sobre la quiebra con el Nuncio, ó componerlas, y de

no ser nada de esto daban en otro punto, y era lo más cierto, porque no se trataba de otras conveniencias para los Reinos, y habia junta particular para ello, de los tributos que se habian de meter ó introducir en Portugal, el modo que se habia de tener para ello, que habia de ser por mano de eclesiásticos y ellos los habian de apoyar y dar calor ó coadyuvacion que se pretendia, y hacer general en toda España, y rasirear los pocos afectos á estas materias; y quién, eran los inquietos en Portugal, ó ya si se dió alguna queja de algun señor de Portugal, en lo tocante á la conmocion pasada, ó se le hacia alguna causa; porque se dijo, que en las cosas de los caballeros que despues vinieron á la córte de Madrid, entraba uno del Consejo de Castilla y otro de Portugal, y tomándoles juramento de guardar secreto, se les hacian preguntas sobre los que estaban tocados de sedicion; ó si los caballeros de Portugal no defendieron el Palacio de la Princesa cuando los pescadores, por quererlos echar alguna carga sobre el pescado, apedrearon las ventanas de su cuarto. Cualquiera de estas cosas, ó todas ellas, y de lo que se le reveló en estas juntas, ó en las audiencias privadas, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, ni las calló ni las difirió bien; y vuelto á aquel Reino, las reveló, como es de órden de los que han estado en la Córte cuando van á sus casas, contar lo que hay en ella y lo que les ha sucedido, no guardando religion al secreto ni á la confianza; no pareciendo al que es portugués que tiene obligacion de guardarlo al castellano, portándose con él como al que se tiene en opinion de alarbe. De esta manera, digo yo, se trataba de todo lo sucedido, de las juntas, de las quejas, de los riesgos que amenazaban á algunos, del estado de las cosas de los Ministros, de sus condiciones y talentos, cómo se habia comunicado con ellos, del estado de la Monarquía, del que tenia la guerra de Flandes y de Italia, del peso que sufría Castilla y del que esperaba y era bien admitiese Portugal: el cual, no obstante de lo pasado, y el grande riesgo á que se ponía todo con ocasionar tumultos y conmociones, y querer introducir más tributos, se comenzó á sentir lo que se espe-

raba. Cosas todas que lentamente los nobles, ántes que los plebeyos, comenzaron á ir sublevando el Reino, queriéndole sacar de la union de Castilla; y los amenazados, despreciando las vidas y las haciendas, queriendo prevalecer en las honras, no haciéndoles ninguna, ni empacho los horrores y agonias de la muerte ni del cuchillo, trataban entre algunos de secreto y áun públicamente de sacudir de sí el yugo que los oprimía y constreñía á tan grandes cuidados y miserias, cual nunca jamás le oyeron. Estos dicen que eran cuarenta los nobles que trataban de ello. Comenzó á correr la plática, y si bien habia pocos más ó ménos de dos años que se hablaba en la resolución, se comenzó á apretar en éste con la venida del Arzobispo á Lisboa, y cada uno queria arrestarse y emplear bien la sangre, y dar la vida honoríficamente. Del estado que tenia Portugal venían muchos avisos á la corte de Castilla; muchos daban cuenta de sus rumores particularmente. Al marqués de la Puebla y Lorigana, que asistía á la Princesa, y á otros confidentes, aunque pocos, teniales ofendido sumamente, Diego Suarez, secretario de Estado de aquel Reino, hombre vano y de condicion como portugués y Secretario: veíante valido del mayor Ministro, y por esto aborrecido de los portugueses; atribuyendo á sus inventivas el Decreto pasado, de las cuartas partes de las haciendas y otros pedidos que se habian introducido en el Reino, con los demas que esperaba imponer por dar gusto al Poderoso y aumentar por allí sus medras á costa de los demas, como lo hacia el Proto-notario de Aragon en aquella Corona; competidores y áun émulos en estos oficios, que por acrecentarse no reparaban en agravar el yugo á los de su misma patria; y veian al Diego Suarez en muy alta fortuna en el cuarto del Ministro, muy amigo de servir con las cosas del Reino, particularmente ahora que al oficio que tenia de Portugal le anadiéron el hacerle del Consejo de Hacienda de Castilla, premiándole el servicio de la ermita de San Antonio del Retiro, cosas ambas sin propósito; adviniendo en esto que le habian de venir á faltar los gajes y otras gruesas ayudas de costa que le pagaban de Portugal, y ayudáronle

con los de Consejero de Castilla, que áun hoy no puede cobrar: porque se vea cómo se mudan las fortunas. Pero el que tenia sumamente ofendidos los ánimos de los portugueses, era Miguel de Basconcelos, Secretario de Estado, yerno y cuñado de Diego Suarez, que asistia en Lisboa al lado de la Princesa Margarita, para la ocurrencia de papeles y despachos. Hombre soberbio y descorrés, que en las audiencias públicas, no acabado de vestir y sin quitarse las bigoterías, oía mal á los portugueses, les respondia en sus pretensiones desabridamente, y los despedia con palabras raras y destempladas; cosa muy usada en esta era en todo género de Ministros, y cuanto más bajos más hinchados, sin saber por qué. De la importancia de éste avisaba á Castilla y al primer Ministro, el conde de la Puebla, que si no se ponía remedio en el proceder de ese hombre, se habia de perder el Reino, porque aquel estilo y aquel modo de despachar no le podian sufrir ni tolerar los portugueses, así nobles como plebeyos, y habia de venir á suceder tal fracaso, que despues fuese difícil de remediar.

Todas estas cosas oídas en Castilla las despreciaban, no haciendo caso de ellas, teniendo á los hombres que las escribian por tímidos y cobardes, y de más flaqueza que valor; y en esta forma tambien eran seguidos cuantos nos avisaban de las calamidades que nos habiamos ocasionado del trabajo del Imperio, de las disposiciones de Francia y Holanda en los estados de Flándes, de las armadas y ejércitos por mar y tierra, de los atentados de los protestantes contra la Monarquía y el estado de las Ligas de Italia, de los recelos del Reino de Nápoles y Sicilia, por el desconsuelo grande de los súbditos, por los pedidos, y las entradas de los enemigos por las fronteras. Así, de la misma manera de Portugal, no se oía nada por más que lo avisaban que se rugía, y públicamente se platicaba el desconsuelo de todos, la libertad con que se hablabla el no gustar del gobierno de la Princesa Margarita, no asistirle, no verla algunos señores del Reino, y casi no querer obedecer sus órdenes. De esto se formó nueva Junta en el

Retiro, y si bien allí se recogieron las sospechas de todos los indiciados, de los mal contentos y poco afectos, se leyeron las cartas, y se discurió sobre todo; y hubo quien después, si no bien atendido ni bien mirado, peor advertido, á quien sobre lo sucedido le hiciera yo una causa bien rigurosa, y de aquellas con que él amenazaba á todos aquellos que no condenaban con sus ojos, porque no descansa la potestad, sino que siempre esté imperando, abandonó los avisos, diciendo que no eran bastantes á presumir materia tan grave, ni tan escandalosa, ni que eso se llegase á ver, que cada uno miraría por su cabeza, que no había que cansarse en estos medios, que todas eran cosas vagas y que no se hablase más en ello. Resuelto esto en esta parte, sucedió el fracaso de Barcelona, fruto de la cultura continua del tributar, y como fué forzoso levantar gente para apaciguar y castigar aquella sedición, comenzaron á obrar los medios contrarios de nuestra destrucción; y viendo que era por allí por donde nos encaminábamos á la ruina y al precipicio, con conocimiento de los enemigos, que nos atendían por instantes, menudearon los decretos, los papeles de los pedidos que abrasaban la gente, y ya no le podían tolerar, ni que todos estuviesen consignados y en eterno vínculo; que cuanto quiera que fuese nuestro el yerro, y le cometiese uno, le habían de pagar todos, y se había de hacer á su costa la guerra, como si el Rey fuera fallido, no tuviera hacienda, y no se hubieran echado tributos ni tomándose los juros. Pidieron al Arzobispo de Lisboa y otros Obispos que levantasen gente, que aunque Prelados ricos y de gruesas rentas, lo sintieron, y á cada paso les daban en qué sentir, porque venían á menguar en las haciendas y á no poder dar limosna, porque se les podían vestidos, pagados y sustentados; sin embargo, levantaron seis mil hombres. Pidieron dinero al duque de Berganza para aquella guerra, que fué la primera espuela con que los mal contentos le aguijaron á que se alzase y á levantarse con el reino: dijo que no lo tenía é hizo largo proceso de su necesidad. Dijéronle que levantase mil hombres, que le darían veinte mil ducados;

tomólos é hicieronle cargo ó reconocieronle después de no haber levantado más de cuatrocientos de aquí emanó el haber menester sacar las guarniciones de castollanos que estaban en el castillo de Lisboa y en el de San Tian, que apenas pasaban de mil hombres, y de estos se huyeron muchos en el camino, y no llegaron á Madrid seiscientos; discuriendo de aquí muchos y algunos de los portugueses que estaban en la Côte, como ignorantes y bisonños, que había sido causa de la rebelión de Portugal el haber sacado esta gente, desamparado y desguarnecido los castillos; y aunque no es de fundamento la consecuencia, se les puede responder, que resueltos ellos á empresas tan grandes, dispusieran el modo y previnieran gente los tumultuarios, y á hora señalada, y cuando ellos estuvieran descuidados y ocupados del sueño, los desvelaran á todos sin quedar ninguno, con que no fueran de embarazo á sus intentos aquella poca gente, pobre, desarmada y muerta de hambre, ni era tronco aquel para hacer resistencia.

Conseguido esto, los que trataban del Gobierno de Portugal en Castilla, ó al motor de la Monarquía, le pareció buena ocasión la de Cataluña para desempeñar otro Reino y sacar de allí á los sospechosos, y haber á las manos á los que deseaba castigar; y muy descolladamente, y sin otro reparo, tomando por ejemplo y para ayudar al hecho, el convocar toda la caballería de las Ordenes militares para la guerra y para la jornada del Rey, que estaba publicada á los Reinos de la Corona de Zaragoza, se envió orden á la Princesa, para que todos los señores hidalgos y caballeros viniesen á la Côte. Pareció esto muy acerbo y duro para todos, así á los mozos como á los viejos, sacarlos de sus casas; porque no exceptuaba á ninguno: dejar á sus mujeres, sus hijos, sus haciendas y convidarlos, no á otro festín que para la guerra, y guerra en la propia casa en tiempo muy fuera de sazón, que habían de caminar más de doscientas ó cuatrocientas leguas en ida y vuelta, no tener ésta por muy cierta, y otrosí exponerse á la fatiga del largo tiempo, en que habían menester dinero, y los más no le tenían: algunos fueron, y otros no se dieron por entendidos,

disculpándose con la edad, con los achaques y falta de hacienda, y no tener ninguna comodidad para tan larga jornada: diéronse por entendidos los sospechosos como se lo habrían avisado los que se hallaron en las juntas de Castilla, ó como ellos lo revelaron y discurrieron. Llamaron al duque de Ber-ganza, con cuidado de aquella sangre, y el ser el primero en el Reino, pero sin derecho ninguno; y disculpóse de no poder venir; y comenzando á desobedecer, se entró en dudar de su fé y constancia, por su vanidad, poco talento, saber y ningún juicio ni partes de consideración, y, finalmente, comenzaron á prorrumpir y caer en desobediencia, y á apeteer la deso-peración; y como ellos lo entendieron, llamaron al Acuña, Arzobispo de Lisboa, sobre quien ya cargaban grandes con-jeturas de poco secreto en las materias del Reino que se lo habian fiado, la ruina, el tumulto y el desórden de convo-caciones poco cautas, y que en su casa se hacian juntas de rebelion. Avisóselo la Princesa, y tomóse por ingenio, viendo que era ninguna la enmienda, llamarle otra vez á la Corte: tuvo él aviso, y pareciéndole que era mucho ir y venir para un Prelado como él, que despues de haberle pedido la leya de gente y hecho el gasto, que el movimiento era continuo, la descomodidad, la inquietud y la zozobra, particularmente en su edad y en sus años, y si ya le comenzaba á roer el corazon el gusano de la mala conciencia, cayó en sospechas de ser entendido y culpado, se resolvió á obrar segun su dictámen: tomó carruaje, aprestó su casa, y metiéndose en la litera eroyendo que iba al mandado del Rey para Castilla, dijo que iba á visitar su Arzobispado, que era lo que le tocaba. Con este despecho, las cosas de aquel Reino, á toda prisa camina-ban á la más notable resolucion que se ha visto por historias, ni le pareció á ningún ingénio lego, cuanto y más docto, que pudiera recaer en España; pero estos sujetos aquí, por tem-poradas está reducido su Gobierno, los permite Dios tales y tan iníquos, que se pueden esperar mayores estragos de sus caprichos.

¡Quién vió aquellos veinte años del Rey Católico Don

Felipe III, su paz, su tranquilidad, su sosiego, su esplendor, su prosperidad, su magnificencia y autoridad buscada de ex-tranjeros, tanto que parecia no poder ningún asiro del cielo, por opuesto que fuese, trastornar su fineza; y ahora está fra-casado en dos partes al ímpetu de tributos con titulo de regalía, habiéndosele dispuesto al paladar y gusto de los do-seriores y émulos de su potencia! Hacía la Princesa sus dili-gencias para que todos fuesen; los que no estaban de este parecer, ellos la daban las disculpas referidas, más ella res-pondia con ira más que de mujer, y les decia, que las órde-nes del Rey se habian de obedecer y ejecutar sin resistencia ni tardanza, ni habian de tener embarazo, por grave que fuese, que lo pudiese estorbar; que la ejecucion era la principal ley del vasallo.

Irritados los portugueses de estas mudanzas y novedades, y que no les era permitido descansar en sus tierras y domici-lios, ni gozar los alientos que les fueron concedidos de los otros Reyes pasados que los gobernaron prósperamente, en paz y en justicia, dejándolos vivir los Ministros, soliciándolos las medras y acrecentamientos; el descontento era ahora tan notable, y los lamentos de tantas persecuciones y trabajos tan lastimosos, que el discurrir era ya sin freno y con despecho: hablábase públicamente de buscar remedio por cualquier ca-mino que fuese; y de esto avisaba el marqués de los Vélez, digo Puebla, y otras muchas personas de confianza. El medio más eficaz que se aplicó á esto fué fabricar un Decreto que insi-nuaba, que á todos los caballeros portugueses que no habian obedecido el órden de S. M., ni habian venido á su Ha-mamiento, para irlo á servir á la jornada de la Corona de Aragon, se procediese contra ellos por la Junta de inobedien-cia, como con traidores, y fuesen confiscadas sus haciendas como de tales. ¡Quién vió el fin tan adverso de D. Fadrique de Toledo, tan ilustre hombre, tan gran marino y Capitan, caer á las manos de tan injuriosa invencion, perder la vida en ella! No quisieron aventurarla aquí, sino arrostrarla por otra parte, y así lo resolvieron. Quién dico que este Decreto no fué á

Lisboa, ó si fué que no se ejecutó, sino que el Secretario Diogo Suarez, desde Castilla, como de falso amenazaba con él á los nobles del Reino que no habian querido venir, y se lo encargaron al duque de Berganza, por la boca del Secretario Miguel de Basconcelos: gran desacierto y artificio muy perjudicial, cuando la conjuracion de los bergancistas andaba muy viva y no extinta del todo la de los sebastianistas. De esta manera los hombres medianos, tocados de vanidad por algun moderado favor, pretenden arrastrar los grandes y traerlos á la melena, con que acabó de rematarse todo y ponerse en la última desesperacion; y si el Basconcelos era odiado y aborrecido de ellos, se confirmó en su desgracia, y puso su vida y sus medras en el trance postrero; y con esto, los que andaban en el Reino conmoviendo de secreto á las demas personas principales á la rebelion y levantamiento, resueltos á dar las vidas, las haciendas y las honras por otros caminos más airosos, ántes que al verdugo y al cadalso; y que ya se verian ejecutadas en ellos y amenazados de hombres humildes y modestos, y que tales oficios les venian de los dos Secretarios, apretaron la materia cuando pudieron, y refrescaron la conjuracion y resolverse en ella; y si bien algunos no dieron orejas al hecho juramentado de guardar secreto, callaron, pero despues los compellieron á la traicion, con las extorsiones, amenazas, empellones, y arrastrándolos por los suelos: con que resueltos, pues, á todo, no se contentaron con sublevar el Reino y conmovérle, sino de hacer Rey que los gobernase, repartiese las mercedes, y las riquezas fuesen ántes despojo de portugueses que de castellanos, y que ya que estaban dados por traidores, tuviese esta calumnia y esta infamia alguna probabilidad y forma. Consideraban para esto y para cometer hecho tan notable, el estado que tenia la Monarquía y el Reino, para hacerlo con alguna esperanza de salir con ello, el ver al Rey hundido y metido en armas y trabajos cual otro Rey no se vio ni por historias, por persistir obstinadamente al consejo de uno solo, y dejarse atar á su Gobierno. ¡Oh, plegue á Dios que no fuese el propio! Oigase sobre esto

punto su manifesto, pues, cuando lo dije, no lo habia leído ni llegado á mis manos, que se hallará en el libro del Padre Caramuel, que escribió contra Portugal. El estado del Imperio arruinado y para acabarse, sin poder levantar un alemán como se levantaban tantos de ántes; las pérdidas de las mejores villas de Flandes, y el francés guerreando en ambas plazas de armas con reputacion y fortuna, haciéndose señor de todo, no solo de esto, sino de Lorena y de Alsácia y del Palatinado inferior: cosas todas muy considerables, y para ser tenidas y hacer reparo en ellas; y despues de haber en menos de siete años metido cinco ejércitos por la Contea de Borgoña, asolado dos mil poblaciones, así muradas como abiertas, consumido cien mil familias, acabado y extinguido los abolorios más nobles y calificados, este año habian puesto sus tropas á los contornos de Dola y Grey, talando las mieses y haciéndose dueños de las cosechas del año; corrieron desde Bretenans hasta la Abadía de Baumo, destruyeron la pequeña ciudad de Argois, cargaron á Salins, que á no estar defendida de aquella ilustre Nacion corriera la misma fortuna; y deseando apoderarse de aquel estado, para volver sobre Salins, hacian plaza de armas sobre la Sona, para juntar ejército formidable que lo pudiese concluir: este estado tenian ambas Germanías. El que habian corrido las armas en Italia; el menoscabo de los Capitanes; el suceso poco acertado de Cataluña, que habian sacado toda la gente de Castilla para acudir á este accidente, hasta no dejar en toda ella un hombro siquiera de los batallones y milicia, hasta haber sacado la gente de Portugal; que por esta causa era tiempo de asir la ocasion por los caballos y gozar de ella, porque el Rey, empeñado en tantas partes, particularmente la que se le habia recrecido de nuevo, no habia de poder acudir á ninguna, hallándose fallido, alcanzado de fuerzas y dineros; que no habia de asirse tan presto de la ira de los catalanes, que habia de perder allí el juicio, digo ejército, y otros muchos; y que el rey de Francia, poderoso en todas sus empresas, le habia de afligir y apretar más en todas, particularmente teniéndole metida mucha

gente en la Plana de Roseillon, para quitarle á Cataluña y dividirlo de lo demas, consueñéndolo á perderlo y poner al tranco la Monarquía, que á tanta costa de su ingenio y valor y gran consejo, fundó el Rey D. Fernando el Católico. Y últimamente, que despues de recaer con más brío el año que viene en Fiándes y en Italia, seria muy cierto tentar lo de Navarra y Vizcaya; con que no le habian de quedar fuerzas al Rey de Castilla para acometer los demas; de que habian de solicitar los auxilios de Francia, de Inglaterra, de Holanda y de Suecia, y aún asirse al Papa; y proseguian, que habian de dar las vidas y la sangre en esa demanda, y habian de sacudir el yugo de esta era y de castellanos; y no habian de pasar por semejantes tratamientos los robos de contrabando, tantos pedidos así á eclesiásticos como á los hidalgos, que se echaban tributos sin llamar á Córtes, con título de regalia, favoreciendo á los inventores parricidas de la pátria; el real de agua en todo el Reino; acrecentóse la cuarta parte de las sisas, echaron tributos en la sal por órdenes de Castilla, contra lo capitulado, y tambien sobre las cajas de azúcar; que los mismos Ministros de su arbitrio imponian cargas, que registrasen los barcos del pescado en las torres, para nuevas contribuciones, y que todo esto se habia de remediar.

Resueltos en este hecho los más capitulares, el Arzobispo de Lisboa y el marqués de Ferreira, enviaron luego á solicitar á D. Juan, duque de Berganza, á que tomase el Reino, á dársele, á humillársele y á besarle la mano como á nieto de la Señora Doña Catalina, hija del Infante D. Duarte; acordándose de aquella alcúrnica real que más propiamente habia quedado en el Reino, particularmente que se habia desvanecido de acá de Castilla, con haberle dado el año pasado cargo de las armadas de aquel Reino, dejándole ir á Lisboa, donde le visitó la nobleza, pero con órden que no pasase por las Ricas; de suerte que ya se hacia desconfianza dél, ó si no se le tenia miedo, cosa que alienta al más desmayado corazon, para hacerse lugar y tentar fortuna: extraña cosa que pudiese tanto el estado de ellas, el aprieto de los

tiempos, el uso del tratamiento y la pasión, que recrudescidos en el aborrecimiento y en la venganza, los bajase la ira á dar la obediencia á un igual suyo, á un hombre como ellos, pues no era más que vasallo de ningun valor, ni señalado en costumbres. Admiróse el Duque de una proposicion tan arriscada, aunque ya lo habia oido, y comenzó á defender de ella, y á sacudirle de sí, ponderando el hecho lleno de riesgos y dificultades: despidió la oferta y negóse á admitirla. Dijéronle que ellos estaban resueltos, y que si no queria tenian otro á quien hacer Rey; esto es, que se lo querian dar á D. Duarte, su hermano, reconociéndole por do más brío y valor; habiéndole hablado ántes sobre el caso, de parte de los bergancistas, el Padre Guerrero, de la Compañía de Jesús, á que no salió á ello, habiéndose ido á Alemania á servir al Emperador; y sabida la rebelion, fué preso en Alemania y llevado al castillo de Milán, habiendo querido valerse del Elector duque de Sajonia que se le ofreció; mas al fin murió en aquel castillo el año cuarenta y nueve ó cincuenta; con que algo suspenso y detenido, á la determinacion dijo: «si eso es así, yo quiero morir á vuestro lado.» A su padre dicen que otra-vez le ofrecieron el Reino, á tiempo en que los galcones de la plata y flota de Tierra Firme, que venian muy ricos y poderosos, habian arribado con temporales deshechos á Lisboa, y entrándose en la barra; pareciéndole al que lo ofreció, que con aquel tesoro podia hacerse Rey y conservarse en la dignidad contra la potencia de Castilla, particularmente quitándole aquel socorro; á que respondió, que más queria ser duque de Berganza fiel que rey de Portugal siendo traidor. Hecho esto y alcanzado con el Duque, procuraron darse prisa á la ejecucion y á publicarla, porque si bien la tenian diferida para el mes de Marzo del año de cuarenta y uno, temieron y se recelaron de un fidalgo, que tenia su casa y su hacienda entre Duero y Miño, y por las señales que vieron en él, la poca gana del hecho y el no ajustarse con él, cuyo nombre no se ha podido saber, y que lo habia de revelar y destruir el secreto y á los motores del caso.

A esta sazón, el último correo que de Castilla pasó á Lisboa con despachos para la Princesa, porque no volvió más, refieren los que tenían por su cuenta avisar de las cosas del Reino que publicaron los mal afectos para alborotar y con-mover al pueblo á la sedición tratada, que traía cuatro ó cinco imposiciones para echar en él y cargarle. Resucitos, pues, y reducidos á novedad tan nefanda y sacrilega, el primer paso de la tiranía y desobediencia para desfogar la rabia del corazón, fué ir á la casa del Secretario de Estado, Miguel de Basconcelos, una tropa de caballeros, los más señalados, y los que yo he podido inquirir D. Gaston Coutindio, Pedro de Mendoza, Tristan de Mendoza, D. Antonio Telo Arias de Saldaña, D. Jolío Desu, hijo del Conde, Camarero mayor, y de Doña Juana de Castro, que fué dama de la Reina: éste dicen que fué el primero que le embistió y le tiró una cuchillada que le abrió la cabeza, y cargando todos sobre él, le dieron otras heridas, con que acabó, y hecho pedrazos lo arrojaron por las ventanas, diciendo que nadie le diese sepultura y que lo comiesen los perros. De esta manera estuvo tres dias en la calle pública sin atreverse á darle este socorro; sucedió á primero de Diciembre de este año. Alborotada la ciudad con este hecho y todo el Reino, á cuyos pueblos pasó volando su temeridad, se dieron por entendidos del intento de los nobles y de las pláticas públicas que á lento paso habian corrido por la tierra. Sabido esto por la Princesa gobernadora, la alteró mucho por la calidad y resolucion de los que se habian metido en el caso, y puso en cuidado por todo lo referido á sus criados y al conde de la Puebla, y discuriendo que el fuego que tanto se habia recelado y temido, y las sospechas que años há que habian corrido, comenzaban á brotar y querian abrasar el Reino; que aquel atrevimiento era para abandonar la obediencia, y que sin duda ninguna parece que querian iniciar el exceso de Cataluña, y que á la sombra de aquella puerta se abría esta otra, ménos brósa que hasta allí la Princesa, en las respuestas de los negociantes, con palabras más blandas y cariñosas, hizo saber á aquellos caballeros no pasase más

adelante el alboroto, que daba su palabra que no se trataría dél, ni del castigo, ni de otra satisfacción, y que lo alcanzaría así de S. M. Pero ellos, declarados una vez y arrojados á la desesperacion, comenzaron á fluctuar, azotados é impelidos de furiosas y diversas tempestades: comenzaron á levantar los pueblos y á alborotarlos á que tomasen las armas, y en tanto popular, alentados de la sedicion de la nobleza, acudidos de algunos, pasaron tres ó cuatro mil de ellos á Villaviciosa, asiento del duque de Berganza, y apellidando «Rey y viva D. Juan IV de Portugal,» se entraron por el lugar y rodearon la casa con notables voces, estruendo y alarido. Dicen que Doña Luisa de Guzman, duquesa de Berganza, hermana del duque de Medinasionia, sobresaltada del alboroto, se asomó á las ventanas con el Duque, y preguntándole qué ora aquello, respondió con hinchazon de portugués: «dánme lo que es meu» y mintió: declarado, pues, todo con la Duquesa, porque hasta allí se lo habian callado como secreto tan raro y de tanta importancia, y se lo comunicó. Quién dice que le pesó y quién que nó, ántes que entre las sombras y miedos del Duque, y del fin que no ignoraria, y el que todos saben que traición semejante arrastra sobre sí, que le animó y esforzó á llevar el caso adelante, dándole el consejo de mujer, que en materia de codicia y vanidad, como lo trae á desvelo, es el más tenaz y peligroso; y corrieron todos como rio arrabato que inunda tempestades. Sucedió esto, D. Rodrigo de Acuña, Arzobispo de Lisboa, á quien se atribuyó la mayor parte del todo de esta faccion, dando esta rigurosa contera á su edad, á su sangre, servicios y á la dignidad de Prelado, con el desembargador Copacio, fueron á la Princesa á deshora, y la dijeron que desembarcase la casa, porque ya tenían Rey: de que recibiendo un sobresalto sobre otro, y una pena tan grande sobre otra, dijo: «¡gracias á Dios que no he estado en parte donde no me han sucedido tales desdichas!» Acordándose, que por el casamiento con el duque de Mantua, por no haber quedado con hijo que sucediese en la casa Gonzaga, sino con hija, fué ocasion de las guerras que armó su padre Carlos,

duque de Saboya, por ambicion injusta del marquesado de Monferrato, y usurpado para sí, con no más ocasion que querer tener en tutela á su nieta, cuyas dependencias duran hasta hoy; y cuando la persecucion del Rey de Francia, Luis XIII, por afecia á España, encendido en la misma ambicion de enseñorear el Monferrato, de que hoy es violento usurpador, ni la dejó vivir en Mántua, ni que la admitiesen sus hermanos en Saboya; y desamparada de todos, como si fuera una mujer ordinaria, despojada de sus bienes, hasta del mismo lecho, peregrinando en su misma pátria, se valió del refugio de España, en los brazos del infante D. Fernando, su primo, que la acogió, eslimó, envió á España y á la Côte, do donde fué enviada al Gobierno de Portugal, quedando con este dolor la Princesa. Perdido el gobierno y el Reino, trató valerse del sagrado de un convento, cerca de Palacio, para defenderse de la furia popular y de sus insolencias; pero los alborotadores pretendieron al marqués de la Puebla, que la asistía y otros criados; aconectieron á dos galeras que estaban allí del Rey, y á algunos navíos que se aprestaban para el Brasil, á que habia ya ayudado S. M., para enviar Armada con ochocientos mil ducados al Reino; tomaronlas, y de los navíos algunos, y otros se escaparon; mataron los dos Capitanes de ellas; los que venian á Castilla, pasaron por Extremoz y Yelves, no poco atemorizados del caso; llevaron á Badajoz el suceso, no sin gran escándalo de todos: el Corregidor, para certificarle mejor, envió personas de confianza á Yelves, y halló que los Regimientos y Magistrados de aquella ciudad, altercaban sobre resolverse á dar la obediencia al duque de Berganza, mas que al fin vencieron los más, y públicamente levantaron los pendones por él.

Súpose esto en Castilla, vispera de Nuestra Señora de la Concepcion, certificándose verosíblemente con la falta del correo que no vino aquel día, ni se trajeron los lenguados y acedias de Portugal, que hasta allí habian sido certisimos por ayunar el Rey todas las fiestas de Nuestra Señora; y que el motín habia comenzado á primeros de Setiembre de este año,

y hacian cabezas de él el Arzobispo de Lisboa, como tengo dicho, y al marqués de Ferreira que tenia su casa en Evora, y á la antigua pasion del conde de Bumyoso, á la memoria de aquella cabeza que el rey D. Felipe II cortó á su tio por haber seguido obstinadamente el partido de D. Antonio, Prior de Ocrato, que se hallará en la historia de Gerónimo Franqui, en lo de la batalla de Felipe Estroz, en su libro de la *Union de Portugal á Castilla*. Espanitábanse mucho los que atendian á esta novedad de resolucion tan desacertada del Ferreira; sin embargo, de que Alvimoso le dan el primer lugar ó al Arzobispo Acuña: los que conocieron al marqués Ferreira, tan emparentado en Castilla, y con casa tan grande, y decian que habia vuelto despues de viudo á casarse otra vez, apeteciendo la alcúrnia de la primera mujer, hija de los condes de Altamira, de quien la segunda mujer, Doña Juana Pimentel, era sobrina, porque las madres eran hermanas, habiendo casado el marqués de Tabora con hija de los mismos Condes; era Doña Juana Pimentel, hermana del marqués de Tabora, el que fué virey de Navarra: tenia queja el Ferreira que en alguna de sus pretensiones habia sido mal despachado, causa que le precipitó á tan horrenda mudanza. Decian que escribia cartas á las Descalzas Reales ántes de la novedad, á las parientes de las dos mujeres, en que hablaba con libertad de las cosas de Castilla, engrandeciendo más de lo que era lícito al duque de Berganza, diciendo que no le conocian en Castilla; infringiendo ahora de aquí ó presumiendo que tenia mucha parte en este hecho.

El cuidado que dió al Rey y al mayor Ministro, fué el que no se puede encarecer, y el sentimiento de la Côte y del Reino, tanto, que les pareció que cuanto habian oido decir por congeturas y judiciarios se cumplia ahora, y que estaba sobre el Reino su fin y destruccion; comenzando por Levante y acabando en Poniente, en un Principado y en un Reino, y en dos principalísimas ciudades, escalas ambas y emporios, la una de Italia y la otra de la India Oriental.

Diego Suarez quedó aterrado de novedad tan descollada,

á quien no le podemos decir que fué pensada, pues ya lo oyó y lo temió; pero nadie creyó que llegara á tal punto, como hacer pedazos á su cuñado siendo valido: tanto les conviene á los Ministros ser humildes y corteses, y despreciar la soberbia y vanidad, alhajas inútiles y embarazosas para ser bien vistos. Hallóse defraudado del oficio y de las rentas, del que á no haberle hecho sin qué ni para qué del Consejo de Hacienda, quedara desnudo de todo abrigo, y no obstante, el presidente Alarcon, ahora retirado el valido, no le queria pagar, y vivia en gran conflicto, porque los servicios hechos en el Retiro no le servian de nada.

Levantaron en Extremoz y en las demas ciudades los pendones por el Duque, y todos los Consejos, Cámaras y Magistrados de Lisboa, sin discrepar ninguno, bajaron las cabezas y doblaron las rodillas por él, como lo tendrían insinuado: el Arzobispo de Lisboa dicen que andaba por las calles con un Cristo en las manos, luego que sucedió la muerte del Secretario, provocando al pueblo á levantarse y á seguir la opinion de lo comenzado, á mantenerla y sustentarla con las armas, á imitacion de los sediciosos de Barcelona; y que lo oyeron decir, cuando llevó el mensaje á la princesa Gonzaga, en la expulsion del gobierno y de Palacio: «salgamos de esta servidumbre.» Pero de tan flaco juicio, á mi ver, de tan poco fé y de ménos conciencia, que para engañar al pueblo y moverlo con más furia á la maldad, comenzada con máscara de religion, con el Cristo que llevaba en las manos, con arto y con la sutileza de un tornillo, que al mismo tiempo que daba las voces de la sedicion y del levantamiento, se le cayese un brazo al Cristo para hacer milagro de la traicion y arrastrar con esta falsa apariencia la verdadera fidelidad de los vasallos, para que corriesen más aprisa con las armas al favor de lo comenzado y á radicarle; y de aquí á los derramamientos de sangre, á los incendios y á la destruccion del Reino: feísima y abominable accion para un Prelado de aquellos años en los umbrales de la muerte, y para un pastor que habia de conducir aquel rebaño á los rediles de la paz y la

quietud. Tambien se dice, que dándole cuenta uno de los Probedados de aquella iglesia, pareciéndole que estaba ignorante del caso, y avisándole que para tal dia estaba resuelto el levantamiento con ánimo de que lo remediasse y se opusiese á los intentos de los traidores, el remedio fué decirle; «eso me digo delante de los señores,» y asíndole por la mano con engaño y angustia, le encerró en un aposento hasta que sucedió. De otro engaño notable se valió, para este mismo, un valiente sedicioso, un Canónigo de Urgel, del Principado de Cataluña, afecto de aquella rebelion; dejando para su lugar el referir más cosas de él: dicen que para irritar á los catalanes, atumultar sin omitir un punto de sosiego, y para que no entrasen ni admitiesen ningun asiento con el Rey en materia de reduccion, se valió de tan inhumano ardid, como el que acabamos de expresar ahora, y de los de la misma impiedad; y de él se cuenta, que tomó un muchacho y le herró en la cara, y se le puso delante á los catalanes para incitarlos á mayores atrocidades, y les dijo que de aquella manera le habian puesto los soldados alistados con los de Castilla, y que lo mismo harian de sus hijos. Esto pasó allí, y lo otro en Portugal; porque toda la tierra producía monstruos de sedicion, por culpa de peccados. Quejábase el Arzobispo de Lisboa, cuando volvió de Castilla, que los habian llamado al Retiro á él y á los demas Prelados de Portugal y hécholes una oracion reprehensiva, y tratádoles con ménos autoridad que á sacristanes, no siéndole dado á ningun hombre segar ni Ministro, por alto lugar que ocupe, reprender á las cabezas de la Iglesia, que son ungdos de Dios. Esto con tanto sentimiento suyo, que no le pudieron olvidar, y despues del tumulto, estas y otras cosas eclesiásticas y seculares, las publicaron en un manifiesto que dejaron correr por las fronteras de Castilla, y de ellas por todo el mundo para su defensa y descargo de lo cometido, que casi suena á lo que tenemos escrito. Tan abrasados tenian los ánimos á la desesperacion y tan despechados, que se valian de semejantes invenciones para romper las coyundas ó cortarlas, que tanto monta, por estarlos siempre infestando con pedidos, como lo

hace la Justicia con el delincuente; pero tambien se sabe del Arzobispo que dijo, hallando dificultades para que el Pontífico Urbano VIII aprobase la nueva eleccion de Rey, que si no la hacia seria forzoso volver á la enmienda y á la reduccion, y que á la hora de la muerte, donde las pasiones no reciben engaño, que el derecho de Portugal le tenia el Rey D. Felipe IV, y era su verdadero y natural señor. Los que hasta allí anduvieron recatados de la sedicion, se declararon, y andaban de una parte á otra, de un lugar á otro, conduciendo las Justicias y la gente á la obediencia del duque de Berganza, y que si quisiesen su propósito y resolucion; sin embargo de no creer el milagro del Arzobispo, teniéndole por tan vano como su cabeza, no queriendo Dios que pasase adelante, ni que se le hiciese á su esfige autor de engaños.

En la Córte de Castilla se hablaba váriamente, no sin sentimiento y congoja por los nuevos trabajos que les esperaban, y que habia de ser el remate de sus haciendas, y en Palacio, de la misma manera. Trujeron á la Torreçilla, donde el Rey despatchaba, la carta de la descripción de Portugal, de Tejeira, y por allí comenzaron á reconocer y estudiar el Reino, como si no le hubieran tenido; no le supieron conservar, y buscábalo en el papel como si hubiera sido de humo; y así paso: inquietan sus ciudades, fortalezas y puertos de mar, el curso y jornadas, sus quatro más celebrados rios, á Guadiana y al Miño, que le circundan y cierran, el uno por la Andalucía y el otro por Galicia; á Tajo, que le atraviesa por medio, bañando su mayor ciudad, por donde le entran las mayores y mejores riquezas del orbe, y á Duero que hace la comarca de Beira, y despues lo que llaman entre Duero y Miño; y además de esto se discurría por dónde habia de ser entrado, del asiento de los confidentes; y comenzaron á moverlos á que levantasen gente, atendiesen á la frontera y á los movimientos de los portugueses, porque ya el de Berganza, á seis de Setiembre, habia hecho su entrada en Lisboa, y recibido como Rey. Los que eran dados á la leccion de buenas letras, y otros con más ostentacion de libros que de noticias, sacaron al diligentísimo

y admirable historiador, Gerónimo Franqui, en su libro *Union de Portugal á Castilla*, para ver cómo se encaminó, con qué ingenio y con qué arte, la conduccion de aquel Reino, cómo se hizo la guerra, por qué partes, con qué armas, con qué gente y con qué número de galeras; providencia que nos faltaba ahora por estar muy fallidos de armadas y de marineros, y de un hombre tan señalado como el marqués de Santa Cruz, y de otro General de tierra, como el Don Fernando. De aquí pasaron los más diligentes en historias á investigar la sucesion del Reino, el derecho que pretendia obtener el duque de Berganza, y el que él ahora con el resto de los nobles queria insinuar al mundo y á todos los Príncipes de la Europa, para mantenerse en la usurpacion; y los más bachilleres, y que presumian trascender el derecho, le daban al duque de Parua, sin atender que estas pláticas son muy peligrosas, ocasiones de guerras y de liga, como poco há las vimos en Italia, no necesitando de más, por las muchas que nos cercan en detrimento de la Monarquía; diciendo, que Doña Maria, hija del infante D. Duarte, y éste del rey D. Manuel, era mayor que Doña Catalina, abuela del duque de Berganza. Pero dejando ahora estos muchos litigios y debates, el rey D. Felipe II le tuvo derechamente por sangro y por sucesion, por hijo de la Emperatriz Doña Isabel, su madre, hija del rey D. Manuel, de Portugal, como lo declaró resueltamente el Rey Cardenal, su tio, y mucho más arriba, por Doña Beatriz, hija de D. Fernando de Portugal, jurada en aquel Reino, que casó con D. Juan I de Castilla, cuyo hijo y sucesor de aquel Reino fué D. Enrique III, rey de Castilla, de quien desciendo derechamente el rey Católico, D. Felipe IV, tiranizando el Reino de Portugal á D. Enrique, D. Juan Macstre de Avis, espúreo y bastardo; tocando á nuestro Rey mucho más adelante, otros muchos y legales derechos, y así lo sintieron los Doctores y Letrados de nuestras escuelas, no sólo de las de España sino de Italia, como Bolonia y otras de escogida opinion; y él lo hizo, ántes de mover las armas, comunicar con muchos religiosos de las más graves religiones, como la de Santo Do-

mingo y otras, pero de los más insignes Padres de la Compañía de Jesús, que de un parecer y acuerdo sinieron igualmente que el rey D. Felipe II tonia la verdadera accion y lo competía sin hacer ultraje á otro Príncipe; no sé cómo á una religion tan ilustre y adornada de sujetos maravillosos, puede decir lo contrario ni predicarlo en los púlpitos, ni favorecer con su dictámen cosa tan fuera de razon y de justicia.

Habiendo reducido, pues, á la rebelion y á seguir el partido de los nobles á todos los Consejos y Magistrados, y ellos cooperando en ella, y dado la obediencia al Berganza, como tambien lo hicieron los Alcaldes de villas y castillos; no pudiendo por ningun caso tener en la Corte de Castilla el Rey ni el Ministro noticia del estado del Reino, lo que estaba por el Duque y lo que se mantenía en fidelidad por el Rey; llegó una carta de D. Fernando Mascareñas, preso en el castillo de San Tian, sobre el proceder que habia tenido con los holandeses con la armada que le dieron para el Brasil, si tenia órden de pelear con ellos ó no, ó si perder la armada en estos trances y debates, y si le debía conservar; finalmente, decia que estando en el castillo le escribieron un papel los sediciosos de Lisboa, dándole cuenta del estado que tenia la ciudad y el Reino, y que le avisaban que si queria salir de la prison y de la fatiga en que estaba se viniese á juntar con ellos, y que habiendo entendido la traicion de los demas, y que le querian meter en ella, avisó á D. Francisco de la Cueva, que tenia de Gobernador en interin el castillo á su cargo, que cerrase las puertas, porque Lisboa estaba alborotada y todo el Reino, y que habian de venir á quitársele y combátrle con gente, como ya lo andaban procurando: que dió esta carta para que la diesen en Galicia, y encaminasen á las manos de S. M., avisando del caso y de su lealtad, á la gente que salia en un patache para la barra de Lisboa, la vuelta de Vizcaya, quedando allí para servirle. Llegó la carta á las manos del Rey, alegrándose mucho que plaza tan importante estuviese por él; pero añadióse luego á esto la comun desdicha y general condicion, y que se tuvo porque Doña Ana María

Manrique, duquesa de Avero, hizo todos sus esfuerzos por mantener aquel puesto en el servicio del Rey, y metió al Duque, su hijo, niño y de poca edad, en el castillo, resguardado de un Capitan de valor que habia militado en Flándes, y de trescientos mosqueteros, y ella se recogió en un Convento; pero todo lo que se podia conservar estaba sin gente, sin municiones y sin bastimentos. A esta carta se seguian otras de particulares, en que decian estaba por el Rey todo el Algarbe, mas tambien, en que Portalegre habia levantado pendon por el Berganza, manteniéndose otrosí en fidelidad Castel de Ovide, lugar de mil vecinos cerca de sus contornos, y le queria constreñir á la tiranía y rebelion; mas él se defendía, diciendo que no conocia otro señor que al rey D. Felipe IV; proseguian entre Duero y Miño algunas plazas constantes, y que Oporto y Viana no habian doblado la cerviz: con que recurrieron al mapa, á reconocer estos lugares, sus asientos y confines, alegrándose de que le hubiese quedado algo á quien lo tenia todo: que tales son la condicion y los estados de los Reinos, y tan flexibles y quebradizos. Despacharon luego correo al duque de Medinasionia; y al de Nájera, General de la armada Real del Océano, se le decia que con los navios que pudiesen á toda diligencia, metiendo en ellos infantería, municiones y vituallas, pasasen á socorrer á San Tian, y la metieran dentro. Lo mismo se escribió al marqués de Valparaíso, Gobernador de Galicia, para que por su parte lo hiciese. Metió alguna gente en Oporto y en Viana, y alisando la más que pudo y la que tenia en la Coruña para pasar á Flándes, divirtiéndonos nuevas desdichas los socorros para aquella tan importante y más que necesaria guerra, por tener ya en aquellos Estados, no un enemigo, sino dos bien poderosos, que los querian tragar. Se puso en la frontera, en el lugar de Tuy, con ocho mil infantes y quinientos caballos como él lo avisó, pero todo esto en breve espacio, se despreció y siguió la derrota que los demas. El Algarbe se entregó á las cabezas de los conjurados; forzaron á Setubal á cuchilladas, y lo mismo, al castillo; Oporto y Viana abrió las puertas, y lo mismo hicieron

los de Castel de Avis, que presumieron blasonar de cons-
tantes, acabándolo todo con el hierro: de esta manera reduje-
ron todo el Reino. A D. Fernando Mascareñas, no obstante, que
por el aviso, por la fidelidad y conservación de San Tian, le
hicieron Marqués, y esperaron ver grandes cosas de materia
de mantenerse en el Reino por el Rey; mas los bulliciosos,
por enseñorearse del castillo y atraer á sí al Mascareñas, y
que cooperase con ellos en la escuela de la traicion, le envia-
ron á decir que por residencia de Castilla, sobre la jornada
del Brasil, andaba su cabeza en balanza, y que por lo hecho y
haber escrito tambien al Rey de Castilla, lo estaba tambien;
que se dejase de esperanzas vanas y siguiese su partido, que
era lo que le convenia; y al D. Francisco de la Cueva, que
tenia el castillo, le ofrecieron por que se rindiese un hábito de
Cristo, 2.000 ducados de renta y las quintas del Secretario
muerto; con que el villano le entregó como ruin castellano,
sin embargo de que dicen estaba casado con una portuguesa.
El Mascareñas siguió las huellas de los demas, acumulándole
estos buenos oficios y leales diligencias al conde de Ovidos,
que casó en Castilla y en Palacio con Doña Juana de la Cue-
va, hermana de la duquesa de Terranova, ambas poco afortu-
nadas en matrimonios.

Cuando el Arzobispo de Lisboa, Acuña, andaba diligente en
la conmovion del pueblo, dicen que el Arzobispo de Braga lo
envió á decir que mirase lo que hacia, que no se moviese en
más que gobernar sus ovejas; pero tambien el Arzobispo, to-
cado del contagio, volvió la casaca; y del de Lisboa se cuenta,
que en el cenotafio de su sepulcro, entre otras cosas que
habia puesto en él antes de venir á la Córte (en que aquella
nacion adolece grandemente, por revelar á la posteridad los
incentivos de su condicion y otras calidades.) entre las demas
dicen tenia puesta una en que decia que jamás habia estado
en Castilla: en la aversion se podia haber conocido el ánimo
para fiar poco de él. Estaba el Berganza esperando en Villavi-
ciosa á que fuese llamado á Lisboa á recibir la Corona, no
habiendo Señor, Título, Arzobispo, Obispo ni Prelado, villa ni

fortaleza que no estuviese por él; solo la casa de Avero y otras
dos ó tres que referiremos despues: de todo esto se tenia no-
ticia ya individual en Castilla por la córte y en Palacio, no
sin lástima de todos por la mucha aslccion que causaba en
todas partes, aunque no á los enemigos. Relieren tambien, que
el Duque y la Duquesa comieron un dia en público, y que la
Duquesa mostraba sentimientos del suceso, y que tenia los
ojos bajos: yo digo que era de la sensacion en que la ponía
en la dignidad. Pero en tan grande cúmulo de desdichas, cui-
dados y fatigas, el mayor remedio que se obró en medio de
ellas para obrarlas, fué publicarse sin empacho de los afligi-
dos y desmedrados, despues de haber buscado un hombre de
letras y de sangre para una hija del secretario Carnero de su
primera mujer, criada de la Condesa, para casarla con él le
dieron una plaza, no de Alcalde de Galicia ó de Navarra,
como dan á los demas beneméritos para principio de servi-
cios, sino de Oidor en Granada, dándole por andadas las es-
taciones para ascender con brevedad á la córte, cuando las
de la Cámara de la Reina, á quien toca oficios semejantes para
tomar estado, las tenian desavisadas de estos honores y con
junta particular.

Llamó la ciudad de Lisboa al duque de Berganza para co-
ronarle; pasó á ella á seis de Setiembre, y entró en ella con
soldados de guarda: el marqués de Ferreira, á quien hacian su
privado y la audiencia, le habia llevado, y á muchos nobles;
aclamándole el pueblo, fué recibido en aquella ciudad y co-
ronado en teatro público. Quisieronle hacer fiestas, y rolieren
que dijo, no aceptándolas, se oмпleasc aquel gasto en armas,
en pólvora, cuerda y balas, y enseñándoles el vestido llano,
que se vistiesen de las jerguillas y paños del Reino, y despre-
ciasen las sedas y terciopelos de Castilla, mostrándose el
Ferreira muy dueño y muy falso de aquella representacion,
do aquel delirio de libertad y de mando si le fuera duradero,
abandonando las prendas carísimas de la tranquilidad, del
ánimo y de la fidelidad; pero ya esto no quieren que sea de-
lito. Hizo á Francisco de Lucena, Secretario de Estado, que

años há le quitaron en Castilla echándole de ella, que dieron á Diego Suarez, restituyéndole al que tenía y desgravándole; viéndose en algunos pasaportes del Berganza en Castilla, por mando del Rey Francisco de Lucena, incluso en la lista de los traidores, quizás satisfecho por haberle echado afrentosamente; pero dijo á su primogénito pretendiente en la corte, expuesto á mil trabajos, preso en la cárcel pública sobre este caso, «quién podrá atinar las mudanzas de la vida humana!» Este estaba en Castilla entronizado en aquella dignidad, fué derribado de ella, por lo que áun no le plugo: las mudanzas han sido tales, que el otro le volvió á poner en ella, en su misma patria, donde estaba en baja fortuna también, por lo que le plugo, deshaciendo aquel agravio, si lo fué á la verdad: era soberbio y vano, yo le conocí, y entonado, condiciones de portugueses, que por naturales de la patria no parecieron tan feas como en Castilla, y aquí si era limpio de manos ó no lo era, ó si censuraba las acciones del privado y del Gobierno; lo demas y su fin desastrado, pero fiel, se verá en los comentarios. Trató el Berganza y los principales del Reino de jurar por príncipe de Portugal á su hijo primogénito, con que los demas tomarian títulos de infantes. Blasfemaban en Castilla los Señores, los Ministros y todo el pueblo de estos títulos; llamaban al duque de Berganza, á todos sus aliados y secuaces, traidores, perjuros, porque juraron al Rey el año de seiscientos y diez y nueve, por el mes de Julio en el Palacio real de la Ribera, y el fué el primero que le juró, estando su padre en el solio, en pie y descubierta con el estoque: no se hablaba de otra cosa en todas las conversaciones y corrillos, sintiendo del peor que de un hombro bajo, sin caérseles el nombre de traidor y perjurio de la boca; pero en esto de traidor, si pudiésemos meter la mano á alguno en el corazon, y lo que hay en él saliera pegado con letras á los dedos, ó esta enfermedad como otras saliese á los lábios, qué de cosas veriamos en ellos que nos hiciera abominables y no tan feas á los que vituperamos! porque gran delito es poner á los vasallos en semejantes riesgos. Era cosa notable ver en

Castilla á los portugueses que habian venido á ella por órden del Ministro, algunos viejos, desamparados de sus casas y haciendas, sin hallar remedio, hasta que obró la piedad del Rey, mandándolos socorrer, así Prelados como á los Titulos y Fidalgos, en que se distribuian cada mes pasados de sesenta mil ducados: accion justa, loable y bien vista, si bien la continuacion de las guerras y la baja de la moneda de vellon hizo quebrar de este socorro, en que muchos andaban ya perdidos, y de Señores bajaron á escuderos, y á tratarse como hombres ordinarios; cuyo arrepentimiento y sollozos, y á tratarse como hombres necesidad y miseria en que habian caido, no es fácil de ponderar. Teníase mucha cuenta de los que pasaban de acá para allá, y los prendian y quitaban lo que llevaban; los estudios que quó habia en Salamanca, casi todos hebreos, porque las escuelas de aquel Reino, como Coimbra, Evora y otras, no los admitian, luégo que pasó á aquella celeberrima ciudad y Universidad la rebelion, limpiando los morriones, las pistolas y afilando las espadas, salieron juntos con alarido increíble y con vocería como de cuervos, y partieron para sus casas, dañando en el camino y robando cuanto topaban, saqueando los lugares abiertos, y llevándose los ganados que pacentaban en la frontera. En Lisboa, obrando la tiranía y la potestad que ya reinaba, fueron á casa del conde de Puertalegre, marqués de Gobeá, el conde de Taroca y compeliéndoles á que viniesen á Palacio á besar la mano al Berganza, y al primero lo animaron que viniese á servir su oficio de Mayordomo mayor, y resistiéndose los sacaron de sus casas descompucadamente, los que ántes vivian en ellas con la autoridad y decoro y eran respetados; que tales mudanzas se hallan en la fortuna y en el caduco de los tiempos, y en la variedad de artifices en el Gobierno; y los llevaron por las calles públicas á pié, sin sombreros ni capas, á empujones y arrastrándolos; decian los que los llevaban, para esforzar aquella intrusa regencia: «¡viva D. Juan IV!» El marqués de Govea, el conde de Taroca decian no, sino el rey D. Felipe IV, nuestro señor, y en esta forma procedian los furros y arrebatamientos de aquel Reino, pro-

curando conducir lo que faltaba de la nobleza al sentir de los demas, porque todos fuesen unos en el delito. Avisaron al de Portugalre, marqués de Govea, que si dentro de tres dias no venia á Palacio á servir su oficio de Mayordomo mayor lo quemarian la casa; con que no aspiraron al verdadero honor de la fidelidad á su Príncipe: cedió flacamente á la ira de los tiempos y dobló la cabeza al tirano, porque esto de dar la vida, la mujer, los hijos, la casa, la hacienda, aunque lo demas sea cosa de romanos y gentiles, y nos vayan dejando tanta finca, lo de mártires es solo para Dios y para la corona de la eternidad. Sirvió este caballero en Flandes y fué hermano de D. Felipe de Silva: habia servido al Rey quince ó diez y seis años de Gentil-hombre de la Cámara, con necesidad, y cuando la manifestó y que se la remediaron ó le dieron licencia para ir á su casa, se la dieron, de cuya liberalidad hizo reparo y se volvió á quedar, basta que arrojado de diversas tempestades con el suceso del marqués del Aguila, hijo del marqués de Montemayor en Palacio, con D. Julio de Herrera, criado del valido y portarse como Silva, por deshacer el entuerto, despues de preso y desterrado lo hubo de hacer desfavorcido, y sin hacer entarrientos por haber sentido con seriedad de aquel atrevimiento, hasta que vió la cara á este suceso, esporando, como yo lo creo, á que mayor potencia, con la valentía de su brazo y con los ejércitos restituyese en la antigua fidelidad al Marqués. Sin embargo, se dijo que desandando el de Villarreal y su hijo el duque de Camiña, parecer vasallos y criados, juntaron algunos caballeros, los que le parecieron mas fieles, y que desandando tomar una calle y la voz por el Rey, y volver á Lisboa á la fé que ántes tenia, cuando lo fué á hacer, dicen que no halló á nadie á su lado, y que viéndose desayudado cedió á mayor esperanza y mejor ocasion, si bien fatal, porque despues pagaron padre é hijo con las cabezas y los que los siguieron; casa grande en aquel Reino y consorte de Reyes, y manteniéndose tambien en la lealtad de buen vasallo, entraron en su casa y le dijeron que si no iba á besar la mano al Berganza traian orden para cor-

tarlo la cabeza, sin darle más tiempo que para poderse confesar, y tambien rindió la cerviz á la necesidad: en esta forma pasaron á reducir á los demas si los habia, repartiéndose los oficios, las dignidades, las haciendas y las encomiendas de los ausentes y de los que estaban en Castilla y fué el Reino: de un varon verdaderamente trabajado, no podemos dejar de hacer mención, que habiendo nacido con fortuna en ambas provincias, parece que en el medio y en el fin, ó en lo posterior de sus años, le ha vuelto la cara y le ha hecho ceño, quien le vió arrojado de Palacio y de Gentil-hombre de la Cámara, enviado á Portugal con achaque de hacer armadas para Oriente, amigo ántes del valido, y despues émulo por poco afecto á las ocasiones del Gobierno, murmurador, resistenciándolas, y despues do llamado de allí, enviádole á ser Embajador perpétuo de Roma, apartándolo de los infantes Carlos y Fernando, por disponerlos mal con el Ministro; así se temió ó se presumia, y habiéndolo dado Dios hacienda en Portugal, y el rey D. Felipe III la Encomienda mayor de Alcántara en Castilla, que tuvo su padre, de valor de diez mil ducados de renta, la injuria de los tiempos, un poderoso convalimiento se la quitó, contra muy grande voluntad suya, si bien se la recompensó en Portugal con la mayor de *Christus*. Otras á este suceso, y la mudanza del Reino y sus trabajos, ni le dejaron para portugués ni para castellano, ni para criado, porque el sueldo de la Embajada que se paga por el reino de Nápoles, por hacerle más vejacion, no se la pagaban, mostrando aquí la pasion los de la sangre, como el conde de Monterey y el duque de Medina de las Torres, vireyes de Nápoles; y si le hubieran dejado cuanto quiera de las cosas se le hubieran trocado ó trasegado en su patria, le hubieran quedado diez mil ducados de renta en Castilla, á que se hubieran arrimado él y sus hijos, que hoy andan peregrinos por la Europa; esto, verdaderamente es ser trabajado, perseguido, cosas que toma Dios por su cuenta, y permite los castigos y las deposiciones de Reinos y de provincias, y éste es el marqués de Castel-Rodrigo, hijo de D. Cristóbal de Mora, privado que

fué del rey D. Felipe II, en lo más prudencial de sus años que áun han desconfiado de él en Roma por vecino al mar Mediterráneo, que por el estrecho gaditano se puede pasar á Portugal, y por este recelo le enviaron por Plenipotenciario á Alemania, á la Dieta de aquellos Príncipes, y á mediar en la paz de la Europa; pero áun todavía peregrinó sin remuneración en sus trabajos. Repartió el Berganza, como digo, entre los portugueses que le habían ensalzado, las cosas del Reino; hizo al marqués de Ferreira Caballerizo mayor, y á su mujer, Camarera de la Duquesa, y dicen que ella lo rehusó, y eran primas: cosa para pasmar que la desesperación pudiese tanto, que los hombres grandes se humillasen á un igual suyo, le prestasen obediencia, doblasen la rodilla y levantasen la mano. Eran, como dije, ambas á dos primas segundas, porquo Doña Luisa de Guzman, duquesa de Berganza, hija de Doña Catalina Sandoval, hija del duque de Lerma, que casó con el Conde de Niebla, que despues fué duque de Medinasionia, y Doña Juana Pimentel, marquesa de Ferreira, hija del marqués de Tabara, y nieta de la marquesa de Altamira, hermana del duque de Lerma. De estos sucesos de Portugal, del repartimiento de las mercedes, y de los oficios, cuando se dejaron sentir los apercebimientos de Castilla para la restauracion, refieren que decia el pueblo, por los trabajos que les esperaban: «repartense los hidalgos las encomiendas, y déjannos á nosotros la guerra.»

En tan grande miseria y calamidad de accidentos y de infortunios en que el Reino se veia fracasar, demás de lo do afuera; cuando los más alentados varones parece que esperaban el remedio de males tan grandes, y que daba voces la razon y la justicia, se esperaba mudar de consejo y que se abrieran los ojos á más saludables progresos de Gobierno, suspendiéndose los Ministros de los tributos y la Junta de ellos, y dejando de las manos los instrumentos que le habían abierto las zanjias y conducido á su fin, y que estaba dando boqueadas, viendo que ya todo se acababa, y que el Reino de Portugal, atendiendo que se perdía lo demas, queria resarcir la

plaga de su ruina; cuando, como digo, habían parado los tributos, y que el de los fuegos, casas y censos se había mitigado por aviso y amonestaciones que de todo el Reino se tenían, como de Sevilla, de quien escribió el duque de Salviaierra que haria cuanto pudiese, mas que la ciudad lo tomaba á mal, y otras muchas como Córdoba, Leon, Toledo y todas; llegando á esta hora la nueva del paso del ejército, por el Coll de Balaguer, dándosele ya todo por ganado y concluido, reforzaron con nueva órden que pasasen los tributos; mas cuando supieron tambien la entrega de San Tian, y cuán derrotado iba lo de Portugal, y que no le había quedado al Rey ni una almena, ni un vasallo, no queriendo áun con liberalidad dar aquel consuelo á Castilla, mandaron tíbiamente que se suspendiesen los tributos por entónces, miéntras se buscaban otros arbitrios donde sacar aquel dinoro, y que se estuviése en su ser el crecimiento del vino, dejando la necesidad en el peso que ántes: de que vino el Reino de Castilla, el de Leon, que eran los mismos que verificaban estas crueldades y escándalos, y se cubriar las manos de las pielos fingidas y los hallaban á todos semblantes como buenos, lisonjeros á lo lícito y á lo que no lo era, sin hacer diferencia del mejor y de lo más útil al bien público, á dar gracias al Rey por ello en pública audiencia, de parte de los Reinos. Despues, pensando el pueblo que la humanidad abria los ojos y ocsaban las calamidades hasta allí contraidas en tantos años, buscando nuevos modos para sacar dinero, trataron de subir el vellon, y para esto que no pasase adelante el pedido del con-sumo; haciendo esta virtud y alivio cuando se había pagado gran parte de aquello que ellos habían menester; tambien hicieron que los diesen gracias de parte del Reino, y durando esto muy poco, porque dijo un Escribano que apenas callaron ocho dias, porque dentro de muy poquitos le pidieron doscientos ducados y que no fuesen en vellon, y llevando el nuevo resello muy despacio, se daban mucha prisa á pedir la plata en grandes sumas; con que los pueblos volvieron á gritar y á prorrumpir impacientes; forzaban las justicias á los mer-

cadores, plateros, Escribanos y todo género de tratantes. Iba una Junta, por principal en ella á D. Luis de Haro, el marqués de la Hinojosa, y el proto-notario Villanueva, estos informados por los aranceles de los donativos y por los incusos en el tributo de la sal, cuyas casas estaban numeradas en las puertas, llamaban á los mozos de la corte y á los hombres de mayor edad y á los viejos de todas calidades, y los hacían una oración del estado que tenía S. M. y el Reino, y que en sus personas veían partes para irle á servir á la guerra de Portugal y acompañarle en la jornada; y que así se lo manifestaban. Todos respondieron, los mozos como tales, y los viejos algo más, y resueltos en el caso aquellos, que iban á servir á S. M., los otros que reparasen en la edad que tenían y en la falta de salud; estos querían que fuesen para caballo-ría, y que si despues pareciese por su edad no fuesen á propósito para la jornada, que diesen las armas y el caballo á otro, queriendo sacar de aquí particulares y sustitutos: y lo que ántes era quintar, ya los querían oprimir de manera, y apurarlos, que de tres había de servir el uno. Habían ya á los señores sacádoles infantería: quién daba mil, quién quinientos, y por aquí el que más podía; de suerte que el ejército se iba levantando á costa de los vasallos como era de uso, y el más principal negocio de esta era; y que el Rey saliese libre y sin costas, y que con los pedidos de empréstito, que solo se le pagasen los soldados en las plazas de armas. Habían ya encargado las de Algarbe al duque de Medinasionia, grandó é interesado en esta guerra, por ser cuñado del de Berganza; y á los demas señores de la Andalucía que acudiesen con gente y con armas á la frontera, á donde llamase la ocasión, al marqués de Villanueva del Rio y al del Fresno, y al de Alburquerque, por su parte; lo de Ciudad-Rodrigo, al duque de Alba, y lo de Zamora, al conde de Alba de Liste; lo de Galicia, que confina con el Miño, al marqués de Valparaiso, teniendo buen golpe de gente y alguna caballería, levantadas en Tuy. El ejército había de entrar por Badajoz arrojando á Tajo, para lo que se había hecho plaza de armas en Mérida, y

conducido allí todos los Capitanes reformados, dándoles dos pagas. Había sido de alivio, que ántes habían sacado mucha parte de la artillería de Portugal, y traídola á aquella plaza de armas: gran desacuerdo, si al principio se sintió alguna novedad, no haberlo remediado con una jornada de paz, ántes que de guerra, donde por la mayor parte es dudosa la fortuna, y validoso de algun medio prudencial; pasando á aquel Reino y sin declarar las sospechas, sacando de allí con ingeniosa traza lo que podía ser de escándalo y revolucion, hacer morced á los quejosos, quitarles los sentimientos, extinguir los agravios que lo tienen todo en balanza: con color de hacer una armada, pusiéramos el Reino en tranquilidad y los enemigos en desasosiego, así franceses como septentrionales, que para esto no era menester examinar, sino proceder con vigilancia y resolución en los tranques adversos, que no ha de ser todo daca el dinero, daca el hijo, daca el caballo, que es consumirlo todo.

Así los enemigos y los mal contentos procuraban ro-sarcir esta afectación de miseria y esto yugo pesadísimo, pero teníanos ya pendiente de un caballo lo de Cataluña, y no podíamos partarnos en tantas partes. Coronada, pues, la frontera y reclamado á los confinantes, hicieron General del ejército al conde de Monterey, que todo era para los de la carne y sangre, y todo lo saben ellos; pero el efecto era muy al contrario de la presunción: otros salen con el ejercicio de las escuelas políticas y militares, Ministros y soldados, y estos con solo el valimiento lo supieron todo; pero el Regente era poco amigo de desabrigarse, mandar en campo, ni salir fuera por no experimentar algun fracaso: los oficios habían sido todos, generalmente, que el medio tenía enervadas las resoluciones forzosas y más importantes para surtir con valor á los lancos más árdúos. Tenía licencia D. Diego Mejía, marqués de Legadés, para dejar el gobierno de Milán y venir á España á atender á la guerra de Cataluña, ó á todas guerras: decían estaba muy quebrantado de salud, que por esta causa se venia, y lo más principal, que estaba rico, y se quería venir á su casa y al

aplauzo de Palacio y al valimiento del primo. Quedó Milán y las armas á cargo del cardenal Tiburcio, Príncipe de muy buenas partes, y vasallo natural de aquel Estado, si bien á la vista el conde de Siruela, mozo, aunque de buen juicio; pero estas acciones quisiera yo que siempre se regulasen por el ejemplo de nuestros grandes Príncipes, y en tales Gobiernos, ó grandes soldados ó grandes señores de Castilla. Sicilia al presente nos está avisando de esto, como lo ha significado por el poco contento de los pueblos, los Magistrados y Gobernadores, pidiendo que les envíen un gran señor, hallados mal con D. Francisco Melo, ó con los que quedaron por el referido.

Ya en lo pasado hacían los portugueses, en cuanto podían, sus prevenciones de armas y de gentes, si bien las asistencias de á fuera á que habían reclamado no estaban prontas: habían enviado sus Embajadores á Francia y á aquel Rey; se hallaba obligado á acudir á muchas partes que le habían de servir de embarazo, á Inglaterra y á Holanda, y á otros Príncipes protestantes de Alemania, para que lo ayudasen; al Papa para que corriese con lo hecho, y á los demas potentados de Italia. Hubieron á las manos diez ó doce caballeros, que iban con estos mensajes por la industria de un mercadante genovés, que habiendo llevado un navío de trigo á Lisboa, y dado fondo el dia de la revolucion, queriendo alzarse con el trigo y no pagársele, se le fletaron, no obstante, para que llevase los Embajadores, que parte iban á Barcelona y parte á Roma, y á Venecia, y plegue á Dios que tambien no fuesen para el Turco, que los de Berberia ya los andaban solicitando para que hiciesen entrada por el Estrecho de Gibraltar, para volver otra vez, si no á pedir á España la Andalucía y Castilla, y que lo demas quedase con Francia, y otros mal alcetos. Salíó el navío de Lisboa, dando las velas á su viaje; y con ánimo de vengarse el genovés y de satisfacerse de la injuria, en llegando á la vista de Cartagena, dijo tenia necesidad de enviar el esquite á aquella ciudad, á ajustar con algunos mercaderes cosa de su contratación: despachó al Corregidor de aquella ciudad, dándole cuenta del suceso, que no se detuviése, que

armase con velocidad un bergantín y le embistiese, que él no llevaba más de dos piezas de artillería, y que esas las clavaria; que era la presa de importancia, por ser gente noble y caballeros de hábito. Ejecutólo el Corregidor, movió en un bergantín cincuenta hombres, salió á la mar y cerró con el navío: los portugueses reconociendo el daño, echando mano de la artillería y ballándola clavada, creyeron tambien que el genovés habia dado la traza de su prision, por la mala correspondencia que con él se habia tenido en Lisboa, queriéndole quitar el trigo; asieron de un pedrero y disparándole hirieron algunos del bergantín; pero ellos subieron al navío, prendieron á los portugueses, lleváronlos á Cartagena, y el Corregidor los cometió al de Murcia, esperándolos por horas en la corte para enterarse de la Embajada y castigarlos por traidores. Promiaron al genovés con cuatro mil ducados, satisfaciéndose de la tiranía de los nuevos ladrones; pero despues se averiguó que no era gente de consideracion, aunque traian las cruces militares, porque en aquel Reino las dan con facilidad, sin hacer reparo en la sangre, aunque sea hebrea; echaron los papeles y cartas que llevaban al mar. Pidió licencia la Princesa Gonzaga para escribir al Rey, y despues de haberlo hecho, la leyeron las cartas y se las tomaron para ver la intencion con que escribia, y descubrir por alli los intentos de Castilla, dándose á toda maldad y descortesía: tambien se introdujeron con ella que tratase de medios con el Rey y en el rescate de algunas personas que habian preso, como Alfonso de Lucena, hijo de Francisco de Lucena, el Secretario de Estado resituído, que despues cayó, y otros; para lo cual se envió á D. Pedro de la Mota, Mayordomo de la Princesa; mas el Rey, si bien fué informado de todo, no dió orejas á lo que se le pedia, recibiendo al D. Pedro sentado en su silla, escuchando la demanda como de vasallo traidor, porque á los Embajadores (esto para la buena inteligencia del lector) de los Príncipes los reciben en pié y con las ceremonias que ya saben los cortesanos, y mandó prender al D. Pedro, por haber aceptado cosa tan fuera de lo que convenia. Iban estos Emba-

jadores á persuadir á toda la Europa el derecho del Berganza á la Corona de Portugal, con un manifiesto publicado en el mundo, como si fueran á contender y disputar esta materia con Príncipes y Repúblicas ignorantes, las causas que les habian movido á hacer mudanza, y pedirles auxilio, armas, defensas y soldados: dijeron que precipitados querian sacar la artillería de Alcilla, Tánger y Ceuta, y que por que los moros tomasen por su cuenta la infestacion de la Andalucia, por trabajar las fuerzas que se levantaron allí y no las dejasen arribar al Algarbe, se las querian entregar; que daban á Inglaterra y Holanda las plazas que quedaban en el Brasil, las puertas y Gobiernos de Etiopia, y las de Levante que habia en la India, porque los socorriesen; pero el rey de Inglaterra estaba tan apartado de los suyos por las causas referidas, que no habian de poder hacer con él ningun partido, porque los Parlamentos de Inglaterra, por supeditarlos, le querian quitar la Corona, rechazándolo todo aquello á República, tratando los herejes de casar una hija del rey Carlos, con hijo del Príncipe de Orange, por no dar lugar á los casamientos con España, como si se hubieran de hacer, aunque se trataran; ántes es buena materia de Estado contemporizar con todos, y ejecutar á la postre lo mejor. Ayudaban el intento prácticas ambiguas, con que se traían suspensos á los indignos, como sucedió con María Augusta, destinada para Príncipe católico, y superior á los demas; pero, en la verdad, no era éste el pretexto, y el Berganza pedia tambien, juntamente con lo ofrecido, para asirse á los auxilios, á una hija del príncipe de Orange, para casar con su hijo, meter prendas en la alianza y afirmarse en lo comenzado; materias todas perjudiciales, y que prometian nuevos rumores en España. Al rey de Francia no habia que ofrecerle nada, porque lo quiere todo, ó lo esperaba de su diligencia, y no se contentaria con alguna parte.

Tenia siempre levantada la espada contra la casa de Austria, queria concluir con el País-Bajo, y cargar este año á Santander y á Dunquerque, invadir á Navarra con un poderoso ejército, á la sombra de las turbaciones de España y de sus

discordias; mas Dios era el defensor, y no lo dejó llevar tan adelante los pensamientos, aunque corrían sobre nuestro Reino como un raudal desatado, porque fuesen tres los enemigos de su perdicion, sin tener recurso á recobrase á la felicidad que ántes tenia. Pero lo de Portugal, si bien estaba todo por el Berganza, aunque para bajarse los movedores, para mantenerse en la rebelion, se discurió ser dificultoso, que no habian de poder pasar adelante por faltarles todo, no tener caballería y la gente de la tierra mal contenta, la nobleza no habia de poder durar en gobierno adúltero y bastardo, enajenado de su natural Príncipe, y tampoco habian de poder tolerar un igual suyo, menguado, de ningun valor ni magnificencia: últimamente, la pérdida en que habian de entrar los mercaderes y hombres de negocios, por la falta del comercio de Castilla; cerrados los puertos secos de donde aquel Reino tiene todas sus riquezas, despachando en él y vendiendo todas las que le vienen de Oriente, cuya necesidad habia de meter en general desconsuelo y miseria, toda la tierra se habia de alborotar y reclamar á lo de ántes, sin poder pasar adelante con el nuevo y reciente Gobierno, á ejemplo de Inglaterra, que desecha la paz, como se vió los años pasados con España, por las causas en los libros pasados referidas, la falta del comercio, la necesidad y quiebra de los mercaderes, hizo no poderse mantener mucho tiempo en la desunion y volvieron con brevedad y diligencia á los tratados de paz; y finalmente, el Berganza y los demas portugueses, por confirmarse en la rebeldía, pretendian manchar su sangre y la grande cristiandad de aquel Reino, casando y contratando con herejes, menospreciando la religion y la luz de la eternidad, por la traicion y la tiranía, hacian estas cosas y otros desatinos, sin atender que todos eran traidores. Avisaron de Castilla á todas estas partes, á las ciudades de fortalezas, castillos y Gobernadores, que estuviesen alerta, conservasen la fe, y no se dejasen llevar del delirio de sus compatriotas, y en esta forma á las Islas Terceras, á las Canarias, y á todo lo que hay en Africa por ambos costados, y á todo el Oriente;

mas todo flaqueaba por la naturaleza y pasión de los nue-
tros, si bien hasta ahora en muchas partes no se había hecho
mudanza en todo aquello que se ha podido entender, conser-
vándose en la fe del Príncipe y señor natural, algo mejor que
algunos castellanos, dando mala cuenta de lo que estaba á su
cargo, como el castillo de San Tian, entregándole infamo-
mente. Llegando un religioso portugués á Lisboa, refirió que
le dijeron en Angola: «¿vais á Portugal? y dijo él que sí; y re-
plicó el portugués: «cuando lleguéis á ella ya hallareis Rey»
no con poca admiración, que cosa que con tanta claridad cor-
ricio por el orbe de la tierra, siendo preciso sabiese en Cas-
tilla, pues se sabía en Etiopía, no se remediasse á su tiempo y
en sazón.

Habian mandado en Lisboa y en todas las demas ciu-
dades, que todos los que llegasen á doce años, ciñesen es-
padas, no permitiéndoseles á la gente que había allí de Cas-
tilla, ántes se echó bando público, que al anochecer no an-
duviesen por las calles, presumiéndose de ambas partes, como
los romanos y lavinos, á combatir padres contra hijos, her-
manos contra hermanos, parientes contra parientes; unos por
recobrar la patria, y otros por sacudir el yugo; pero entro
tantos cuidados como asigian los espiritus de los verdaderos
vasallos, discurriendo como se debe del estado de Flandes y
del que tenía aquel Príncipe que los gobernaba, falido de
fuerzas y de auxilios para contender con dos poderosos ene-
migos y cercanos á sus presidios; era muy de ponderar. Demás
de esto, los trabajos de Alemania, si bien se decía que fenecida
la Dieta querían los Electores del Sacro y Romano Impe-
rio y el César hacer entrada en Francia, á tomar satisfacción
de las hostilidades cometidas, y pasaban adelante discurrien-
do el estado de la Alsacia, el de Borgoña, el de Italia (en
cuanto á este año digo), el que tenía España por Levante y
Poniente, despues de no dejar de acudir á todo; pero ya no
basta como se sospecha, por las calamidades en que nos ve-
mos. Sin embargo, es menester hacer buen esfuerzo para que
no logre el ardentísimo deseo y envejecido de los franceses,

do hacer entrada por Navarra como se teme, en tiempo que
no tiene un hombre ni hay defensa en todo aquel Reino ni en
Cantábría, por haber llegado la gente á Cataluña y tener el
rey de Francia en Bayona ocho mil infantes y mil caballos:
la disposición, si él la hubiera trabajado con todas sus fuerzas,
no podia ser mayor ni más á gusto; mas ¡hay dolor, que se
lo hemos preparado y ocasionado por nuestro mismo consejo,
y solicitado nuestra ruina y abierto campo á los enemigos!
Para ello con el suceso de Portugal, la jornada que tanto se
había voceado para Cataluña, pasó y se publicó para la recu-
peración de aquel Reino, y de la una y de la otra siempre ho-
yenido desconfiado: aquella nunca la creí, por parecerme no
era acertado poner al Rey en tan manifiesto peligro de su sa-
lud, y áun cuando fuera en la tierra de los vecinos, como en
Aragon y en Valencia, me lo parecia, por no estar aquellos
vasallos sazonados como despues (aunque se consiguió alguna
honra,) se probó, y en tiempo que todo es tumultuar y que
lo han ocasionado las imposiciones y volverlas á refrescar
cuando ellos sufren y llevan de mala gana lo que poco há pa-
gaban, y que las pretenden sacudir y echar de sí. Dificul-
tosa es la determinación, aunque precisa, por ser muy nece-
saria la presencia del Rey en las grandes necesidades; pero
como ya los Príncipes no los permite la razon de Estado que
sean audaces á las empresas, ni el ser los primeros en ellas
para alterar los vasallos, ahora enseña la prudencia y hace
fuerza, que en la vía del Príncipe consiste la conservación y
complemento de todo; mas no cuando se pierdo por esta
causa, si no ha de ser más que para solamente hacerse y hacer
alto en lugar fuerte, es poca providencia para tan grande ne-
cesidad; mas al fin, mantiene y conserva los flacos de vida á
la empresa y á los intentos. Si la fortuna se prefriere á tanto y
los cuidados y fatigas surten á los aciertos, pasada la tempe-
stad, y allanados los inconvenientes, es gran cosa ascender á
la alteza de la reputación; es tambien pasar á soseñar los
desabrimientos, las descomodidades de los súbditos con hacer
morece, honrar, perdonar, extinguir agravios y deshacerlos,

y dejar las cosas en mayor altura y felicidad y en más segura confianza que ántes; pero habiéndolos tratado tan ásperamente, y habiendo sido tan copioso el diluvio de los tributos, y no haber dejado ánimo para nada, y el Gobierno poco alentado para jornadas, cosa que muchas veces ó todas es lo más importante, es salir para dar aliento y resucitar vasallos tibios en muertos en la fe, para cargar allí las comodidades de todo; mas siempre soy de parecer que la persona del Príncipe es la que hace, como se vió el año de cuarenta y cuatro, aunque el de tres suspendí la pluma, dejando aquellos hechos para mayor ingénio.

El estado que España tenía, hizo que el papa Urbano, haciendo los oficios de buen pastor, tentase en Francia una suspen- sion de armas, que el año pasado ofreció Luis XIII; pero como el que la representó fué el cardenal Richeliéu, y la propuso para mejorar el partido de la Francia en el Piemonte, que andaba muy decaída, pudiendo ahora mejorarlo en España, viéndole tan derrotada con los tumultos y guerras civiles no la abrazó, pareciéndole que habia llegado su hora y que se le habia venido á las manos cuanto con el ingénio habia trabajado para deshacer esta Monarquía, no la admitió; ni Fray Juan de San Agustín, Confesor del infante D. Fernando trujo nada de Flándes, en lo que se presumió de algunas conferencias de treguas con los holandeses, sino á descansar de la edad, de la fatiga y de tantos ruidos de armas, y asistir á la pretension del gobierno del Arzobispado de Toledo, por haber promovido al que lo tenia del Consejo de Castilla: el Papa era de muy poca esperanza para nuestras materias, como desde que se sentó en la Silla Apostólica, temiéndose todos de lo que habia de obrar el francés el año siguiente. Solamente pudo alentar, en tanto número de trabajos, la nueva que llegó de Occidente, que esperando Pié de Palo, corsario holandés, con diez y seis navios en la Habana, galeones y flota para robarla, una furiosa tormenta de las que en aquel paraje suelen sobrevenir, dió con cuatro ó seis de ellos en aquella playa, y los demas se apartaron, corriendo fortuna tan des-

hecha, que se desconió de ellos pudiesen escapar ni volver á salvamento. Salieron de la Habana á ellos, y si bien volvió Pié de Palo á socorrerlos, prendieron número considerable de holandeses, artillería y otras cosas y los quemaron, castigando Dios aquel corsario hereje, enemigo y ladrón de las riquezas de España y de sus fuerzas; con que este año no pudo ser de utilidad á las islas rebeldes. Don Duarte, hermano del duque de Berganza, á esta sazón estaba en Alemania sirviendo al César en el ejército, de Sargento mayor de batalla, dignidad militar y de superior consocuencia, pero descuidado por el suceso de Portugal; de que avisado el Emperador, y cuánto importaba que no volviese á Portugal, para excusar causas y motivos, así de sucesion como de más duplicadas guerras, fué preso por mano de D. Francisco Melo, que á la sazón estaba en la Dieta por Plenipotenciario: cosa que á los portugueses dió cuidado y pesar. Para el recurso de aquella guerra y acudir á los portugueses, creyendo concluir luego, como si no se pidiera el dinero, y en plata, se tomó por medio sellar el vellon que no se habia resellado, abusando de todo aquello que se hizo en la era pasada, y habiendo defraudado al Reino y á los súbditos al principio del reinado, en la mitad de su valor, recayendo por instantes en nuevos géneros de peligros, no queriendo seguir las huellas de los primeros, hallándose con aprietos de nuevas inundaciones de guerras, en que se debe hacer reparo de no hacer mudanza de monedas hasta poseer la paz. De soberbia y de capricho, por no parecer que imitaban, subieron dos tantos más la primera, que llaman de calderilla, por decir tenía alguna plata y su valor intrínseco; y la segunda no la querian volver al estado que ántes tenía, sino algo más; pero esto no estaba resuelto, ántes querian hacer moneda nueva de cobre y plata, de la que habian enviado los Prelados del Reino, habiéndosele pedido para la guerra de Portugal: novedad de todas maneras perjudicialísima, pero estamos dados á estos achaques y otros semejantes; con que el uso del comercio volvía á sus continuos intervalos y que toda habia de subir por el cielo. Adoleció el Rey á los

últimos de este año de un corrimiento en un lado; creyeron era dolor de costado, con gravísimo sentimiento de todos los vasallos, por ser el accidente muy fuera de sazón, según lo que las cosas pedían; pero el Rector de la Monarquía, mal quebrantado por las contrarias tempestades, usando siempre de la intrusa tempestad, luego le pareció ejercer lo pasado de Jefe, y llamó á los Gentiles-Hombres de la Cámara en su aposento, y luego les insinuó de oración, tocando los puntos ordinarios promeditados para su conservación, si bien cualquier achaque de Rey luego le hacia estremecer y poner en cuidado, creyendo que todo el número excesivo de agravios ejercidos sobre los demas, venian ya á tomar satisfacción de lo primero. Propuso el miedo, que es el que llamaba falta de respeto, falsamente, en el cuarto del Rey, porque ninguno pensase que los trágicos y recientes sucesos acaecidos le tenían un punto descaecido de la gracia del Rey; porque ninguno se arriase de celo para decirle la verdad y desengañarle de que se perdía, para que abriendo los ojos á los peligros y á los riesgos mudara de consejo, pretendiendo reforzar estos y desengañarlos, que aunque toda la Monarquía se desencajase y viniese hecha pedazos al suelo, esto no seria, porque lo primero seria perderse antes que desengañarse. Luego arrió á esto que hablaba delante del Rey: pregunto yo, pues, ¿qué ha de hacer, con quién ha de hablar, si no es con los que le sirven y tiene á su lado? Porque no ha de hacer estátua de mármol; basta lo que por oficio y naturaleza tiene de esto: tambien porque no se informe ni sepa, y porque no se cobre afición á nadie, que ninguno sea bien visto, tratale el sobrino D. Luis de Aro estos últimos meses en cruz; y siendo avisado de sus confidentes que en la hora de tomar la silla, despues de comer, eran sus pláticas, siendo la suya aquella, la anticipó Y vino más á prisa por echarle de allí, y aún pienso que había llevado sobre el caso su paterna, porque el D. Luis á aquella misma hora andaba huido y se salia del cuarto; aunque despues de este achaque del Rey y algo antes le metió en la Junta, que habemos referido de la gente noble: que se habia

de llamar para levantar caballería para las cosas de Portugal, no habíans acordado de él en lo de ántes, aunque tenia buen ingenio (quizá por esto), desde que fué tratada: el marzo del año veiniseis en Monzon, de las Cortes de los valencianos, porque salió con ellas á diferencia del duque de Medina de las Torres, que no pudo concluir con las de Cataluña, de que hoy estamos todos padeciendo. Luego salió con algunas de sus ordinarias adolescencias, de introducir novedades para el aplauso de gran Ministro, y para los sucesos contrarios. Luego habló de venenos: temiéndose de ellos, hizo sacar los portugueses que habia en los oficios de Palacio, particularmente cocineros, y de los otros á cuyo cargo están las cosas de boca: introdujo al ir por la vianda á los Gentiles-Hombres de la Cámara, salvas nuevas, á diferencia de las que se hacen con pan sobre ella, y mandó que hubiese tres cucharas: una que tuviese el cocinero, y dos el Gentil-Hombre, para que dándole á probar lo hiciese él y todos comiesen: todo bagatela y de poca sustancia, porque allí no habia recelo; y la forma, caso que lo hubiera, no era bastante á estorbar el miedo ni el hecho: mandó quitar la llave de una fraquera de agua que tenían los Ayudas de Cámara, por si acaso S. M. le pedia alguna vez, y que la tuviese el Gentil-Hombre de guarda, por no dejar de quitarles algo, y hacerlos á todos achacosos en la gracia, y en cuanto se podia esperar desahaciéndoles de mercedes, si no es á los suyos. Luego concluyó que habia topado muchos portugueses á la puerta del retrete, y eran los que habian llamado y venian condolidos del accidente á las puertas de su Principe, ántes que á las del tirano; celo que se les habia de agradecer y dar premio por él, cuando habian dejado cuanto tenían por su fidelidad: hizo estas y otras cosas, en que siempre andábamos sirviendo y tropezando, nunca satisfechos de nosotros. Estos son nuestros trabajos y el cambio de los méritos; y el año de cuarenta, que yo sin saber por qué causa me atrevi á escribir, y me incliné á dar un aviso á los hombres que se guarden de estos enemigos validos, y como digo hasta este año, amenazado largo

tiempo por los judiciarios y sucedido sin detencion notable por la extrañeza y variedad de sucesos, si bien pronosticados, creidos con dificultad, hasta haberlos experimentado: admirables y dignas de reparo en la antigüedad, por las mudanzas que habemos referido, muertes atroces de gobernadores por sus mismos naturales, sedicion y levantamientos de provincias y Reinos, guerras civiles entre unos y otros, los vasallos con su Príncipe y él con ellos, encumbrado uno y exalado á la Corona de no ménos majestad y grandeza que las otras en España: casos portentosos y prodigiosos sacados del órden natural, acacidos pocas veces ó ninguna; asimiando á cuentos de fábulas ó trazas de comedias, y á libros de caballerías, que el que ántes fué vasallo hoy sea Rey, como si nuestra tierra se hubiera vuelto Etiopía, poseyendo unos con modo tiránico lo que no es suyo, y desposcidos otros en aquellos bienes en que les heredó el cielo, la fortuna, los hechos grandes, las proezas militares y políticas, en paz, en guerra, peregrinando y hechos mercenarios fuera de la patria y de los antiguos y nobilísimos solares y domicilios, derramamientos de sangre en lo que entramos á gobernar más pacífico, y en esta forma ántes y ahora toda la Europa en sus mayores ángulos y términos, y lo más lamentable, con señales y sospechas por estas mismas causas de mayores discordias y precipicios, por las recientes materias y novedades que se han despertado, amovazando nuevas ligas, ocasionando enemigos y concitándolos á deshacernos por presuncion demasiada, por sacar las cosas de su nativo fundamento, por asistir á las novedades y á las peligrosas tentativas, por infestar de ordinario el comun sosiego, y querer fundar en derecho el enseñorearlo todo, quererlo y tomar lo ajeno. Todos estos riesgos trae no saber otro arte, ni tener más providencia que avasallar y ser largo en tributar, ántes que en la remuneracion de los servicios.

Las cabezas principales del levantamiento de Portugal, D. Rodrigo de Acuña, arzobispo de Lisboa, que ántes lo habia sido de Evora, ciudad, y de su primera causa y comision, habiéndose en aquella colonia al mismo tiempo, y de la injusti-

cia del pedido y del estrago del pueblo, lo quedó el ánimo mal ajustado: el conde Vimoso, sobrino del que degolló el rey D. Felipe II, despues de vencida la batalla de Felipe Estroz, por haber seguido á D. Antonio, Prior de Ocrato, que queria ser rey de Portugal, y habia sido vencido dos veces sobre ello, en mar y en tierra, y siempre vivia en el corazon del Conde aquella cabeza y aquel cuchillo; el marqués de Ferreira, muy afectó al Borganza, y descuento de que no se acordasen dél en la distribucion de las mercedes; y estos tres vivian en Evora, ciudad, comunicaban y conferian entre sí, hablaban del estado de las cosas, y de allí salió el fuego que atizaron los demas, y descuadermaron el Reino de Portugal de Castilla.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO.

El ejército del Rey sale de Tarragona, asuela y desbarata mucha gente catalana y francesa, llega á Barcelona quo era su último fin y designio, y no pudiendo obrar como se esperaba, se retira; deja las armas el marqués de los Vélez, y dáncelas al príncipe de Bottera, de nacion napolitano. Dan la obediencia los catalanes al rey de Francia: pídenlo nuevas fuerzas y que venga á jurarso á Barcelona. Doblan la moneda de vellon en Castilla, ó la antigua, una parte más que la moderna, para la guerra de Portugal. La de Cataluña se encarga á Mos de la Motta. Pone sitio á lo largo á Tarragona; viene una armada francesa en favor de los catalanes; el marqués de Villafranca socorre dos veces con las galeras y con bastimentos al ejército del Rey: la armada católica hace huir la francesa hasta encerrarla en Marsella; con que Mos de la Motta levanta el sitio de Tarragona y los aprestos que se encaminaban á Portugal no tienen efecto. El rey de Francia admite á los portugueses y sus embajadores en Paris; véanse derramamientos de sangre en Lisboa y desafíos públicos en las fron-